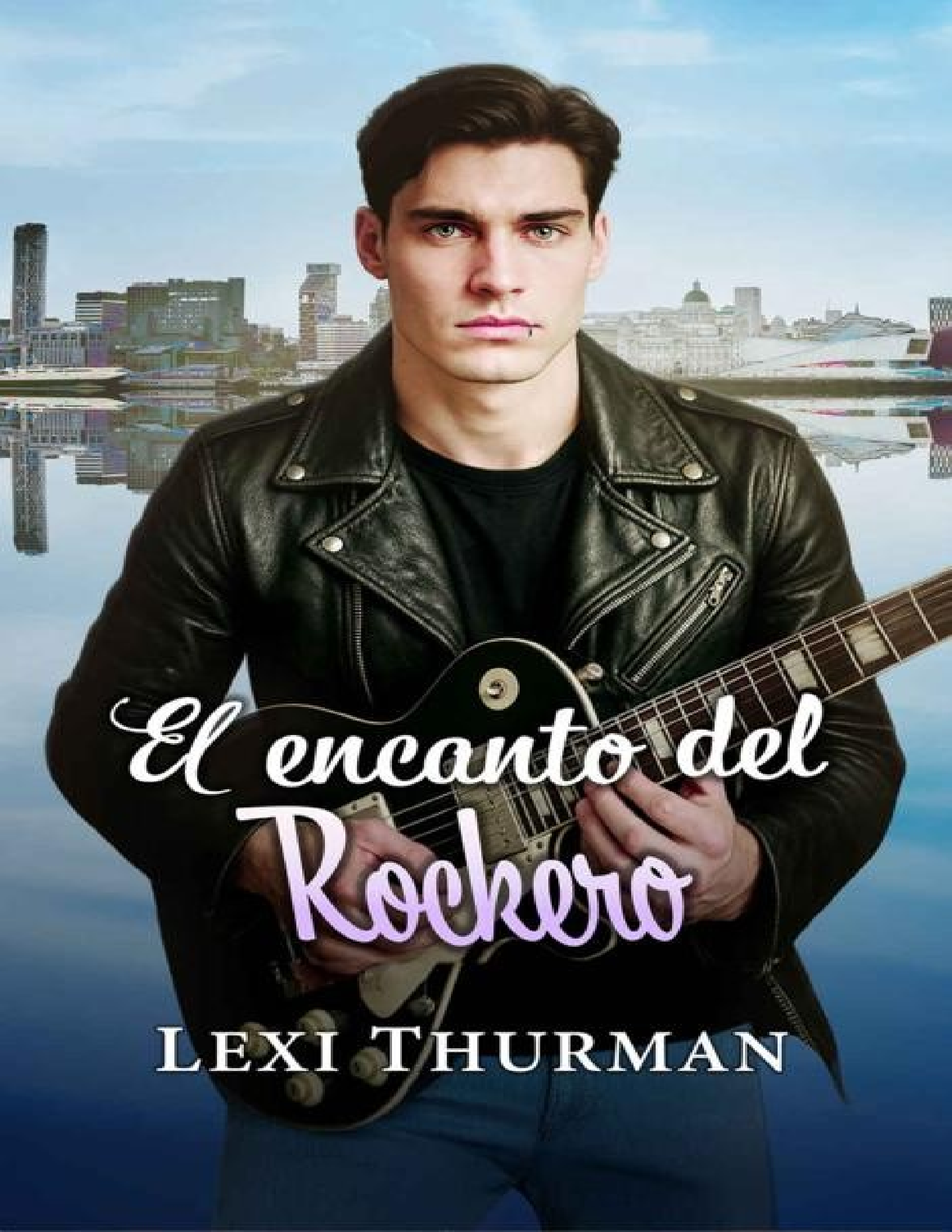

El encanto del Rockero
LEXI THURMAN

Capítulo 1

Lyra

No podía creer lo que estaba viendo. Parpadeé varias veces, tratando de asegurarme de que no me estaba equivocando. Pero no, mis ojos no fallaban.

Con el pintalabios aún en la mano, me dirigí a paso rápido hacia mi carrito de la compra. Mi mirada estaba clavada en la mujer de mediana edad que, sin el menor reparo, acababa de meter en su carro un paquete de los cereales del Dinosaurio Rino. Un paquete que, por cierto, no había tomado de la estantería, sino directamente de mi carrito.

—Discúlpeme —le dije con educación—. Esos cereales son míos.

La mujer ni siquiera se molestó en mirarme, como si no fuera con ella, o como si no me hubiera escuchado. Incluso tuvo la desfachatez de empujar el carrito para alejarse de mí.

No podía creerlo. ¿De verdad se iba a llevar mis cereales como si nada?

Fruncí el ceño y, sin pensarlo dos veces, di un paso al frente y me planté delante de su carrito, bloqueándole el paso.

—¿Qué demonios hace? —preguntó con toda la desfachatez del mundo.

Iba ataviada con un elegante traje de falda y chaqueta azul marino que, a simple vista, parecían de marca. Probablemente, tenía un buen trabajo; uno en el que debía vestir bien. Pero el dinero y la clase no otorgaban educación, y eso era algo que había aprendido hacía mucho tiempo.

—Me ha robado los cereales y no pienso moverme hasta que me los devuelva —le dije con firmeza, provocando que ella frunciese el ceño.

—¿Me estás acusando de ser una ladrona? —espetó con indignación, moviendo su mano derecha de manera airada,

mostrando una manicura perfecta—. Lo he encontrado, no robado.

Atisbé por el rabillo del ojo cómo varias personas que se encontraban a nuestro alrededor en el pasillo del supermercado nos observaban con curiosidad. Me encogí un poco, porque si algo detestaba en el mundo era llamar la atención, pero odiaba aún más a los ladrones y a los abusones. Y no pensaba permitir que aquella mujer se saliera con la suya.

—Estaban en mi carrito —respondí, bajando un poco la voz.

—Así es —reconoció con altivez, sin molestarse en negarlo. Me miró lentamente de arriba abajo, deteniéndose en mi sudadera rosa, que había comprado la semana pasada en Primark, y en mis *leggings* negros. Sus ojos se posaron en mis deportivas gastadas antes de volver a alzarse hasta mi rostro. Sabía que debía verme como una pordiosera a su lado, y si pretendía hacerme sentir mal por ello, no lo consiguió—. Pero aún no los has pagado, por lo que no son tuyos.

Sentí unas ganas irrefrenables de agarrarla del pelo y arrastrarla por el pasillo, pero no me costó contenerlas. Porque yo no era una persona violenta, siempre abogaba por el diálogo.

—Una vez están metidos en mi carrito, son míos —señalé, sin poder creerme que tuviera que decir algo tan evidente.

La mujer se encogió de hombros.

—Coge otros —me dijo, apuntando con su barbilla hacia el final del pasillo, donde se encontraba la estantería con los cereales.

—Es el último del lote con el 30 % de descuento —le informé, aunque era evidente que ella ya lo sabía.

Esa era la única forma en la que podía permitirme comprar esos cereales para mi hija. Vega estaba obsesionada con los dibujos de ese dinosaurio, al igual que miles de niños más. Y, por supuesto, las marcas lo sabían, así que vendían los cereales a un precio desorbitado.

—Tendrías que haber estado más atenta entonces —soltó, como si aquello tuviera el más mínimo sentido.

—Lo he estado. Por eso he cogido los últimos y los he metido en *mi* carrito.

—Sabiendo que están en oferta y son los últimos, deberías haber vigilado tu carro. Si lo dejas desatendido, cualquiera puede encontrarlo.

Miré a mi alrededor, esperando ver una cámara oculta. Pero no, esto no era una broma. Esta mujer hablaba en serio.

Quise responderle, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. Estaba demasiado anonadada como para articular una réplica.

La mujer suspiró exageradamente, como si yo estuviera arruinándole el día.

—En fin, hazte a un lado. Soy una persona muy ocupada, tengo mejores cosas que hacer que seguir discutiendo contigo —dijo con altivez, intentando empujar su carrito para pasar.

La miré fijamente durante un par de segundos, con los brazos cruzados. Quería mis cereales, mi hija se los merecía y estaba segura de que esa mujer no tenía problemas en pagar más por ellos. Pero no iba a lograr nada discutiendo con ella en el pasillo de un supermercado. Así que, me aparté.

—Adelante.

Ella me dedicó una sonrisa de suficiencia y dio un paso hacia delante con la cabeza bien alta, como si su comportamiento fuera el correcto.

Era tan injusto que aquella mujer se hubiera salido con la suya… Pero, a mis veinticuatro años, había aprendido de la peor manera que la vida no era justa. Además, yo creía en el karma, y el karma se lo haría pagar.

Porque el karma siempre llega.

O debería llegar.

Porque, siendo honesta, últimamente el karma no estaba de mi lado. Más bien parecía haberse tomado unas largas vacaciones y dejado mi destino en manos del caos.

Cuando la mujer pasó junto a mí, noté que su bolso de diseñador colgaba de su hombro, ligeramente abierto. Lo suficiente como para que algo pequeño pudiera deslizarse dentro sin que ella se diera cuenta. Bajé la mirada. En mi mano todavía sostenía el

pintalabios que había estado a punto de comprar, con su llamativa pegatina de seguridad.

Antes de poder pensarlo demasiado, lo solté con naturalidad y lo dejé caer dentro de su bolso.

Al karma no le vendría mal un pequeño empujoncito.

Tomé mi carrito y terminé de hacer mis compras. Luego, fui a las cajas, pagué y me dirigí hacia la salida.

Vi por el rabillo del ojo que la mujer roba cereales iba detrás de mí. Al parecer, habíamos terminado de comprar al mismo tiempo. Crucé las puertas automáticas y, dos segundos después, un pitido estridente me hizo detenerme en seco y mirar hacia atrás.

La mujer se había parado en medio de las puerta con el ceño fruncido. Un guardia de seguridad se acercó de inmediato.

—La dependienta ha hecho algo mal —dijo ella, mostrando su *ticket* con aire indignado.

El guardia dirigió una mirada desinteresada al carro con las bolsas, para después centrarla en ella.

—¿Puedo revisar su bolso? —preguntó mecánicamente.

—Por supuesto. No tengo nada que esconder —respondió la ladrona de cereales con una seguridad que casi me hizo admirarla. *Casi.*

Sabía que debía seguir mi camino, pero, vamos… ¿quién podría perderse un espectáculo así?

Solo iba a echar un vistacillo más.

El guardia metió la mano en el bolso, hurgó un momento, y sacó el pintalabios con su pegatina de seguridad. La ladrona de cereales estaba tan lívida que ni siquiera pudo responder al guardia cuando este le pidió que le dejara el *ticket* que aún sostenía en su mano derecha antes de tirar suavemente de él para poder revisarlo.

—Va a tener que acompañarme, señora.

—¡Eso no es mío! —gritó ella, llevándose una mano al pecho como si estuviera ofendida por semejante acusación—. ¡Yo no he robado nada! ¡Alguien ha cometido un error! —A pesar de su acusación, ya no se mostraba tan altiva como antes—. ¡No sé cómo ha llegado ahí!

Justo en ese momento, giró la cabeza, como si estuviera buscando al culpable. Yo no pude evitar dedicarle una sonrisa triunfal cuando su mirada se cruzó con la mía. Un segundo después, me di la vuelta y aceleré el paso por el estacionamiento como si mi vida dependiera de ello, antes de pudiera llegar por sí sola a la conclusión correcta.

Era mejor que no estuviera allí cuando revisaran las cámaras de seguridad.

Llegué hasta mi coche, un viejo cacharro con más años que dignidad, y abrí el maletero para meter las bolsas. Luego, me subí al asiento del conductor, cerré la puerta y solté un suspiro satisfecho.

Se había hecho justicia. La ladrona había sido atrapada. No por los cereales, claro, pero eso era una trivialidad.

Porque lo que realmente importaba era que se había llevado su merecido.

En menos de media hora, aquella mujer saldría del supermercado y todo quedaría como un incidente sin importancia, pero la siguiente vez se lo pensaría dos veces antes de robarle un paquete de cereales a otra persona.

Justo cuando iba a arrancar el motor, mi teléfono sonó.

Con una ligera mueca, ladeé la cabeza hacia mi bolso de tela marrón, que yacía sobre el asiento del copiloto y estaba medio abierto. Introduje mi mano por la abertura, desde donde se filtraba la luz brillante de mi móvil al iluminarse. En cuanto lo sostuve y miré el nombre que aparecía en la pantalla, mi pulso se aceleró.

Era del colegio de mi hija.

Nunca antes me habían llamado. A pesar de que Vega tan solo llevaba un mes matriculada, sabía que no me estarían contactando sin una buena razón.

Vega era todo lo que me quedaba, lo único que realmente me importaba. Me había mudado de país por ella, para darle una vida mejor. Haría cualquier cosa por mi hija. Y la sola idea de que algo pudiera haberle pasado, me revolvía el estómago.

Acepté la llamada con los dedos temblorosos. Cuando la directora del centro me aseguró que Vega estaba perfectamente, respiré aliviada, hasta que me comunicó la razón de su llamada.

Al parecer, el karma no se había tomado bien mi pequeña ayuda.

Capítulo 2

Lyra

—¿Estás enfadada conmigo, mamá? —me preguntó Vega, sentada en una de las sillas de nuestra pequeña cocina.

Me había costado casi veinte minutos convencer a la directora y a la profesora de Vega que no estaba lanzando insultos a diestro y siniestro frente a mi hija de seis años. Durante el trayecto en coche, no había dicho ni una palabra, porque necesitaba calmarme antes de explicarle que lo que había hecho no estaba bien.

Mi hija me miraba con sus grandes ojos negros. Su cabello, normalmente recogido en dos moños perfectamente peinados, lucían un poco desordenados después de un largo día de colegio. Unos pocos rizos sueltos caían sobre su frente.

Cogí una silla blanca mientras exhalaba un largo suspiro y la arrastré suavemente por el suelo para colocarla frente a ella.

—No estoy enfadada, cariño —le dije mientras me sentaba en la silla—. Solo preocupada. ¿Sabes por qué está mal lo que has hecho?

Vega se mordió el labio inferior.

—No estoy segura.

—Los insultos están mal, Vega.

—Pero Dustin ha empezado primero —se defendió, nombrando a uno de sus compañeros de clase—. Él le ha dicho a Mia que está más gorda que una ballena. Y yo le he contestado que…

Levanté la mano, evitando que repitiera la barbaridad que le había dicho a su compañero de clase. Incluso la profesora se había ruborizado al pronunciar las palabras exactas.

—Lo que ha dicho Dustin está muy mal. Y me alegro de que hayas defendido a tu amiga. —A pesar de que el curso había empezado hacía un mes, sabía que mi hija adoraba a esa niña y se habían hecho mejores amigas en tan solo unas pocas semanas—.

Pero insultarle de vuelta no es la solución. Tenías que habérselo contado a tu profesora.

Vega se cruzó de brazos.

—Eso es de chivatas, mamá, y yo no soy ninguna chivata. Dustin sí es un chivato. Él ha corrido a contárselo a la profesora.

Tenía que admitir que, en parte, tenía razón. Ese niño era un malcriado. Se metía con los demás y luego su madre siempre lo justificaba. No pude evitar sentir un poco de orgullo porque mi pequeña hubiese sacado las garras.

Pero no podía permitir que esa actitud se quedara impune. Era mi responsabilidad enseñarle que, aunque defender a otros es importante, hay maneras adecuadas de hacerlo. No podía dejar que pensara que este tipo de comportamiento era aceptable, o cuando creciera, sería mucho más difícil controlarla.

Prácticamente era madre soltera, porque pese a que el padre de Vega se encontraba en Liverpool, no muy lejos de donde vivíamos nosotras, él apenas se encargaba de ella. Cuando decidí mudarme de Ciudad del Cabo a Reino Unido, elegí Liverpool porque era donde Daren se había establecido. Quería que Vega tuviera contacto con él. Pero, aunque se veían de vez en cuando, al final siempre era yo quien me encargaba de todo.

—Cuando no puedes solucionar algo, debes pedirle a tu profesora que lo haga —le enseñé—. Eso no es ser chivata, cariño. Es hacer lo correcto.

—Pero yo lo he solucionado —replicó, ladeando la cabeza.

Cerré los ojos. A veces, ser madre era complicado.

—Insultar no es la forma de solucionar las cosas —dije con severidad mientras abría los ojos de nuevo—. Ni pegar ni insultar —añadí. Mi pequeña nunca había levantado la mano a otro niño, pero era importante dejar las cosas claras—. El diálogo siempre es la solución.

Esa mañana no había seguido mi propio consejo, pero, en mi defensa, yo no tenía una profesora a la que pedir ayuda.

Mi hija entrecerró los ojos de esa manera tan adorable suya.

—Entonces, si me pasa fuera del cole y no hay ninguna profesora en ese momento, ¿puedo insultar un poquito?

La miré con los labios fruncidos, intentando contener una sonrisa.

—No, Vega. Nunca se puede insultar. Prométeme que no vas a volver a hacerlo.

Vi cómo los engranajes detrás de sus ojos se ponían en funcionamiento. Estaba intentando discernir qué debía hacer.

—¿Y qué pasa si vuelvo a hacerlo?

—Entonces, te castigaré: no podrás ver la tele durante una semana.

Vega entrecerró los ojos con indignación.

—¡Eso es demasiado, mamá!

—Las normas son las normas. Y el diálogo es la solución, ¿recuerdas?

Su boquita se frunció en un puchero dramático. A su edad, esa indignación era adorable, pero me mantuve firme. De adolescente, seguro que no sería tan graciosa.

Vega cruzó los brazos.

—Que sepas que Rino no aprobaría esto.

—Oh, ¿no?

—No, Rino es un dinosaurio justo. Y esto… —descruzó sus brazos y me señaló con su dedito acusador—, no es justo.

—No vuelvas a insultar y no te castigaré.

—Está bieeeen —respondió con una exhalación, alargando las palabras, como hacía cada vez que tenía que aceptar algo que no le gustaba. Estaba comenzando a descubrir que mi hija era toda una dramática—. No lo volveré a hacer.

—Eso espero. Y mañana, pedirás perdón a Dustin.

Vega fue a abrir la boca para replicar, pero al ver la expresión severa de mi rostro, se lo pensó mejor y terminó asintiendo con la cabeza.

Satisfecha, me levanté de la silla y ella se puso de pie de un salto.

Me agaché, y en cuanto lo hice, rodeó sus pequeños brazos alrededor de mi cuello en un abrazo fuerte y cálido. Sonreí y le di un beso en la mejilla. Cuando me miró, aproveché para darle otro en la nariz. Ella se rio.

Se separó un poco de mí, con una gran sonrisa en el rostro. Le acaricié la mejilla con suavidad.

Cada vez que la miraba, me recordaba lo hermosa que era. Lo perfecta que era. Y lo afortunada que era yo de tenerla.

—Vega, ¿de dónde has sacado esos insultos? —le pregunté.

Desde luego, no los había aprendido de mí. Y su padre podía tener muchos defectos, pero no era mal hablado. Además, me aseguraba de que su acceso a Internet fuera limitado y siempre bajo mi supervisión.

—De la voz del patio —respondió, señalando la ventana de la cocina.

Parpadeé, confundida.

La cocina y su cuarto daban a un patio de luces.

—¿La voz del patio?

—Sí —dijo con una sonrisa—. La escucho, sobre todo de noche, cuando estoy en la cama. Grita mucho y me hace mucha gracia.

No entendía absolutamente nada.

Tal vez mi hija tenía un amigo invisible. Sí, tenía que ser eso.

¿Pero uno que gritaba insultos que ella no podía haber escuchado? No, eso no tenía sentido.

¿Había perdido mi hija la cordura? ¿O tal vez lo estaba haciendo yo?

Abrí la boca para intentar llegar a entender lo que estaba sucediendo, cuando una fuerte voz masculina procedente de la ventana de la cocina que había dejado entreabierta, me lo impidió.

—¡Vete a la mierda, imbécil! ¡Nos han matado por tu puta culpa!

Me quedé helada.

Vega soltó una risita.

—Esa es la voz del patio. ¿A qué lo que dices es gracioso?

—No, Vega, no lo es.

Era la primera vez que escuchaba esa voz. Pero, la realidad era que, a pesar de que habíamos llegado a Liverpool a principios de julio, los tres primeros meses nos habíamos quedado en la habitación de un motel a las afueras de la ciudad. No había sido hasta dos semanas atrás cuando finalmente había podido alquilar

aquel apartamento. No era demasiado grande, pero el barrio no era tan peligroso como otros y estaba bien ubicado.

Abrí la ventana del todo y me asomé por ella. Miré hacia abajo y hacia arriba. No podía ver demasiado, pero me di cuenta de que en un piso mas arriba del mío, en la mano de enfrente, la ventana estaba abierta. Podía ser de allí. No estaba segura hasta que nuevos improperios salieron de esa ventana, despejando mis dudas.

Vega soltó una fuerte carcajada, divertida. Estaba segura de que no tardaría en repetir esos insultos.

Genial. No solo tenía que preocuparme por Internet, ahora también tenía que lidiar con un *gamer* malhablado como vecino.

Si lo hubiera sabido antes de alquilar aquel apartamento… Nada, no hubiera hecho nada.

Porque la realidad era que no tenía demasiadas opciones. Había sido una suerte que la amable propietaria, que ahora vivía con su hija en York, me hubiera alquilado ese apartamento por un precio accesible.

—Vega —cerré la ventana y me di la vuelta para mirarla—, ve a ver tus dibujos y come la merienda mientras yo subo un momento a hablar con el vecino, ¿de acuerdo?

Vega, aun sonriendo, asintió con energía, contenta de que la dejara ver su programa favorito. Le di una manzana mientras me dirigía hacia la puerta. Sabía que lo que más le gustaba en el mundo, incluso más que los postres, eran los dibujos del Dinosaurio Rino, así que con eso estaría tranquila durante el tiempo suficiente para pedirle al vecino, con la educación que me caracterizaba, que moderase su lenguaje.

Estaba segura de que si le explicaba tranquilamente mi situación, lo comprendería. Porque, tal y como le había dicho a mi hija, el diálogo siempre es la solución.

Aunque algunas personas te lo ponían muy difícil.

Capítulo 3

Vincent

Bzzz… Bzzz…

—Creo que te está sonando el móvil —me dijo Oliver mientras señalaba mi teléfono, que descansaba sobre la mesa de madera que se encontraba frente al sofá en el que estábamos sentados. Sin embargo, en vez de responder, me limité a encogerme de hombros a la vez que continuaba la partida.

Por el rabillo del ojo noté cómo Oliver me lanzaba una mirada inquieta, pero no insistió y volvió a concentrarse en el juego.

Pero el teléfono siguió sonando. Una y otra vez. Lo ignoré, concentrándome en la partida.

Oliver y yo estábamos inmersos en una partida de *Street Fighter.* Él, con su infame Ken, y yo con Chun-Li, mi favorita de toda la vida. Aunque mi barra de vida estaba peligrosamente baja, me negaba a ceder. Esquivé una patada giratoria con un salto hacia atrás, y respondí con un *Spinning Bird Kick*, convencido de que lo atraparía.

—¡Vamos! —exclamé, con los pulgares en tensión sobre los botones.

Pero Oliver, con una calma irritante, bloqueó mi ataque y, sin perder un segundo, ejecutó un *Shoryuken* impecable que me lanzó por los aires. Antes de que mi personaje tocara el suelo, encadenó un combo perfecto de puñetazos rápidos y, para rematar, un *Hadouken* directo al pecho de Chun-Li.

K.O.

—¡Mierda! —mascullé mientras lanzaba el mando contra el sofá con fuerza, que rebotó y cayó al suelo—. ¡Puto juego de mierda! Este juego está obsoleto.

Oliver me miró, arqueando una ceja castaña en mi dirección.

—Eres tú quien siempre dice que *Street Fighter* nunca pasará de moda.

Apreté los labios. Maldita sea, tenía razón. Siempre defendía ese juego con uñas y dientes. Era mi favorito, pero últimamente pasaba más tiempo jugando en línea a *Call of Duty* que dándole palizas a Oliver en el *Street Fighter*. Bueno… que intentándolo.

El cabronazo era muy bueno.

—Lo que tú digas —le respondí entre dientes, provocando que Oliver soltase una carcajada. Fui a decir algo más, pero el sonido de mi móvil, que no dejaba de vibrar, me interrumpió. Sabía que no iba a parar, así que me incliné hacia delante para cogerlo con un bufido —. Ala, solucionado —musité para mí mismo, pulsando el botón de rechazar la llamada, para acto seguido, apagar el teléfono. Me eché hacia atrás en el sofá y miré de nuevo a Oliver—. ¿Qué, jugamos otra?

—¿Olivia? —preguntó él.

—No, es Rory. —Me agaché para coger el mando, que estaba en el suelo y seguía intacto. Aquel mando parecía a prueba de balas; no importaba cuántas veces lo lanzara, siempre sobrevivía—. ¿Entonces, jugamos otra? —insistí.

Rory era mi mánager. O eso creía, porque, en esos momentos, no tenía del todo claro si seguía siéndolo.

Él me descubrió hace ocho años, cuando era un crío de diecinueve años que subía *covers* a YouTube y perseguía el sueño tonto de dedicarme a la música. Había intentado no hacerme demasiadas ilusiones cuando él viajó desde Los Ángeles, donde vivía, hasta Liverpool solo para verme tocar en uno de los bares en los que yo trabajaba cantando los fines de semana.

Él lo había llamado corazonada; Olivia lo había llamado pirado y sospechoso de querer raptarme. Mi hermana era desconfiada por naturaleza y había puesto el grito en el cielo cuando, tan solo una semana después de verme cantar en directo, viajé junto a Rory hacia Los Ángeles, dejando mi vida atrás bajo la promesa de conseguir una gran carrera en el mundo de la música.

Al final, la historia de Rory resultó ser cierta. En solo dos meses, firmé un contrato con una discográfica importante y, en menos de

un año, mi primer sencillo comenzó a sonar en todas las radios, convirtiéndose en una de las canciones más escuchadas en las aplicaciones de música y escalando a vertiginosamente posiciones en las listas de éxitos hasta alcanzar el primer lugar.

Rory había creído en mí. Lo había hecho cuando yo ni siquiera lo hacía. Gracias a él me había convertido en una estrella de la música y gracias a él tenía más dinero del que nunca pude imaginar.

Se lo debía todo.

Y, en esos momentos, no sabía si sentirme agradecido o maldecirlo por ello.

—Vincent —Oliver exhaló un suspiro, y en cuanto vi la mirada de preocupación que se reflejó en sus ojos pardos, supe cuáles iban a ser las palabras que iba a pronunciar a continuación—: no puedes huir eternamente. En algún momento, vas a tener que dar la cara y contestar las llamadas.

Entrecerré mis ojos al escuchar el sermón que mi mejor amigo se disponía a darme por enésima vez en menos de una semana.

Me incliné hacia delante para agarrar la lata de Coca-Cola que se encontraba sobre la mesa y darle un último trago, terminándomela.

—¿Quieres otra? —le pregunté mientras cogía su lata vacía y la mía. Me levanté del sofá y me dirigí a la cocina. Rodeé la barra americana y tiré las latas a la basura.

Escuché a Oliver resoplar. Aun sin verlo, sabía que tenía el ceño fruncido y estaba mordiendo su mejilla interior, como hacía cada vez que se frustraba.

—Te estoy hablando, Vincent.

Abrí la nevera y cogí dos latas de Coca-Cola, las últimas que quedaban. Una sin cafeína para él y una normal para mí. Tampoco me quedaba mucha comida; tendría que hacer una compra por Internet. Aunque usualmente solía pedir comida para llevar, ya que a duras penas era capaz de hacer un huevo frito.

—Y yo te estoy escuchando —le contesté, empleando el mismo tono que él mientras sostenía las latas y cerraba la puerta de la nevera con el pie derecho.

—¿Es que piensas seguir viviendo así para siempre? ¿Encerrado aquí y jugando a videojuegos?

—Primero, no sé qué problema tienes con este apartamento. Y segundo, suena como un buen plan.

Oliver resopló.

—Sabes que no tengo ningún problema con el apartamento, Vincent. —Su tono se suavizó y dejó el mando sobre sus muslos—. Pero ambos sabemos que este no es el sitio más apropiado para pasarte encerrado todo el día.

Mis músculos se tensaron al escucharlo.

La sonrisa que Oliver me ofreció cuando le conté que iba a mudarme a Liverpool durante una temporada después de la muerte de mi padre, se desvaneció un poco cuando me acompañó a llevar las pocas pertenencias que había traído conmigo a este apartamento. Sin embargo, no pronunció ni una sola palabra; no lo hizo a pesar de que podía ver todas las preguntas que se agolpaban en su cabeza reflejadas en su rostro.

Porque así era Oliver, él respetaba mis espacios y nunca ponía en duda mis decisiones. Aunque, con el paso de los meses, había podido ver la preocupación con la que me miraba cada vez que creía que no le prestaba atención.

Había comenzado con preguntas sutiles, cómo cuándo tenía pensado regresar a Los Ángeles, y al final, había terminado abordando el tema directamente.

No era el estilo de Oliver, pero suponía que se había impacientado.

—¿Por qué no? —Aunque mis palabras sonaron casuales, había un desafío implícito en ellas. «Atrévete», querían decir. Mis ojos se clavaron en los suyos mientras regresaba a mi sitio.

Oliver negó con la cabeza y lanzó un suspiro de resignación.

Él no iba a abordar el tema directamente.

—En algún momento tienes que enfrentarte a la realidad. Salir afuera y dejar de esconderte.

—No me estoy escondiendo —dije a la defensiva, dejando las latas sobre la mesa.

Me senté en el sofá.

—Sí que lo estás haciendo.

—No, no lo estoy haciendo.

—Entonces, ¿por qué no respondes las llamadas de Rory?

—Le dije a Rory que iba a tomarme unas semanas de vacaciones. Acabo de terminar la gira. Tengo derecho a tomarme un respiro.

—Eso fue hace tres meses.

Me encogí de hombros.

—Y hace dos volvimos a hablar. Le conté que iba a alargar un poco más las vacaciones. —Exactamente lo mismo que le repetí cuando me llamó la siguiente semana y la siguiente—. También le dije que le llamaría cuando estuviese listo para volver. Además, debería estar aplaudiendo con las orejas. Rory no paraba de quejarse de que mis escándalos acaparaban los titulares día sí y día también. Pues mira, llevo tres meses sin darle un solo quebradero de cabeza.

Oliver negó con la cabeza, a pesar de que soltó una pequeña risita.

—En eso te tengo que dar la razón.

Mordí mi labio inferior, tirando del *piercing* metálico en forma de aro con los dientes, sintiendo la presión sobre mi piel.

Por supuesto que sabía que en algún momento tendría que dar la cara y enfrentarme a la realidad. Pero ese momento no era ahora, ni mañana. Así que prefería no pensarlo. Rory y la discográfica podrían esperar.

Pensaba que habíamos terminado el tema e iba a preguntarle a Oliver si quería jugar otra partida, cuando al parecer, no había acabado aún.

—Olivia me ha llamado hoy.

¿Otra vez mencionaba a mi hermana?

—Vaya, sí que tiene que estar desesperada para llamarte.

Oliver hizo una mueca.

—¿Desesperada?

No era ningún secreto que Olivia no soportaba a Oliver. De hecho, su mera presencia le crispaba los nervios. Olivia era demasiado cuadriculada y meticulosa, mientras que Oliver… bueno,

Oliver era Oliver. Tenía la necesidad casi obsesiva de caerle bien a todo el mundo, y cuando no lo lograba, redoblaba sus esfuerzos. Con Olivia, esa estrategia solo había conseguido irritarla aún más. Pero lejos de desanimarse, parecía que su irritación solo hacía que Oliver se sintiera aún más atraído por ella.

—Hemos estado hablando últimamente —continuó, y yo no pude evitar soltar una carcajada—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, solo me hace gracia —respondí con una sonrisa ladeada—. No es que Olivia y tú seáis precisamente cercanos.

—¿Qué dices? Olivia me adora.

No, no lo hacía. Ni en esta vida ni en ninguna otra, pero no era algo que pensara discutir con él en ese momento. Ni nunca.

—Ella está preocupada por ti —insistió—. No contestas a sus llamadas.

—No tengo ganas de hablar con nadie.

—Hace meses que no habláis. —Se pasó una mano por su camiseta blanca con el dibujo de Spider-Man en el pecho lanzando una telaraña, quitándose una miga imaginaria de ella—. No sé si lo sabes, pero ahora mismo está en Dubái.

Lo sabía, por supuesto. Olivia había publicado varias actualizaciones en Facebook mostrando las últimas negociaciones que había cerrado con otras empresas. Ahora que nuestro padre había muerto, ella se había quedado al mando de la compañía aérea.

—Bien por ella.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir enfadado con ella? —preguntó Oliver con un suspiro—. Al menos habla con ella para entender sus razones. Dale la oportunidad de explicarse.

Lo que me faltaba ya, que mi mejor amigo se pusiera de su lado.

—¿Vamos a jugar otra partida o no? —le interrumpí, sonando más brusco de lo que debería. Porque no pensaba tener esa conversación con él.

Sabía que Oliver no tenía la culpa y, para ser sincero, con el paso de los meses, el enfado con mi hermana había ido apagándose.

¡Maldita sea! Nuestra relación siempre había tenido altibajos, pero el último año había sido un desastre. Olivia no dejaba de reprocharme mi comportamiento, de darme sermones, de intentar meterme en vereda. Aun así, siempre había creído que, pasara lo que pasara, podía contar con ella.

¿Cómo había sido capaz de ocultarme que nuestro padre se estaba muriendo?

El sonido del timbre rompió el silencio. Era el de la puerta, no el del portal. Ambos nos miramos extrañados, ya que durante los tres meses que llevaba viviendo allí, nunca me habían tocado al timbre.

—¿Has pedido comida? —inquirió Oliver.

—No. Y además, los repartidores nunca suben.

Siempre les indicaba que llamaran al timbre del portal y no subieran a mi piso. Cuando el repartidor llegaba, le pedía que dejara la comida en el ascensor y pulsara el botón de la última planta, donde únicamente se encontraba mi apartamento. Como pagaba por la aplicación al hacer el pedido, no había ninguna razón para que vinieran hasta la puerta.

A ellos no les molestaba; de hecho, les resultaba más cómodo, y yo me ahorraba tener que disfrazarme para evitar que me reconocieran.

El timbre sonó de nuevo; esta vez, acompañado de unos golpes en la puerta.

—Ya voy yo —me dijo Oliver, levantándose del sofá.

Aproveché el momento para ir al baño. Junto con mi habitación, era de las pocas estancias de la casa donde podía tener algo de privacidad y desde donde no me verían desde la puerta.

—Menos mal que no te estás escondiendo —apuntó Oliver, a lo que yo le respondí sacándole el dedo medio antes de cerrar la puerta detrás de mí.

No quería arriesgarme a que fuera algún fotógrafo o Rory, que había dado con mi dirección. A pesar de que no había sido el motivo principal por el que había escogido ese apartamento, las únicas dos personas que sabían de su existencia eran Oliver y mi hermana. Además, nadie me iba a buscar en un apartamento en una de las peores zonas de Liverpool.

Aunque contaba con más de cien metros cuadrados, no tenía nada que ver con la mansión de cuatro plantas y un jardín inmenso con piscina que poseía en Los Ángeles.

¿Quién iba a pensar que yo iba a ser propietario de ese apartamento? Y mucho menos, que viviría en él.

Pero yo lo tenía porque le había pertenecido a mi madre. Para mí era mucho más especial que mi posesión más cara. Jamás podría deshacerme de él.

Acerqué mi oído a la puerta del baño. No podía evitar sentir curiosidad por quién se encontraba al otro lado.

No había manera de que Rory me hubiera encontrado, ¿verdad?

En esos tres meses, apenas había salido a la calle. Y las pocas veces que lo había hecho, había sido de noche, cuando casi no había nadie afuera. Era prácticamente imposible que alguien supiera que me encontraba allí.

Sabía que los periodistas me estaban buscando. Había desaparecido abruptamente, de un día para otro, y se habían quedado sin los jugosos titulares que les daba involuntariamente. La última foto que me habían sacado aparecía en el balcón de la habitación del hotel en la que me estaba hospedando, en calzoncillos, y hasta arriba de alcohol y cocaína.

Ahora, llevaba tres meses sin probar ninguna droga, y todo el alcohol que bebía era una simple cerveza. Y de vez en cuando.

—Hola —saludó mi amigo a quien fuera que estuviera al otro lado de la puerta—. ¿En qué te puedo…?

Oliver ni siquiera pudo terminar la frase.

—¿Te parece normal estar gritando semejantes barbaridades? —Nuestra inesperada visitante no se molestó en bajar la voz; al contrario, habló lo suficientemente alto como para que no tuviera que hacer el mínimo esfuerzo en escuchar cada palabra con claridad. Bueno, y todo el vecindario también.

—¿Barbaridades? —repitió Oliver, con la misma estupefacción que yo sentía.

—Sí, barbaridades —reafirmó la mujer, claramente irritada—. Como las que has estado gritando hace un momento. ¿Eres

consciente de que en este vecindario hay niños que pueden escuchar y repetir ese vocabulario?

—Entiendo… —comenzó a decir Oliver.

—No, no entiendes —lo interrumpió de inmediato—. Si lo hicieras, tendrías más cuidado con lo que sale de tu boca. No tienes hijos, ¿verdad?

—No, no tengo.

—Se nota —espetó ella sin rodeos—. Pero eso no es una excusa.

No podía ver la cara de Oliver, pero imaginaba que reflejaba la misma estupefacción que la mía.

—Espero que no se repita, porque si vuelve a ocurrir, llamaré a la policía —sentenció la mujer.

—Eso no va a ser necesario —respondió Oliver, con su característico tono tranquilo.

—Ya te digo yo que sí lo será. ¿Eres el dueño del piso? —inquirió ella con firmeza.

La mujer volvió a hablar, pero yo ya había tenido suficiente. No sabía quién narices era aquella loca, pero no tenía por qué aguantar sus tonterías. ¿Quién se creía que era para venir a mi apartamento a montarme un escándalo? Sin pensar en las consecuencias, abrí la puerta del baño y atravesé la sala hasta la entrada, donde se encontraba Oliver, quien no había sido capaz de pronunciar una sola palabra más.

—Él no es el dueño del piso, soy yo —aclaré, abriendo la puerta de la entrada de par en par para colocarme al lado de Oliver—. ¿Y tú quién eres?

Observé a la dueña de semejante discurso. Una chica de tez oscura, bajita y menuda, vestida con una sudadera de color rosa dos tallas más grande que ella y unos *leggings* de color negro desgastados. Llevaba su cabello negro recogido en una coleta despeinada.

No parecía mayor que yo; de hecho, apostaba que era unos cuantos años más joven.

—Soy tu vecina de abajo —contestó, como si fuera una respuesta obvia, cuando no la había visto en mi vida—. Le estaba

explicando a tu… —se detuvo un segundo, para mirar a Oliver y después de nuevo a mí— pareja, que deberíais bajar el tono de voz y emplear un lenguaje más civilizado.

—No somos novios —tuvo la necesidad de aclarar Oliver con una mueca de desconcierto, aunque yo lo conocía lo suficientemente bien como para saber que se estaba divirtiendo.

—Lo que sea —murmuró ella haciendo un gesto con la mano—. Aquí lo importante es…

—Que no tienes ningún derecho a venir a mi puerta a insultarme y decirme lo que tengo o no tengo que hacer —la interrumpí, terminando su frase de una manera muy diferente a la que ella tenía pensada—. Creo que soy lo bastante mayorcito para saberlo por mí mismo.

—Yo no he insultado a nadie. —Mi vecina cruzó los brazos por encima del pecho con indignación—. Soy una mujer muy educada.

—Educada mis cojones —espeté. Ella abrió la boca, escandalizada por mis palabras, y pude sentir la mirada de advertencia que me estaba dando Oliver, pero la ignoré por completo. Puede que él estuviera dispuesto a soportar chorradas, pero yo no—. Has venido a mi casa gritando como una auténtica barriobajera.

—¡Yo no…! —comenzó, y al darse cuenta de que estaba gritando, se interrumpió—. Es tu culpa que haya gritado.

Lo que me faltaba ya por escuchar.

—¿Mi culpa?

—Sí, la tuya —reafirmó ella alzando su barbilla—. Si no estuvieras gritando barbaridades como un energúmeno, yo no me habría alterado.

—Tal vez el problema es que te alteras con mucha facilidad —respondí con sorna—. ¿Lo has hablado con un psicólogo?

—No necesito ir al psicólogo.

Le di una sonrisa burlona.

—Pues yo creo que sí.

Ella entrecerró los ojos.

—Todos deberíamos ir al psicólogo una vez en nuestras vidas —intervino Oliver, tratando de calmar la situación. Mi mejor amigo era

hijo único de divorciados que aprovechaban la mínima ocasión para tirarse los trastos a la cabeza y detestaba con toda su alma las discusiones. Siempre hacía lo imposible para evitarlas—. Es muy sanador. Mi terapeuta dice que…

—Y tú deberías estar encerrado en una institución psiquiátrica —espetó mi vecina, interrumpiendo a mi amigo.

Aquella mujer me estaba sacando de quicio.

—Mira, no tengo por qué aguantarte. ¡Estoy en mi casa y hago lo que me da la puta gana!

—No cuando tienes vecinos —apuntó ella sin dudar—. Tengo una hija que, por tu culpa, ha ido gritando barbaridades a un compañero del colegio. Casi la expulsan.

¿Ahora me iba a echar la culpa del comportamiento de su hija? ¡Venga ya!

—¿Y a mí qué cojones me estás contando? Si no sabes educar a tu hija, no es mi problema.

Aquello pareció encenderla aún más.

—¡¿Me estás llamando mala madre?¡ ¡¿Cómo te atreves?! —comenzó a mover sus brazos de manera airada, enfadada—. ¡No tienes ni idea de todo lo que estoy haciendo para criar a mi hija! ¡Ni idea!

¿Pero de qué estaba hablando ahora?Y encima iba a montarme otro *numerito*…

Ya está. Había llegado a mi límite.

Estaba hasta los cojones.

—No, no la tengo —admití, encogiéndome de hombros—. Y tampoco me interesa.

Y con eso, le cerré la puerta en la cara. Pero no de golpe. No. La empujé lentamente, mirándola fijamente a los ojos hasta el último segundo.

—¡Maleducado! ¡Voy a llamar a la policía! —exclamó desde el otro lado mientras aporreaba la puerta.

—¡Llama a quien te salga de las narices! —grité de regreso.

Me giré para mirar a Oliver, que observaba la puerta, atónito.

—Entonces, ¿qué? —le pregunté—. ¿Pedimos una pizza y mientras la esperamos jugamos la revancha?

Me di la vuelta y me dirigí hacia el sofá, ignorando los constantes aporreos en la puerta y las amenazas que se escuchan al otro lado. Y luego el maleducado era yo…

Oliver, quien seguía con la boca abierta, pareció reaccionar. Asintió, aturdido, y me siguió, ocupando el mismo sitio en el que había estado sentado antes.

—Así que esa es tu vecina —dijo mientras agarraba el mando—. Parece maja. Deberíamos haberla invitado a cenar

—Vete a la mierda.

—No se por qué te enfadas. —Cogió el mando y lo dejó sobre sus vaqueros—. Es lo más interesante que te ha pasado en los últimos meses.

Del otro lado de la puerta, los golpes fueron menguando hasta desaparecer. Al parecer, la vecina se había cansado de dar un concierto gratuito.

—¿De qué quieres la pizza? —le pregunté mientras sacaba el móvil para hacer el pedido.

—De lo que sea, pero que lleve piña.

Puse los ojos en blanco.

—Echarle piña a la pizza es un sacrilegio —bufé—. Siempre has sido un bicho raro.

—Por eso soy tu mejor amigo —respondió guiñándome un ojo, sin sentirse ofendido por mi comentario. Seguramente, hasta se lo había tomado como un halago—. ¿Crees que tu nueva amiga volverá con refuerzos? —preguntó, echando una mirada rápida a la puerta. A pesar de su tono casual, pude ver una leve preocupación en la forma en la que curvaba sus labios.

Suspiré.

—Espero que no llame a la policía.

No porque tuviese miedo, porque ella no tenía la razón. Sino porque tendría que identificarme y, aunque se suponía que no podían revelar esa información, no sería la primera vez que la policía habría filtrado alguna información comprometedora mía.

—Yo más bien estaba pensando en que trajese con ella alguna amiga igual de buenorra que ella.

—¿En serio? —Miré a Oliver y este me respondió con una sonrisa inocente—. Hay que joderse —mascullé poniendo los ojos en blanco.

—¿No me dirás que no está buena?

Lo estaba.

A pesar de nuestra discusión, me había fijado. Sabía reconocer a una mujer preciosa cuando la veía, y ella lo era. Una pena que fuera insoportable.

—No me he fijado —mentí descaradamente.

Y por la forma en la que Oliver arqueó una ceja con diversión, se dio cuenta. Dejó el mando a un lado de él y se levantó del sofá para acercarse a la amplia ventana que se encontraba a un lado de la sala.

—Creo que lo mejor va a ser cerrarla —me explicó cuando fruncí el ceño. Cerró la ventana, pero poco satisfecho con eso, tiró de la cuerda del estor—. Hemos tenido demasiada diversión por hoy.

—¿Ahora tengo que morirme de calor porque a una vecina impertinente le molesta que me divierta en mi casa? —me quejé.

Oliver suspiró.

—Vincent, que estamos a finales de septiembre, no en pleno agosto. Y esto es Liverpool, no Los Ángeles. —Cruzó la sala y volvió a sentarse en el sofá—. Además, no creo que quieras arriesgarte. —Él adquirió una expresión más seria—. Aunque el inglés parecía su idioma materno, ella no es inglesa, su acento la delata. Pero tú eres conocido en todo el planeta.

Mierda.

Oliver tenía razón. Ni siquiera había pensado en eso hasta ahora.

¿Cómo se me había ocurrido arriesgarme tanto?

Si ella me reconocía y se corría la voz, estaba perdido.

—¿Crees que me habrá reconocido?

Oliver negó con la cabeza.

—Estoy bastante seguro de que no. No parecía conocerte de nada.

—Quizá estaba fingiendo.

—O tal vez nunca ha escuchado tu música, ni visto tu cara. Puede que tu ego no pueda soportarlo, pero no le gustas a todo el mundo.

A pesar de que Oliver tan solo pretendía aligerar la tensión con su broma, no pude evitar que un nudo amargo se instalara en mi garganta.

—Ahora mismo eso no daña mi ego. —En un pasado lo habría hecho—. Me gustaría ser un desconocido —reconocí con un suspiro, porque hasta hacía tres meses atrás no había sido consciente de lo instalada que esa idea llevaba en mi cabeza durante los últimos años.

Oliver me dio una sonrisa comprensiva. Era el único amigo de mi infancia que conservaba. Él siempre había estado ahí para mí; incluso cuando me había comportado con él como un auténtico gilipollas.

Jamás me había reprochado nada, porque así era él.

—Creo que, por lo menos, con tu vecina lo has conseguido —dijo, dándome una suave palmada en el hombro—. Para ella solo eres un vecino malhablado y maleducado. Puede que hasta piense que eres un vago que no hace nada en todo el día.

Le lancé una mirada fulminante. Aunque esperaba que fuese así. No solo porque no quería tener que lidiar con la prensa en la puerta, sino porque aún no estaba preparado para enfrentarme al mundo de nuevo.

Y tenía que reconocer que era refrescante que esa chica no me hubiese reconocido. Era liberador que no hubiese caído rendida a mis pies olvidando su enfado porque ser quien era yo.

Quizá al final Oliver tenía razón y esa chica era lo más interesante que me había pasado en meses. O quizá, incluso en años.

Capítulo 4

Lyra

Hay días en los que lo mejor es quedarse bajo las sábanas. Días en los que te levantas con el pie izquierdo y todo parece ir mal desde el primer momento. Pues bien, ese sábado iba a ser uno de esos días.

—¡Mamá, no queda más leche! —me gritó mi hija desde la cocina.

—¡Espera un segundo, cariño! —le respondí en el mismo volumen.

Me puse a toda prisa el jersey morado de punto que sostenía entre mis manos. Después, me abroché el botón de mis pantalones negros mientras corría hacia la cocina. Normalmente, solía despertarme con tiempo de sobra, pero esa mañana, no había escuchado el despertador, algo raro en mí. Nunca me dormía. Nunca.

Hasta ese día, claro.

—¡Vega! —grité, alarmada.

Mi hija había arrastrado un taburete de madera hasta la encimera de la cocina. Se había subido a él y estiraba sus bracitos en un intento desesperado por alcanzar los estantes superiores. Evidentemente, era imposible que llegara. Antes terminaría en el suelo.

Exhalé un suspiro de alivio cuando, tras unos segundos de esfuerzo inútil, se dio cuenta de que no lo conseguiría y decidió bajarse. Pensé que el peligro había pasado, pero me equivoqué.

Tan concentrada estaba en su misión, que ni siquiera pareció notar mi presencia. Caminó unos pasos, recogió el libro que la noche anterior había dejado sobre una de las sillas, y lo colocó con determinación sobre el taburete. Fruncí el ceño, sin comprender qué

pretendía, hasta que la vi apoyar las manos sobre el libro, dispuesta a usarlo como trampolín para ganar altura y volver a subirse.

Corrí hacia ella y la agarré en el último segundo, justo antes de que intentara su temeraria acrobacia digna de un circo. Porque, a diferencia de los trapecistas, ella no caería en una red, sino sobre el duro azulejo.

—Cariño, ¿qué haces? Vas a hacerte daño.

—Buscar la leche, mamá —me contestó, como si fuera una respuesta obvia—. El brik que me has dado está casi vacío y en la nevera no hay otro. —Señaló la puerta de la nevera, que había conseguido abrir, pero por la manera que estaba entreabierta, no cerrar.

Suspiré.

—Tenías que haber esperado a que yo te diera otro —le dije—. Podías haberte caído. Es demasiado peligroso que te subas al taburete. Además, ahí no guardo la leche. —La solté con suavidad y la aparté ligeramente antes de agacharme para abrir la puerta de uno de los armarios bajos—. La guardo… —Me interrumpí al darme cuenta de que no quedaban más briks.

Había olvidado comprar leche. Probablemente, si no hubiera estado ocupada en darle un escarmiento a la ladrona de galletas, me hubiera acordado. Definitivamente, el karma se estaba ensañando conmigo.

—¿No queda? —preguntó Vega, asomando su pequeña cabeza para ver el estante vacío.

—No, cariño, no queda leche. Voy a llamar a tu padre para que compre una en el súper. ¿Por qué no te tomas el zumo de naranja mientras lo esperamos? Venga, corre, que se le van a ir las vitaminas.

Sí, sabía que eso solo era un mito, pero, como buena madre, a veces también recurría a pequeñas mentiras piadosas para convencerla de hacer lo que debía.

Vega, como la niña obediente que de vez en cuando era, asintió y corrió hasta la mesa que se encontraba frente al pequeño sofá, donde solíamos desayunar. Bueno, desayunar, comer y cenar. Había intentado comprar una mesa de comedor, pero el espacio no daba

para tanto. Al menos, cada una tenía su propia habitación, que ya era mucho decir en un piso tan pequeño.

—¿Va a tardar mucho papá? —me preguntó desde el salón.

Esa era una buena pregunta. ¿Dónde estaba Daren? Miré el reloj de la cocina, que marcaba las siete de la mañana. Ya tenía que haber llegado hacía diez minutos. Iba a ir a mi cuarto a por el móvil para llamarle cuando sonó el timbre.

Un suspiro de alivio brotó de mis labios mientras me dirigía hacia la puerta. Una parte de mí había creído que me la había vuelto a liar y había hecho una de las suyas, dejándome colgada a última hora.

Mi tranquilidad solo duró dos segundos, los mismos que tardé en abrir la puerta y ver que detrás de ella no se encontraba mi exmarido —bueno, mi marido, ya que legalmente seguíamos casados— sino un chico que no tardé en reconocer.

El chico que me abrió la puerta del energúmeno de mi vecino dos días atrás, se encontraba en el descansillo, sosteniendo lo que parecía ser una bandeja con un papel de aluminio. Tenía el cabello castaño oscuro, del mismo color que sus cejas gruesas, y unos bonitos ojos pardos que me miraban con simpatía. Sus labios finos se torcían en una amplia sonrisa.

Me fijé en la cazadora fina de color gris que llevaba puesta, observando la camiseta negra que traía puesta debajo, reconociendo el símbolo dorado de Batman en el centro.

—Buenos días —saludó alegremente. Respondí a su saludo con un movimiento de cabeza, sin saber cuál era la razón por la que estaba allí—. ¿Puedo pasar?

A pesar de que aquel chico no parecía tan desagradable como su amigo, lo último que me apetecía era dejarlo entrar en mi casa.

—En realidad, estoy ocu…

Ni siquiera pude terminar la frase, porque me interrumpió.

—Oh, vamos. Solo va a ser un minuto. —Y antes de que pudiera replicar, se las apañó para entrar por el hueco libre que había entre el marco de la puerta y yo y adentrarse en mi apartamento, como si eso fuera algo normal. Como si fuéramos viejos amigos.

—Ocupada, estoy ocupada —terminé, a pesar de que él ya estaba dentro.

—Solo voy a robar dos minutos de tu tiempo —dijo, y yo cerré la puerta con resignación. Al fin y al cabo, ya estaba dentro de mi casa—. Me siento mal por la forma en la que nos conocimos. Digamos que empezamos con mal pie. He venido a disculparme y a ofrecerte un tratado de paz en forma de bizcocho. —Alzó un poco la bandeja que sostenía.

—Mira, agradezco que hayas venido. Aunque, en realidad, no eres tú quien debe disculparse. —Más bien, debería hacerlo el energúmeno de su amigo. Siendo justa, ahora que habían pasado unos días, tenía que admitir que yo tampoco me había presentado de la mejor manera.

—Lo sé, pero Vincent puede ser bastante arisco. —El chico negó con la cabeza, como si estuviera acostumbrado a lidiar con ese tipo de situaciones—. Aunque, para que conste, también está muy arrepentido.

Entrecerré los ojos con desconfianza. Si algo había aprendido de mi matrimonio fallido con mi exmarido, era a detectar las mentiras al vuelo. Y Daren era mucho mejor mentiroso de lo que este chico era.

—Eso no es cierto.

—No, no lo es. —Él me dio una falsa sonrisa de disculpa mientras alzaba sus hombros—. Pero mis disculpas sí lo son.

Definitivamente, ese chico era un encantador de serpientes. Pero estaba siendo amable y se había tomado la molestia de venir hasta mi casa para disculparse, e incluso, me había preparado un bizcocho.

Eso era todo un detalle de su parte.

—Y te lo agradezco, al igual que el bizcocho, pero no tenías por qué…

—Oh, sí que tenía —me interrumpió—. Es casero. Lo he hecho yo mismo —añadió con orgullo—. Y me han dicho que soy un excelente cocinero.

—No lo pongo en duda, pero…

De nuevo, no pude terminar la frase, porque me volvieron a interrumpir, pero, esta vez, no fue el chico.

—¿Has traído un bizcocho? —Vega se encontraba a mi lado, mirando la bandeja que el chico sostenía con entusiasmo.

El chico esbozó una gran sonrisa y avanzó un par de pasos para situarse frente a mi hija. Se puso de cuclillas para estar a su altura.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? ¿Es tu hija? —me preguntó y yo asentí—. Sí, es de zanahoria —le contestó—. ¡Y puedo asegurarte que es el bizcocho más rico de todo el planeta!

No pude evitar sonreír mientras negaba con la cabeza, porque ese chico no tenía abuela.

Vega asintió con entusiasmo, y como si fuera un amigo de toda la vida —porque mi hija tendía a hablar hasta con las farolas—, agarró su muñeca. El chico se levantó, haciendo malabares para no soltar el bizcocho con la otra mano, y dejó que mi hija le guiara hasta el pequeño sofá azul de dos plazas. Vega, de un salto, se sentó en el sitio que había ocupado minutos antes y dio unas pequeñas palmaditas en el hueco libre a su lado, animándole a que se sentara.

Dejó la bandeja sobre la mesa que se encontraba frente al sofá y retiró con cuidado el papel de aluminio que cubría el bizcocho. Al instante, un delicioso aroma a masa recién horneada inundó la estancia, y no pude evitar que se me hiciera la boca agua.

—A ver si es verdad que es el mejor bizcocho de todo el planeta —dijo mi hija con una seriedad que me hizo reprimir una carcajada —. Yo soy muy exigente.

—¡Vaya! Eso me pone nervioso —bromeó él, acomodándose a su lado—. ¿Has probado muchos bizcochos?

—Muchísimos —afirmó Vega con orgullo—. Me gustan mucho los postres

—El nivel está alto entonces… —El chico puso una falsa expresión seria—. Pero confío en mí mismo. —Le guiñó un ojo a mi hija y ladeó la cabeza para mirarme—. ¿Tienes un cuchillo? —me preguntó.

—Sí, claro —asentí, dándome la vuelta y caminando hasta la cocina para abrir uno de los cajones y sacar un cuchillo. Me acerqué a él y se lo entregué—. Aunque, de verdad, tenemos prisa. Te agradezco un montón el detalle que has tenido, pero entro a

trabajar en menos de… —miré mi reloj de pulsera— media hora. —Y la cafetería en la que trabajaba estaba a veinte minutos andando. Iba a llegar tarde, otra vez.

—Pues qué mejor razón, entonces. —El chico sostuvo el cuchillo en su mano derecho y partió tres porciones—. Cómo siempre me dice Florence, no se puede empezar el día con el estómago vacío. Toma, ya verás cómo te viene bien. —El chico me dio un trozo, ignorando mis peticiones. Ni siquiera sabía quién era esa tal Florence.

—Gracias —dije, ¿por qué que otra cosa podía decirle?

—¿Cómo te llamas, pequeña? —le preguntó a mi hija.

—Vega, como la estrella más brillante de la constelación de Lyra —se presentó con ese orgullo que brillaba en sus ojos cada vez que decía su nombre. Y, como cada vez que lo hacía, mi corazón se derritió. Después, ladeó su cabeza para mirarme—. Y mi mamá se llama como la constelación.

—Así que has llamado Vega a tu hija porque es tu estrella más brillante —comentó el chico con una sonrisa a la vez que le daba un trozo de bizcocho a mi hija—. Eso es muy tierno.

—Exacto —respondí, sin poder evitar que una sonrisa bobalicona se dibujara en mis labios.

Mi padre había sido un amante de la astronomía. Para él no solo había sido su trabajo, sino también su gran pasión, parte de su vida. Por eso convenció a mi madre para que me llamaran como su constelación favorita.

Y yo decidí seguir lo que para mí ya era una tradición. Vega había llegado a mi vida de una manera inesperada, pero se había convertido en todo para mí, en el centro de mi existencia y, por supuesto que, era mi estrella más brillante.

—¿Te gusta mi nombre? —le preguntó Vega al chico, y seguidamente, le dio un mordisco a su trozo de bizcocho.

—Me encanta —respondió él—. Yo soy Oliver, como Oliver Twist. Menos travieso, pero igual de divertido —se presentó.

—Tenías razón. ¡Es el mejor bizcocho del planeta! —gritó Vega. Habló con tanta emoción que, pequeños trozos de bizcocho volaron

de su boca y se esparcieron por todo el sofá y por los pantalones vaqueros de Oliver.

—Vega, no se habla con la boca llena —la regañé.

Pero mi hija tenía razón, porque acababa de darle un mordisco al bizcocho de zanahoria que Oliver había preparado y dios, estaba delicioso.

—Bueno, ahora sí que sé que te ha gustado. No hay mejor halago que una lluvia de migas —dijo Oliver, provocando que mi hija se riese.

Tenía que reconocer que ese chico era simpático. Decidí que no iba a juzgarlo solo por cómo se había comportado su amigo.

El sonido de mi teléfono móvil resonó por el apartamento. Corrí hasta mi habitación, esperando que fuera Daren avisándome que estaba a punto de llegar, aunque algo no me olía bien.

«Vamos, Lyra, tranquilízate. No te la va a liar; no esta vez».

Cogí el teléfono que descansaba sobre la mesita de noche. El nombre de mi exmarido brillando en la pantalla.

—Dime que estás llegando —le pedí a modo de saludo.

Por favor, por favor, que estuviera de camino.

En el instante en el que mi respuesta fue recibida con un silencio al otro de la línea supe que mis plegarias no habían sido escuchadas.

—Lyra. —Pude identificar un murmullo detrás de él.

—Me lo prometiste, Daren —le reproché antes de que él siguiera hablando, porque no quería escuchar lo que tenía que decirme—. Me prometiste que vendrías —bajé la voz al darme cuenta de que la había elevado más de lo debido y caminé hasta la puerta para entrecerrarla con mi pie derecho. Lo último que quería era que Vega me escuchara discutir con su padre. Bastante tenía con que apenas pasara tiempo con ella.

—Lo sé, Lyra, e iba a ir. Pero me ha surgido algo. Ya sabes cómo es esto de los negocios. No puedo simplemente desaparecer cuando estoy a punto de cerrar un trato importante.

—¿Un trato importante? —repetí con escepticismo.

—Sí, es complicado de explicar, pero básicamente hay un inversor interesado en una idea revolucionaria.

Resoplé.

Ya empezábamos…

—Daren, si me dices que has metido dinero en otro negocio absurdo, juro que…

—¡No es absurdo! —replicó con una seguridad que no me creí ni durante un instante—. Esta vez, es algo serio —añadió, y a pesar de que no necesitaba ninguna explicación más, él estaba empeñado en dármelas—. Es un restaurante temático de… —hizo una pequeña pausa, emulando a la tensión de los programas de cotilleo cuando iban a dar una noticia importante—. ¡pingüinos!

¿Pingüinos? ¿Cómo qué pingüinos?

Pensaba que después de siete años de relación con Daren y dos separados nada que pudiera decirme o hacer me sorprendería. Definitivamente, me había equivocado.

Cerré los ojos, inhalé profundamente y conté hasta tres.

—¿Pingüinos? —repetí, tratando de controlar mi voz.

—Sí, sí, imagínatelo —respondió con entusiasmo—. Camareros vestidos de pingüinos, platos inspirados en la Antártida, y el postre estrella: un Iglú de chocolate blanco. ¡Es brillante!

No, era una estupidez.

Cualquiera que no conociese a Daren pensaría que estaba bromeando, pero yo lo sabía mejor: él hablaba completamente en serio.

Aunque Daren no tenía demasiado dinero para invertir, gastaría en esa idiotez el poco dinero que habría ganado en las apuestas o cualquier cosa del estilo. Él nunca me daba dinero para la manutención de Vega y yo lo había aceptado. Me había resignado.

A mis veinticuatro años, era una madre joven, pero luchadora. Aunque no necesitaba a ningún hombre para criar a mi hija, quería que ella tuviese a su padre de la misma manera que yo había tenido al mío. La pérdida de mi progenitor cuando tan solo tenía catorce años había sido lo más doloroso a lo que había tenido que enfrentarme en mi vida. Sin embargo, siempre atesoraría los recuerdos felices a su lado: como cuando me enseñó a andar en bicicleta, o aquella noche en la que me llevó al jardín y, con su telescopio, me mostró por primera vez las estrellas, señalándome

constelaciones como si fueran cuentos en el cielo. También recordaba con cariño como, cada domingo por la mañana, preparaba tortitas en forma de animales solo para verme sonreír. Esos pequeños momentos eran nuestro mundo.

Quería que Daren fuese el héroe de Vega, su ancla. Por eso hacía de tripas corazón, por eso soportaba sus constantes decepciones e ignoraba sus desplantes, pero estaba visto que eso nunca pasaría.

Caminé de un lado a otro de la pequeña habitación, a punto de sufrir un ataque de nervios. Iba a matarlo.

—Sí, claro, como siempre —dije con ironía. Y pensar que hubo un tiempo en el que creí en sus absurdos negocios, e incluso le di el poco dinero que tenía para que invirtiese en ellos—. Vas a perder el dinero. Pero eso me da igual. Lo que me importa es Vega.

—Es por ella por quien lo estoy haciendo, Lyra. Quiero ganar dinero para darle una buena vida.

—¿Y no puedes ganar dinero como la gente normal? Búscate un trabajo, Daren.

Él exhaló una respiración profunda.

—No estoy hecho para trabajar en una obra o de camarero. Ya lo sabes, Lyra. Yo soy un emprendedor, soy…

—¡Cállate! —grité, sin poder controlar mi furia—. Estoy cansada de escuchar tus excusas. Me pediste que nos mudáramos a Liverpool para ver a Vega. Me dijiste que tenías un buen trabajo y que podías conseguirme uno como camarera en la cafetería de uno de tus socios. También me dijiste que tenías una bonita casa en la que viviríamos las dos. —Y yo confié en él una vez más. Como una completa idiota.

Pensé que, quizá, había cambiado; que en los últimos dos años, en los que no habíamos estado juntos, había madurado. Que tal vez me había fallado como marido, pero que no fallaría a Vega como padre. No otra vez.

Qué equivocada había estado.

—Y te conseguí un trabajo y una casa.

—¡¿Una casa?! Tienes suerte de que Vega estuviera en el colegio cuando los verdaderos dueños entraron y me confundieron

con una ladrona.

—Vale, lo de la casa salió un poco mal —reconoció con una exhalación—. No esperaba que decidiesen regresar de Chicago cuando llevaban viviendo allí durante los últimos cinco años. Eso fue mala suerte. —Ni siquiera quería saber qué relación tenía con los propietarios de la vivienda o cómo había conseguido las llaves. Y honestamente, algo que había aprendido con Daren era que: cuanto menos detalles tuviese de sus chanchullos, mejor—. Pero el trabajo te lo conseguí.

—No me lo conseguiste, el dueño me lo dio porque se apiadó de mí. —El pobre hombre casi me echó a patadas cuando me presenté en su cafetería y le conté que venía de parte de Daren Mokoena—. Y no es tu socio, te dio mil libras para un negocio que nunca existió y todavía no se las has devuelto. La única razón por la que me contrató es porque le dio lástima que nuestra hija te tuviese como padre.

—Bueno, pero te lo dio de todos modos.

—Y ahora, me va a despedir por tu culpa —le reproché mientras me pasaba una mano con desesperación por mi rostro—. ¿Se puede saber con quién dejó a Vega si no vienes a recogerla?

La joven polaca que cuidaba de mi hija cuando yo no podía estaba de viaje con su novio. Y era tarde para buscar otra niñera. Además, era la única niñera que podía permitirme, ya que cuidaba de Vega a cambio de que yo le impartiera clases de inglés.

Daren suspiró al otro lado de la línea.

—No sé, Lyra. ¿No puedes llevarla contigo?

—¡Claro! Y la pongo a servir cafés mientras yo limpio mesas —espeté con sarcasmo—. No, Daren, no puedo llevarla conmigo.

Unas voces indistintas se escucharon al fondo, en un idioma que no pude identificar al principio. Pero al oír una palabra que se repitió varias veces, supe que era español. Daren respondió en el mismo idioma.

Me quedé en silencio, sorprendida. ¿Desde cuándo hablaba español? Ni siquiera lo sabía. En realidad, había muchas cosas de mi exmarido que desconocía. En una época había estado

completamente convencida de que lo conocía mejor que la palma de mi mano.

Qué crédula había sido.

—Lyra, cariño, te tengo que dejar. Si alguien es capaz de encontrar una solución, esa eres tú. Eres una heroína. No sabes lo que me alegro de que seas la madre de nuestra pequeña.

Puse los ojos en blanco. Daren tenía un encanto peligroso, uno que antes me derretía, pero que ahora no hacía más que sacarme de quicio.

Iba a decírselo, pero me colgó antes de que pudiera pronunciar una palabra.

Suspiré, mirando el teléfono.

Ese sinvergüenza siempre me hacía lo mismo. Aunque la tonta era yo por creer, una y otra vez, que por fin había sentado la cabeza y había cambiado. Daren era un mentiroso patológico, un irresponsable y un aprovechado que, a pesar de tener ya veintiocho años, nunca iba a establecerse.

Pero Vega lo adoraba y, pese a su gran lista de defectos, él la adoraba a ella. Cuando estaban juntos era como si el mundo entero desapareciera a su alrededor, como si nada más importara. La forma en la que se miraban, cómo él se derretía cuando Vega lo abrazaba, era como una versión idealizada de lo que siempre quise para ellos. Pero, el problema era que, rara vez estaban juntos.

Cerré mis ojos y eché mi cabeza hacia atrás, pasándome la mano con la que no sostenía el móvil por la cara.

Salí de la habitación. Oliver seguía sentado en el sofá, pero no había rastro de Vega.

—Está en el baño —me informó, anticipándose a la pregunta que estaba a punto de hacer.

—¿Por casualidad no conocerás a alguna niñera que pueda cuidar a Vega ya mismo? —pregunté. Iba a suponer un gran esfuerzo para mí tener que pagarla, pero estaba completamente desesperada—. Me ha fallado la persona que iba a cuidarla —dije, evitando adrede dar muchas explicaciones.

Oliver negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no.

Suspiré profundamente, sintiendo cómo la presión comenzaba a acumularse en mi pecho. Mi mente corrió a toda velocidad, buscando opciones, cuando, en realidad, no tenía ninguna. Estaba atrapada. Aunque mi jefe había sido increíblemente comprensivo conmigo hasta ahora, sabía que si volvía a fallarle, me despediría sin dudarlo. Me lo había advertido varias veces. La última vez, había tenido que abrir la cafetería varias horas más tarde porque no pude llegar a tiempo debido a una emergencia con Vega. Había sido un caos y el dueño había mostrado una paciencia que sabía que no iba a durar mucho más. Si me ausentaba de nuevo sin previo aviso, perdería mi trabajo.

Y no tenía familia en Liverpool.

—¿Qué narices voy a hacer ahora? —La pregunta salió más por la frustración que sentía en ese momento, más que una espera de respuesta, pero, a pesar de todo, Oliver me escuchó.

—Tengo el día libre. Si quieres, puedo quedarme con Vega —se ofreció.

—Muchas gracias, es muy dulce de tu parte. —Esbocé una sonrisa, porque pese a todo, había personas buenas en el mundo—. Pero lo último que quiero es molestarte. Yo…

—Vamos, aquí dónde me ves, soy bueno con los niños —insistió, levantándose del sofá—. Además, ya he conquistado a tu hija. Bueno, lo ha hecho el bizcocho, pero yo lo he cocinado.

No podía aceptar. Por mucho que estuviera desesperada, no podía dejar a mi hija al cuidado de Oliver. Por muy amable y considerado que pareciera, no dejaba de ser un desconocido.

Parecía un buen chico, ¿pero y si no lo era? ¿Y si resultaba ser un psicópata?

Aunque si me despedían, no podría pagar el apartamento. Y Vega y yo tendríamos que regresar a Ciudad del Cabo, donde ya no teníamos ni una casa; no teníamos nada… Había dejado lo poco que teníamos atrás para mudarnos a Liverpool. Ni siquiera disponía del suficiente dinero para poder comprar los billetes de avión.

¿Y si me llevaba a Vega a la cafetería? Si le pedía que estuviera quieta… No, mi jefe, Connor, había sido muy claro con lo de que mi

hija me acompañara mientras trabajaba. Ya me lo advirtió la última vez.

Estaba en un callejón sin salida. ¿Qué iba a hacer?

—Soy inofensivo, lo juro —dijo Oliver, interrumpiendo mi debate interior. Alzó las manos y adoptó una expresión angelical—. ¿Tú crees que con esta carita haría daño a alguien? —preguntó, haciendo un mohín. Si no estuviera tan agobiada , me habría echado a reír—. Piensa en mí como un niñero —añadió, mirando fugazmente hacia mi habitación—. Un niñero gratis.

No me gustó la mirada de lástima que me dio, pero antes de que pudiera responderle, Vega salió del baño y apareció en el salón.

—Mamá, ¿cuándo viene papá?

Mordí mi labio inferior, nerviosa, sin saber cómo explicarle a mi hija que su padre había vuelto a dejarla tirada.

—Papá me ha llamado para decirme que nada le gustaría más que estar aquí contigo, pero… —Me quedé en silencio, intentando encontrar una razón diferente a que su padre era un irresponsable —. Le ha surgido un tema de trabajo —dije al final, porque me había quedado sin excusas. Las había agotado todas las anteriores veces.

—A papá siempre le surge algo —suspiró Vega, con sus ojos oscuros brillando con lágrimas no derramadas.

A sus seis años era una niña muy inteligente. Una que se daba cuenta de que nunca era la prioridad para su padre. Iba a matar a Daren.

—En realidad, ha sido mi culpa —intervino Oliver, provocando que mi hija lo mirara—. Lo he llamado para pedirle que me permita quedarme hoy contigo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Vega, su expresión triste siendo sustituida por una mueca curiosa.

Oliver dio un paso hacia mi hija y se inclinó hacia ella para darle un suave toquecito en la nariz con su dedo índice.

—Porque necesito una niña pequeña, con el pelo oscuro y con el nombre de una estrella para una misión muy importante.

—¿Qué misión?

—Una secreta que solo puedo revelarte cuando tu madre se marche a trabajar.

Vega asintió exageradamente con su cabeza con una expresión seria. Después, me miró fijamente.

—Mamá, te tienes que ir.

Observé atónita la interacción entre ambos. Aunque por un lado estaba aliviada de que mi hija se hubiera creído la excusa que Oliver se había inventado, me inquietaba que fuera tan confiada y que aceptara con tanta facilidad quedarse sola con un extraño.

—No creo que… —comencé, sin saber muy bien cómo terminar la frase.

Algo que no tuve que hacer, porque Oliver se encontraba frente a mí y estiraba su mano en mi dirección. Contemplé el objeto que yacía sobre su palma abierta, y cuando lo alcé, me di cuenta de que era su documento de identidad.

—Llévatelo, no puedo huir del país sin él —dijo con una sonrisa juguetona, pero sus ojos mostraban seriedad—. Confía en mí, Lyra. Puedes estar tranquila. No dejaré que a Vega le pase nada malo. Cuidaré de ella como si fuera mi propia hija.

Pasé mis uñas por el documento durante unos instantes antes de devolvérselo.

—No será necesario, Oliver.

—Muy bien, entonces. —Él lo cogió y se lo guardó en su cartera para meterla dentro del bolsillo derecho de su cazadora—. Si después del trabajo quieres tomarte algo con tus compañeros, puedes hacerlo. Vega y yo vamos a pasarlo muy bien.

—No he dicho que esté de…

Sin dejarme terminar, Oliver se tomó la confianza de coger mi chaqueta vaquera y el bolso negro que se encontraban colgados en el viejo perchero de la entrada. Se acercó a mí y apoyó una de sus manos en mi espalda mientras me guiaba por todo el piso hasta llegar a la puerta y, cuando estaba cruzando el umbral, me los dio.

Prácticamente, me arrastró fuera de la casa. Después de intercambiar nuestros números y pedirle insistentemente que me llamara en el caso de que ocurriera algo, me pregunté si estaba siendo una buena madre.

Tal vez no era tan diferente de Daren, después de todo.

Capítulo 5

Vincent

Estaba en mi antigua habitación de niño, sentado en la cama con la guitarra en las manos. Mis dedos recorrían las cuerdas con una facilidad que hacía años no sentía. La melodía llenaba el aire, envolviéndome en una sensación de paz y plenitud. Hacía tiempo que no me sentía tan feliz, tan en sintonía conmigo mismo.

De repente, un sonido rompió la armonía.

Abrí los ojos de golpe. Ya no estaba en mi antigua habitación. Tampoco estaba en mi mansión de Los Ángeles.

Aún adormilado, hundí la cabeza un poco más en la almohada mientras trataba de identificar el sonido que me impedía continuar con mi sueño. Sin molestarme en mirar la pantalla del móvil, estiré la mano y, con un movimiento automático, rechacé la llamada. Luego, sin pensarlo demasiado, lo apagué por completo.

Era algo que hacía de manera inconsciente. Tenía un sueño tan profundo que siempre tenía que ponerme dos despertadores y siete alarmas. Cuando estábamos de gira, Rory se tomaba la licencia de entrar en mi habitación y despertarme personalmente. Algo que aborrecía y que era una invasión a mi privacidad, pero era tan efectivo que no me había quedado otra opción más que pasarlo por alto. Eso y que a Rory le jodía lo mismo que a mí.

«No soy tu maldita niñera», solía farfullar. Sobra decir que era al único al que se lo permitía, ya que cualquier trabajador que se atreviera a hacer algo así, era automáticamente despedido. No era como si a él pudiera despedirlo.

Al contrario de lo que mi hermana pensaba, Rory era un buen tipo. Pero era tan estrellita como yo.

No tardé en volver a quedarme profundamente dormido.

—¡Vamos, bella durmiente, despierta! —Una voz, seguida de un tirón en mi almohada, hizo que me despertara.

—¿Qué cojones? —mascullé mientras abría los ojos, somnoliento.

Oliver se encontraba frente a mí, con la rodilla derecha apoyada sobre el respaldo de la cama y la almohada que me había robado en la mano.

—¡Venga, que ya es de día!

—Lárgate, estoy durmiendo. —Agarré otra de las almohadas y me di la vuelta, ignorando sus gritos.

Estaba empezando a arrepentirme de la copia de llaves que le había dado. Había sido para emergencias, pero él la usaba para entrar cuando le daba la gana, como si fuera mi compañero de piso.

Me puse la almohada debajo de la cabeza y me acomodé en ella, cerrando los ojos, dispuesto a caer de nuevo en los brazos de Morfeo. Pero mis intenciones se fueron al traste en cuanto sentí un chorro de agua caer sobre mí.

Me incorporé de golpe, sentándome en el colchón, aturdido. Mis ojos pasaron de las sábanas empapadas que me cubrían hasta el vaso vacío que Oliver sostenía, para darme cuenta de que el muy gilipollas me había tirado agua.

—¿Qué haces?

—Sabes que no soy muy fan de Rory, pero tengo que reconocer que su método es efectivo. —Había mañanas, especialmente aquellas en las que había tenido una noche ajetreada, en las que mi mánager solía despertarme con un balde de agua, pero el de él venía con hielos incluidos—. Lo siento, amigo, pero las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Miré el reloj de pared que colgaba en la pared frontal de mi habitación. Era un modelo clásico, de marco negro y fondo blanco, con grandes números romanos y agujas elegantes que se movían con precisión. La aguja del minutero rozaba el número doce, mientras que la de las horas apuntaba directamente al ocho.

—Tiene que ser una jodida broma. Mierda, Oliver, son las ocho de la mañana, me he acostado hace dos horas. —Me había quedado hasta tarde jugando un torneo *online* de *Call of Duty*—. Hazme un favor y lárgate, luego hablamos. O quédate por aquí si quieres, me da igual.

—No puedo, Vincent. Escúch…

—Deja de tocarme los huevos, Oliver —le corté.

—Tu vecina tiene razón, deberías de decir menos palabrotas. Y hablando de tu vecina…

Por fortuna, el vaso que había usado, que lo había cogido de mi mesita de noche, estaba medio lleno, y había mojado más las sábanas que a mí. Aunque por su puta culpa las tendría que volver a secar y me tocaría dormir en el sofá.

Aparté las sábanas de un tirón, maldiciendo entre dientes.

—Oliver —lo llamó una voz femenina e infantil.

Una niña se detuvo en el umbral de la puerta. Vestía un mono vaquero rosa sobre una camiseta blanca de manga larga. Llevaba su cabello oscuro y rizado recogido en dos moños, cada uno adornado con un lazo azul. Por un instante, me pareció vagamente familiar, pero no logré identificar a quién me recordaba.

Sintiéndome más avergonzado que nunca, me tapé rápidamente con las sábanas hasta el cuello, ya que solo llevaba unos calzoncillos. Aunque no debería sentirme avergonzado, más que nada porque estaba en mi casa y tenía derecho a dormir desnudo si quería.

Los ojos grandes y casi negros de la niña pasaron de Oliver a mí.

—¿Y tú quién eres?

—Él es Vincent, un amigo —respondió Oliver por mí.

La niña esbozó una gran sonrisa.

—Hola, Vincent. Yo soy Vega.

—Vega, cariño, ¿por qué no vas al salón? —sugirió Oliver—. Dame unos minutos, que tengo que hablar con Vincent, y ahora vamos.

La niña arrugó su nariz, pero asintió y se dio la vuelta.

Oliver fue hasta la puerta y la cerró, asegurándose que Vega no pudiese escucharnos.

—¿Qué cojones, Oliver?

—Puedo explicártelo.

—Más te vale hacerlo —espeté, quitándome las sábanas mojadas y levantándome de la cama para buscar mi ropa deportiva, que debía estar esparcida por el suelo.

—Ella es Vega.

—Sí, eso ya lo sé. No soy sordo —bufé—. No sabía que ahora, los fines de semana, te habías buscado un curro extra haciendo de niñera.

Oliver se agachó para recoger algo del suelo y me lo lanzó. Hice una mueca cuando un pantalón de chándal negro cayó sobre mi cabeza. Con resignación, me lo puse.

—Es la hija de tu vecina. —Fruncí mi ceño al escucharle. ¿Mi vecina?—. La que vino hace unos días quejándose de lo mucho que gritas cuando juegas a la play.

—¿De la loca que gritaba más que yo?

—Sí, esa.

—¿Y se puede saber cómo has terminado cuidando de su hija?

—He ido a su casa esta mañana a disculparme.

—¿A disculparte? ¿Tú, por qué?

—En tu nombre. Te pasaste un poco, Vincent.

—¿Qué me pasé? —repetí, incrédulo. Eso era ya lo que me faltaba por escuchar—. Fue ella la que vino a mi casa a insultarme. Así que ya puedes retirar esas disculpas ridículas. En todo caso, es ella quien debería pedirme perdón a mí.

—La llamaste mala madre y le cerraste la puerta en la cara.

—No la llamé mala madre en ningún momento —aclaré, porque eso era algo que ella se había inventado por toda la cara—. Además, ella me gritó y me llamó energúmeno sin razón alguna. ¿Qué querías que hiciera, que la invitara a pasar y le ofreciera un té? —Seguramente, eso era lo que él habría hecho—. Bastante educado fui teniendo en cuenta las circunstancias.

Oliver entornó sus ojos y mordió su labio inferior mientras negaba con la cabeza.

—No me mires así. —Odiaba cuando él me miraba de esa manera, como si no se pudiese razonar conmigo.

—Es verdad que ella tampoco estuvo muy acertada —reconoció, rascándose la barbilla—. No importa quién de los dos tuviera razón. —Que, evidentemente, era yo—. Pero no te conviene llevarte mal con tu vecina. Y menos por una tontería. Además, parece una buena chica. Seguramente, tenía un mal día.

Arqueé una ceja.

—Una buena chica no se aprovecha de tu buena fe para encasquetarte a su hija.

—Ella no me la ha encasquetado, me he ofrecido yo. —Le dediqué una mirada de incredulidad, aunque no sabía de qué me sorprendía—. ¿Qué? —Oliver se encogió de hombros—. Estaba desesperada, Vincent. Tenía que ir a trabajar y el padre de la niña la ha dejado colgada en último momento. Ella no tenía con quién dejar a su hija y a nosotros no nos cuesta nada hacerle el favor—. La niña parece un encanto y…

—Espera, espera —le corté, porque ya le veía venir—. Dirás te cuesta, porque yo no quiero saber nada de esto —puntualicé. Él solito se había metido en ese lío y él solito iba a salir—. Si quieres hacer tu buena acción del día haciendo de niñera, adelante, pero a mí no me metas.

Oliver suspiró.

—Vamos, Vincent, solo van a ser unas pocas horas. La madre termina su turno a la una. Para cuando nos hayamos dado cuenta, ya se ha pasado la mañana.

—Ni de coña. —No estaba yo para hacer de niñera. Además, no se me daban bien los niños. Eran malcriados, pesados y un puto coñazo.

—¿Qué te cuesta? Si no tienes nada que hacer en todo el día.

—¿Cómo que no? —repliqué mientras me agachaba para coger mi camiseta blanca, que estaba debajo de la cama—. Pienso dormir toda la mañana y parte de la tarde. —Me puse la camiseta—. Y a las siete he quedado con Lord McMuffin y sus amigos para jugar una partida a *Call of Dutty*.

—¿Lord McMuffin? —repitió Oliver, enarcando una ceja—. ¿Por qué no Lord Cupcake?

Bufé.

—Es un *nick,* no tiene por qué tener sentido. La gente lo usa en Internet para no revelar su verdadero nombre. Así evita que la gente los reconozca —expliqué, a pesar de que sabía que Oliver, como diseñador de videojuegos que era, sabía esto mejor que yo—. Se llama intimidad.

—¿Y la gente que usa un *nick* pero luego revela su rostro? —preguntó, como si de verdad fuese una pregunta que le preocupase, pero yo sabía que solo me estaba tocando las narices.

—Por eso yo nunca pongo la cámara.

—Pero usas Vincent Allen como usuario.

Vincent era mi nombre y Allen el apellido de soltera de mi madre.

—El mundo entero me conoce como Rhett Lawson. —Ese nombre artístico se le había ocurrido a Rory, ya que decía que Vincent Terrent, que era el apellido de mi padre, no tenía el gancho suficiente para triunfar en la industria de la música.

Pocos de mis *fans* sabían mi verdadero nombre. En realidad, había mantenido mi vida antes de ser un cantante de éxito, escondida. Y dudaba que una sola persona supiese el apellido de mi madre.

—Por suerte para ti, Lyra no tiene la menor idea de quién eres.

—¿Lyra?

—Tu vecina, la madre de Vega —me respondió Oliver, como si fuera una información que debería saber—. La niña me ha contado que llevan unos meses viviendo en Liverpool. Antes vivían en Ciudad del Cabo. Para ser una niña de seis años, es muy habladora. ¿O es lo normal con esa edad?

—¿Me lo estás preguntando a mí?

—¿Hay alguien más en esta habitación?

—No sé nada sobre niños.

—No necesitas saberlo —me dijo Oliver con despreocupación—. Asegúrate de mantenerla viva hasta que la madre regrese y listo.

—No.

—Yo no puedo quedarme. Tengo una reunión.

—¿Cómo qué tienes una reunión? —pregunté, abriendo los ojos como platos—. ¿Hoy no es sábado? —Me rasqué la cabeza, confundido.

—Sí, pero ¿recuerdas al desarrollador estadounidense con el que hablé hace dos semanas? ¿Ese al que llevo persiguiendo durante meses? —Asentí con lentitud. Oliver había estado entusiasmado con eso—. Pues resulta que ha venido a Liverpool por

una reunión de negocios y quiere aprovechar para hablar conmigo. Mi equipo está entusiasmado. Si consigo que colabore con nosotros, sería ¡increíble! Hemos quedado en un restaurante del centro.

—Llévatela. A los niños les gustan los videojuegos.

—No del proyecto del que vamos a hablar. Va a ser un videojuego para mayores de dieciocho años.

—Pide otra mesa para la niña. Usa tu encanto natural para convencer a una camarera de que la cuide.

Oliver suspiró.

—No puedo llevármela, Vincent. ¿Qué impresión daría si aparezco con una niña de seis años? No me tomaría en serio.

—Pues una muy familiar.

—Vincent, estoy hablando en serio. Es una reunión importante.

—¿Y por qué te has comprometido sabiendo que tienes una reunión?

—El padre de la niña tenía que cuidarla hoy, pero en el último momento la ha dejado tirada. Lyra no sabía cómo darle la noticia a Vega y he tenido que intervenir. —Como hijo de divorciados que era, Oliver tenía un trauma que llevaba acarreando desde su infancia. Sus padres habían competido entre ellos durante toda su vida, intentando comprar su amor con regalos caros. Algo que, a día de hoy, seguían haciendo—. Sé que tengo que aprender a mantenerme al margen y es algo en lo que estoy trabajando con Bella —dijo, nombrando a su terapeuta—. Estoy en ello, ¿vale?

—Deberías cambiar de terapeuta. No te está sirviendo para nada.

—Venga, Vincent. Hazme este favor. —Se acercó a mí y se puso de rodillas, sosteniendo mis manos—. ¿Quieres que te suplique? Porque puedo hacerlo.

—Deja de hacer el gilipollas y haz el favor de levantarte —espeté, deshaciéndome de su agarre.

—No pienso hacerlo hasta que me digas que sí.

Lancé un bufido. Él había ganado y lo sabía. No podía negarme, no cuando él me había hecho millones de favores. Oliver era el único amigo que tenía. O por lo menos, el único al que yo le importaba de

verdad. El único que me conocía de toda la vida y jamás había intentado aprovecharse de mí.

El único que se había quedado a mi lado en las buenas y en las malas.

—¿Y qué va a pensar la madre cuando vea que me he quedado yo con ella?

Oliver esbozó una sonrisa triunfal a la vez que se levantaba del suelo.

—Se lo he dicho y le parece bien.

Enarqué una ceja.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Lyra no es rencorosa. Ella no está enfadada por lo que sucedió el otro día. Me ha dicho que sabe que eres una buena persona y que su hija no podría estar con nadie mejor.

—¿Y cómo sabe cómo soy? No me conoce.

—Es una mujer muy espiritual. Sabe reconocer cuando ve un alma pura.

Puse los ojos en blanco.

—A la una y cinco me voy a volver a meter en la cama. Haya vuelto ella o no.

Oliver pegó un salto y me abrazó.

—¡Eres el mejor! Sabía que no me dejarías tirado. —Me estrechó con fuerza hasta que lo aparté de un empujón—. Voy a despedirme de Vega —dijo alegremente mientras abría la puerta y salía de mi habitación.

Me pasé una mano por la cara intentando espabilarme. Esperaba que la mañana pasase pronto.

Me agaché para rebuscar unos calcetines blancos sucios que estaban desperdigados por el suelo y que estaban empezado a pedir un lavado urgente. Me los puse, y cuando salía de mi dormitorio y llegué al salón, vi cómo Vega le estaba dando un beso en la mejilla a mi amigo.

—Voy a cumplir mi misión secreta —le dijo con seriedad.

—Sé que lo harás, pequeña.

Como si tuviese miedo de que me arrepintiese, Oliver me hizo un gesto con la mano y salió corriendo hacia la puerta. Él siempre

decía que era un paquete para los deportes, pero cuando quería, podía ser sorprendentemente rápido.

—¿Qué misión secreta? —le pregunté, pero la puerta se cerró antes de que él pudiese contestarme, aunque tenía la sensación de que no quería hacerlo.

—Es secreta, no puedo decírtelo —me dijo la niña, que estaba en medio del salón, con su cabecita ladeada, mirándome.

—Vale —contesté, encogiéndome de hombros.

Me dirigí a la cocina y abrí la nevera, buscando uno de los cafés preparados que me gustaba comprar. Lo cogí y cerré la puerta con el codo.

—¿No vas a preguntármelo otra vez? —me preguntó Vega, provocando que me girara hacia ella.

—No, ya me has dicho que no puedes decírmelo.

Ella se mordió el labio inferior mientras me miraba fijamente.

No parecía que iba a decir nada más, y yo no tenía la menor idea de qué hacer. Así que crucé la cocina y me dirigí a la sala, sentándome en el sofá.

—¿Qué quieres hacer?

Vega arrugó la nariz.

—¿No te vas a duchar?

Instintivamente, levanté mi brazo para olerme el sobaco. El olor no era muy agradable, pero tampoco era para tanto.

¿Cuándo había sido la última vez que me había duchado? ¿El jueves? ¿Quizá el martes?

No tenía demasiada noción del tiempo.

—Es de mala educación decirle a la gente que huele mal.

La niña entrecerró los ojos de una manera adorable. ¿Adorable? ¿Desde cuándo me parecían los niños adorables?

—Yo no he dicho eso —refutó, poniendo sus brazos en jarras, mostrando su enfado—. Pero te tienes que duchar.

—¿Por qué? —pregunté, dándole un trago a mi café.

—Porque es mi misión secreta.

Puse los ojos en blanco. Por supuesto que había sido idea de Oliver.

—Está bien —cedí, porque honestamente estaba empezando a necesitar una buena ducha con urgencia—. Me voy a duchar para que cumplas tu misión, no porque huela mal.

La niña dio unos pasos hacia mí, y de un salto, se sentó en el sofá a mi lado. Después, me miró y arrugó su pequeña nariz.

—Hueles mal —dijo.

—Y tú eres una maleducada.

—No es verdad.

Iba a responderle, pero me di cuenta de lo absurdo de la situación. Estaba discutiendo con una niña de seis años.

Le di otro trago largo al café, terminándomelo. Lo dejé sobre la mesa auxiliar que se encontraba frente al sofá y me levanté.

—Me voy a duchar. —Vega levantó sus manos en señal de victoria, consiguiendo que entrecerrara los ojos. Qué niña más repipi —. Solo por no escucharte. —Ella abrió la boca para rebatir, pero yo fui más rápido—. Quédate en el sofá quieta y no toques nada.

No esperé una respuesta, me di la vuelta y me dirigí al baño. No fue hasta que no sentí el agua caliente golpeando mi cuerpo que no me di cuenta de lo mucho que necesitaba una ducha. Durante los últimos tres meses de mi vida había estado viviendo en piloto automático, tan apático por casi todo, que hasta me había olvidado de llevar a cabo tareas tan mundanas como ducharse.

Porque no tenía adónde ir. ¿Si no iba a salir de casa para qué iba a ducharme? No necesitaba estar presentable.

Después de pasar los últimos ocho años de mi vida teniendo que estar impecable allá adónde iba, con un equipo entero de personas que se dedicaban a analizar hasta el último detalle de mi aspecto, pasarme el día entero con el revuelto y en un chándal sucio resultaba bastante liberador.

Cuando terminé de ducharme y me vestí, me dirigí de nuevo a la sala. Sorprendentemente, Vega seguía en el sofá, en la misma postura en la que estaba antes de irme.

Pues sí que se habían tomado en serio mis palabras…

—¿Ya puedo moverme? —me preguntó, con las manos sobre las rodillas.

—Sí.

Saltó del sofá y corrió hacia la puerta de cristal se encontraba hacia su derecha, muy cerca de la puerta de entrada, como si llevara toda la vida esperando hacerlo. Apoyó las manos en la puerta y miró con curiosidad las escaleras que se veían por el cristal, ya que la puerta era completamente transparente.

—¿Adónde llevan? —preguntó, sin apartar la vista.

Un nudo se formó en el fondo de mi estómago y el pánico trepó por mi espalda. Sentí que me costaba respirar, pero traté de controlarme.

—A la azotea.

Sus ojos se iluminaron.

—¡Seguro que se ve toda la ciudad!

—No lo sé, nunca he subido —mentí sin dudar.

Lo cierto era que sí que lo había hecho, y aunque había sido hacía muchos años atrás, cuando apenas era un niño, recordaba con exactitud la vista panorámica de toda la ciudad. Esa era una de las razones por las que mi madre había comprado ese apartamento.

Antes de que pudiera decir nada, agarró el tirador de la puerta y trató de abrirla. Frunció el ceño al darse cuenta de que no se movía ni un centímetro.

—Está cerrada —murmuró, tirando de la manija con más fuerza. Volvió a la puerta, intentando, esta vez, empujarla en lugar de tirar.

—No va a funcionar —advertí, cruzándome de brazos.

Vega suspiró con frustración y, finalmente, se giró hacia mí con los ojos brillando de curiosidad. Abrió la boca, dispuesta a hablar, pero la interrumpí antes de que pronunciara una sola palabra, porque ya sabía lo que iba a preguntarme y la respuesta iba a ser un rotundo «no».

Así que opté por la misma estrategia que empleaba con Olivia cada vez que ella se ponía insistente con un tema: la distracción. Con mi hermana no funcionaba, pero quizá, con esa niña sí lo hacía.

—¿Has desayunado? —le pregunté.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, entendí por qué nunca funcionaba con Olivia. Era malísimo intentando distraer a la gente. Aunque para mi sorpresa, la niña dio un paso hacia mí, separándose de la puerta.

—Sí, pero no he podido tomar leche. ¿Tienes leche?

—Sí.

—¿Y galletas del Dinosaurio Rino?

—Mmm… no. —Me pasé una mano por mi cabello negro, tirando de los mechones húmedos—. Pero tengo galletas de chocolate.

—¿Entonces no son del Dinosaurio Rino?

No tenía la menor idea de quién era ese dinosaurio, pero estaba claro que la niña estaba obsesionada con él.

—No. ¿Qué tienen de especial esas galletas?

—Que tienen forma de dinosaurio. Y una parte es de chocolate —dijo con entusiasmo—. Aunque mi mamá nunca las compra porque son muy caras —suspiró—. Pero mi mejor amiga me da una cuando su mamá se las mete en la lonchera.

Habló con tanta madurez que casi se me olvidó que tenía apenas seis años. Estaba claro que su madre hacía todo lo posible por sacarla adelante. Yo, en cambio, incluso antes de ser famoso, nunca había tenido que preocuparme por nada. No tenía la menor idea de lo que era pasar penurias económicas.

—Si quieres, puedo conseguirte un paquete.

Vega me miró con los ojos brillando de emoción.

—¿Vamos a ir al supermercado?

Ni de broma iba a salir a la calle a plena luz del día y, menos, con una niña pequeña. Mi cara estaría en todas las redes sociales y los periodistas no tardarían en tocar mi puerta.

—Tengo una idea mejor —improvisé—. Vamos a comprarlas *online*.

Ella frunció el ceño, poco convencida.

—Pero tienen que ser del Dinosaurio Rino. Un día, mi mamá me compró unas de imitación y sabían a caca.

Tuve que contener una carcajada.

—Serán de Rino. Palabra de honor.

La niña aplaudió, entusiasmada.

Afortunadamente, fueron fáciles de conseguir. Al parecer, estaban muy solicitadas. Por si acaso, compré unos cuantos paquetes.

Cuando llegaron, Vega me dio un beso en la mejilla y me prometió que se iba a portar muy bien, así que aproveché para sentarme en el sofá y encender la consola.

Estaba feliz. Parecía que, al final, los niños no se me daban tan mal.

No tardé mucho en darme cuenta lo equivocado que estaba.

Mientras yo estaba concentrado en mi videojuego, Vega había encontrado un rotulador permanente y, con toda la dedicación del mundo, había decidido transformar mi pared blanca en su lienzo personal. Ahora, un enorme dinosaurio, con patas desiguales y una sonrisa temeraria, presidía mi sala de estar.

—¡Vega! —exclamé, dejando el mando de golpe.

Ella se giró con total tranquilidad, admirando su obra.

—Es Rino —dijo con orgullo—. Te faltaba decoración.

Su cara estaba manchada de chocolate. Se había comido casi un paquete entero de los diez que me habían traído. Había pensado que, con eso, estaría suficientemente entretenida.

Volví a mirar la pared. Ella tenía parte de razón. Había quitado todos los cuadros que adornaban las paredes. Cuadros pintados por mi madre. Ella hubiese alabado el arte de la pequeña.

—Mis paredes estaban bien tal y como estaban —espeté, resignado—. ¿Por qué no te sientas en el sofá y me ves jugar?

Vega se encogió de hombros, dejó el rotulador en el suelo, y se sentó a mi lado.

—¿Está dormido? —preguntó, señalando la pantalla.

No, el personaje estaba muerto. Abrí la boca para explicárselo cuando me di cuenta de que solo era una niña.

Apagué el juego y la miré. Ella me observaba, esperando. Lo que no tenía claro era qué estaba esperando.

¿Qué podíamos hacer?

Yo era bueno en tres cosas: en cantar, en tocar la guitarra y en jugar a videojuegos.

Las dos primeras estaban descartadas, así que solo quedaba la tercera. El problema era que ninguno de los juegos que tenía eran apropiado para ella.

—¿Sabes si hay algún videojuego del Dinosaurio Rino? —pregunté.

—No lo sé. Pero seguro que sí —dijo, entusiasmada.

Abrí la tienda *online* de la PlayStation y, para mi sorpresa, había juegos de Rino. Tres, para ser exactos.

Los compré todos. Mejor estar preparado.

Capítulo 6

Lyra

Por suerte, esa mañana no habíamos tenido demasiados clientes en la cafetería, por lo que Mandy, una de mis compañeras, me había hecho el favor de cubrirme y había podido salir un poco antes. Eran las doce y media cuando llegué a mi apartamento y descubrí que ni Oliver ni mi hija estaban allí.

Rápidamente, saqué el teléfono del bolsillo de mis pantalones de traje. Había estado tan desesperada por llegar a casa que seguía llevando el uniforme de la cafetería. Marqué el número de Oliver, esperando que me respondiera.

Nada. El móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

Sentí cómo mi corazón comenzaba a golpear con fuerza en mi pecho. Oliver me había asegurado que no se moverían de mi apartamento. Lo había creído; había querido hacerlo. Pero no tenía ninguna razón para ello. En mi desesperación, había dejado a mi hija con un desconocido.

¿Y si Oliver pertenecía a una mafia de trata de personas y la había secuestrado? ¿Y si la habían hecho algo? ¿Y si Vega estaba…?

Ni siquiera fui capaz de terminar aquella frase en mi cabeza.

Necesitaba hacer algo. Necesitaba actuar con rapidez. Pero ¿qué podía hacer? ¿Llamar a la policía?

Estaba legalmente en el país, ya que tenía la nacionalidad británica gracias a que mi padre nació en Reino Unido. Pero, a ojos de cualquier policía, yo era una extranjera que acababa de llegar al país. Una madre joven, con pocos recursos, y que a duras penas podía mantener a mi hija. Y que encima, la había dejado con un desconocido. No saldría bien parada. Quizá, hasta me echaban la culpa a mí.

¿Y si intentaban quitarme la custodia de Vega o me encarcelaban?

La policía, de momento, no era una opción.

O tal vez sí, tal vez debería llamarlos ya. Porque cualquier riesgo merecería la pena con tal de encontrar a mi hija.

Cuando estaba a punto de colapsar, vi una nota de color morado que se encontraba en la nevera, sujeta por un imán en forma del Coliseo de Roma que había dejado la propietaria en el piso.

«Estamos en el piso de Vincent».

—Vincent —repetí en voz alta, sintiendo cómo mi corazón volvía a su ritmo normal—. ¿Quién es Vincent?

Entonces recordé que Oliver había mencionado ese nombre por la mañana. Era su amigo; el maleducado adicto a los videojuegos. No me di tiempo ni a procesar la información, sino que atravesé mi apartamento corriendo a la velocidad de la luz y subí las escaleras de dos en dos hasta llegar a la última planta del bloque de edificios en el que vivía.

Mientras trataba de recuperar el aliento, toqué el timbre con fuerza. Sin embargo, no obtuve respuesta.

¿Tal vez no había presionado con la suficiente fuerza? Volví a probar suerte.

Nada.

Di un paso hacia delante y presioné mi oreja contra la puerta, tratando de escuchar algo al otro lado. No obstante, no oí nada. La casa parecía estar en el más profundo silencio.

—Maldita sea… —murmuré.

¿Y si no estaban en el apartamento? ¿Y si habían salido? ¿Pero adónde?

Volví a tocar el timbre con más insistencia, y justo cuando estaba a punto de darle una patada a la puerta por pura desesperación, esta se abrió de golpe.

No me dio tiempo a reaccionar. El impulso de mi propio cuerpo me traicionó y, antes de que pudiera detenerme, caí de bruces hacia adelante. Afortunadamente, un par de brazos firmes me atraparon en el aire antes de que mi cara se estampara contra el suelo.

Inspiré profundamente, aturdida durante unos instantes cuando me vi envuelta por un aroma masculino, envolvente. Una mezcla de

cuero gastado, madera cálida, y un sutil toque de sándalo. Ese tipo de olor que nunca se olvida.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me preguntó una grave voz masculina, consiguiendo que aterrizara de nuevo en la tierra.

En ese mismo instante me di cuenta de que mi mejilla estaba enterrada en un pecho tatuado, levemente descubierto por una camiseta de tirantes de color blanco. Alcé mi mirada para encontrarme con unos malhumorados ojos grises.

—¡Suéltame! —protesté, intentando incorporarme de golpe, pero lo único que conseguí fue que él me afianzara mejor con un brazo alrededor de mi cintura—. ¿Qué pasa? ¿Estás sordo? ¿O eres un pervertido?

Me soltó de golpe, provocando que trastabillara y cayera de culo sobre el descansillo.

—¡Auch! —me quejé, aunque realmente el golpe apenas me había hecho daño—. ¡¿Se puede saber qué haces?!

—Obedecer tus órdenes —respondió con soberbia. Antes de que pudiera replicar, habló de nuevo—: ¿Y cómo que pervertido? Eres tú la que se ha tirado a mis brazos.

—¿Yo? —repetí, sin poder creerme sus palabras. Con toda la dignidad que me quedaba, me levanté de un salto del suelo—. Has sido tú quien ha abierto la puerta con demasiada fuerza.

Vincent se pasó una mano por la cara con cansancio, como si quisiese despertarse de un mal sueño.

—La he abierto normal. Cómo se abre una puerta. ¿Y por qué cojones ibas a darle una patada? ¿Ibas a allanar mi propiedad?

—¿De qué me estás acusando? —pregunté, con los brazos en jarras—. ¿Crees que soy una ladrona?

—No —negó rotundamente. Casi me relajé. Casi—. Pero empiezo a sospechar que tienes un problema con las puertas.

—¿Perdona?

—El otro día la golpeaste después de que la cerrara, y ahora…

—Porque me la cerraste en la cara —le interrumpí antes de que pudiese terminar la frase—.¿Qué clase de persona hace eso?

—Una que estaba harta de que una desconocida viniese a su casa a sermonearle.

—No estaba sermoneándote, solo estaba intentando hacerte entender que tenías que ser más respetuoso teniendo en cuenta que vives en un edificio con más personas. Si no te gusta, vete a vivir al monte a una cabaña, donde no molestes a nadie.

—¡Hay que joderse! —exclamó, golpeando su frente con la mano—. ¡Ahora también vas a decirme dónde tengo que vivir!

Entrecerré los ojos a la vez que daba pequeños toquecitos al suelo con el pie.

—¿No puedes hablar sin decir un improperios en cada frase?

—¿Improperios? ¿Pero quién habla así hoy en día? —se burló—. ¿Cuántos años tienes? ¿Ochenta?

Respiré hondo. Era evidente que estaba intentando sacarme de quicio. Mi padre siempre me lo decía: «dos no discuten si uno no quiere». Pero cuando se trataba de Vincent, parecía que yo era incapaz de seguir su consejo.

—Lo que tengo es una hija a la que educo para que…

—¿¡Solo diez puntos por comerme un girasol!? ¿¡Pero qué jodida mierda es esta!? —gritó una voz infantil desde el interior del apartamento.

Me quedé paralizada.

Esa era la voz de mi hija. Mi angelito. Mi preciosa pequeña.

Diciendo *eso.*

Empujé a Vincent sin miramientos y entré en la casa. Lo oí quejarse a mi espalda, pero en ese momento, me importaba exactamente *nada.* Mientras discutía con él, me había olvidado de la verdadera razón por la que había subido: encontrar a Vega.

No sabía qué esperaba ver al entrar, pero *definitivamente* no era esto.

Mi hija estaba de pie sobre el sofá, con un mando de consola en la mano, totalmente absorta en la pantalla. A su alrededor, como si un huracán hubiese pasado por ahí, había cajas de galletas vacías desperdigadas por el suelo, el sofá, e incluso encima de la mesa. Su precioso rostro estaba manchado de chocolate.

—Vega —la llame y esta me miró.

—¡Mamá!—gritó, y para mi sorpresa, se lanzó del sofá hacia mis brazos.

Me pilló completamente desprevenida. Vi cómo mi hija saltaba con los brazos extendidos hacia mí. La distancia era demasiado grande, y Vega iba a estamparse contra el suelo. No supe reaccionar; lo único que fui capaz de hacer fue emitir un chillido al verla volar por el aire. Estaba segura de que escucharía el sonido de su cuerpecito impactando contra el suelo, pero Vincent, a diferencia de mí, reaccionó con rapidez y la atrapó al vuelo.

—¡Quería que me cogiera mi mamá! —se quejó mi hija, rodeándole el cuello con sus bracitos y la cadera con sus piernecitas.

—¡Vega! —logré decir al fin, con la voz aún entrecortada—. ¿Estás bien?

—¡He volado, mamá! —exclamó, con los ojos brillando de emoción.

—Podrías haberte hecho mucho daño —la reñí, aún con una mano en el corazón por el susto.

—Tu madre tiene razón —le dijo Vincent con una mueca seria a la vez que la dejaba en el suelo con cuidado—. ¿Por qué has…?

Él no pudo terminar la frase porque mi hija corrió hacia mí. Sus manos rodearon mi cintura y me abrazó con fuerza.

—Te quiero mucho, mamá.

—Yo también te quiero, cariño. Pero…

Esta vez fui yo quien no pudo terminar la frase. Vega salió disparada por la habitación como un pollo sin cabeza, llena de energía, dando vueltas y soltando risitas como si le acabaran de inyectar adrenalina.

Mi hija no solía ser así. Normalmente, era tranquila. Vale, igual tranquila tampoco era, pero, al menos, no tan eléctrica.

Mi mirada vagó por el salón, observando los envoltorios de galletas de color plateado que no tardé en reconocer y que invadían todo el salón. ¿Cuántos había? Más de diez, seguro.

—¿Cuántas galletas ha comido? —le pregunté a Vincent.

—No tengo la menor idea —reconoció, llevándose una mano a la nuca—. Había que comprar un mínimo de diez paquetes para que

te los trajesen a casa. Y cada paquete trae, creo, tres envases con dos galletas cada uno.

—¡¿Y se los has dado todos?! —pregunté, más bien, grité, escandalizada, justo cuando mi hija se dejó caer al suelo, muerta de la risa.

—No, claro que no —respondió, como si le hubiese ofendido mi pregunta—. Le he dado un paquete y dejado el resto encima de… —Miró hacia una pequeña mesa redonda que estaba pegada a la pared y que tenía la pinta de que no se usaba—. Pues parece que ha comido más de un paquete —dijo, al ver que encima de la mesa quedaban cuatro paquetes.

—¡¿Se ha comido treinta y seis galletas?! —dije, con un grito ahogado—. ¡Madre mía! Con razón está así, con tanto azúcar…

Vincent bufó.

—El azúcar no altera a los niños. Eso es un mito.

—¿Un mito? —repetí cabreada, señalando a Vega, que había vuelto a subirse al sofá con el mando en la mano y los ojos fijos en la pantalla—. ¿Y encima le dejas jugar a videojuegos?

—Es un juego del Dinosaurio Rino —contestó él, como si eso lo hiciera menos grave—. Solo tiene que hacer que el dinosaurio salte obstáculos. Es bastante inocente.

—¡Jodida mierda! —exclamó mi hija, repitiendo ese disparate.

—¡Vega! —la reñí, horrorizada, mientras Vincent se llevaba una mano a la boca para que no le viera reírse.

—A mí no me hace ninguna gracia —solté, lanzándole una mirada fulminante. Me acerqué al sofá donde se encontraba Vega. Agarré su muñeca—. Venga, nos vamos a casa. Has tenido suficiente azúcar por hoy.

Sin embargo, mi hija se deshizo de mi agarre con una facilidad asombrosa y bajó del sofá de un salto.

—¡Tengo que ir al baño! —gritó, saliendo disparada hacia el pasillo, desapareciendo tras una puerta que, por lógica, debía ser el aseo.

No fui tras ella. A pesar de tener solo seis años, no le gustaba que la acompañase al baño… a menos que me lo pidiera expresamente. Era una de esas pequeñas cosas que había

empezado a reclamar como su espacio privado, y yo intentaba respetarlo.

Me giré para mirar a Vincent, que seguía parado en medio del apartamento como si todo ese desastre no fuera con él. De hecho, por la expresión hosca de su rostro, tenía la sensación de que me culpaba a mí.

—Por tu culpa, mi hija dice disparates, está hasta arriba de azúcar y le va a doler la tripa —espeté, cruzando mis brazos—. Eres un desastre.

—Manda huevos —masculló. En serio, ¿es qué solo había palabrotas en su diccionario?—. Si soy tan desastre, ¿por qué me has dejado cuidando de tu hija?

—Yo no te la he dejado a ti. Es Oliver quien debería estar cuidándola. —Antes me clavaría clavos en los pies que dejar que ese malhablado se quedara a cargo de Vega—. Por cierto, ¿dónde está? —inquirí, mirando hacia todos los lados, sin encontrarlo.

Vincent entrecerró los ojos con irritación.

—Él se ha ido a una reunión —dijo, como si no entendiera por qué tenía que darme esa información.

—¿Cómo que se ha ido a una reunión?

Vincent frunció el ceño.

—No te hagas la inocente. Oliver te ha dicho que la dejaba conmigo.

—¡¿Cómo?! —dije, atónita—. Eso es mentira —Saqué mi móvil del bolsillo del pantalón y marqué rápidamente el número de teléfono de Oliver. Esta vez, daba tono. Sin embargo, no parecía que tuviese intención de responder. Me giré cuando escuché una vibración, siguiendo mi mirada hasta el sonido. Un móvil que se encontraba sobre la mesa auxiliar de madera que se hallaba frente al sofá de tela del salón, y que sospechosamente vibraba al mismo tiempo que yo estaba llamándole a Oliver. Suspiré mientras finalizaba la llamada. Era evidente que Oliver no iba a contestarme —. Se ha dejado el móvil. —Señalé con mi barbilla el teléfono.

—Ese móvil es mío. —Vincent cruzó la sala para dirigirse a la mesa y coger el teléfono. Miró brevemente la pantalla antes de centrar su atención en mí—. ¿Cómo has conseguido mi número? ¿Me

has estado investigando? —Su tono había cambiado. Ahora sonaba más frío, más tenso, como si de pronto estuviera evaluándome con otros ojos.

—¿Investigarte? ¿Pero qué tonterías dices? Oliver me ha dado ese número, me ha dicho que era el suyo.

Vincent dio un paso hacia mí, estudiándome de arriba abajo, como si intentara descifrar quién era yo en realidad.

—¿Estás segura? ¿No serás una acosadora?

Me quedé estupefacta. Ese hombre no dejaba de sorprenderme.

—¿Una acosadora? —pregunté—. ¿Y por qué querría acosarte a ti? ¿Qué interés tendría en un treintañero que lo único que hace es pasarse el día jugando a videojuegos?

—Tengo veintisiete —replicó—. Y lo que hago o dejo de hacer todo el día no es asunto tuyo.

Le lancé una mirada cargada de sarcasmo.

—No podría importarme lo más mínimo.

Mi hija salió del baño y corrió hacia mí, interrumpiendo cualquier respuesta que Vincent fuera a darme.

—Mamá, ¿quieres jugar al videojuego conmigo?

—Tenemos que irnos —le dije, sujetándola del brazo antes de que pudiese ir al sofá.

—¡Pero mamá! ¡Rino necesita mi ayuda para encontrar a sus amigos!

—Que contrate a un investigador privado —contesté, provocando que mi hija me mirase frunciendo el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó, genuinamente confundida.

Vincent soltó una carcajada, una de esas que vienen desde lo más profundo, con la cabeza echada hacia atrás. Por la forma en la que se rio, tuve la sensación de que hacía mucho tiempo que no lo hacía de verdad.

—Nos vamos —insistí sin responderla.

Mi hija suspiró, soltó mi agarre y, con una determinación que solo ella tenía, corrió hacia Vincent.

—Agáchate —le pidió.

—¿Por qué? —preguntó él, confundido.

—Porque me tengo que ir y nos tenemos que despedir. No llego —le dijo, señalando la mejilla de este con su pequeña mano.

Vincent, algo desconcertado pero sin perder la compostura, se agachó frente a ella. Vega se acercó con una sonrisa, y, con toda la inocencia del mundo, le dio un beso en la mejilla.

—¡Adiós, Vincent! —exclamó, saltando hacia atrás y estirando su mano para coger la mía.

Él parecía aturdido, como si no se hubiera esperado esa reacción de mi hija. Sin embargo, justo cuando estábamos cruzando el umbral de la puerta, le escuché decir:

—Adiós, Vega.

Capítulo 7

Lyra

La cafetería estaba en una esquina tranquila de Lark Lane, una callecita con encanto bohemio al sur de Liverpool, cerca de Sefton Park. Desde fuera, no llamaba especialmente la atención: un toldo verde algo descolorido, un par de mesas en la acera, y una pizarra con dibujos de tazas de café hechos con tiza. Pero, por dentro, el local era cálido y acogedor, con paredes pintadas en tonos cálidos y estanterías de madera llenas de tazas distintas entre sí. Del techo colgaban lámparas de luz tenue que envolvían el ambiente en una atmósfera tranquila y familiar. El olor a café recién molido se mezclaba con el dulce aroma de bollería recién horneada y cada rincón parecía susurrar que te quedaras un rato más.

—¿Tienes novio? —me preguntó la señora Battle mientras la acompañaba hasta la salida de la cafetería y le sostenía la puerta. Caminaba con un bastón, así que íbamos despacio.

Si recibiría un penique por cada vez que me habían hecho esa pregunta en las últimas semanas, sería rica.

La señora Battle era una de nuestras clientas más fieles. Venía todos los días a la misma hora y pedía lo de siempre: una taza de Earl Grey y un trozo de bizcocho de limón glaseado, y se marchaba puntualmente, como si siguiera un pequeño ritual.

—No —respondí con una sonrisa amable, ya acostumbrada a ese tipo de preguntas tan personales.

La señora Battle, que rondaría los setenta años, como la mayor parte de la clientela que frecuentaba la cafetería, era encantadora y me daba generosas propinas, pero también tendía a tomarse demasiada confianza en cuanto a preguntas personales se refería. Yo, que era una persona reservada, al principio me había sentido un poco incómoda, pero pronto me había dado cuenta de que era algo

normal, porque de la misma manera que tenía confianza para preguntarme sobre mi vida, la tenía para contarme la suya.

—¿No? —La anciana abrió sus bonitos ojos azules como platos —. ¿Y qué hace una chica tan guapa y simpática como tú soltera? —Ella habló de nuevo antes de que yo pudiera responder—. Es el mercado, ¿verdad? Qué está fatal. —Tuve que morder mi labio inferior para no soltar una pequeña risa incrédula al escucharla utilizar esas palabras—. Hoy en día no es como antes, que conocías a un hombre y te casabas… Yo tengo un nieto, que es así, de tu edad. Guapísimo y soltero. Espera, que te voy a enseñar una foto que me envió la semana pasada. —Sin darme tiempo a reaccionar, comenzó a rebuscar en su bolso azul.

Me quedé sosteniendo la puerta, quieta, mientras ella sacaba un móvil que debía ser uno de los últimos modelos de mercado. Y que, por lo que descubrí segundos después, no sabía utilizar.

—Mira, esta es una foto suya. Se llama George, como mi padre y mi marido. ¿A qué es guapo? —Ladeó la pantalla hacia mí con entusiasmo, pero lo único que vi fue… su cara. En primer plano. Muy en primer plano.

—Uy, ¿qué hago yo ahí? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¡Si estás tú también! —exclamó sorprendida, acercando un poco más el teléfono a nuestras narices.

—Creo que está sacando una *selfie* —me aventuré, tratando de no reírme.

—¿Una qué? —La señora Battle arrugó su nariz y me miró como si me hubiera salido otra cabeza—. ¡Ay, hija! Yo no entiendo de esas cosas. Pero estaba aquí —ella señaló la pantalla—, la foto que George me envió la semana pasada y se ha cambiado de repente. Estos cacharros hacen cada cosa más rara… No sé qué ha pasado, no he tocado nada.

Ella claramente había tocado algo; probablemente, muchas cosas y todas al mismo tiempo. Pero intuyendo que no íbamos a llegar ningún consenso, decidí no llevarle la contraria.

Después de unos cuantos toques aleatorios, algún que otro giro del móvil como si estuviera buscando señal satelital, y un par de resoplidos, finalmente encontró la dichosa foto.

—¡Aquí está! —anunció, triunfante.

Me mostró la pantalla con orgullo. Yo parpadeé varias veces, confusa.

—¿Ese es su nieto George? ¿El que es de mi edad? —pregunté mientras observaba la foto.

En ella, un niño rubio con cara redonda, vestido de marinero, montaba en una bicicleta con ruedines. No tendría más de cuatro o cinco años.

—Es él. Ahora está más mayor, claro. Pero tiene la misma cara —dijo, completamente convencida.

Asentí lentamente mientras observaba los mofletes inflados y el casco de colores chillones. Cuando me dijo que George le había enviado la fotografía la semana pasada, esperaba una foto más actual.

—Era un niño muy guapo —respondí cuando me di cuenta de que la señora Battle me observaba con las cejas blanquecinas arqueadas, esperando una respuesta.

—Lo era —secundó con orgullo—. Y hoy en día es un hombre muy guapo e inteligente. Quiero a todos mis nietos por igual, pero él siempre ha sido mi preferido. Aunque esto no se lo digas al resto de mis nietos. No quiero que se enfaden conmigo.

—No se preocupe, quedará entre usted y yo —le prometí, sellando el pacto con una sonrisa cómplice.

—Me encantaría seguir hablando contigo, pero tengo que irme —dijo, guardando el móvil y lanzándome una mirada acusadora, como si fuera yo quien la estuviera reteniendo. Era una mujer adorable, sí, pero a veces daban ganas de matarla. Con cariño, claro —. Mi marido me está esperando para que lo acompañe al médico. Y ya sabes cómo es. Le dan miedo los hospitales.

Asentí, aunque no tenía ni idea, ya que raramente venía con ella. Y, a diferencia de su mujer, él era un hombre muy callado y discreto.

—Que vaya todo bien en el médico, señora Battle.

—Gracias, cielo. Voy a decirle a George que venga un día conmigo. Quien sabe, quizá terminemos siendo familia.

—Nunca se sabe —le respondí con amabilidad.

Aunque, en realidad, sabía que eso nunca ocurriría. No importaba lo guapo o interesante que fuera George. Estaba cerrada al amor. Ya había tenido suficiente con una historia que había terminado en desastre. De esa relación había salido Vega, y por ella valía la pena todo el sufrimiento. Pero, por mucho que lo intentara, no podía evitar sentir que mi corazón había puesto su candado de seguridad de forma definitiva. Después de todo, ya había aprendido la lección: algunas puertas no deben abrirse nunca más.

Entré de nuevo en la cafetería y observé a la señora Battle caminar por la acera, donde en la esquina, al lado de la floristería, la esperaba su marido, como todos los días. Él llevaba un sombrero de fieltro de color negro y sostenía un tulipán blanco en su mano derecha que estiraba hacia ella con una sonrisa en sus labios. La señora Battle me había contado que, la primera vez que habían quedado, una calurosa tarde de un diez de agosto, él le había regalado un tulipán blanco, y desde entonces, el día diez de cada mes, él le regalaba un tulipán en honor al primer encuentro. Lo llevaba haciendo durante más de cincuenta años.

Ella sostuvo el tulipán y le dio un beso en los labios. Él la miró con amor, y a pesar de que no había estado allí, sentí que era como si la mirara por primera vez.

Ellos llevaban más de cincuenta años juntos. Y aún se seguían queriendo, podía sentirlo. Eso era lo que yo había querido, un amor para toda la vida. Había creído tenerlo con Daren, e incluso, cuando todas las señales de que no era así estaban ahí, había fingido no verlas, luchando por algo que no existía. Ahora me daba cuenta de que había sido más por esa idea que por Daren en sí.

Me alegraba ver que ese amor para toda la vida existía. A pesar de que ahora sabía que no era para mí.

Me di la vuelta, contemplando la cafetería vacía. Aprovecharía antes de que llegaran nuevos clientes para limpiar las mesas, ya que no quedaba mucho tiempo para que mi turno terminara.

No era un trabajo espectacular, pero me encantaba. El sueldo estaba bien, los horarios me permitían equilibrar mi vida como madre sin problemas, y los clientes siempre eran amables, dejando generosas propinas.

Fui hasta la cocina, donde el aroma del café aún flotaba en el aire, y abrí el cajón en busca de la bayeta, que siempre guardaba cerca del fregadero.

—¿Quieres?

Me giré bruscamente, sorprendida, llevándome una mano al corazón. Una de las gemelas estaba allí, sonriendo, con la mano extendida y ofreciéndome un paquete de chicles.

¿De dónde había salido?

—No, gracias, M… —Me detuve en medio de la oración, estrechando mis ojos—. ¿Missie? —Aunque no era una pregunta, el nombre salió de mis labios como una.

Me felicité a mí misma cuando esta no me corrigió. Había acertado esta vez.

Aunque mi determinación cayó cuando escuché su respuesta.

—Tú te lo pierdes. —Missie me guiñó un ojo y se guardó el paquete en el bolsillo derecho de su delantal marrón.

Vale, eso no era propio de Missie. Eso era más propio de Mandy. ¿Había vuelto a meter la pata? No, no podía ser, porque si no me hubiera corregido, ¿no?

Afortunadamente, mi duda duró unos pocos segundos. Los mismos en los que una voz gritó:

—¡No me puedo creer que me hayas confundido con Mandy! —La verdadera Missie apareció frente a nosotras, enfurecida—. Otra vez —añadió resoplando.

Mandy y Missie eran mis compañeras de trabajo y las hijas de Connor, el dueño de la cafetería. Eran un encanto, pero había un pequeño problema, uno que parecía compartir con todo el mundo que las conocía: eran idénticas. A pesar de que llevaba varios meses trabajando con ellas, todavía me resultaba casi imposible distinguirlas a simple vista, lo que hacía que las confundiera constantemente. Y claro, eso no le hacía ninguna gracia a Missie.

—Deberías estar contenta con que, por una vez en tu vida, te confundan con una persona enrollada y graciosa como yo —apostilló Mandy con burla.

Oh, no. Ya empezaban otra vez.

—¿Enrollada y graciosa tú? —Missie soltó una carcajada sarcástica.

—Sí, no como tú, que eres un auténtico muermo —contraatacó Mandy, sacándole la lengua.

Missie le respondió, pero desconecté. Ese era otro de sus problemitas. Físicamente podían ser dos gotas de agua, pero tenían personalidades completamente diferentes. Mientras Mandy era extrovertida y despreocupada, Missie era todo lo contrario: se tomaba la vida más en serio, era más perfeccionista.

Me recordaba un poco a mí. A veces, me gustaría ser un poco más como Mandy y tomarme la vida menos en serio.

Una mano tirando de mi brazo me sacó de mi ensoñación.

—¿A qué yo soy divertida, Lyra? —me preguntó Missie.

—Mira si eres un coñazo, que ha desconectado hace media hora. —Mandy se tomó el atrevimiento de responder por mí con una sonrisa burlona dibujándose en sus labios color fresa—. Es que aburres hasta a las ovejas.

—Si no os empeñaríais en vestir igual, la gente no os confundiría tanto —intervino Connor, que estaba al otro lado de la cafetería, colocando una porción de tarta de queso en el mostrador.

—Llevamos uniforme, papá. La misma palabra lo dice —le corrigió Missie, señalando su camiseta de manga corta y sus pantalones de traje de color marrón.

—Uniforme que tú nos obligas a llevar —puntualizó Mandy con un bufido.

—Pero fuera de la cafetería no lleváis uniforme —contestó Connor—. Además, ¿y el peinado? ¿A eso también os obligo yo?

Connor no se equivocaba. Ambas llevaban su cabello rojizo recogido en dos trenzas. Podía parecer casualidad; al principio yo misma había pensado que así era, pero lo cierto era que, pese a ofenderse tanto porque las confundieran, hacían todo lo posible por facilitar esa tarea.

Sin tan siquiera molestarse en negarlo, Mandy se limitó a responder a su padre con un encogimiento de hombros. Después, hizo una bola de chicle y la explotó delante de la cara de su hermana. Esta comenzó a quejarse y yo me alejé de ellas,

negándome a volver a presenciar una de sus peleas. Cuando se ponían así, eran peor que mi hija.

Me di la vuelta y caminé hasta una de las mesas, comenzando a limpiarla con la bayeta.

—Deja eso, yo me ocupo. —Connor apoyó una mano en mi hombro—. Puedes irte a casa.

Miré el reloj que se encontraba en la pared frontal de la cafetería. Negué con la cabeza, todavía quedaba media hora para que mi turno terminase.

—Gracias, Connor, pero yo sigo. —Fui a continuar limpiando, pero él me quitó la bayeta de las manos.

—Vete a casa, Lyra.

—Vega todavía está en el colegio.

—¿No han salido ya los niños del colegio?

—Sí, pero ella está en clase de pintura.

Mi hija estaba apuntada en varias clases extraescolares. En todas en las que no tenía que pagar un extra. Sabía que ella prefería estar conmigo, pero nunca se quejaba. Mi Vega era un ángel caído del cielo; tenía una suerte inmensa de que estuviera en mi vida.

—Mejor —murmuró Connor, sin ceder en su insistencia. Ahora comprendía de quien habían heredado su tozudez Missie y Mandy—. ¿Hace cuanto que no tienes un rato para ti misma?

—Pues… —Traté de darle una respuesta exacta, de verdad que intenté hacerlo—. Si te soy sincera, no me acuerdo —admití con una sonrisa algo cansada.

—Pues por eso, márchate.

—Aprovecha tú que puedes —comentó Mandy, con un toque de picardía—. Estoy segura de que, a pesar de ser su hija, a mí no me deja irme ahora.

—Has entrado a trabajar hace menos de media hora —le respondió su padre.

—Eso no invalida mi afirmación.

—Lo hace —le replicó su hermana, con la seguridad de quien siempre tiene la última palabra—. Lyra está terminando su turno y tú acabas de empezar, no es lo mismo.

—Yo no estoy diciendo eso…

—Huye. —Connor me dio una suave palmadita en la espalda—. Cuando se ponen así, son insoportables.

—¡Te hemos oído, papá! —gritaron las dos al unísono, dejando de discutir para mirar a su padre con el ceño fruncido.

Observé sus rostros: las cejas rojizas fruncidas, la nariz pequeña arrugada, las pecas salpicando sus mejillas, y los mismos ojos verdes, que ahora lucían furiosos. Dios, eran como dos gotas de agua.

—Si no quisiera que me escuchaseis, habría susurrado —respondió Connor negando con la cabeza, pese a que podía ver la tierna sonrisa que se escapaba de sus labios.

Dándome por vencida y sabiendo que Connor no se detendría hasta que me fuera, decidí aceptar su generosa oferta. Además, lo cierto era que estaba agotada. Mientras seguían discutiendo, me despedí con un gesto de la mano y me dirigí al pequeño cuarto al fondo de la cafetería que usábamos de vestuario.

Me cambié rápidamente y, tras un par de minutos, salí por la puerta trasera de la cafetería, respirando hondo. Quedaba una hora para recoger a Vega y hacía un día soleado, algo extraño en Liverpool, así que decidí dar un paseo por el parque que estaba a la vuelta de la esquina de la cafetería.

A pesar de llevar casi cuatro meses en la ciudad, apenas había tenido tiempo para visitarla. Era la primera vez en mucho tiempo que podía pasear sin prisas, sin ningún lugar al que ir. Y se sintió bien.

Hacía tanto tiempo que no me relajaba que esa palabra había desaparecido de mi diccionario, como si no existiera para mí.

Desde que murió mi padre, mi vida había sido un caos: una mala decisión tras otra, problemas de dinero y un estrés constante. No había tenido tiempo para relajarme ni para disfrutar. Sin embargo, pese a todo, no la cambiaría ni durante un solo instante.

Porque todos mis errores me habían llevado a tener a Vega.

Capítulo 8

Lyra

Vega no había parado de hablar desde el momento en que la recogí de sus clases de pintura. Estaba entusiasmada, contándome cada detalle de su día en el colegio: cómo ella y dos de sus compañeras habían jugado a ser hadas durante el recreo usando ramas como varitas mágicas y cómo habían lanzado un conjuro para que hubiera tarta de chocolate de postre en el almuerzo. No funcionó, pero una de las encargadas del comedor les aseguró que los hechizos relacionados con postres tardaban unos días en hacer efecto, así que no debían rendirse todavía.

También me contó que en clase habían hablado del clima, y cuando la profesora preguntó qué hacían cuando llovía, una compañera levantó la mano y dijo muy seria: «ponerle una capucha a mi unicornio invisible, porque si se le mojan las alas, luego no puede volar».

A Vega le hizo mucha gracia, porque ella pensaba que los unicornios invisibles no podían mojarse.

Mi hija, desde que nos habíamos mudado a Liverpool, había comenzado a ser más fantasiosa. Más *ella;* la niña de seis años que era. Y eso, aunque en ocasiones me sorprendiera, me hacía darme cuenta de que no me había equivocado al mudarme. Aquí, en este nuevo lugar, había algo que había permitido que su imaginación floreciera aún más.

En cuanto entramos por la puerta del apartamento, Vega fue corriendo hacia su habitación. Hasta que nos mudamos a ese apartamento habíamos dormido juntas. Algunas noches seguía metiéndose en mi cama, pero a ella le gustaba tener su propio espacio.

La habitación de Vega era pequeña. Las paredes, de un blanco algo gastado, estaban adornadas con algunos dibujos hechos a

mano que ella misma había pegado, y había pegatinas de colores por todas partes. Sabía que ella quería que su habitación fuera rosa, pero eso era algo que no podía concederle. No hasta que no tuviéramos nuestro propio piso.

—¿Tienes muchos deberes hoy? —le pregunté mientras dejaba su mochila con estampado de La Sirenita sobre la cama.

Habían empezado a mandarles algunos deberes. Siempre poca cosa. Aunque sabía que pronto comenzarían a ser más exigentes.

Esta ladeó su cabeza hacia mí y negó con la cabeza.

—Solo un problema de matemáticas —respondió, resoplando.

Me reí suavemente. Pese a que era pequeña, ya era obvio que mi hija no había heredado la pasión por la ciencia que yo había recibido de mi padre. Vega era mucho más artística. Lo único que realmente le interesaba de las ciencias era la astronomía, y eso solo porque yo le hablaba constantemente de las estrellas y las constelaciones, un tema que había sido la pasión de mi padre. Me gustaba pensar que, de alguna manera, le estaba transmitiendo el amor que él había tenido por el universo.

—¿Quieres que te ayude?

—¡Sí! —Vega asintió efusivamente

—Ayudar, no hacer —le advertí.

Vega hizo un puchero, pero no protestó.

Atravesé la habitación y me detuve al borde de la cama, en el lado cercano al escritorio de madera donde Vega hacía sus tareas. Aparté la almohada rosa y me senté en el extremo de la cama, cerca de ella, lista para echarle una mano sin hacerle el trabajo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Ya sabes, Vega, no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. —Era una niña aplicada, pero cuando se trataba de hacer cosas que no le gustaban, hacía todo lo posible para escaquearse de hacerlas. Y por fortuna o desgracia, era sumamente imaginativa e ingeniosa a la hora de inventarse excusas para alargar el momento lo máximo posible.

—Vaaaaleee —contestó, alargando las vocales, como hacía cada vez que tenía que decir que sí sin estar de acuerdo.

Vega abrió la cremallera de su mochila y rebuscó en su interior. Pensaba que estaba sacando su cuaderno de matemáticas cuando vi que, entre sus manos, sostenía un objeto que poco tenía que ver con su libreta.

—Toma, mamá. —Se acercó a mí y me entregó dos collares de macarrones, pintados de diferentes colores—. Los hemos hecho hoy en el extraescolar de pintura —me explicó—. Ese es para ti. —Señaló el que estaba coloreado de diferentes tonos de azules—. Los he pintado de azul porque sé que es tu color favorito—. Y ese —con su dedo índice apuntó el otro, mucho más colorido, en el que cada macarrón era de un color diferente—, es para papá.

—Oh, cariño —dije con emoción, apretando los collares entre mis dedos. Dejé el collar de Daren al lado izquierdo de la cama y me puse el que me había hecho para mí—. Muchas gracias, preciosa. —Me incliné hacia delante para apoyar mis manos en sus hombros y darle un sonoro beso en la mejilla derecha.

Lo cierto era que mi hija tenía un talento que no había heredado de mí. Aunque a simple vista podía parecer sencillo, los macarrones, que habían sido pintados a mano, estaban coloreados con habilidad, algo que yo a su edad no habría sido capaz de hacer. Bueno, ni a su edad, ni hoy en día. Hacía un par de semanas, Vega me había pedido que dibujase una jirafa, y cuando la vio, se rio y me dijo: «Mamá, te has equivocado, he dicho una jirafa, no una vaca».

Aún recuerdo su cara cuando le dije que era una jiravaca. Y podría serlo; en realidad, lo que había dibujado no se parecía a ningún animal.

—¿Te gusta? —me preguntó con emoción.

—¡Me encanta!

Me fijé que en su mano derecha sostenía dos collares más. Uno de ellos estaba decorado con pequeños pedazos de cristal de colores, que brillaban como si tuvieran reflejos de estrellas, mientras que el otro era una mezcla de cuentas en tonos morados y plateados.

—¿Y esos collares, cariño?

Mi hija me miró con orgullo.

—Son para Oliver y Vincent.

Teniendo en cuenta que Vega no había dejado de hablar de ellos —en especial de nuestro vecino— durante toda la semana, no debería sorprenderme que les hubiera hecho un regalo. Así era mi hija, se encariñaba con todo el mundo. Muy a mi pesar, parecía haberse enamorado de Vincent. Probablemente, por la cantidad de galletas que le había dado. Todo el mundo sabe que a los niños se les conquista con chocolate.

Y en especial, si eran del Dinosaurio Rino, las galletas favoritas de Vega y que, desgraciadamente, casi nunca podía comprar.

—Son muy bonitos.

—¿Se los puedo dar?

—Claro. El sábado podemos subir a su piso.

Mi vecino adicto a los videojuegos no era mi persona favorita en el mundo, pero haría un esfuerzo por Vega.

—Quedan… —Vega levantó los dedos de su mano derecha y comenzó a contar—. Tres días para el sábado. ¡Es mucho tiempo! Quiero subir ahora.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Ya sabes, mamá. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —dijo, repitiendo las mismas palabras que yo había empleado minutos antes.

Tuve ganas de echarme a reír. Esa niña, cada día era más lista.

—Igual no está en casa, cariño.

Como si hubiera sido una señal, unos gritos retumbaron en la habitación. Afortunadamente, en esa ocasión, no contenían ningún insulto.

—Sí está —señaló Vega.

Suspiré.

Lo cierto era que, después de cómo me había comportado con él, me sentía un poco avergonzada. Tal vez llenar a mi hija de azúcar, ponerle videojuegos y soltar insultos a su lado no era lo más adecuado. Definitivamente, no lo era. Pero él había cuidado de ella sin tener que hacerlo, sin esperar nada a cambio, y sin cobrarme. Lo menos que podía hacer era darle las gracias.

Tal vez, aquella era una buena oportunidad para hacerlo. Y además, no había vuelto a escuchar insultos procedentes de su piso.

Parecía que Vincent había tenido en cuenta mi petición.

—Está bien, vamos —claudiqué. Los ojos de Vega brillaron con ilusión—. Pero después, haces los deberes. —Conocía a esa diablita, era capaz de hacer cualquier cosa con tal de no ponerse con las mates.

—¡Sí! —me prometió ella.

No la creí, pero, aun así, salimos de nuestro apartamento y nos dirigimos al de Vincent. Mi hija iba dando saltitos, toda feliz.

Cuando estuvimos frente a su puerta, toqué el timbre.

Sin embargo, nadie respondió.

—Vuelve a tocar con más fuerza, mamá —insistió Vega, señalando el timbre con su dedo índice.

Suspiré.

—Igual se ha ido, cariño —traté de razonar con ella, aunque lo dudaba mucho, ya que hacía menos de cinco minutos que habíamos escuchado sus gritos resonando en el patio.

Mi hija negó con la cabeza.

—No, mamá. Él se queda en silencio cuando oye el timbre.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso?

—Porque el otro día me pidió que me callase cuando tú llamaste. No sabía que eras tú —me aclaró antes de que yo pudiera decir algo—. No le gusta que lo molesten.

Mira que sabía que ese chico era raro…

—Vega, si no quiere que lo molesten…

—¡Vincent, soy yo! —gritó mi hija, interrumpiéndome mientras, con su mano libre, daba pequeños golpes a la puerta.

Iba a pedirle a mi hija que se detuviera cuando escuchamos unos pasos acercándose y, un segundo después, la puerta se abrió.

Vincent se pasó una mano por su cabello negro, que caía desordenadamente por su frente, contrastando con su piel blanquecina, mientras la otra la apoyaba sobre el marco. Si no fuera porque eran más de las seis de la tarde, hubiera pensado que se acababa de despertar.

Al igual que la última vez que nos habíamos visto, llevaba una camiseta de manga blanca de tirantes, que dejaba al descubierto unos brazos tonificados y cubiertos de una cantidad innumerable de

tatuajes. Me costó identificar una extensión de piel que no estuviera cubierta de tinta.

Nunca me habían llamado la atención los tatuajes, pero tenía que reconocer que en él se veían bien. De hecho, se veían bastante sexys.

¿Sexys? ¿En serio? ¿De dónde había salido eso?

—¿Qué haces aquí? —preguntó de una manera bastante hostil, interrumpiendo mis pensamientos. Sus ojos grises se estrecharon, mirándonos con desconfianza.

Ni hola ni nada.

Definitivamente, ese chico era un grosero. Abrí la boca con la intención de reclamarle sus modales, pero mi hija, que no parecía afectada por sus malas formas, no me dio la oportunidad de decir nada.

—¡Vincent! —lo saludó con entusiasmo, corriendo hacia él y rodeando sus piernas, como si fueran amigos de toda la vida.

Él arqueó una ceja, sorprendido, pero se agachó para estar a la altura de Vega, con un gesto algo torpe pero amable. Su expresión cambió por completo cuando la miró, y una sonrisa genuina apareció en su rostro, una sonrisa cálida que, aunque algo tímida, tenía un toque encantador.

¿Encantador? ¿Pero qué le pasaba hoy a mi cerebro? No, no había nada encantador en ese hombre.

—Hola —le saludó a mi niña. A pesar de su incomodidad evidente, la sonrisa que le dedicó a mi hija fue sincera, y por un momento, dejó de parecer tan distante.

—¡Te he traído un regalo! —le dijo Vega, agitando los collares que sostenía en su mano con entusiasmo—. Este para ti —Cogió con su otra mano el que estaba hecho con pedazos de cristal y lo levantó, mostrándoselo con orgullo—. Te va a quedar superbién.

Antes de que Vincent pudiera responder, mi hija se puso de puntillas para colocarle el collar ella misma. Algo que no parecía conseguir, a pesar de que Vincent estaba de cuclillas. Este me miró confundido durante unos segundos, como si no entendiera bien lo que pretendía Vega o si no supiera cómo reaccionar. Sus ojos se detuvieron en mi collar de macarrones que aún llevaba puesto, y

poco después, aun con una mueca de desconcierto en sus labios, se inclinó ligeramente hacia delante para que Vega pudiera pasar el collar alrededor de su cabeza y colocárselo en el cuello.

—Muchas gracias, Vega —le agradeció Vincent, tocando los macarrones con las puntas de sus dedos—. Me gusta mucho.

La cara de mi hija se iluminó.

—Este otro es para Oliver. —Vega inclinó su cabeza, intentando buscar dentro del piso al amigo de Vincent.

Este, dándose cuenta, dijo:

—Oliver no está. —Al ver la mueca de decepción que se formó en el rostro de Vega, añadió—: Pero vendrá en un rato. Puedes dármelo y yo se lo daré de tu parte.

—Quiero dárselo yo —insistió mi hija.

Vincent se rascó la cabeza.

—Seguramente, tardará en venir.

—Puedo esperar —contestó, rodeando a Vincent y metiéndose en el interior del apartamento sin pedir siquiera permiso.

A veces mi hija se tomaba demasiadas confianzas. Eso lo había sacado de su padre.

—Ahora voy a por ella —suspiré—. Siento que te esté molestando.

Vincent arrugó el ceño, visiblemente enfadado. ¿Y ahora qué?

—Ella no molesta nunca.

—Te agradezco que intentes ser cordial, pero tu saludo te ha delatado.

—¿Mi saludo?

—Lo primero que has dicho al vernos es qué hacemos aquí de malas maneras.

—He dicho que haces aquí —me corrigió, sorprendiéndome, ya que pensaba que iba a asegurarme que su intención al decirlo no había sido mala, aunque fuese mentira. Porque eso era lo que hacíamos las personas normales, pero olvidaba que ese chico era de todo menos normal—. Igual que he dicho que no molesta, en singular. Tú sí molestas —recalcó, acomodándose desgarbadamente sobre el marco de la puerta.

Una bola de fuego se formó en mi estómago y ascendió hasta mi garganta. Abrí la boca, pero un ruido me recordó que estaba en el descansillo y cualquiera podría escucharme. Lo último que me faltaba es que algún vecino se quejara y arriesgarme a que mi casera me echara a la calle.

Di un paso hacia delante y apoyé mi palma en su pecho para darle un empujón. Lo pillé desprevenido, por lo que se separó del marco, retrocediendo, y yo aproveché la distracción para entrar en el apartamento y cerrar la puerta detrás de nosotros.

Respiré hondo, intentando mantener la calma y evitar decir algo de lo que me arrepintiera.

—Había pensado en disculparme por mi comportamiento del otro día y agradecerte lo que hiciste, pero con la actitud que tienes, lo único que me apetece es mandarte a la mierda.

Claramente, debería haber respirado un par de veces más antes de hablar.

Vincent arqueó una ceja, sorprendido ante mis palabras, pero lejos de enfadarse o indignarse, guardó sus manos en los bolsillos de sus pantalones de chándal y esbozó una sonrisa ladeada, como si le divirtiera.

Increíble.

—Parece que no soy el único mal hablado aquí.

Resoplé.

—Sacas lo peor de mí.

—Si te lo saco, es porque lo tienes —respondió, su tono irónico y desafiante.

Iba a replicar, pero, de repente, me di cuenta de lo ridículo que sonaba todo.

—Esto es absurdo. Parecemos niños de parvulario —suspiré.

Él se pasó una mano por la cara, como si tratara de contener la frustración

—¿Y la culpa es mía?

—¿En qué momento he dicho yo eso? —Crucé los brazos por delante de mi pecho. Aunque rápidamente los descrucé. Íbamos a empezar de nuevo y eso iba a ser el cuento de nunca acabar—. Mira, no me gustan los conflictos, ¿vale? Tampoco me gusta llevarme

mal con la gente. —Él arqueó una ceja que venía a decir «pues no lo parece», pero yo lo ignoré—. Y pese a que es evidente que tú no eres santo de mi devoción y yo no lo soy de la tuya, mi hija parece que te ha cogido cariño. Así que por Vega, ¿podemos empezar de cero?

Vincent estrechó sus ojos con desconfianza. Por un instante, estuve segura de que iba a reírse de mi propuesta, pero después de dedicarle una rápida mirada a mi hija, respondió con una larga exhalación:

—Estaría bien.

—¡Mamá! —gritó Vega, interrumpiendo el momento y haciendo que dejara de mirar a Vincent. Me giré y caminé hacia el salón.

Mi hija estaba sentada en el sofá de tela color naranja, con el mando de la consola en las manos, y su rostro iluminado por la pantalla.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunté, acercándome a ella.

—¡He pasado de nivel! —exclamó, visiblemente emocionada.

Miré la pantalla, donde el Dinosaurio Rino estaba haciendo un baile bastante extraño, con purpurina cayendo por su pelo en una lluvia brillante.

—¿Estabas jugando al juego del dinosaurio? —le pregunté a Vincent, que se había acercado a nosotras.

—No, claro que no. Estaba jugando al *Call of Duty*. De hecho, estaba en medio de una partida *online*. Vega ha cambiado el juego.

—Ella no sabe hacer eso. Nunca ha tenido una consola.

—Sí sé, mamá —me contradijo mi hija con una mueca de orgullo—. Vi cómo lo hacía Vincent el otro día.

No me lo podía creer…

—Vega, eso está mal. No puedes entrar en una casa que no es la tuya y apoderarte de la consola. Pídele perdón a Vincent.

—No hace falta —respondió este.

—Sí que hace —repliqué con seriedad, y volví a mirar a mi hija —. ¿Vega?

Ella se quedó en silencio unos segundos, jugando con el mando entre sus manos, como si estuviera calculando sus palabras. Finalmente, levantó la vista y centró su atención en Vincent.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Él se rascó la nuca—. En realidad, iba a dejar de jugar ya porque iba a cenar. —Su mirada se desvió hacia unas bolsas de plástico que descansaban sobre la mesa cuadrada de comedor que se encontraba entre el espacio abierto que separaba la cocina del salón—. Me han traído comida de sobra —añadió casualmente, y pude ver una expresión dubitativa en sus ojos cuando preguntó—: ¿Queréis quedaros?

—N…

Ni siquiera pude pronunciar una sola palabra porque Vega ya había soltado el mando y saltado del sofá para gritar con entusiasmo:

—¡Sí!

—No, cariño —intervine—. Agradecemos tu invitación, Vincent, pero Vega tiene que hacer los deberes.

—Mamá, por favor… —Mi hija agarró mi muñeca y tiró de ella para llamar mi atención—. Por favor… Luego los hago.

—Vega…

—Mamá…

Y entonces ella me miró con esos ojitos de cachorro que eran imposibles de rechazar.

—Vale —cedí finalmente. Mi hija sonrió, victoriosa—. Pero cuando lleguemos a casa haces los deberes sin quejarte.

Vega me soltó y asintió distraídamente mientras caminaba dando saltos hacia la mesa.

Suspiré, teniendo dudas de que ella me hubiera escuchado siquiera. Estaba empezando a pensar que esa niña hacía lo que quería conmigo. Pero ¿quién le podría decir que no a esos ojitos?

—Digamos que esta es mi ofrenda de paz —añadió Vincent con una sonrisa y yo solté una pequeña carcajada—. ¿Os gusta la comida china? —preguntó mientras se dirigía a la mesa del comedor

—Sí —respondimos Vega y yo a la vez.

Lo cierto era que, aunque me encantaba degustar comida de todo tipo de países, solo había ido en un par de ocasiones a restaurantes chinos. Pero, en las dos, me había gustado mucho. Los sabores, la variedad de platos y la forma en que los ingredientes se

mezclaban, me resultaban fascinantes. Me sorprendía cómo una simple combinación de arroz, vegetales y salsa podían convertirse en algo tan delicioso.

Vega nunca había comido comida china, pero era una niña muy curiosa y siempre estaba dispuesta a probar nuevos sabores.

Vincent asintió y sacó las cajas de las bolsas. Un aroma envolvente de salsa de soja, jengibre, ajo frito y algo dulce se derramó en el aire y provocó que mi estómago crujiera con fuerza, recordándome que no había comido nada desde el desayuno.

Vincent se dio la vuelta para dirigirse hacia la cocina y tirar las bolsas de plástico en el cubo de basura que se encontraba en su cocina. Aproveché para observar más detenidamente el apartamento mientras él buscaba los platos y los cubiertos. Aunque era una estancia abierta, era mucho más grande que el nuestro; mínimo, era el doble de espacio.

Contemplé el suelo de madera clara, decorado con diferentes alfombras de patrones étnicos; al contrario que las paredes, que eran de un blanco tiza y que estaban completamente vacías. El salón estaba presidido por un bonito y desgastado sofá de color naranja y unos coloridos cojines. Frente a él, se hallaba una cuadrada mesa auxiliar de madera que estaba llena de latas de cerveza, de Coca-Cola y varios envoltorios de color metálico de galletas que reconocí rápidamente. Parecía que mi hija no era la única adicta a las galletas del Dinosaurio Rino…

El mueble para la TV también era de madera, con los cajones pintados de diferentes colores: verde, rojo, azul y rosa. Parecía que habían sido cuidadosamente pintados a manos, pero muchos años atrás, ya que la pintura estaba visiblemente desgastada. La televisión de más de ochenta pulgadas contrastaba con la decoración *vintage* del apartamento.

De hecho, aunque yo no era una entendida en tecnología, me sorprendía que alguien que vivía en un apartamento en esa zona tuviera una televisión tan cara. Estaba convencida de que le había costado más que cinco meses de alquiler. Aunque tampoco sabía si el piso era de Vincent o estaba de alquiler.

No lo conocía, pero la decoración de aquel apartamento no parecía propia de él. Demasiado colorida, demasiado artística. Estaba bastante segura de que había pertenecido a otra persona.

Miré a Vincent, que seguía moviéndose por la cocina, y me acerqué a él.

—Oye —llamé su atención mientras él terminaba de sacar los cubiertos—, siento lo que pasó el otro día. —Bajé la voz, no queriendo que Vega me escuchara—. Ya sé que no es excusa, pero yo estaba un poco nerviosa, no esperaba encontrarme a Vega contigo. Actué de manera incorrecta. —Al principio me asustó verla en su piso, ya que no lo esperaba. Pero después, Vega me había contado lo bien que lo habían pasado—. No quería parecer una desagradecida. Lo siento.

—Fuiste una desagradecida —puntualizó con una sonrisa arqueada. Antes de que pudiera responder, añadió—: Ya te lo he dicho, empezamos de cero. —Hizo un gesto despreocupado con su mano antes de dejar los tenedores sobre la pila de platos—. Está todo olvidado.

Un quejido llamó la atención de ambos, interrumpiendo nuestra conversación. Vega, tan impaciente como de costumbre, se había sentado en una de las sillas y había decidido empezar a comer sin nosotros, metiendo las manos en un recipiente de cartón.

—¡Quema! —se quejó, soltando el cacahuete que tenía entre sus manos, que rebotó sobre la mesa.

—¡Vega! ¿Dónde están tus modales? —la regañé, yendo hacia donde ella. A veces, me daban ganas de matarla. No sabía de dónde sacaba esas formas. Debería ser de Daren, porque de mí no—. Siempre se espera antes de empezar a comer. Y más cuando no estamos en casa. Espero que te hayas lavado las manos, por lo menos.

Esta agachó su cabeza, avergonzada.

—Lo siento —se disculpó.

Sorprendentemente, este se echó a reír.

—A mí también me cuesta resistirme a la comida —dijo mientras dejaba los platos y los cubiertos sobre la mesa—. Especialmente, cuando tengo hambre.

Vega levantó la mirada, sonriendo tímidamente. Luego, agarró el cacahuete que estaba en el centro de la mesa y se lo metió en la boca, satisfecha con su pequeño gesto.

La mesa estaba llena de platos típicos: arroz frito con verduras, pollo agridulce, cerdo con almendras, y un par de rollitos de primavera, crujientes por fuera y con un relleno suave y sabroso. No faltaban las salsas para acompañar, como la de soja, la agridulce y la picante, que daban el toque perfecto a cada bocado.

Nos sentamos todos alrededor de la mesa redonda. Vincent nos sirvió con los palillos. Él parecía un experto, aunque Vega y yo usamos un tenedor.

Comimos en silencio, disfrutando de los sabores.

—No has probado el pollo gong bao —observó Vincent—. Es uno de mis platos favoritos. Ven, déjame, que te sirvo un poco.

—Yo también quiero —pidió Vega.

Vincent hizo una mueca mientras terminaba de servirme una pequeña porción en mi plato.

—En este restaurante le echan demasiado picante.

—Entonces no —intervine, impidiendo que Vega metiese el tenedor en el recipiente del pollo—. Siempre pruebas el picante y luego te quejas.

Mi hija se rio. Ella tenía la misma poca tolerancia al picante que mi padre.

—Igual algún día me gusta.

Y, al parecer, la misma tozudez.

—Ese día no ha llegado.

Vega suspiró, pero volvió a poner el tenedor en su plato.

—¿Puedo ver la tele? —le preguntó a Vincent, señalando la enorme pantalla de plasma que tenía—. A esta hora dan los dibujos de Rino.

—Claro.

Vincent se levantó y Vega lo siguió, llevando su plato con ella. Este apartó el mando de la *play* del sofá para que mi hija se pudiera sentar con mayor comodidad, mientras ella le decía cuál era el canal en el que transmitían la serie de dibujos animados. Encendió la televisión y puso la cadena.

Mientras ellos estaban ocupados, me metí un poco de pollo en la boca. Nunca había probado ese plato. Picaba, picaba bastante, pero estaba buenísimo.

—Tienes un buen gusto culinario —le dije cuando volvió a sentarse frente a mí.

Vincent me guiñó un ojo mientras pinchaba un trozo de pollo.

—Suelo tener un buen gusto en general.

Y aunque no era ningún tipo de insinuación, ni mucho menos, no pude evitar sentir cómo me sonrojaba. Porque ¿no era sexy la forma en la que estaba masticando ese trozo de pollo?

Maldita sea, estaba fatal…

Me abaniqué con la mano.

—Pica mucho —dije como excusa.

—Pero merece la pena.

—Sí que lo hace. Definitivamente, se acababa de convertir en mi plato favorito de todos.

Él no dijo nada más y yo tampoco. El silencio se apoderó de la mesa, aunque el sonido de los dibujos animados y la risa intermitente de mi hija lo rompían. Aun así, sentí la necesidad de decir algo.

—¿Eres de Liverpool? —pregunté, ya que fue lo único que se me ocurrió.

—Nací aquí, sí —contestó mientras se servía un poco de arroz en su plato—. Aunque he estado fuera. He regresado hace poco. —Pude percibir que los músculos de sus hombros se tensaban, como si fuera un tema incómodo para él—. ¿Y vosotras? —preguntó rápidamente, y me dio la sensación de que quería desviar la atención.

—Mi padre nació en Londres, pero Vega y yo somos de Ciudad del Cabo, Sudáfrica. Hacía tiempo que tenía pensado mudarme a Reino Unido. Mi principal opción era Londres —porque allí era donde mi padre había nacido y vivido hasta que se mudó a Sudáfrica por una oferta de trabajo al terminar su doctorado—, pero Daren me dijo que en Liverpool se vivía bien y que había buenos colegios para Vega, así que nos mudamos aquí. —Vincent arqueó una ceja mientras masticaba en silencio—. Daren es mi marido, el padre de

Vega. Bueno, en realidad, es mi exmarido, aunque no hayamos firmado los papeles de divorcio —me apresuré a corregir, sin saber por qué razón—. Nos separamos hace años.

Vincent asintió como única respuesta y yo sentí que mis mejillas se inundaban en sangre.

Sin entender el motivo por el cual había tenido necesidad de aclararle algo que ni había preguntado ni era de su interés, dejé el tenedor sobre la mesa, nerviosa. Y cambié de tema con rapidez.

—¿Tú estás casado?

Madre mía, eso era aún peor.

—No. Tampoco tengo pareja. Estoy soltero.

—Bien —murmuré—. Quiero decir que está bien. Es mejor estar soltero. Las parejas solo dan complicaciones —corregí con una risa nerviosa que me hacía parecer una desquiciada.

Él me miró confuso, y no me extrañaba. ¿Qué narices me pasaba?

Para evitar seguir hablando sin control, mis ojos vagaron por su apartamento, en busca de un tema que pudiese distraerle del gran ridículo que acababa de hacer.

—¿Tocas? —le pregunté cuando vi la guitarra eléctrica descansando en unas de las paredes, que parecía casi escondida.

Pareció que eso le pilló de sorpresa.

—No. —Su respuesta fue rápida, demasiado. Parecía que estuviera nervioso. ¿Tal vez le había incomodado con mi aclaración anterior?—. Es de Oliver. A veces, lo deja en mi casa.

—Vaya, ¿es músico? —Lo cierto era que nunca habría visto a Oliver como un músico. Aunque, ¿acaso tenían un estilo particular?

—Algo así —murmuró, llevándose otro trozo de pollo a la boca.

—¿Y tú a qué te dedicas?

La mirada de Vincent se desvió de la mía y la fijó en Vega, que seguía mirando la televisión, obnubilada.

—Soy… —Hizo una pausa para coger la lata de cerveza que apenas había tocado y le dio un largo trago—. Soy diseñador de videojuegos.

Claro, eso tenía sentido. Por eso estaba todo el día jugando.

—No me gustan mucho los videojuegos —admití—, pero tiene que ser un trabajo interesante.

Vincent me dio una sonrisa que no supe interpretar.

—Ni te imaginas cuánto.

La alarma de mi móvil sonó, recordándome que era la hora de baño de mi hija. Tenía por costumbre poner alarmas para casi todo. Como madre soltera y con una memoria de pez, era una buena manera de poder organizarme y acordarme de todas las cosas que tenía que hacer.

—Es hora de que Vega y yo nos marchemos —dije, mirando mi plato ya vacío—. Pero déjame que te ayude a limpiar los platos —me ofrecí.

—No es necesario. El lavaplatos lo hace solo.

—Sí, pero alguien tiene que meter los platos allí.

—Ya lo hago yo.

—Está bien. Gracias —cedí.

Aunque a una parte de mí le hubiera gustado alargar la cena, tenía responsabilidades de las que encargarme. Sorprendente e inesperadamente, me había sentido cómoda hablando con Vincent y me lo había pasado bien.

Me levanté de la silla y me dirigí hacia mi hija, que ya había terminado su plato y tenía su mirada fija en la televisión, observando, obnubilada, al Dinosaurio Rino yendo al colegio con su amigo Koko.

—Vamos, Vega. Que tienes que hacer los deberes.

Mi hija me ignoró completo. No, si a veces parecía que tenía las orejas de adorno. En otra cualquier situación le hubiera echado la bronca, pero como tenía prisa, me incliné hacia el sofá para coger el mando y apagué la televisión, buscando la salida más rápida.

Vega emitió un quejido ahogado y, finalmente, me miró.

—Mamá —se quejó.

—Los deberes, Vega.

—¿No puedo ver otro episodio más?

—No, me lo has prometido.

—Vaalee —respondió con un suspiro exagerado—. Vincent —miró a nuestro vecino, que seguía sentado sobre la silla mientras

comía arroz—, ¿puedo venir a ver algún día un episodio? Es que hace dos días se nos rompió la tele y todavía no han venido a arreglarla.

Sentí que volvía a desear que la tierra me tragara. Eso era una verdad a medias. Nuestra tele había dejado de funcionar unos pocos días atrás, pero cuando la llevé a reparar, me dijeron que por el precio que iba a costar la reparación casi era mejor comprar una nueva. Y con todos los gastos que había tenido ese mes —entre la mudanza, los suministros, la matrícula de Vega en la escuela y los gastos imprevistos— no podía permitirme una televisión nueva, por muy barata que fuera. Tendría que esperar hasta el próximo mes, lo cual complicaba aún más las cosas, especialmente con una niña en casa que, aunque no lo dijera, siempre parecía encontrar formas de hacerme sentir la presión de que todo lo que le rodeaba debía funcionar perfectamente.

—Sí, claro. Puedes venir cuando quieras.

—Vamos, cariño —le insistí a mi hija—. Se está haciendo tarde.

Esta dejó el plato encima de la mesa y bajó del sofá. Se estaba acercando a mí cuando se detuvo en seco.

—Pero Oliver no ha venido. No he podido darle el collar.

—Ha debido surgirle algo —dijo Vincent, pero parecía sorprendido, como si se hubiera olvidado completamente de su amigo—. No te preocupes, se lo daré en cuanto venga.

Vega se mordió el labio, indecisa, pero al final, aceptó con un leve asentimiento.

—Muchas gracias por todo, Vincent —le agradecí—. Ha sido una cena maravillosa.

Antes de que Vincent pudiera contestar, tomé la muñeca de mi hija y la tiré suavemente hacia la puerta, saliendo rápidamente antes de que alguna de nosotras pudiera decir algo que me avergonzara aún más.

Capítulo 9

Vincent

Mi mirada se centró en la guitarra eléctrica que yacía apoyada sobre una de las paredes del apartamento. La había dejado allí, medio escondida detrás de la gran estantería de colores.

Llevaba allí tres meses, exactamente desde el día en el que llegué. Desde entonces, se había vuelto invisible para mí, como esos objetos que, aunque estén a la vista, tu mente decide ignorar. Había dejado de existir.

Hasta la noche anterior, cuando Lyra preguntó por ella.

Y ahora, parecía que la guitarra era lo único que podía ver.

Avancé un par de pasos, hasta estar lo suficientemente cerca del instrumento para poder sostenerlo del mástil de madera. Mis ojos se cerraron de golpe, al recordar todas las veces que había hecho ese mismo movimiento. La última, en el último concierto que di. Dos días antes de esa noche en la que todo se fue a la mierda. Solo habían pasado tres meses, pero sentía ese recuerdo como si perteneciera a otra vida.

A tientas, caminé hasta el sofá y me senté en el borde. Coloqué la guitarra sobre mis piernas y deslicé los dedos por las cuerdas, sin llegar a hacerlas sonar. Me faltaba la púa. Pero no una cualquiera, de las que usaba en mis conciertos, sino la que siempre llevaba conmigo en el bolsillo cuando salía a tocar. La púa que mi madre me regaló cuando era un niño, la que no usaba hacía años para que no se estropease.

Mi madre fue la primera en creer en mí. Era ella quien me animaba a tocar, quien repetía que algún día llegaría lejos. Que la música me llevaría adónde quisiera.

Murió mucho antes de que pudiera ver que tenía razón. No me vio triunfar, ni llenar estadios. Pero tampoco llegó a ver en lo que me convertí después. En la persona frívola, desagradecida e imposible

de complacer en la que me transformé. Lo había tenido todo al alcance de mis manos: éxito y mucho dinero, y sin embargo, nada había sido suficiente para mí. Por no decir que había sido un completo gilipollas. Todavía lo seguía siendo.

Me había creído un Dios, un ser invencible que estaba por encima del bien y del mal. Desgraciadamente, en cierta manera, así había sido. Porque me habían permitido hacer lo que me diera la gana solo porque era rico y famoso.

La fama es como una manzana envenenada: te seduce con su apariencia apetitosa y su sabor dulce, pero puede destruirte si no sabes manejarla.

Y ahora era consciente de que no había sabido hacerlo.

El sonido del timbre retumbó en todo el apartamento, arrancándome de golpe de mis pensamientos. Sobresaltado, abrí los ojos y pegué un pequeño brinco, haciendo que la guitarra casi se me resbalara de las manos.

Como si fuera la señal que necesitaba para que me devolviese a la realidad, volví a agarrar la guitarra por el mástil y la dejé en el sitio de antes. El que le correspondía y del que nunca debería haberla movido.

El timbre sonó de nuevo. Esta vez, más fuerte e insistente.

Con pasos rápidos, atravesé el apartamento, llegando hasta la puerta. Me sorprendí a mí mismo preguntándome si sería ella otra vez.

Lyra, mi vecina. Su nombre había sido el primero en aparecer en mis pensamientos, por encima del de Oliver. Aunque sabía que este nunca llamaba, ya que prefería utilizar la llave que nunca debería haberle dado.

No sabía por qué estaba haciendo eso ahora, ni por qué la pregunta de Lyra había revuelto algo en mi interior que había impulsado que cogiera la guitarra. Algo que no me había pasado en esos tres meses.

Tampoco tenía claro por qué había invitado a cenar a mi vecina y a su hija. La madre ni siquiera me caía especialmente bien, y la niña, aunque más soportable que la mayoría, seguía siendo una completa desconocida. Aun así, no podía decir que lo hubiera pasado

mal. De hecho, había sido una velada sorprendentemente amena. Cuando no estaba gritándome o lanzándome reproches, Lyra resultaba simpática. Era refrescante y divertida, incluso. Una de esas personas con las que puedes mantener una conversación que no te hiciera mirar el reloj cada cinco minutos.

Con cautela, me asomé por la mirilla para darme cuenta de que, al otro lado, no se encontraba mi vecina, sino otra mujer muy familiar para mí. Un inesperado sentimiento de decepción me invadió, que fue sustituido por la sorpresa de que mi hermana Olivia estuviera en el descansillo de mi apartamento.

Mierda, ¿qué hacía ella allí?

Me mantuve muy quieto, como una estatua, esperando a que se fuera. Sin embargo, parecía que no conocía a mi hermana. Ella no iba a irse hasta no salirse con la suya. Era igual de decidida que nuestro padre.

—Vincent —me llamó.

No respondí. No necesitaba escuchar uno de sus sermones.

—Oh, por Dios —murmuró, y pude ver por la mirilla cómo entornaba los ojos—. No seas ridículo, que te estoy escuchando respirar. —Eso no era posible, ¿verdad? Ella estaba mintiendo—. Vincent, se me está acabando la paciencia —advirtió, aporreando la puerta con fuerza—. ¡Ábreme, no pienso irme hasta que no lo hagas!

Esperé cinco segundos, en los cuales continuó gritándome todo tipo de disparates, alzando cada vez más la voz. Resignado, acabé cediendo y abrí finalmente la puerta, antes de que alguno de los vecinos viniese a ver qué pasaba o decidiese llamar a la policía. Lo que menos me convenía era armar un escándalo y arriesgarme a que alguien pudiese reconocerme.

—Cállate ya —le dije—. Ya te he abierto, ¿feliz?

Ella me respondió con una sonrisa forzada, sin mostrar los dientes, que parecía de todo, menos contenta. Apoyó una de mis manos sobre mi hombro para empujarme a un lado y poder entrar en mi apartamento.

—Está todo hecho un desastre —murmuró, recorriendo el lugar con una mezcla de juicio y resignación. Su nariz se frunció, como si

acabara de oler algo fuera de lugar, y se cruzó de brazos en mitad del salón—. ¿Hace cuánto que no pasas un trapo por aquí? ¿Un mes? ¿Dos?

Resoplé.

¿Eso era lo primero que me iba a decir después de casi cinco meses sin vernos?

La última vez que hablé con ella fue cuando me llamó para contarme sobre la muerte de mi padre. Después de eso, Olivia intentó contactar conmigo, pero yo rechacé todas sus llamadas.

Sabía que ella se sentía mal por no haberme contado que nuestro padre estaba enfermo. Lo había podido percibir en su insistencia durante estos últimos meses, podía verlo claramente ahora en su rostro. Sin embargo, así era su forma de expresarlo. Ella no se entristecía, ella se enfadaba. Así era Olivia.

—¿Cómo me has encontrado? —inquirí en lugar de contestar, mientras cerraba la puerta con el pie, a pesar de que podía intuir la respuesta. Aunque ella era una de las pocas personas que conocía la existencia de este apartamento, solo había una que sabía que estaba viviendo allí.

—Porque soy tu hermana y te conozco. No eres tan original como te crees, hermanito.

—¿Cuánto ha tardado en decírtelo?

—Contando lo que he tardado en llegar a su oficina y hablar con él… —Olivia hizo una mueca— cinco minutos. Sin contarlo, no ha llegado ni a cinco segundos. En cuanto le he mirado a los ojos, ha cantado como un loro.

Entrecerré los ojos y me pasé una mano por la cara.

—Ese chivato —farfullé

—En su defensa, tengo que decir que lo he interceptado.

Lo cierto era que Olivia, cuando se lo proponía, era aterradora. Cuando se ponía en ese papel de poli malo, no tenía nada que envidiar al FBI. Eso era algo que mi padre le había enseñado bien. Y Oliver no era el mejor soportando la presión.

—¿Qué, no me vas a ofrecer algo para tomar? —preguntó, cruzando sus brazos—. Si es que tienes algo… —apostilló, echando

un vistazo a su alrededor, con una evidente expresión de desaprobación dibujada en su rostro.

Qué remedio…

Observé a mi hermana con más detenimiento. Con su larga cabellera negro azabache recogida en una coleta alta cuidadosamente peinada y una capa de maquillaje cubriendo su piel bronceada, lucía perfecta a ojos de cualquiera. Toda una ejecutiva, con esa americana color burdeos de cachemir y ese pantalón de traje del mismo color. Sin embargo, yo que la conocía, podía ver el cansancio reflejado en esas profundas ojeras que con tanto esmero había tratado de cubrir con maquillaje y ese aire de tristeza en sus ojos azules que tan idénticos eran a su madre. Me pregunté cuántas horas había dormido desde la muerte de nuestro padre. Seguramente, no más de cuatro por día.

—Voy a hacerte un café. —Atravesé la sala para llegar hasta la cocina—. Uno bien cargado. —Busqué en el tarro de cristal donde guardaba las cápsulas la de mayor intensidad.

—Es una consideración por tu parte.

Le preparé el café, muy cargado y con solo una gota de leche, tal y como a ella le gustaba. También aproveché para calentar un par de porciones de pizza de barbacoa que me habían sobrado de la comida del día anterior. Agarré la taza y el plato donde había colocado las porciones y me dirigí hacia la sala. Mi hermana estaba sentada en el sofá y se había tomado la libertad de apartar los mandos de videojuego y dejarlos sobre la alfombra. También había colocado la americana cuidadosamente sobre el perchero de colores en la entrada, junto a su bolso.

Dejé la taza y el plato sobre la mesa de madera que se hallaba frente al sofá y me senté en el respaldo, abriendo mis piernas. Todo lo contrario a Olivia. Con sus hombros cuadrados y sus piernas cruzadas, parecía que estaba más en una entrevista de trabajo que visitando a su hermano. Sus movimientos siempre tan correctos, tan estudiados, porque para eso la habían educado.

—Gracias. —Olivia observó la taza de cerámica blanca, decorada con flores de diferentes colores: amarillas y verdes—. ¿Era de ella?

—indagó mientras la sostenía por el asa de color azul marino, llevándosela a la los labios. Sopló un poco antes de darle un sorbo.

—Sí. —Como casi todo lo que había en el apartamento—. Está hecha a mano. La pintó mi madre.

—Era todo una artista —apreció a la vez que dejaba la taza sobre la mesa. Asentí con orgullo, porque mi madre tenía un gran talento—. Como tú —añadió con sus ojos fijos en los míos.

Me removí en el sofá, incómodo.

—¿Qué haces aquí, Olivia? —pregunté con cansancio—. Pensaba que estabas en Dubái.

—Y lo estaba, pero regresé ayer por la noche. Pienso quedarme aquí permanentemente. —Más que una información, sonó como una advertencia—. Las oficinas centrales de la aerolínea están aquí. Voy a vivir en la casa de papá hasta que consiga mi propio espacio.

—Así que vuelves a tu ciudad natal… —murmuré con cierto sarcasmo impregnando en mis palabras—. Bienvenida de nuevo Liverpool, Olivia. —Esbocé una falsa sonrisa de oreja a oreja.

—Me gusta que hayas vuelto a tu color natural. —Señaló mi cabello negro, del mismo color que el de ella y el de nuestro padre, ignorándome por completo. Desde que cumplí la mayoría de edad y pude dedicarme a tiempo completo a la música, había llevado el pelo de todos los colores posibles: morado, azul, y en ese último tiempo, rubio platino. Había sido una seña de identidad, una forma más de desligarme de todo aquello que me unía a mi familia paterna. Era como si ese color no me perteneciera. Justo lo mismo que sentí días antes de regresar a Reino Unido, cuando me miré en el espejo. Ahora me sentía más yo; lo que era bastante extraño, porque estaba más perdido que nunca—. Te sienta mejor. No te quería decir nada, pero con ese rubio platino te veías un poco ridículo. Ya no eres un joven de dieciocho años, Vincent.

No pude evitar echarme a reír.

—A mí todo me sienta bien, hermanita —respondí con mi habitual arrogancia. Ella negó con la cabeza con una falsa mueca de desaprobación, pero su sonrisa la delató. Me incliné hacia delante para coger un trozo de pizza—. ¿Quieres? —le ofrecí, aunque ya me sabía la respuesta.

—No tiendo a desayunar pizza. Y tú tampoco deberías. No es bueno para tu salud.

Entorné los ojos. La correcta de Olivia…

Ella agarró la taza y le dio un largo trago.

—¿Otro café, entonces?

Ella miró el contenido de la taza y después a mí, durante unos instantes, con la duda en sus ojos, para después negar con la cabeza.

—No, gracias. No debería. Ya sería el tercero y no son ni las doce.

Mi expresión se endureció.

—¿Estás durmiendo algo?

—Han sido unos días algo ajetreados. Ya sabes cómo es esto.

—Eres la CEO, podrás con ello.

Olivia era la segunda hija de mi padre, fruto de su segundo matrimonio con una modelo fracasada y materialista. Había durado poco más que el de mi madre; diez años de idas y venidas, para finalmente, terminar en un divorcio que casi cuesta la salud mental de mi pobre hermana.

Tres años menor que yo, Olivia había sido criada para ser la hija perfecta, todo lo que mi padre había deseado que yo fuera y no fui. Había estudiado en las mejores universidades, entre Estados Unidos y Canadá. Apenas había tenido tiempo para su ocio, tan centrada como había estado en no decepcionar a papá. Y su madre no había ayudado demasiado en aligerar su carácter. Detestaba a aquella mujer, pero incluso ella, se merecía algo mejor que mi padre.

—La mitad es tuya —me recordó mi hermana con una mueca.

Cómo olvidarlo. Sorprendentemente, mi padre me había dejado la mitad de las empresas. La mitad de todo lo que tenía, los mismos derechos que Olivia. Cuando mi abogado me lo notificó, había pensado que se trataba de un error. ¿Quizá quería torturarme, hacerme sentir peor? ¿Pelearme con mi hermana?

Suspiré.

—No quiero nada, Olivia. —No estaba interesado en las empresas—. Nunca las quise. Te pertenecen a ti, no a mí. —Era ella quién había sacrificado su vida por ellas. Papá no fue justo

dejándome la mitad a mí—. Pienso cedértelo todo. Llama a tus abogados.

Olivia soltó una risa sarcástica.

—¿Crees qué eso me importa? —Ella negó con su cabeza y me miró, como si no entendiera nada—. Estoy de acuerdo con la decisión que tomó papá, Vincent.

—Pero tú has dedicado tu vida entera a ellas.

—¿Y? También son tus empresas. Eres de la familia, Vincent. Aunque te empeñes en negarlo.

—¿Soy yo el que reniega de la familia, en serio? —reproché—. No las quiero. Son tuyas. —Nunca las había querido. Siempre me había mantenido al margen de las empresas de mi padre y él nunca me había perdonado por ello. Prácticamente me echó de casa cuando me negué a estudiar empresariales, tal y como él deseaba.

—No pienso quedarme con nada que no me pertenezca. La mitad es tuya, la quieras o no.

Suspiré.

—¿A qué has venido, Olivia?

Ella me miró con esos ojos azules tan intensos, como si la respuesta fuera obvia.

—Quería saber cómo estabas. Te he dado tiempo, pero no contestas a mis llamadas. Esta era la única forma que tenía de contactarme contigo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —La pregunta que había estado repitiéndose durante todos esos meses en mi cabeza salió de repente de mis labios. El elefante de la habitación.

Olivia tragó saliva.

—Quise hacerlo, pero…

—Aquella noche, después del concierto.

—No lo sabía entonces —reconoció—. Teníamos una reunión cerca de Palm Beach. Fue papá quién me pidió que lo llevara al concierto, pero me dijo que no te mencionara que había sido su idea. Me pareció extraño, pero pensé que él por fin lo estaba aceptando, ¿sabes? Cuando tú no te negaste a que viniera, yo estaba feliz. Después del concierto, discutisteis. —Había una parte de la discusión en la que Olivia no había estado—. Me lo dijo al día

siguiente, cuando estábamos regresando a Liverpool. Yo me iba al día siguiente.

—Tuviste ocasión de hacerlo.

—Lo sé, pero él me pidió que no te lo dijera. Y yo pensé que tenía más tiempo. Fue todo tan repentino… Lo siento, Vincent.

Era la primera vez que Olivia me pedía perdón. Era la primera vez que hablábamos del tema.

—Está bien.

Ella me miró, sorprendida.

—¿No estás enfadado?

—Lo estuve, en cierta manera, aún lo estoy. Pero puedo llegar a entenderlo.

Con el tiempo, había terminado perdonando a mi hermana.

—A él le hubiera gustado que fueras a su funeral. Te esperé y no apareciste.

Bajé la mirada, sin saber qué decir. Olivia no sabía que cogí un vuelo a Liverpool y me presenté en el funeral, pero fui tan cobarde que no me atreví a entrar. Y seguía siéndolo, porque tampoco fui capaz de contárselo a Olivia.

Escuché el sonido del sofá moviéndose y sentí su mano sobre mi mulso.

—No he venido para echarte nada en cara, Vincent. Solo quería verte, est… —Ella se corrigió a sí misma—, ver cómo estabas. —Ella iba a decir que estaba preocupada por mí.

A Olivia le costaba expresar sus sentimientos. Algo que no me sorprendía, ya que había sido criada por dos padres que tenían la inteligencia emocional menos desarrollada que un chimpancé.

—Estoy bien, Olivia.

—No puedes quedarte el resto de tu vida aquí encerrado, jugando a videojuegos. Huyendo de tus problemas. —Otra como Oliver. ¿Cómo que no? ¿Cuál era el problema? Para mí sonaba como un buen plan.

—No estoy huyendo. Solo me estoy tomando un respiro.

—Eres un Terrent, y los Terrent no nos quedamos llorando en casa, le echamos narices y nos enfrentamos a nuestros problemas. —Terrent. Ese apellido sonaba tan extraño para mí, tan

acostumbrado en todos estos años a que mi apellido fuera Allen, ya que me lo había cambiado, en honor a mi madre.

No podía negarlo. Había sido un completo idiota. Con ella, con Oliver, e incluso con el mayor imbécil del planeta: con mi padre. La forma en la que me había comportado con él en el último tiempo, las cosas que le había hecho, no me sentía orgulloso de ellas.

—No le cogí el teléfono, Olivia. Ni siquiera después de que me enviase un mensaje disculpándose por lo que me dijo la última vez que discutimos unos días antes. No tenía ni idea de que iba a entrar a quirófano.

—No podías saberlo, Vincent. Yo debí avisarte, pero quise complacerle. —Pude ver el arrepentimiento en sus ojos—. Yo siempre quería complacerle. Incluso cuando no debería haberlo hecho.

—Por eso eras su preferida.

—Él te amaba, Vincent. Solo que nunca…

—Él tenía razón. Ese jodido viejo. Tenía razón en lo que me dijo.

—No sé lo que te dijo, pero olvídalo. Es parte del pasado. Céntrate en el presente. Papá, a su manera, te hizo un regalo. Te hizo entrar en razón.

El móvil de Olivia sonó, interrumpiendo nuestra conversación.

—Es Mathilda.

Mathilda había sido la secretaría de nuestro padre. Y ahora, suponía, que la de Olivia. Él solía decir que era la mujer de su vida, y de alguna manera, eso era cierto, ya que aunque esta estaba felizmente casada desde hacía más de cuarenta años, era la única que había permanecido a su lado hasta el día de su muerte. La única que lo había soportado.

Por la vida de mi padre habían pasado muchas mujeres. Él, que se jactaba de su independencia, en el fondo, le aterraba la soledad. Dos matrimonios que habían terminado en desastrosos divorcios y una infinidad de tormentosas relaciones. Todas las mujeres que habían pasado por su lado habían huido despavoridas.

Todas, menos Mathilda.

—Sí… —Olivia asintió, aunque Mathilda no pudiese verla—. Vale, dile que en menos de diez minutos estoy allí. —Silencio—. Vale.

Hasta ahora. —Olivia me miró—. Tengo que irme. Tengo una reunión con un posible inversionista. —Se levantó del sofá y prácticamente corrió hasta el perchero. A día de hoy, no sabía cómo lograba esa habilidad con esos zapatos tan altos sin caerse. Que por cierto, ella aborrecía pero no dejaba de usar.

Le di un último mordisco a la porción de pizza y me levanté, caminando hasta la entrada, mientras Olivia se abotonaba la americana a toda prisa.

—Que tengas un buen día, Olivia —me despedí con un sarcasmo que no pude evitar mientras le abría la puerta.

Ella entornó los ojos como respuesta.

—Me ha alegrado verte, hermano. —Se colgó la correa de su bolso en el hombro y cruzó el umbral—. Tengo que irme, pero volveré. —Y sin esperar una respuesta, echó a correr hacia las escaleras.

Con esos tacones y no era capaz de utilizar el ascensor. Negué con la cabeza y cerré la puerta. Porque mi hermana era única.

Fui a darme la vuelta y a dirigirme hacia el sofá para comerme otra porción de pizza y echar una partida. Sin embargo, no había dado dos pasos cuando me detuve frente a la puerta que daba a la azotea.

Las palabras que mi padre me había gritado antes de que le colgara cuando hablé por última vez con él, resonaron con fuerza en mi mente:

«Vas a terminar como ella. Vas a terminar como tu madre».

Estaba empezando a pensar que tenía más razón de la que creía.

Capítulo 10

Lyra

Vega y yo estábamos desayunando en la cocina. Era sábado, y como el fin de semana anterior me había tocado trabajar, por fin tenía el día libre. Había pensado aprovecharlo para llevar a mi hija al parque, pero el tiempo no acompañaba: el cielo estaba cubierto de nubes grises y una llovizna fina caía desde primera hora.

Mientras me devanaba los sesos tratando de pensar en algún plan divertido para hacer sin salir de casa, sonó el timbre de la puerta.

Vega saltó de su taburete.

—¡Abro yo! —gritó emocionada.

—Vega, no —la frené, con un tono más firme de lo que pretendía. Ella se quedó quieta, a medio camino entre la cocina y el pasillo—. No sabemos quién está llamando.

—Igual es Vincent —murmuró, con esa vocecita esperanzada que usaba cuando quería convencerme de algo.

Mi hija había caído rendida al embrujo de nuestro vecino. Por ella hubiéramos subido a verlo todos los días, pero yo me había negado. No habíamos vuelto a coincidir con él desde que habíamos cenado en su casa tres días atrás.

Vega era un auténtico encanto, pero, como la niña de seis años que era, aún no sabía dónde estaban ciertos límites. Que Vincent nos hubiera invitado a cenar no quería decir que tuviéramos la confianza suficiente como para ir a visitarlo todos los días a su casa.

—No creo, cariño —respondí, yendo hacia la puerta.

Me detuve durante unos instantes en el pequeño espejo ovalado que colgaba de la pared de la entrada, peinando mi cabello enmarañado. No es que tuviera una colección de pijamas sofisticados como esos que llevaban las modelos en los anuncios de

la tele, pero justo ese día había escogido el más viejo y que menos me favorecía.

Vincent se iba a pensar que era una zarrapastrosa…

Un momento, ¿no le acababa de decir a mi hija que no iba a ser él? Dudaba mucho que Vincent quisiera vernos. Y además, ¿qué me importaba lo que Vincent pensara de mi aspecto?

Frustrada conmigo mismo por pensar tanta tontería junta, giré el picaporte, abriendo la puerta y sin tan siquiera mirar por la mirilla. Algo que me di cuenta de que tenía que haber hecho cuando vi quién estaba al otro lado.

O, mejor dicho, quiénes.

Dos hombres uniformados, con chaquetas negras empapadas por la lluvia, sujetaban entre ambos una enorme caja de cartón con una imagen a todo color de lo que claramente era una televisión de al menos sesenta pulgadas. Vega se asomó por mi lado y soltó un grito ahogado.

—¡Has comprado una tele! —exclamó, aplaudiendo emocionada.

—¿Podemos pasar? —me preguntó uno de los hombres cuando vio que no me movía.

—Eh… yo… —balbuceé— creo que os habéis equivocado. Yo no he comprado esa tele —dije a la vez que por el rabillo del ojo veía cómo la sonrisa de mi hija desaparecía, dando paso una mueca de desilusión.

Aunque Vega no era de las niñas que se pasaba todo el día frente a una pantalla, le gustaba ver sus dibujos. No podía permitirme Netflix, ni Disney u otra plataforma del estilo, como los padres de sus compañeras de colegio. Sin embargo, ella no se quejaba; nunca había hecho ni una sola rabieta, por más mínima que fuera. Por eso me dolía en lo más profundo de mi corazón no poder comprar una tele. Pero no iba a quedarme una que no era para mí.

—La he comprado yo —dijo una voz que conocía muy bien—. Déjales entrar, Lyra.

—¡Papá! —gritó Vega con una mezcla de sorpresa y alegría, justo cuando yo me hice a un lado para dejar pasar a los dos hombres que sostenían la tele.

Ellos entraron con cuidado, esquivando muebles, mientras yo me quedaba quieta, observando la escena frente a mí, sin reaccionar del todo.

Daren había cogido en brazos a nuestra pequeña y le hacía cosquillas.

Daren amaba a Vega. Y Vega lo adoraba a él. Eso era algo que, pese a todos los errores que Daren cometía día sí y día también, no podía negar. Por eso, a veces, en silencio, le rogaba a Dios que se centrara de una vez. Que, por fin, fuera un padre de verdad.

Desgraciadamente, ya me conocía esa historia demasiado bien.

Uno de los hombres, el más mayor y el que parecía el jefecillo de los dos, me llamó para que le dijera dónde poner la tele. Me acerqué a ellos y les señalé el mueble donde descansaba la vieja televisión estropeada.

La quitaron con cuidado y colocaron la nueva. Entraba justa, pero entraba.

En pocos minutos, la sintonizaron y, tras confirmar que todo funcionaba, se marcharon, llevándose la televisión antigua con ellos.

Vega no perdió el tiempo: se lanzó a por el mando a distancia con la ilusión pintada en la cara y la encendió. Me quedé mirándola un segundo. Acaricié su cabeza con ternura y luego le hice un gesto a Daren para que me siguiera a mi cuarto.

Entré sin mirarlo y apoyé las manos en el alfeizar de la ventana mientras escuchaba cómo cerraba la puerta. Respiré hondo un par de veces, tratando de mantener la calma antes de darme la vuelta hacia él.

—¿De dónde has sacado la tele?

—La he comprado —respondió, acompañando sus palabras con una sonrisa de esas que en otro tiempo me desarmaban. De esas que usaba para encantar, convencer y mentir.

Esa sonrisa me había atrapado más veces de las que me gustaría admitir. Antes de que me diera cuenta de lo buen vendedor de humo que era. Antes de que entendiera que no se puede construir una vida sobre promesas vacías.

Lo miré, sin devolverle el gesto.

—¿Con qué dinero, Daren?

—Ya te he dicho que estaba inmerso en un nuevo negocio.

—¿El de los pingüinos?

—No, ese al final no salió —dijo para sorpresa de nadie—. Ahora…

—Da igual —le corté, haciendo un gesto con la mano. Prefería no saberlo—. ¿No la habrás robado?

—¿Robado? —repitió, teniendo la desfachatez de indignarse—. No soy un ladrón. Soy un hombre de negocios.

—Daren… —dije con cansancio, pasándome las manos por el rostro—. Devuelve la tele —le pedí, aun sabiendo que eso entristecería a Vega.

Daren sacó un papel de su bolsillo y me lo entregó. No sabía lo que era hasta que lo vi.

El *ticket* de la televisión.

La había comprado. Ese mismo día a las diez de la mañana. Aunque no tenía nada claro de dónde había sacado el dinero, ya que había costado un dineral.

—Cuando hablé ayer por teléfono con Vega, me pareció que estaba triste porque no podía ver sus dibujos. Ella no me lo dijo, ya sabes cómo es nuestra niña, pero se lo noté.

Suspiré mientras le devolvía el *ticket*, porque en eso tenía razón.

—Podías haber comprado una tele más barata.

—Quiero lo mejor para mi niña —respondió, encogiéndose de hombros.

Contuve otro suspiro.

—Tu niña necesita con más urgencia ropa nueva. Y unos zapatos que no le queden pequeños. Y… —me interrumpí al escuchar la puerta de la cocina abrirse.

Vega asomó la cabeza, sus ojos oscuros brincando entre nosotros, atenta.

—Papá, ¿quieres ver los dibujos conmigo?

Daren se agachó un poco, sonriendo con ternura.

—No puedo, princesita. Tengo que irme.

Los labios de Vega se curvaron en un pequeño mohín.

—Solo un ratito, papá —insistió, con esa vocecita que sabía usar tan bien.

Lo miré, buscando una pizca de duda en sus ojos, alguna grieta. Pero no. Tenía la expresión de quien ya ha tomado una decisión. Lo que fuera que tenía que hacer, parecía inaplazable. Solo esperaba, o más bien rezaba, que fuera algo legal.

—Te prometo que…

—Papá no puede, mi vida, pero yo veré los dibujos contigo. Y luego podemos hornear unas galletas —sugerí, interrumpiendo a Daren, ya que no quería que prometiese a su hija algo que no iba a hacer.

Porque en eso era especialista. En hacer promesas que no tenía la más mínima intención de cumplir.

Y yo podía lidiar con la decepción, porque realmente ya no tenía ninguna fe en él, pero no podría lidiar de nuevo con la expresión de desilusión en el rostro de mi hija cuando volviera a fallarla.

—¿De chocolate? —preguntó con ilusión mi pequeña amante de los dulces.

—¿De qué si no? —respondí—. He comprado pepitas de chocolate.

Vega sonrió, aunque su sonrisa no llegó a sus ojos. Miró a Daren.

—Me gustaría que te quedaras para probar mis galletas, soy una buena postrera.

Puse los ojos en blanco. Esa palabra no existía, pero no era el momento de corregirla.

—Puedes guardarme unas cuantas —le dijo su padre, para acto seguido, darle un beso en la mejilla e incorporarse—. Tengo que irme —se despidió, mirando el reloj digital que descansaba en mi mesita de noche.

—Espera, papá —lo detuvo Vega agarrando la manga de su cazadora antes de que saliera de la habitación—. ¿Nos podemos sacar una foto juntos? —le pidió.

Daren no dudó.

—Por supuesto, cariño.

Este sacó un iPhone del bolsillo de su cazadora. Espera… ¿Un iPhone? Sin darle tiempo a desbloquearlo, se lo quité de las manos. Lo observé con detenimiento; parecía auténtico, y encima, parecía el

último modelo. ¿Tenía dinero para un móvil que costaba una pasta y no para pasarme dinero para la manutención de su hija?

—No, mamá —me dijo Vega, pensando que había cogido el teléfono para sacarles la foto—. Voy a por el mío. —Se fue corriendo hacia su habitación para coger el móvil que guardaba en su mesilla de noche. Un móvil antiguo que no tenía datos ni wifi. Solo servía para sacar fotos. Fotos que Vega atesoraba como un tesoro.

—¿Te gusta? Es nuevo —dijo Daren.

Encima, parecía orgulloso.

Suspiré pesadamente y se lo devolví.

—Hay mejores maneras de gastar el dinero —le reproché, haciendo una pausa—. Tenía la esperanza de que algún día fueras el padre que Vega necesita. Pero, sinceramente, creo que tengo que aceptar que eso nunca pasará —susurré, procurando que Vega no me oyera.

Daren inspiró lentamente y su expresión se tornó en una tristeza profunda que, en otra época, me hubiera hecho sentir culpable, pero que ahora no me producía ningún otro sentimiento que no fuera ira.

—Lyra, me estoy esforzando. De verdad que lo estoy haciendo. Necesito este móvil para mi nuevo negocio. No me has dejado contártelo…

—Nunca vas a madurar —lo interrumpí, explotando. Porque no quería escucharlo, no quería escuchar nada más que tuviera que decir—. ¿Sabes lo que tu hija necesita por encima de una televisión de sesenta pulgadas? Un padre presente, un padre que esté con ella y que cuide de ella. Pero ¿sabes qué? Da igual. Haz lo que quieras. Pero no le vuelvas a hacer promesas a Vega que no vas a cumplir. Ya la has decepcionado suficiente.

Él abrió la boca para responder, pero mi hija regresó en ese momento, con su viejo teléfono en la mano, impidiéndole decir nada más.

Les saqué varias fotos, siguiendo las órdenes de Vega. Para tener tan solo seis años, mi hija era muy exigente. Una en la cocina los dos sentados en el suelo, y otras dos en el salón junto a la televisión nueva.

—¿Y esta foto? —le pregunté con el ceño fruncido cuando entré en la galería para mirar cómo habían quedado las fotos.

Vega se acercó y bajé la pantalla para que pudiera ver la imagen en la que yo aparecía sentada en el sofá, dormida con la boca abierta.

Daren, que también estaba mirando, soltó una carcajada, y Vega sonrió inocentemente.

—Estabas guapa, mamá.

Mi hija tenía la manía de fotografiarme en los momentos más incómodos. No borré la imagen, porque sabía que eso la entristecería. Además, no era como si fuera a mostrársela a alguien.

O eso esperaba.

—Tu madre siempre está guapa —apostilló Daren—. Y, por suerte, tú has sacado su belleza.

—Tú también eres muy guapo, papá.

—Eso es porque me ves con buenos ojos, cariño.

Mentira.

Con su frondoso cabello negro rizado, unos ojos color avellana y su tez oscura, Daren era un hombre muy atractivo y él era muy consciente de ello. Cada vez que pasaba por delante de un espejo tendía a mirarse y a admirarse. Estaba orgulloso de su físico, que cuidaba y del que se aprovechaba para conseguir sus objetivos.

Era parte de su encanto.

Observé cómo Daren levantaba en brazos a mi hija mientras esta lo abrazaba con fuerza. Pese a todo, mi corazón se derretía un poco cada vez que veía esas escenas.

Dejé el móvil de Vega sobre mi mesita justo cuando sonó el timbre.

¿Quién sería ahora? Salí de la habitación a la vez que escuché cómo Vega le pedía a su padre que la dejara en el suelo. Me dirigí hacia la puerta de entrada y giré el picaporte. De nuevo, sin mirar por la mirilla.

Aunque, en esta ocasión, lo que me encontré al otro lado fue menos perturbador.

Oliver estaba en el descansillo, con una sonrisa que parecía tatuada en su rostro y el collar de macarrones de mi hija colgado en

su cuello.

—Buenos días, Lyra. ¿Dónde está la estrella más brillante?

—¡Estoy aquí! —gritó mi hija antes de que pudiera responder. Atravesó la sala corriendo y se situó a mi lado.

—Muchas gracias por el collar. —Señaló con orgullo el collar que sobresalía por encima de su chaqueta vaqueta y que era evidente que se acababa de colocar para que se viese con total claridad—. Me encanta. Es el collar más bonito que me han regalado nunca. Llevo dos días con el puesto. No me lo he quitado ni para dormir.

Una gran sonrisa iluminó el rostro de mi hija. Y yo también sonreí, porque aquel gesto estaba siendo muy dulce.

—Puedo hacerte otro —sugirió Vega con entusiasmo—. Uno para el día y otro para la noche.

—¡Esa me parece una magnífica idea!

—Buenos días —intervino Daren, colocándose a nuestro lado en el umbral. Observó a Oliver de arriba abajo con desconfianza apenas disimulada.

—Él es mi papá —le presentó Vega con orgullo.

—Es un placer conocerte, yo soy Oliver —se presentó Oliver, tendiéndole la mano con amabilidad. Pero antes de que Daren pudiera estrecharla, Vega agarró su muñeca y tiró de él con fuerza.

—¡Ven a mi habitación! —le dijo—. En la clase de pintura nos regalaron accesorios para hacer más collares y en la cocina hay macarrones de sobra.

—Vega, Oliver es un hombre ocupado —la corregí con suavidad, porque mi hija a veces podía ser un poco demasiado entusiasta—. Él…

—Aunque tuviera mil cosas que hacer esta mañana —me interrumpió Oliver con una sonrisa, haciendo un gesto de «no te preocupes» con la mano libre—, las dejaría todas para que la mejor diseñadora de collares de Liverpool me hiciera uno más.

Vega soltó una risita feliz.

—¡Venga, vamos! —le insistió.

Oliver me miró con una ceja levantada, buscando mi aprobación. Asentí y me aparté para dejarles pasar. Vega se despidió

de su padre con un pequeño gesto antes de llevar a su invitado a su cuarto.

Daren y yo nos quedamos a solas en el recibidor.

—Ella puede ser muy insistente cuando quiere —comenté con una sonrisa cansada.

—Supongo que eso lo ha sacado de mí —dijo él con una mueca —. Y espero que solo eso. Sé que soy un desastre.

Me giré hacia él para mirarlo con seriedad.

—Daren…

Él levantó la mano para detenerme antes de que continuara.

—Solo quiero que sepas algo. Si ese hombre te hace feliz, y es bueno con Vega, tienes mi bendición. Te mereces ser feliz, Lyra.

Abrí los ojos, sorprendida por sus palabras.

Daren y yo llevábamos dos años separados, pero era la primera vez que teníamos esa conversación. Yo no había tenido demasiado tiempo para citas, y las pocas que había tenido durante este tiempo habían sido desastrosas. Y aunque sabía que Daren había salido con alguna que otra chica, nada demasiado serio como para presentárnosla.

—Él es un solo un vecino. —Aunque, en realidad, ni siquiera era eso. Pero no quería darle demasiadas explicaciones—. No hay nada entre nosotros, Daren.

Me sostuvo la mirada unos segundos. Él me conocía bien, mejor de lo que me gustaría, y sabía que no mentía. Se encogió de hombros.

—Si en algún momento lo hay, me parecerá bien. O con quién quieras estar. Siempre te apoyaré, Lyra.

Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—Gracias, Daren.

Él me ofreció una sonrisa dulce y se marchó.

Observé la puerta que Daren había cerrado tras de él, pensativa. En el fondo, Daren no era un mal tipo. Estaba convencida de que, al igual que yo, él me había amado con todo su corazón. Pero nunca más que a sí mismo.

Porque Daren siempre se priorizaba a él mismo.

El eco de risas suaves me devolvió al presente. Caminé hasta el pasillo y me asomé a la habitación de mi hija. Vega estaba sentada en el suelo, rodeada de cuentas de colores, un hilo elástico y pequeñas cajitas desordenadas. Oliver se encontraba a su lado, con una expresión de concentración absoluta mientras ella le explicaba qué combinaciones daban buena suerte.

Se me escapó una sonrisa.

—¿Qué tal vais? —pregunté.

—Genial —respondió Oliver—. Vega me va a hacer una pulsera para que siempre tenga buena suerte.

—Siempre que no te la quites —le dijo mi hija.

—No lo haré —le aseguró él. Después, me miró—. Además de collares, también saber hacer pulseras. Tu hija es toda una artista, Lyra.

—Y no lo ha heredado de mí —apunté con una pequeña risa—. Voy a recoger la cocina mientras tanto —les informé, dejándolos solos.

—¿Cuando terminemos la pulsera podemos subir al piso de Vincent? —escuché cómo le preguntaba mi hija a Oliver cuando me dirigía por el pasillo.

Me detuve en seco, esperando la respuesta de Oliver. Por alguna razón sobre la que no quería pensar, quería oírla.

—Claro. Él tiene muchas ganas de volver a verte.

—¿De verdad? —le preguntó ella con ilusión.

—Muchas. No para de hablar de ti y de tu mamá.

—¿Y qué dice?

—Que te gustan las galletas de chocolate, que adoras a un dinosaurio, y que eres una gran jugadora de videojuegos.

Mi hija se rio.

—¿Y de mi mamá?

Se formó un silencio durante unos instantes que me parecieron eternos.

—Que es la mujer más bella que ha conocido nunca —respondió Oliver finalmente.

Mi corazón dio un pequeño salto. Me obligué a seguir caminando como si no hubiese estado espiando, como si no hubiese

sentido que, por un momento, todo se detenía.

Mientras recogía las tazas del desayuno, no podía quitarme la sonrisa tonta de los labios. Seguramente, Oliver había exagerado, adornado un poco la historia para hacer sonreír a Vega. Y aun así, una parte de mí, una que no sabía que todavía estaba tan viva, deseaba que no fuera así. Que de verdad, Vincent pensara eso. Que cada vez que me mirara, me viera así.

Capítulo11

Lyra

—¿Vincent sabe que Vega y yo estamos contigo? —le pregunté a Oliver mientras abría la puerta del piso de mi vecino con su llave.

—Claro —contestó él, sin darle demasiada importancia.

—¿Seguro? —insistí, porque su tono no me pareció lo suficientemente convincente.

Aun así, los seguí cuando Vega y él cruzaron el umbral. No necesité dar más de dos pasos para darme cuenta de que Oliver me había mentido. A pesar de que era casi mediodía, la casa estaba completamente a oscura.

Oliver subió las persianas del salón y la luz reveló el caos que reinaba en la estancia. Si ya me había parecido un desastre la última vez; esta vez, era aún peor. Por supuesto, no iba a hacer ningún comentario. No era asunto mío. Además, habría sido de muy mala educación.

Y yo, ante todo, me consideraba una persona con una gran educación.

—Por el amor de Dios. Al menos, abre las ventanas. Huele fatal aquí —solté sin pensar.

Mi boca, al parecer, no tenía intención de seguir mis reglas de cortesía.

—No huele mal, mamá. Huele a humanidad —me corrigió Vega con una sonrisa mientras Oliver lanzaba una carcajada.

—¿A humanidad? —pregunté

—Sí —contestó mi hija con convencimiento—. Eso dice Mia cada vez que la profesora se queja de que el aula huele raro.

—¿Pero qué cojones…? —Una voz masculina interrumpió nuestra conversación.

—¡Esa boca! —reproché automáticamente, pero al girarme y ver a Vincent, cualquier otra palabra se me quedó atascada en la

garganta.

Estaba en medio del pasillo, apenas cubierto por unos calzoncillos negros que, por suerte, tapaban lo esencial.

Aunque siendo completamente honesta, una parte de mí —muy pequeña, microscópica, casi inexistente— sentía cierta curiosidad por ver qué se escondía detrás de esa tela. Una curiosidad completamente inocente, casi académica. Porque no hay nada de malo en estudiar la anatomía humana, ¿verdad?

Pero el verdadero problema no era lo que ocultaban los calzoncillos, sino lo que no ocultaban en absoluto: su torso tatuado. Madre mía, qué torso. Esa clase de abdomen que solo se consigue con disciplina en el gimnasio, genética, y posiblemente, un pacto con alguna deidad del Olimpo. Hombros anchos, brazos marcados, y una piel que parecía pedir caricias a gritos.

Escuché a Oliver decirle algo, incluso la voz infantil de Vega, pero no fui capaz de descifrar ni una palabra, porque estaba ocupada intentando ser capaz de acordarme de cómo se respiraba con normalidad. No recordaba cuándo me había sentido tan atraída por el cuerpo de otro hombre. Probablemente, nunca. Ni siquiera con Daren. Esta era una atracción animal que no tenía nada de lógica.

Una atracción que, si llego a ser una adolescente, hubiera tenido que salir corriendo del apartamento, pero era una adulta, una capaz de controlarse, y sobre todo, de disimular.

Así que giré la cabeza y fingí que inspeccionaba el apartamento. Cuando volví a mirar a Vincent, ya no estaba. Probablemente, había ido a cambiarse. O más bien, a ponerse algo de ropa.

Oliver y Vega se acomodaron en el sofá, pero yo me quedé de pie.

Cuando Vincent reapareció por el pasillo, vestía una camiseta oscura y un pantalón de chándal. Nada extraordinario, el típico conjunto cómodo de estar por casa con el que le había visto las otras veces. Sin embargo, por alguna razón, ahora hasta eso le quedaba bien. Demasiado bien. Maldita sea, el tejido de algodón y su traicionera manera de marcar hombros.

—Hola —saludó con una sonrisa estirada sin enseñar los dientes —. No tengo buen despertar, sobre todo, cuando me sobresaltan — dijo con un tono más amable, o lo que para él lo era. Porque parecía más un reproche que una explicación.

Aunque viniendo de Vincent, por la manera en la que estaba intentando controlar su voz y la forma en la que su mirada se clavó por mí, supe que estaba haciendo un esfuerzo. Supuse que esa era su manera de pedir disculpas. Habíamos quedado en empezar de cero y, al parecer, él estaba cumpliendo su parte.

—Y yo me disculpo por decir que huele mal —solté, esperando zanjar el asunto con elegancia.

—¿Huele mal? —preguntó, frunciendo el ceño.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que él no me había escuchado antes. Hasta ahora.

—No, no. Lo que quise decir fue que… bueno, a veces el aire se... condensa y…

—Mamá —me cortó Vega, y por una vez agradecí que mi hija me interrumpiese—. ¿Esa es una de esas veces en que se puede decir una mentira piadosa? —indagó, provocando que una oleada de calor subiese por mis mejillas.

Me había alegrado demasiado pronto.

Semanas atrás, Vega había hecho un dibujo espantoso. Una especie de unicornio zombi con tres ojos. Me lo había mostrado con tanto entusiasmo que no tuve corazón para ser sincera. Le dije que era precioso y digno de exposición. Pero cuando quiso llevarlo a clase para el concurso de dibujos, le expliqué que era mejor que hiciese otro.

Mi hija tenía talento para dibujar. Sabía que podía hacerlo mucho mejor.

Ahí nació nuestra charla sobre las mentiras piadosas. Esas que se dicen para no herir a alguien, como cuando tu hija se emociona por haber dibujado una criatura salida de una pesadilla y tú finges que es arte moderno. O cuando tus compañeras de trabajo aparecen con un par de vestidos amarillos fosforitos y tú simulas que son preciosos mientras piensas que vas a necesitar gafas de sol para mirarlas.

—Eh… eh… eh —balbuceé, porque no se me ocurría otra cosa qué decir. ¿Por qué tenía que ser tan mala improvisando?

—No, Vega —intervino Oliver con una sonrisa traviesa—. No es uno de esos momentos. Huele mal, y ya va siendo hora de que alguien le diga a Vincent que tiene que limpiar. Pero tu madre es demasiado educada para eso.

Vincent lanzó un resoplido, indignado.

—Oye, que sí he limpiado.

—¿Limpiar? —Oliver arqueó una ceja castaña en actitud burlona —. Vincent, pasar una toallita húmeda por dentro del microondas no cuenta cómo limpieza

—Le pasé dos. Se había derramado demasiada leche y con la primera no logré limpiar todo —respondió Vincent, con una seriedad tan convincente que hizo que se me escapara una pequeña carcajada—. Además, ¿qué cojones sabrás tú de limpieza si Florence te lava hasta los calzoncillos?

—¿Siempre has sido tan desastre con la limpieza? —pregunté. Abrí los ojos como platos al darme cuenta de mis palabras. Por alguna razón, me costaba reprimirme cuando se trataba de Vincent. Aunque apenas nos conocíamos, sentía que tenía la confianza suficiente para hablar sin tapujos. Algo que, evidentemente, no era así—. Perdona, no es de mi incumbencia —me corregí rápidamente.

—Tienes razón —reconoció Vincent con una exhalación mientras se encogía de hombros—. La verdad es que siempre he tenido a alguien que me limpie la casa. Pero desde que me mudé de vuelta a Liverpool, he intentado hacerlo yo mismo y, bueno, como has visto, soy bastante malo en eso.

—¿No has encontrado en Liverpool a alguien que te pueda limpiar la casa? —inquirí extrañada—. En la cafetería en la que trabajo tenemos un tablón de anuncios. Algunas personas ofrecen servicios y otras los piden. Puedo mirar si alguien se ofrece a limpiar casas, o incluso podrías poner un anuncio tú mismo

La expresión de Vincent cambió al escuchar mi propuesta.

—No quiero que te molestes —dijo rascándose la nuca, y si no lo conociera un poco, pensaría que estaba ¿nervioso?

—No es molestia, en serio.

Vincent fue a responderme, pero Oliver habló antes de que pudiera hacerlo:

—Te lo agradecemos mucho, Lyra, pero ahora mismo Vincent no se puede permitir contratar a nadie para que le limpie la casa.

—Ya, entiendo… —musité, mordiendo mi labio inferior con fuerza. Había supuesto por las palabras de Vincent que seguía buscando una chica de la limpieza, pero que antes pudiera permitirse contratar a una no quería decir que ahora pudiera hacerlo. Tal vez su situación había cambiado, tal vez ahora andaba justo de dinero. Pese a que su apartamento era mucho más amplio que el mío, si vivía en aquel bloque de edificios rico no era—. Si quieres, puedo echarte una mano —ofrecí, sin pensar demasiado en ello.

Vincent abrió los ojos, tan sorprendido como yo misma por mi propuesta.

—No hace falta, Lyra.

—No voy a cobrarte —insistí, sin saber por qué. Bastante tenía con mis propios asuntos, pero, por alguna razón, quería ayudarle. Al fin y al cabo, él había cuidado a mi hija y nos había invitado a cenar. Era lo menos que podía hacer para devolverle el favor.

Vincent me miró, confundido al principio, pero pronto comprendió lo que le estaba diciendo

—Puedo pagar a una empleada del hogar —dijo con un tono que percibí como indignación.

Volví a morder mi labio inferior, sin saber dónde meterme.

—Como Oliver ha dicho que no podías contratar a alguien, he supuesto…

—Oliver habla demasiado —masculló Vincent, entrecerrando sus ojos.

—Oliver está aquí —añadió Oliver alzando una de sus manos con una sonrisa divertida, pese a que pude percibir cierta molestia reflejada en sus ojos pardos.

—¡Y Vega también! —dijo mi hija, a la que no le gustaba que la dejasen de lado, levantando su mano de la misma manera que había hecho Oliver, pese a que dudaba que estuviera entendiendo la conversación.

—Puedo pagar, pero ahora mismo no puedo dejar que una desconocida entre a limpiar en mi casa —argumentó Vincent, dejando claro que sus reservas no eran económicas.

—La mayoría de las personas son legales… no van… —comencé a decir, intentando convencerlo.

—No es eso —me interrumpió—. Como te dije, soy diseñador de videojuegos, y ahora mismo trabajo desde casa. No tengo un horario fijo y no quiero que me molesten mientras duermo. O mientras tengo una reunión.

—Comprendo —murmuré, aunque realmente no lo hacía. Pero, en ese momento, decidí que era más fácil llegar caminando hasta Londres con una mochila llena de ladrillos que entender a mi vecino. Ese chico era más raro que un perro verde.

—¿Diseñador de videojuegos? —repitió Oliver, luciendo completamente desorientado, como si no estuviera familiarizado con la profesión de su amigo—. ¿Qué…? —Él se interrumpió a sí mismo cuando compartió una mirada con Vincent que no entendí—. Ah… sí, claro. Perdonadme, me he puesto a pensar en otra cosa y he desconectado. No os estaba escuchando. A veces, tengo la cabeza de adorno. —Se golpeó la frente con su palma en un gesto dramático mientras soltaba una risa nerviosa—. Sí, diseñador de videojuegos. Vincent es el mejor diseñador de videojuegos de la ciudad. Del país, diría yo.

—¿Ah, sí? —pregunté con interés con una sonrisa.

—Sí, de hecho, justo ayer estuvimos hablando sobre un proyecto superimportante y superinteresante que se está llevando a cabo.

—¿Qué proyecto?

Oliver fue a contestarme, pero Vincent lo interrumpió.

—Es secreto —espetó. Asentí con la cabeza, ignorando la decepción que me inundó. Porque no debería importarme, menos aún cuando no entendía de videojuegos ni tampoco me interesaban en lo más mínimo, pero sí tenía curiosidad por conocer un poco más a Vincent. Al fin y al cabo, su profesión era parte de su vida y una manera de saber más de él. Al parecer, por la manera cortante en la que había finalizado la conversación, no estábamos en la misma

página—. ¿Queréis desayunar algo? —preguntó, cambiando radicalmente de tema—. Tengo las galletas que te gustan —añadió, guiñándole un ojo a Vega.

—¡Sí! ¡Quiero galletas de Rino! —respondió esta, levantándose del sofá de un salto.

—Ya has desayunado, cariño —le recordé.

Mi hija hizo un mohín.

—Pero ahora no voy a desayunar otra vez. Voy a comer galletas de Rino y eso no es desayunar.

Por supuesto que mi hija no podía resistirse a esas malditas galletas. Galletas que tenían un precio desorbitado. Debería haberme dado cuenta de que Vincent no tenía problemas económicos cuando había comprado tantas cajas.

—¿Y qué es entonces? —le pregunté, sin poder evitar sonreír. Porque mi pequeña era muy ingeniosa cuando quería.

—Picar entre horas.

—¿Y qué digo yo siempre sobre picar entre horas?

Me miró y entrecerró los ojos, claramente buscando una forma de evadir la respuesta correcta, que era que luego no comía bien si picaba antes. Mi hija era demasiado lista para su propio bien.

—Que luego no te sirven los pantalones.

Me esperaba muchas respuestas, pero no esa. Aunque lo dijo con tanta naturalidad que no pude evitar reírme. Oliver y Vincent también soltaron una carcajada. Vega sonrió, orgullosa de su propia astucia.

—A veces, eres imposible, cariño —suspiré, dándome por vencida—. Creo que yo también quiero una galleta de esas.

—Voy contigo a la cocina —dijo Vega, corriendo hacia Vincent cuando este se giró para ir a por las galletas.

Mientras esperaba a que regresaran, me senté en el hueco que mi hija había ocupado en el sofá, al lado de Oliver.

—Vega es una niña adorable —me dijo con una sonrisa amable —. Sé que no es asunto mío, y no tengo ni idea de niños, pero como hijo de padres divorciados que son un auténtico desastre, te puedo decir que lo estás haciendo genial, Lyra.

—Hago lo que puedo, pero gracias. —Diariamente me preguntaba si lo estaba haciendo bien y si lo que estaba haciendo era suficiente. A veces, temía no estar siendo una buena madre; la madre que Vega necesitaba—. ¿Vincent y tú sois amigos desde hace mucho tiempo?

Los ojos de Oliver brillaron.

—Desde niños.

—Y aún seguís siendo muy amigos. Es bonito.

Yo nunca había tenido una amistad tan duradera.

—Durante varios años, vivimos en diferentes países. Ya sabes, la vida te lleva por caminos distintos, pero nunca hemos dejado de ser amigos. Lo que une la varicela no lo puede separar el tiempo.

—¿La varicela?

—Sí. Éramos compañeros de colegio desde los seis años, pero no éramos amigos. De hecho, estábamos en clases diferentes. Hasta que, con once años, jugamos al juego de la botella. Y yo besé a la chica que le gustaba a él. Entonces, me retó a una pelea. Siempre he sido un pacifista, pero ya desde pequeño tenía problemas para decir que no, así que acepté. Aunque antes de que pudiésemos pelearnos, una profesora apareció, y menos mal, porque yo tenía pensado huir. ¿Qué puedo decir? Soy un cobarde —reconoció, haciéndome reír—. Nos castigó sin recreo durante dos semanas, pero al día siguiente Vincent no vino a clase porque enfermó de varicela. Entonces mi castigo cambió a tener que llevarle los deberes. Cuando estaba recuperado, fui yo el que enfermé y fue su turno de llevarme los deberes a mí. Desde entonces, nos convertimos en mejores amigos. Así que sí, la varicela nos unió.

—Lo que no te ha contado —dijo Vincent, apareciendo junto a Vega— es que esa chica lo besó para ponerme celoso y que me acosó hasta que decidí ser su amigo.

—En realidad, Clarice se lo inventó cuando la rechacé para ser tu amigo —puntualizó Oliver—. ¿Y en cuanto a lo de nuestra amistad? ¿Qué puedo decir? En cuanto vi que tenías el mismo videojuego que yo en casa, supe que estábamos destinados a ser mejores amigos. Pero como eras y eres demasiado orgulloso para

aceptarlo, no me detuve hasta que no aceptaste nuestro destino. Al final, te gané por cansancio.

—LEGO Batman era el juego de moda, Oliver. —Vincent hizo una mueca mientras negaba con la cabeza—. Todos los niños de aquella época lo teníamos.

Oliver movió su mano, despreocupado, como si aquella matización no importase. No pude evitar echarme a reír, porque se veía que, pese a las palabras de Vincent, se tenían mucho aprecio.

—¡Hacedme un hueco! —gritó Vega mientras cogía impulso para saltar y ocupar el espacio libre que quedaba entre Oliver y yo. Lo hizo con tanta brusquedad que tuve que rodearla con mi brazo para que no rebotara del sofá al suelo.

Vincent cogió una silla y se sentó al lado del sofá, dándole un sorbo a su vaso de café. No pude evitar fijarme en el gesto tan natural que hacía al tragar, la forma en la que sus labios se cerraban suavemente alrededor de la taza. Era un gesto normal, pero en él tenía un efecto casi hipnótico.

—Dame una galleta, cariño —le pedí a Vega. Pero más para dejar de mirar a Vincent que porque quisiese comer una galleta. Aunque, pensándolo bien, tal vez un toque dulce no me vendría mal. Quizá era la falta de azúcar lo que hacía que todo en Vincent me pareciera atractivo y sensual.

Mordí la galleta que mi hija me dio. Lo cierto era que estaba muy buena. Me lamí el labio inferior cuando sentí que se me había pegado un trozo de chocolate. Por el rabillo del ojo vi cómo Vincent me miraba; incluso me pareció que tragaba saliva.

—Ahora que estamos todo, hay algo que me gustaría contaros —comenzó Oliver, provocando que todos centrásemos nuestra atención en él—. Mañana me voy de viaje a Chicago y voy a estar fuera quince días. Sé que me vais a echar mucho de menos, pero los días se pasan volando.

—¿Te vas de vacaciones? —le preguntó Vega con la boca llena de chocolate.

—Ojalá —suspiró Oliver—. Es por trabajo. Me ha salido una gran oportunidad. Aún no hay nada fijo, pero, con suerte, todo saldrá bien.

—¿Vas a formar parte de algún grupo? —le pregunté con curiosidad.

—¿Un grupo? —repitió Oliver juntando las cejas, como si no supiera de qué le estaba hablando.

—Vincent me dijo que eras músico —le expliqué—. Yo pensé que… —me interrumpí a mí misma al darme cuenta de que, de nuevo, había sacado conclusiones precipitadas—. Imagino que te ganas la vida de otra manera.

Había asumido que se dedicaba a ello. Aunque debería haber sabido que la industria de la música no era sencilla. Al parecer, él tenía otro empleo.

Oliver se quedó en silencio durante unos segundos, pero enseguida esbozó una sonrisa.

—Desgraciadamente… ¿sí? —¿Por qué me sonó como si estuviera formulando una pregunta cuando debería ser una afirmación?—. Mi trabajo es mucho más aburrido que eso —añadió con un bufido exagerado—. Pero quién sabe, quizás algún día alguien crea en mi talento y me convierta en un cantante de éxito.

—¿También cantas? —pregunté con interés—. Vincent solo me dijo que tocabas la guitarra.

Oliver miró a Vincent.

—Ya ves… soy polivalente.

—¡Tócanos algo! —le pidió Vega.

—Me encantaría, pero no tengo la guitarra aquí —se excusó Oliver—. En otra ocasión.

—¿Pero esa es tu guitarra, no? —inquirió mi hija, apuntando con su dedo índice hacia la guitarra escondida detrás de unas cajas de cartón. La misma que yo le señalé a Vincent cuando cenamos hacía más de una semana atrás, demostrándome que tenía un oído más biónico de lo que creía.

—Mi guit… —Oliver siguió el camino del dedo de mi hija, palideciendo un poco—. Sí, claro, mi guitarra. Me había olvidado de ella. De hecho, pensaba que la tenía en mi casa. Qué tonto soy.

—¿Entonces si puedes tocarnos algo, no? —insistió Vega.

—No lo sé… —balbuceó Oliver. Era la primera vez desde que lo conocía que sentía que se había quedado sin palabras—. ¿No quiero

molestar a los vecinos?

¿Por qué hablaba como si nos estuviera haciendo la pregunta a nosotros? Tal vez Oliver era tímido y no quería tocar delante nuestra. No parecía demasiado entusiasmado con la idea. Había escuchado que había muchos artistas que tenían pánico escénico. Puede que fuera su caso.

—Pero es pronto —argumentó mi hija, que parecía que no sabía aceptar un no por respuesta—. Por favor —le pidió, poniendo esos ojos de cachorrito que eran imposibles de rechazar.

—Cariño… —fui a ayudar al pobre de Oliver cuando Vincent me interrumpió.

—Eso, por favor —lo animó. Oliver abrió mucho los ojos, pero Vincent esbozó una sonrisa tranquila—. Deléitanos con tu talento, amigo. Demuéstrales a Lyra y a Vega que se te da igual de bien tocar que hablar. —Le guiñó un ojo.

—¡Sí! —secundó mi hija, alzando sus dos brazos por encima de su cabeza—. ¡Oliver! ¡Oliver! —comenzó a corear.

—Parece que no puedo decir que no, ¿verdad? —dijo finalmente Oliver con una sonrisa de resignación.

Mi hija aplaudió, entusiasmada, y yo le di una sonrisa de ánimo mientras se levantaba para ir a por la guitarra. Vincent lo acompañó y abrió uno de los cajones de una vieja estantería de roble que estaba a un lado de la guitarra. Sacó una púa y se la entregó.

—La última vez que tocaste la dejaste tirada en el sofá. Para que no se pierda la he guardado junto con las otras que has ido perdiendo por mi piso cada vez que vienes. Para que luego digas que no recojo.

Oliver le lanzó una mirada extraña y Vincent soltó una carcajada mientras le hacía un gesto a su amigo para que ocupara la misma silla en la que él había estado antes sentado. Mientras Oliver se acomodaba en la silla y trataba de sostener la guitarra eléctrica sin que se le cayera al suelo, algo que casi le pasa en tres ocasiones, Vincent sacó un pequeño amplificador del cajón de abajo del mueble. Lo sostuvo con mucho destreza y lo colocó delante de Oliver para enchufarlo a la guitarra.

—Vaya, sí que tienes habilidad —comenté. Bastante más que Oliver, que seguía intentando mantenerse sentado y sostener la guitarra a la vez. Pero ese pensamiento decidí guardármelo para mí mismo.

—De más joven era su ayudante —explicó a la vez que se levantaba para dejarse caer a mi lado y al de Vega—. Es una costumbre que no se olvida. ¿A qué no, Oliver?

Este ni siquiera respondió. Estaba tan concentrado en su tarea que tuve dudas de que lo hubiera escuchado.

Me limité a sonreír. Era evidente que me estaba perdiendo algo, pero lo entendí cuando Oliver comenzó a tocar. Por el amor de Dios, aquello sonaba fatal. Y mira que a mí me gustaba cantar en la ducha.

Mi hija era muy talentosa, pero no tenía oído musical, porque comenzó a aplaudir, emocionada.

—¡Canta, Oliver! —lo animó.

—¡Eso, deleitamos con una de tus canciones! —coreó Vincent.

Oliver frunció el ceño al principio, pero luego sonrió. Comenzó a cantar una canción, suponía que compuesta por él. Pero lo cierto era que cantaba casi igual de mal que tocaba la guitarra; muy desafinado. Y la letra de la canción no tenía sentido; ni siquiera rimaba. ¿Y qué narices? ¿Estaba cantando sobre la mejor manera de hacer la colada?

Mi hija seguía aplaudiendo y riéndose, feliz. Yo también aplaudí, porque lo cierto era que, aunque lo estaba haciendo fatal, me estaba divirtiendo. Ante un público tan entregado, Oliver se vino arriba y cuando cantó que sus calzoncillos se habían teñido de rosa por meter un calcetín rojo en la lavadora, yo estallé en carcajadas. Todos lo hicimos; hasta el mismo Oliver, que tuvo que dejar de cantar.

No iba a tener ningún éxito como músico, pero como comediante podía llegar muy lejos. Aunque ciertamente, ¿qué sabía yo de música? Tampoco se necesita una gran voz para triunfar en la música y, con práctica, seguro que podía mejor. Tal vez estaba equivocada y conseguía triunfar.

Me costaba creerlo, pero ¿quién sabía?

—Aunque me lo estoy pasando en grande, es hora de que me marche —dijo Oliver cuando dejó de cantar, dejando la guitarra en su sitio. Me sorprendió que no hiciera amago alguno por llevársela, pero igual prefería dejarla en casa de su amigo—. Tengo que preparar las maletas.

—Nosotras también nos vamos —comenté, levantándome del sofá.

—No tenéis por qué iros. —Vincent me miró—. Tengo el día libre, os podéis quedar.

Me mordí el labio inferior, porque ciertamente quería quedarme. Había una parte de mí que lo deseaba con todas sus fuerzas, y precisamente por eso no podía hacerlo.

Lo mejor era que nos fuéramos.

—Gracias, Vincent. Pero tenemos muchísimas cosas que hacer: tengo que ir al supermercado y mi hija tiene que terminar varios deberes.

Para mi sorpresa, Vega no replicó. Ni siquiera una pequeña queja.

—Os acompaño a la puerta —se ofreció Oliver—. Me quedo un par de minutos más, que necesito ir al baño.

Me encogí de hombros. Supuse que querría hablar con su amigo a solas o, tal vez, realmente necesitaba ir al servicio.

Vincent abrió la puerta y Oliver se agachó para darle un beso a Vega. Justo en ese momento, sentí una respiración cálida cerca de mi oído.

—Eres muy mala fingiendo —me susurró Vincent, su voz grave y casi susurrante, mientras se acercaba un poco más, sin que Vega lo escuchara. El roce de sus palabras provocó una sensación extraña en mi piel—. He visto cómo mirabas mi torso desnudo.

Tragué saliva, mi mente entrando en un torbellino. Mi cuerpo reaccionó antes que yo. No me atrevía a girarme, mis ojos estaban fijos en Vega, que abrazaba a Oliver.

—Yo... no... —logré articular, pero las palabras se me atoraron en la garganta, como si mi mente no pudiera decidir si quería negar lo obvio o admitirlo.

—No tienes que mentir. Me ha gustado —murmuró, su tono más suave y profundo, casi como si disfrutara de cada palabra que salía de su boca. La calidez de su cercanía me envolvió, haciéndome perder el hilo de la conversación—. Mucho.

Antes de que pudiera reaccionar, Vincent se giró hacia Vega, le dedicó una amplia sonrisa y se despidió de ella. Todo ocurrió en un parpadeo. Me quedé allí, con el eco de sus palabras retumbando en mi mente.

Cuando logré reaccionar, me moví. Me despedí con un simple adiós y baje las escaleras junto a Vega. Ella comenzó a hablar, pero a pesar de mis esfuerzos por concentrarme en lo que decía, no pude evitar pensar en lo que Vincent acababa de confesarme. Su voz, sus palabras, el tono cargado de algo más. De algo que identifiqué como una atracción sexual mutua.

¿Él se sentía atraído por mí?

No pude evitar la sonrisa que se dibujo en mis labios. Hasta que caí en la cuenta de que no podía dejarme llevar. No cuando tenía una hija a mi cargo. No cuando Vega era lo más importante.

El problema era que deseaba con todo mi ser saber adónde nos llevaría esa atracción.

Pero lucharía contra ello. Aunque no tenía la menor idea de cómo silenciar el deseo que ya empezaba a arder en mi pecho.

Porque siempre había sido un desastre controlando mis emociones.

Capítulo 12

Vincent

—¿Qué cojones, Rory?

—¿Vaya, así me vas a saludar después de dos meses sin hablarme? Esperaba un saludo más cálido, Vinny. —Así era como él me llamaba cariñosamente. Al principio lo odiaba, lo que hizo que él fuera más insistente a la hora de dirigirse a mí por ese diminutivo, y al final, incluso terminé acostumbrándome.

—No me toques los huevos. No estoy de humor. ¿Qué coño acabas de enviarme? —Señalé mi ordenador portátil, en el que acababa de abrir un documento que él me había reenviado hacía menos de una hora atrás.

—Ay, Vinny… —Estaba seguro de que el comemierda de mi mánager tenía una sonrisa triunfal en su rostro. Por supuesto que sabía que con aquello llamaría mi atención—. Dame un segundo. —Él apartó el auricular un poco de su oído para decir—. Shirley, cariño, ¿le puedes poner un poco más de salmón a la tostada? —Escuché la voz de la que era una de sus empleadas del hogar respondiéndole—. ¿Tan difícil es hacer una tostada? —se quejó—. Ya saben que todos los jueves desayuno lo mismo. ¿Tú también estás desayunando? ¿Por cierto, dónde estás? Es más tarde allí?

Bufé. Por eso le había llamado por WhatsApp, asegurándome que no pudiera rastrear mi ubicación. Si descubría que estaba en Liverpool, ese era capaz de recorrerse toda la ciudad hasta dar con mi paradero.

Cuanta menos información tuviera, mejor.

—Rory, corta la mierda —le advertí.

Rory suspiró. Él era lo suficientemente inteligente como para saber hasta dónde llegar.

—Es una suspensión del contrato de la discográfica debido al incumplimiento de las obligaciones contractuales.

—Eso ya lo sé. Sé leer igual que tú —gruñí—. ¿Cómo va la discográfica a prescindir el contrato? Es imposible. No pueden hacer eso.

Rory chasqueó la lengua.

—Incumplimiento de contrato, Vinny. Pueden hacerlo.

—Yo no he incumplido el contrato.

—Sí que lo has hecho. —Rory suspiró, y aunque no podía verlo, sabía que acababa de quitarse las gafas y estaba masajeándose el puente de la nariz—. Llevan dos años cansados de ti. Te lo llevo advirtiendo tiempo, ¿cuántas veces te lo he dicho? Estás tensando mucho la cuerda, Vinny. Otro escándalo más y se terminó. Pero tú nunca me escuchas. A veces pienso que hasta lo hacías a propósito, que estabas buscando que te dieran la patada. —¿Era eso lo que buscaba? ¿Qué todo terminará? ¿Me había estado autosaboteando a mí mismo?—. ¿Y ahora sales con esto? ¿Desapareces del mapa y pasas de todo? Se han cansado de ti, Vinny.

—No he desaparecido del mapa. Necesitaba unas vacaciones, te lo dije.

—Y eso les dije. Pero ya van casi tres meses. He intentado calmar las aguas, Vincent. Al principio hasta agradecieron que desaparecieras, pero a medida que ha ido pasando el tiempo, se han vuelto más insistentes e impacientes. Quieren saber dónde estás y cuándo vas a regresar.

—Les he hecho ganar mucha pasta, Rory. Me lo deben.

—Y yo a ti, Vinny. Y mira cómo me lo estás pagando.

Me reí ante su reproche. El mismo reproche que me había dicho cientos de veces durante mi trayectoria.

—Tienes razón, Rory —dije con amargura—. Gracias a ti soy Rhett Lawson —repetí mi nombre artístico—, la superestrella del rock. Si tú no me hubieras descubierto, ahora mismo no sería nadie. Pero ¿sabes qué? Tú sin mí seguirías viviendo en ese apartamento de cincuenta metros cuadrados y no en una mansión de cuatro plantas con tres piscinas en Beverly Hills.

Rory soltó una pequeña exhalación. No podía negarlo porque sabía que tenía razón.

—Necesito más tiempo, Rory. Convence a los de la discográfica. Diles que necesito este tiempo para volver a ser el que era.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuándo vas a volver, Vinny?

No podía contestarle a una pregunta para la que no tenía respuesta.

Joder, ni siquiera sabía si quería volver. En realidad, sí lo sabía. La música era mi vida. Pero no estaba preparado para regresar. No todavía.

Pero ¿quería tirar por la borda toda mi carrera? ¿Todo por lo que había soñado desde que era un niño?

Tampoco quería hacerlo.

—Un poco más de tiempo.

La línea se mantuvo en silencio durante unos instantes. Finalmente, Rory exhaló un suspiro.

—Te puedo dar dos semanas. No más, Vincent. Y quiero que respondas a mis llamadas. Necesito explicaciones.

—Gracias, Rory.

Él me fue a responder, pero yo le corté, porque sabía que intentaría sonsacarme información sobre mi paradero.

Y aún no estaba preparado para que mi mánager se presentara en mi casa. Y menos en la de mi madre. No, Rory jamás descubriría aquel lugar; porque ese apartamento era mi lugar seguro.

Cerré el ordenador e iba a echar una partida a la *play* para distraerme cuando el timbre de la puerta sonó insistentemente. Miré la hora en mi móvil. Eran casi las once de la noche.

¿Quién podría estar llamando a esas horas?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar que podría tratarse de la prensa o de algún fan. No estaba preparado para ello.

También podría ser algún vecino. Tenía la suerte de no compartir descansillo con nadie, ya que el único piso de la última planta era el mío. Lo que no ocurría con las demás plantas, en las que tenía entendido que eran tres apartamentos por cada piso. Sabía que tenía unos cuantos vecinos; a algunos los había escuchado por el patio de luces, pese a que, afortunadamente, nunca había visto sus caras.

A excepción de dos personas: a Lyra y a Vega. Pero era imposible que fuesen ellas. Era tarde y un día entre semana, la niña llevaría horas dormida.

—Vincent, abre. Soy Lyra.

Me levanté del sofá al escuchar la voz de mi vecina y darme cuenta de mi error. ¿Pero qué hacía Lyra llamándome a esas horas?

Ella no podía estar allí para quejarse del ruido, ya que todas las ventanas estaban cerradas, y aunque no tenía por qué hacerlo, cada vez que soltaba barbaridades tendía a cerrar la ventana. Es decir, cada vez que jugaba al *Call of Duty*. O cualquier otro juego.

No era mi culpa, sino de los demás jugadores que eran unos paquetes y sacarían de sus casillas a cualquiera.

Y que constara que no lo hacía por Lyra. Por supuesto que no. Si no porque no quería arriesgarme a que algún vecino más se molestase y viniese a pedirme explicaciones, descubriendo mi verdadera identidad. O llamase a la policía.

Habían pasado dos días desde que la había visto por última vez. Aunque había soñado con ella. Sueños en los que los dos teníamos poca ropa. Sueños que deseaba hacer realizar aún a sabiendas de que no era lo correcto. Pero ¿desde cuándo yo hacía lo correcto?

Por eso deseaba con cada poro de mi cuerpo que ella hubiese venido para pasar la noche conmigo.

Sabía cuándo una mujer me deseaba, y ella lo hacía. Lo había sentido, lo había visto en sus ojos. No pude evitar hacérselo saber, y también noté cómo su cuerpo respondía a mis palabras, cómo el deseo ardía en su interior mezclado con una chispa de vergüenza.

Abrí la puerta con una sonrisa en los labios, dispuesto a bromear, a provocar un poco más ese fuego.

Pero al verla, la sonrisa se me congeló en la cara.

Para mi desgracia, Lyra no había acudido a mi puerta para coquetear conmigo. Ella estaba pálida, con su cabello castaño y rizado recogido a toda prisa en un moño desordenado. Sus ojos color chocolate lucían humedecidos y brillantes. Ni siquiera se había cambiado; sino que llevaba un viejo pijama gris e incluso, unas zapatillas de casa de cuadros rojas y negras.

Era evidente que había salido de su casa a todo correr.

—¿Qué pasa, Lyra? —pregunté con preocupación.

—Siento molestarte —dijo, apenas sin aliento—. Sé que es tarde, pero Vega tiene fiebre. Pensaba que aún tenía un bote del jarabe que toma para bajarle la fiebre, pero no me queda.

—¿Cuánta fiebre tiene?

—Treinta y nueve.

Joder. Eso era mucha fiebre.

—Tienes que llevarla al hospital.

—No, no —dijo—. Es normal que a un niño le suba tanto la fiebre. Antes de llevarla tengo que probar con el jarabe. Pero no lo encuentro. —Lyra suspiró, agobiada—. Lo he debido de perder en la mudanza…

—De acuerdo —dije, inspirando e intentando mantener la calma. No sabía por qué repentinamente estaba tan nervioso. Yo era una persona tranquila; según Rory, demasiado. No perdía los nervios ni me ponía histérico ante nada. Y al fin y al cabo, Vega no era mi hija ni mi hermana, pero la idea de que pudiese estar enferma me agobiaba. Esa niña era muy pequeña. La pobre tenía que estar sufriendo—. ¿Qué puedo hacer yo?

—¿Puedes ir a una farmacia de guardia a por un medicamento?

Era una petición sencilla, la más lógica. ¿Qué eran, las once de la noche? Podría disfrazarme. Aun así, era arriesgado. No tenía ni idea de dónde había una farmacia de guardia, y aunque tenía un coche, estaba en el garaje de mi otra casa, que se encontraba bastante lejos de allí.

Por supuesto que iría si Vega lo necesitaba, pero tal vez había otra opción. Y si no, siempre podía pedir un taxi.

Entonces, se me ocurrió otra idea.

—¿Por qué no me quedo yo con ella? —sugerí, y Lyra enarcó una ceja—. Tú sabes mejor qué medicamento es. Igual me ponen algún problema o me ofrecen otra alternativa y no tengo ni idea.

—Quizá es lo mejor, sí —respondió tras un segundo de duda.

Sí es que era todo un lumbreras. Un maestro en el arte de la improvisación.

—Bien, ve a cambiarte. Yo cierro todo aquí y bajo en un momento.

Lyra asintió y salió deprisa. Tras ponerme rápidamente unas deportivas y coger las llaves de casa, cerré la puerta y la seguí.

A pesar de que nunca había estado en su apartamento, la puerta entreabierta y los suaves ruidos que venían desde dentro bastaron para reconocerlo. Lyra estaba en el descansillo, y aunque seguía llevando el pantalón de pijama, se había puesto una sudadera marrón y una cazadora por encima, lo que hacía que pareciese un chándal. También se había puesto unas Converse y llevaba un bolso de tachuelas de color marrón colgando de su hombro.

Me hizo un gesto para que pasara.

—Está en su habitación —murmuró, tan bajito que apenas pude escucharla. Señaló una puerta de color blanco un poco gastada que se entreveía hacia la derecha, pasando el salón abierto—. Se ha quedado dormida hace un rato, pero se despierta cada poco. Tiene la frente ardiendo. —Parecía un poco más tranquila, pero pude ver la angustia en su mirada—. He visto en Internet que hay una farmacia de guardia a menos de cinco minutos andando. La que está cerca del parque. No voy a tardar mucho. —Ella pasó a mi lado para prácticamente correr hacia la puerta, y cuando estaba a punto de cerrarla, dijo—: Gracias, Vincent. Esto significa mucho para mí.

No sé si fue la dulzura con la que pronunció aquellas palabras, o la vulnerabilidad que vi en su rostro, pero algo dentro de mí se derritió. Quise responder, asegurarle que todo iba a ir bien; sin embargo, para cuando reaccioné, la puerta estaba cerrada y Lyra se había ido.

Suspiré mientras me pasaba una mano por el pelo. ¿Qué narices me pasaba con esa chica?

Me di la vuelta para dirigirme hacia la habitación de Vega. La puerta estaba ligeramente entreabierta. La empujé con suavidad. Era pequeña, cálida, con una lámpara quitamiedos que daba algo de claridad a la estancia. Vega estaba tumbada de lado, bajo las sábanas, con los cachetes enrojecidos por la fiebre y el cabello alborotado pegado a la frente. Respiraba rápido, pero al oírme entrar, entreabrió los ojos.

Y entonces, sonrió. Una sonrisa débil, cargada de sueño, pero real.

—Hola, Vincent… —susurró con la voz ronca.

Sentí que algo se apretaba dentro de mí. No sabía qué era, pero me dejó quieto por un segundo, sin poder apartar la mirada.

—Hola, pequeña —respondí, sentándome en el borde de la cama—. Tu madre ha ido a buscar algo para que te sientas mejor. Yo me quedo contigo mientras tanto, ¿vale?

Por un instante temí que ella echara de menos a Lyra. Al fin y al cabo, yo no dejaba de ser un extraño para ella. Sin embargo, Vega no pareció en absoluto preocupada.

—Sí —contestó, tratando de mantener los ojos abiertos.

—Puedes dormirte. No va a pasarte nada mientras yo esté aquí.

—Lo sé —dijo con una seguridad genuina. Esa pequeña confiaba en mí. Una confianza que no me esperaba y que me desarmó por completo.

Estiró su mano por fuera de las sabanas y la abrió para que yo se la apretase. No era una persona muy afectuosa; lo había sido de muy pequeño, pero lo había ido perdiendo con el paso de los años. Y menos aún sabía cómo comportarme alrededor de una niña de seis años. Pero con una naturalidad que no sabía que tenía, estiré mi mano y entrelacé mis dedos entre los suyos con cuidado. Las yemas de mis dedos se movieron en círculos alrededor de su piel morena, buscando calmarla.

—¿Me cuentas un cuento? —me preguntó con voz cansada.

—No soy bueno contando cuentos.

Ella esbozó otra sonrisa. No insistió, algo extraño en Vega.

—Bueno, vale —dije con un chasquido suave mientras me sentaba en el borde de la cama—. Pero solo porque estás enferma, ¿vale?

Comencé a contarle el cuento de los tres cerditos. No sabría decir por qué elegí ese. Aunque cuando lo estaba contando, recordé que era mi preferido. Que mi madre me lo contaba cuando era muy pequeño. Había olvidado ese detalle.

Porque había ciertos recuerdos en lo referente a mi madre que tendía a guardar en el fondo de mi mente, tan enterrados como si nunca hubieran existido. Era un escudo, algo que con los años había

comenzado a desarrollar de manera casi mecánica. Pero no siempre lo conseguía.

Vega se dejó envolver por el cuento. Parecía escucharlo con atención. Poco a poco se fue relajando, hasta que cerró los ojos y se quedó dormida. Cuando comprobé que su respiración era acompasada, puse mi mano en su frente con cuidado de no despertarla.

Estaba ardiendo.

No sabía nada sobre niños, y menos aún sobre niños enfermos. Pero, al menos, sabía que los paños fríos ayudaban a bajar la fiebre. Me levanté para ir a la cocina a buscar uno cuando sentí su manita apretando la mía con más fuerza, como si no quisiera que me alejara.

Me volví a sentar. Vega me necesitaba allí, a su lado. Así que no me moví hasta que Lyra regresó.

—¿Cómo está? —me preguntó en un susurro al asomarse por la puerta.

—Igual. Sigue con mucha fiebre.

Ella asintió, con el gesto preocupado. Se acercó y encendió la luz de la mesita, inundando la habitación con una claridad suave y cálida.

Vega entreabrió los ojos con dificultad.

—Ya estoy aquí, cariño —dijo Lyra, sentándose al otro lado de la cama—. Voy a darte el jarabe y te vas a encontrar mejor, ¿vale?

—Mamá… estoy cansada —murmuró la niña con un hilo de voz —. Y tengo frío.

Lyra le acarició el cabello con ternura y sacó el frasco del jarabe del bolso, junto con una cucharita dosificadora.

—Vamos, cariño. Solo una cucharadita y luego puedes dormir tranquila.

La niña asintió con debilidad. Lyra me hizo un gesto para que me apartara y poder incorporarla y darle el jarabe, pero no pude moverme. Vega me lo impidió.

—No quiero que Vincent se vaya —susurró.

—No se va a ir, cariño. Solo necesito que se levante un momento para poder darte el jarabe —respondió Lyra con suavidad.

—No —insistió.

No solo no me soltó la mano, sino que unió la otra para sujetarme con más fuerza.

Lyra me miró, sorprendida. Aunque no tanto como yo. Iba a decirle a Vega que solo sería un momento, que estaría justo ahí, pero me miró con esos preciosos ojos febriles y no pude hacerlo.

—Está bien. No me muevo —me rendí con un suspiro resignado —. Dame el jarabe, yo se lo doy —le dije a Lyra.

Ella dudó un instante, pero finalmente me lo tendió. Con cuidado, ayudé a Vega a incorporarse sin soltarle la mano, y acerqué la cucharita a sus labios.

Vega probó el jarabe con la punta de la lengua y arrugó el ceño.

—Sabe peor que otras veces.

—No les quedaba el de sabor a fresa —explicó Lyra.

—Sabe mal —insistió.

—Eso es bueno —dije, y la niña me miró con confusión—. Si sabe mal, es porque te vas a curar antes.

—¿Sí?

—Sí —respondimos su madre y yo a la vez.

Aunque no parecía muy convencida, asintió y tomó el jarabe sin más protestas. Luego se recostó sobre la almohada, todavía aferrada a mi mano, y cerró los ojos con un suspiro cansado.

Lyra y yo quedamos en silencio, observándola. Al principio, su sueño era inquieto, con respiración irregular. Pero, poco a poco, fue relajándose, y terminó durmiendo con tranquilidad.

Una media hora después, Lyra se levantó con cuidado y le colocó un termómetro en la oreja.

—Treinta y siete y medio —anunció, aliviada—. Aún tiene algo de fiebre, pero el jarabe ha hecho efecto. Se va a poner bien.

Asentí. Si ella lo decía, debía ser así. Además, ya no tenía la frente tan caliente y sus mofletes habían perdido ese rojo intenso que tanto me había preocupado.

—Dejémosla dormir —susurró a la vez que se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

Instintivamente, imite sus acciones. La mejilla de la niña estaba algo caliente aún, pero nada preocupante. Despacio, le solté la

mano.

Vega se movió y me quedé quieto. Pero no abrió los ojos, solo se acomodó en la cama para seguir durmiendo.

Salimos de la habitación.

—¿Quieres un café? —me preguntó Lyra, aunque luego chasqueó la lengua—. Bueno, mejor una infusión, teniendo en cuenta lo tarde que es. Yo voy a tomar una manzanilla, me ayuda a relajarme —explicó—. Aunque tal vez quieras irte a tu casa.

—Un café mejor. Americano y sin azúcar. No me gustan las infusiones.

—Siéntate en el sofá. Ahora vengo.

Asentí y me senté en el pequeño y viejo sofá mientras Lyra iba a la cocina americana a preparar su manzanilla y mi café.

Aunque ya debía ser cerca de la una de la madrugada, no quería irme a casa. No aún. Además, no tenía prisa alguna. Al día siguiente, no tenía que levantarme temprano y en mi apartamento no me esperaba nadie. En realidad, hacía mucho tiempo que nadie me esperaba. En estos últimos años no me había faltado gente a mi alrededor; había estado rodeado de personas en todo momento, también de mujeres. Y entonces, ¿por qué me había sentido tan solo? Solo en medio del ruido, solo en la multitud.

Pero allí, en ese pequeño piso cálido, con Vega dormida en la habitación y Lyra preparándome un café, no sentía esa soledad. Al contrario, me invadía una sensación tranquila, casi desconocida, como si por un instante fugaz todo encajara.

Lyra regresó con su infusión y mi taza de café y los dejó con cuidado sobre la mesa que se encontraba frente al sofá. Luego, se sentó a mi lado. El sofá era demasiado pequeño, y eso hizo que nuestros cuerpos quedaran cerca, demasiado quizá. Podía sentir el calor que desprendía su piel, su olor que lo impregnaba todo.

—Espero que te guste.

Cogí la taza y le di un pequeño sorbo.

—Está perfecto.

Lyra me dio una pequeña sonrisa.

—Me alegro. No sé cómo puedes tomarte un café a la una de la madrugada. Yo no dormiría en toda la noche.

—El café casi no me hace efecto. Puedo irme ahora a la cama y dormir como un tronco.

En los últimos años había consumido tanta cafeína para mantenerme despierto y poder soportar el nivel frenético y de exigencia que traían consigo las giras, que prácticamente me había vuelto inmune a sus efectos.

Bueno, había consumido cafeína y otras muchas cosas.

—Qué suerte la tuya.

—Suerte no, práctica —añadí con un guiño.

Ella asintió y se pasó las manos por la tela de su pantalón de pijama, nerviosa. Inspiró profundamente, como si estuviera preparándose para decirme algo.

—Muchas gracias por ayudarme, Vincent. Te lo agradezco de corazón. No tenías por qué hacerlo.

Sonreí.

—Claro que tenía. Somos amigos.

—¿Lo somos? —preguntó, sorprendida—. Apenas nos conocemos.

Me encogí de hombros.

—¿Existe alguna regla sobre cuánto tiempo debe pasar para que alguien se convierta en tu amigo?

Ella se mordió el labio inferior, pensativa. En sus ojos vi algo más que duda. Vi la pregunta que no se atrevía a hacer en voz alta. Como si su mirada buscara en la mía una respuesta que no tenía nada que ver con la amistad. Vi que una parte de ella también quería explorar esa atracción que sentíamos, pero también vi que no iba a sacar el tema.

—Supongo que tienes razón —dijo al fin.

Se inclinó hacia delante, tomó su taza, sopló con delicadeza, y le dio un pequeño sorbo. Me quedé observando sus labios mientras lo hacía, la forma en que se curvaban sobre el borde de la taza, cómo se movían al probar el líquido caliente y tuve que obligarme a apartar la vista antes de imaginar demasiado.

—Si necesitas que mañana me quede con Vega, no tengo ningún problema —ofrecí, desviando la conversación hacia un terreno más seguro.

Ella esbozó una sonrisa, aunque no le llegó a los ojos.

—Mañana tengo el día libre. Y estoy segura de que para entonces ya estará bien… pero gracias. De verdad.

—No tienes que darme las gracias.

Lyra dejó la taza en la mesa de centro y me miró. Sus ojos brillaban con una mezcla de cansancio y culpa.

—¿Sabes? Tal vez tenías razón cuando dijiste que era una mala madre.

Sus palabras me pillaron completamente desprevenido. Sin pensarlo, posé una mano sobre su muslo, cubierto por su pantalón.

—No dije eso. Pero si fue lo que entendiste, me disculpo. —Era la primera vez… ¿quizá diez o veinte años? que me disculpaba—. Porque no lo creo. En absoluto. Eres una madre increíble, Lyra.

—Una madre que no se aseguró de tener jarabe para la fiebre —murmuró, bajando la mirada.

—Mírame —le pedí suavemente. Cuando giró el rostro hacia mí, añadí—: Eso le puede pasar a cualquiera. Nadie es perfecto, todos cometemos errores. —Bien lo sabía yo—. Lo importante es que reaccionaste, que corriste para solucionarlo. Harías cualquier cosa por tu hija. Y ella te adora.

Ella sonrió, esta vez con más sinceridad.

—También te adora a ti.

Me reí, incómodo.

—Eso es lo que no entiendo. Nunca he sabido tratar con niños. —Siendo honesto conmigo mismo, nunca lo había intentado—. Siempre me han parecido demasiado ruidosos, cansinos y pesados. Vamos, sin ofender, pero un coñazo. —Vega también era todo eso, sí, pero tenía algo que desarmaba mis defensas sin que yo pudiera evitarlo.

Lyra se rio.

—Nadie lo diría. Con Vega te sale natural.

—Tal vez porque ella, igual que tú, es especial —respondí sin pensarlo demasiado.

No era algo que hubiese planeado decir. Simplemente se me escapó, como si hubiera estado esperando el momento exacto para salir

Nuestros ojos se encontraron. Y hubo un momento. Ese tipo de instante donde el mundo parece detenerse, donde el aire pesa, donde el silencio dice más que cualquier palabra. Sus ojos bajaron a mis labios y luego volvieron a los míos. Su respiración era tranquila, pero la mía no tanto. Bastaba con acercarme un poco y mis labios rozarían los suyos.

Pero no lo hice.

Me quedé quieto, mirándola, sintiendo cómo el deseo crecía, pero también cómo algo dentro de mí se resistía.

«*No es así*», pensé. «*No con ella*».

Llevaba toda mi vida actuando por egoísmo propio, pensando en mí y solo en mí. Nunca me habían importado los sentimientos de los demás. Era de los que pensaba que cada uno tenía que mirar por sí mismo.

Sin embargo, con Lyra me pasó algo que nunca antes me había pasado.

Sentí que si avanzaba, que si acortaba la distancia entre nosotros y la besaba, no podría darle lo que ella necesitaba. Porque yo solo podría ofrecerle una noche o, a lo mucho, un par de ellas. Y Lyra merecía un hombre que pudiera ofrecerle un futuro, alguien que quisiera y supiera ayudarla a criar a una hija, que era lo más importante en su vida, tal y como debía ser.

Y yo no era ese hombre.

Nunca lo había sido.

Tenía demasiadas partes rotas, demasiado de mí aún sin reparar. Incluso si lo intentaba, solo terminaría arrastrándola conmigo.

Y no podía hacerle eso. No a ella.

Lyra, ajena a mis pensamientos, se inclinó ligeramente, como si esperara una señal, una mínima invitación para dar rienda suelta a nuestros deseos.

Yo solo sonreí, leve, casi en un suspiro, y me incliné para volver a coger mi taza. Le di un último trago al café, terminándomelo.

Ella me observó en silencio, con una leve confusión en la mirada. Pero no dijo nada; no se atrevió a hacerlo.

—Es tarde, tengo que irme —me despedí, dejando la taza en la mesa y levantándome.

—Claro —murmuró, aunque podía ver en su mirada que no comprendía lo que había pasado.

—Dale un beso de mi parte a Vega cuando se despierte por la mañana —le dije a la vez que me dirigía hacia la puerta.

Lyra no me respondió, tampoco me acompañó a la salida. Sabía que mi rechazo la había confundido.

Mientras subía las escaleras hacia mi apartamento, no pude evitar pensar que, quizá, acababa de dejar pasar algo importante. Que quizá acababa de dejar pasar la única oportunidad para ser feliz. Pero no me detuve, no me giré para regresar y arreglarlo. Porque no sabía ser feliz, porque acabaría fastidiándolo todo y haciéndoles daño a las dos.

Por primera vez en mi vida, acababa de hacer lo correcto, aunque no fuese lo que deseaba. Por primera vez en años, no había pensado solo en mí.

Capítulo 13

Lyra

Hacía tres días que había estado a punto de besarme con Vincent y no podía dejar de pensar en ello por más que había intentado evitarlo. A pesar de que fue él quien propició el ambiente idóneo con sus palabras y sus gestos, yo también fui una participante dispuesta. Muy dispuesta.

Podía engañarme a mí misma diciéndome que había sido fruto del cansancio y de la preocupación de aquel día. Que había estado confundida y que tan solo necesitaba un brazo en el que apoyarme.

Pero lo cierto era que verle con Vega había desarmado todas mis defensas. La ternura con la que la trataba, la paciencia en su voz, el modo en el que ella se aferraba a él como si fuera su ancla en medio de la fiebre. Todo aquello provocó que algo en mi pecho se revolviera.

En su estado febril, Vega lo había elegido a él antes que a mí. Y lejos de molestarme, me había derretido el corazón.

Porque a pesar de que apenas nos conocíamos y no habíamos comenzado precisamente con buen pie, sentía que Vincent era bueno para ella.

Y lo que era peor. Sentía que era bueno para mí.

Por eso me hubiera dejado llevar si él no hubiera dado un paso atrás. Yo, que desde que rompí mi relación con Daren había estado cerrada a tener nada con nadie, me hubiera lanzado al mar desde un acantilado sin salvavidas.

Me hubiera dejado llevar. Hubiera tenido una noche de sexo con él. Y eso hubiera sido un error.

Vincent había tenido la sensatez suficiente como para detenerlo antes de que sucediese. Debería estar agradecida con él. ¿Entonces por qué me sentía un poco traicionada?

Resoplé y me pasé las manos por cara. Salí de mi ensoñación en cuanto miré a Vega, que estaba tumbada sobre la alfombra del salón

bocabajo, coloreando uno de sus cuadernos de dibujos. Mira que tenía mesas y prefería hacerlo en el suelo.

—Te vas a manchar —la reñí, señalando su vestido rosa de flores. Era su favorito, el que solo se ponía en ocasiones especiales —. Espero que tengas todo preparado.

—¡Sí, mamá!

Mi hija iba a pasar la tarde en una de las ferias que se organizaban el primer fin de semana de octubre de todos los años en Liverpool, con su mejor amiga Mia. Después, se iban a quedar a dormir en casa de ella.

Estaba un poco nerviosa, ya que era la primera noche que Vega pasaba fuera de casa desde que llegamos. Me había tenido que insistir durante más de una semana para que le dejara, porque ¿quién iba a decirle que no a esos ojitos?

Ella era lo más importante para mí, y por eso estaba haciendo lo correcto manteniéndome alejada de Vincent. Si me mantenía lejos la tentación, no podía pecar.

¿Pero por qué narices él no me había besado cuando era obvio que lo deseaba?

Ya iba a entrar otra vez en el bucle.

Debía olvidar ese momento. Olvidar lo que estuvo a punto de pasar pero no pasó. Sí, eso era lo correcto. Y aunque durante una época no hice lo correcto, ahora era madre. Ya no podía permitirme dejarme llevar por un impulso.

Pero claro, además de madre también era mujer. Y la mujer que era quería una explicación. Y la quería en ese momento.

—Cariño, voy a subir un momento a… —mordí mi labio inferior, callándome al darme cuenta de que si le contaba que iba a ir a casa de Vincent unos minutos querría venir conmigo. Mi hija estaba obsesionada con él. Como había predicho, no fue más que una fiebre sin importancia, y al día siguiente, ya se encontraba mucho mejor. Había querido ir a agradecer a Vincent que le contase un cuento, pero yo no la había dejado— recoger el correo —mentí—. No tardo, ¿vale?

Mi hija asintió distraídamente mientras cogía un rotulador amarillo y comenzaba a trazar líneas en el papel. Ella se abstraía

cuando dibujaba. Tenía serias dudas de que hubiera escuchado una sola palabra de lo que acababa de decir.

Cogí mis llaves y me dirigí hacia el apartamento de Vincent. Mi corazón golpeó en mi pecho a medida que subía las escaleras. No sabía por qué estaba tan nerviosa. Ni que fuera una adolescente.

Toqué el timbre. Una y dos veces.

Suspiré al darme cuenta de que eso no funcionaba con Vincent.

—¡Vincent! ¡Soy yo, Lyra! —exclamé, golpeando la puerta.

Sin embargo… nada. Ni una respuesta.

Estuve a punto de darme la vuelta y marcharme cuando, por fin, la puerta se abrió. Vincent apareció en el umbral, aunque parecía más bien el espectro de sí mismo.

—Estaba en el baño —murmuró con una voz apagada.

Pero no era solo su voz la que sonaba como si se estuviera desintegrando. Era el entero. Pálido, con ojeras marcadas y los ojos vidriosos. Como si lo hubieran metido en una lavadora y luego lo hubieran dejado secar mal.

—Oh, Dios mío —dije en un suspiro entrecortado—. ¿Estás bien?

Vincent estornudó tan fuerte que tuve que dar un paso atrás para no acabar salpicada.

—Sí, debe ser… no sé, alguna alergia.

—Pues no suenas para nada bien.

—Te he dicho que estoy bie… —no llegó a terminar la frase. Se tambaleó y tuve que sujetarlo para que no se desplomara.

—Ven, vamos al sofá antes de que termines en el suelo.

Lo llevé hasta el sofá, ayudándolo a sentarse. Tuve que apartar envoltorios de comida rápida y el mando de la consola para hacerle sitio. Ese chico necesitaba urgentemente un día con la fregona. No es que yo fuera Marie Kondo, pero su salón estaba a punto de declarar su independencia como reino de la mugre.

—Solo me he mareado un poco —explicó, con ese tono orgulloso y testarudo tan suyo, como si no estuviera a punto de desmayarse en cualquier momento.

—Estás muy blanco, Vincent —insistí con preocupación. Estiré mi mano para ponerla sobre su frente—. ¡Oh, Dios mío, estás

ardiendo!

Él se sobresaltó cuando yo grité.

—¿Quieres no alzar tanto la voz? Estás haciendo que me duela la cabeza.

—Te duele la cabeza porque estás enfermo, no por mis gritos. Y manda narices que tengas la desfachatez de precisamente tú quejarte de que otra persona alce la voz.

—¿Desfachatez? —repitió Vincent con una sonrisa descarada—. En serio, ¿de dónde sacas ese vocabulario? —Sus burlas se vieron interrumpidas por un ataque de tos.

—¿Cuándo has empezado a encontrarte mal?

—No me encuentro mal… —replicó.

—Eres imposible.

—Tú eres imposible.

Lancé un resoplido, resignada, prefiriendo no responder. Porque sabía que no iba a llegar a nada.

—¿Tienes un termómetro en casa? —le pregunté.

—¿Termómetro? —Vincent me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza—. No. ¿Por qué iba a tener uno?

—Nosotras sí tenemos un termómetro.

Ambos pegamos un brinco cuando vimos a mi hija detrás de nosotros, mirándonos con atención.

—¡Vega! —grité—. ¿Cómo has entrado? —Aunque yo misma obtuve la respuesta cuando vi la puerta entreabierta. Al ver a Vincent tan demacrado me había olvidado por completo de cerrarla —. Vega, te he dicho que te quedes en casa. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

Mi hija se encogió de hombros.

—Me has dicho subir. Los buzones están en la planta de abajo.

Así que mi hija me había pillado… Y yo que pensaba que no había estado escuchándome…

—¿Por qué necesitáis un termómetro? —preguntó con curiosidad—. ¿Y por qué Vincent parece un fantasma?

Vincent resopló, ofendido.

—Ey, enana, yo no parezco ningún fantasma.

Sí que lo parecía. Pero preferí guardarme esa opinión para mí misma sabiendo que no sería bien recibida.

—Sí que lo pareces. —le rebatió mi hija. Se acercó y estiró su pequeña mano para agarrar la de él—. ¿Quieres que te cuente un cuento cómo tú me lo contaste a mí?

Vincent entrecerró los ojos, observando a Vega con cautela. Pude ver los engranajes de su cerebro moviéndose antes de decir con seriedad:

—Me has contagiado.

Vega se rio ante la acusación.

—Sí —respondió con orgullo, como si hubiera ganado un premio —. Mia me contagió a mí. A ella le contagió Dana, y a Dan…

—Lo he pillado —dijo Vincent de manera hosca, colocando la mano que tenía libre en su cabeza.

Aunque su tono de voz no afectó a mi hija, que le sonrió, a mí sí me molestó.

—Eres un gruñón —espeté, cruzando mis brazos delante de mi pecho.

—Como uno de los enanitos del cuento de Blancanieves —añadió mi hija dando un pequeño saltito—. Puedo contarte ese cuento. Me lo sé de memoria. Es mi favorito.

—No soy ningún gruñón —resopló, chasqueando la lengua—. Yo estaba tan tranquilo en mi casa y vosotras…

—Está enfermo —le corté, negándome a entrar en una discusión que no iba a tener fin—. Deberías agradecer que haya venido. —Aunque conociendo un poco a Vincent no debería sorprenderme en absoluto su reacción. Cuando quería, es decir la mayor parte de las veces, podía llegar a ser un desagradable—. ¿Has tomado algo para bajar la fiebre?

—No —contestó con una mueca de horror, como si le hubiera pedido que bajase en bañador a la calle—. Ni siquiera creo que tenga algo para eso. Nunca me pongo enfermo.

—Pues ahora lo estás —evidenció mi hija.

Vincent iba a decir algo, seguramente a replicar, pero el sonido de la vibración de mi teléfono se lo impidió. La madre de Mía me

estaba llamando. Aunque colgó antes de que pudiera responder, supe que ya debían de estar abajo, en el coche, esperando a Vega.

—Vamos, Vega, que tu amiga Mia y su madre te están esperando.

Mi hija negó con la cabeza.

—Pero yo quiero quedarme con Vincent —protestó—. Tengo que contarle un cuento para que se cure. Yo me cure después de escuchar el suyo.

—Aunque no pongo en duda el poder curativo de los cuentos, tú te curaste porque tomaste un jarabe, cariño.

—Entonces dale el jarabe a Vincent.

—Los adultos no tomamos jarabes —respondió Vincent, que por lo visto estando enfermo se convertía en un insoportable. Peor aún de lo que ya era normalmente, que ya era mucho decir.

—Vincent va a tomarse un analgésico de los que guardo en el botiquín —añadí.

—¿Y se va a poner bien? —preguntó Vega, arrugando la nariz con preocupación. Seguía sujetando la mano de nuestro vecino.

—Sí, cariño. Vincent se va a poner bien. Pero ahora, tú te vas a terminar de preparar y vas a ir con tu amiga Mia y su madre a la feria. Te están esperando y es una falta de respeto que les hagas esperar —dije con severidad, negándome a aguantar más tonterías —. Y tú —miré a Vincent—, te vas a meter ahora mismo en la cama y vas a descansar hasta que yo regrese con un termómetro y el analgésico.

—Yo me quedo en el sofá —se negó Vincent con tozudez.

Por Dios, era peor que un niño.

—Haz lo que te dé la gana —espeté, perdiendo los nervios—. Vega, vamos —le llamé a mi hija cuando vi que no se movía.

Esta se inclinó y le dio un beso en la mejilla a Vincent.

—Mañana vengo a verte —le prometió.

Él asintió sin fuerzas, apenas un gesto de cabeza. Pero esbozó una bonita sonrisa que hizo que me derritiera un poco.

Cuando quería, Vincent podía ser muy tierno.

Sin pedir permiso, tomé las llaves que colgaban del gancho junto a la puerta del recibidor y cerré la puerta tras nosotras.

—¿Se va a poner bien seguro? —me preguntó Vega mientras bajábamos las escaleras.

—¿No estáis Mia y tú bien?

—Pero a Mia su mamá le contó un cuento… y a mí me lo contó él. Si yo me voy, ¿quién se lo va a contar ahora?

Me detuve, porque su razonamiento era tan inocente como desarmante.

—Se lo puedes contar tú mañana.

—Pero mañana es tarde —dijo, deteniéndose en seco y mirando hacia las escaleras que conducían hacia el piso de Vincent, como si quisiera volver.

Suspiré.

—Ya se lo cuento yo —le aseguré para calmarla.

Ella me miró, con los ojos muy abiertos y serios.

—Entonces cuéntale *El zorrito que no encontraba su madriguera* —dijo, nombrando uno de los cuentos que tenía en su estantería.

—¿Por qué ese cuento? —le pregunté, extrañada—. Pensé que no te gustaba.

—Antes no lo hacía —me explicó muy seria—, pero ahora sí. Porque, al final, después de buscar y buscar, el zorrito encuentra su hogar. Como tú y yo.

Tuve que parpadear varias veces para contener una lágrima que amenazaba con escaparse.

—¿Y crees que a Vincent le gustará?

—Sí —afirmó sin dudar—. Porque así sabrá que él también ha encontrado el suyo.

Capítulo 14

Lyra

—¿Has cogido mis llaves sin permiso? —preguntó con tono retórico en cuanto crucé la puerta.

Su voz sonaba aún peor que antes, y su aspecto también. Daba la impresión de que a cada minuto que pasaba enfermaba un poco más.

—En realidad, tengo una copia maestra que abre todas las cerraduras de la ciudad —respondí mientras dejaba sus llaves en su sitio.

—¿Y con semejante poder, eliges entrar justo en mi casa? —bromeó con una sonrisa débil.

—Ya ves. Mi hobby es cuidar a enfermos.

—Un hobby un poco raro, ¿no crees? Incluso... —Intentó seguir, pero un ataque de tos le cortó la frase.

—Deberías ir al hospital —le recomendé, con más preocupación que broma esta vez.

—Nada de hospitales —dijo con nerviosismo, como si la simple palabra lo asustase. A muchas personas les daban miedo los hospitales, pero en él parecía haber algo más.

—Bueno, al menos podrías llamar a un médico.

—No necesito un médico —dijo a la defensiva a la vez que se tumbaba en el sofá. Aunque era un sofá muy grande, él era un hombre alto y entraba justo—. Vega estaba bien al día siguiente.

—Vega es una niña. Por alguna razón mágica, se recuperan antes. Además, ella no tenía ni tos ni dolor de cabeza.

—Yo no he dicho que me duela la cabeza.

—No, pero te delata el hecho de que no paras de tocarte la sien —respondí, señalando su mano, que justo en ese momento estaba haciendo eso.

Él bajó la mano de inmediato, como si lo hubieran pillado copiando en un examen.

—Eres una sabionda, ¿lo sabías?

—Me lo han dicho un par de veces —reconocí mientras me dirigía a la cocina.

Abrí un par de armarios y encontré un vaso. Lo llené con agua del grifo y saqué del bolsillo una pastilla de las que había traído de casa. Me acerqué a él con ella en la mano y la dejé sobre la mesa, frente a él.

Vincent giró la cabeza, miró la pastilla y luego me miró a mí, como si le estuviera ofreciendo cianuro.

—No es veneno, lo juro —dije con una sonrisa—. Solo es una pastilla para bajar la fiebre. Si quisiera matarte, usaría otros métodos.

Vincent se incorporó con dificultad, como si le pesaran los huesos. Cogió la pastilla con aires de mártir y se la metió en la boca. Tomó el vaso de agua y, con todo el dramatismo del mundo, intentó tragársela.

Y entonces, empezó el espectáculo.

—¡Gah! —tosió, atragantándose—. ¡Se me ha quedado pegada a la garganta! —Se inclinó hacia delante, golpeándose el pecho con la mano como si eso fuera a liberarla, mientras su cara se ponía roja.

—Vincent, por favor, traga —le pedí, intentando no reírme

—¡Me estoy muriendo! —logró decir con voz ahogada, mientras seguía tosiendo de forma exagerada.

Me acerqué rápido, le di un par de palmadas en la espalda y le quité el vaso para que no lo tirara al suelo.

—¿Mejor? —pregunté.

—No lo sé. Creo que me has roto una costilla.

Puse los ojos en blanco.

—Eres un exagerado…

Él fue a decirme algo, pero le dio otro ataque de tos unido a temblores por la fiebre.

—Vamos, vas a estar más cómodo en la cama.

Esta vez, él no se negó y se levantó. Intenté ayudarlo, pero no me dejó. Aún así, lo acompañé por el pasillo hasta su habitación.

Era bastante amplio, con baño incorporado. Desde luego, aquel apartamento era mucho más grande que el mío. Al igual que el salón, las habitaciones estaban pintadas de un color blanco gastado y parecía que, en un pasado, habían estado decoradas de cuadros que habían sido arrancados.

La cama presidía la estancia, con un viejo pero bonito cabecero de madera. Las patas estaban desiguales y uno de los extremos se alzaba unos centímetros del otro, consiguiendo que el colchón se inclinara suavemente hacia un lado. Las sábanas, que yacían arremolinadas a un lado del colchón, eran de un color gris neutro, al igual que las dos almohadas. Tuve la sensación de que eso era lo único que Vincent había comprado.

Dudaba mucho que hubiera elegido las alfombras de formas geométricas que se extendían a lo largo del suelo, o las dos mesitas de madera —pintadas de diferentes colores—que se encontraban, cada una, al lado de la cama.

—Si quieres, puedo ayudarte a darle un poco tu toque —ofrecí, señalando las paredes vacías.

Vincent me dio una mirada extraña mientras se metía en la cama revuelta.

—Me gusta cómo está la casa. No quiero darle mi toque.

Qué cabezón era… Pero, al menos, lo estaba distrayendo un poco.

—Vega y yo nos hemos mudado hace poco, pero, aun así, he conseguido que nuestra casa se sienta cálida y acogedora. —Hice una pausa—. Tampoco tenía mucho presupuesto, así que aproveché lo que ya había y lo transformé un poco con pequeños detalles. O conseguí cosas de segunda mano y les di mi toque. No es un apartamento tan grande y bonito como este, pero creo que me ha quedado bien.

Él me miró con los ojos brillando por la fiebre.

—Tu apartamento es muy acogedor.

Vincent seguía temblando.

Saqué el termómetro del bolso que llevaba colgado del brazo y se lo puse en la oreja a la vez que me sentaba en el borde de la cama.

—Tienes treinta y nueve y medio. Insisto en que deberías ver a un médico.

—¡No! —prácticamente gritó mientras movía las manos de forma exagerada—. Sé que se me pasará.

—Está bien —cedí, levantándome de la cama. Porque sabía que no iba a poder hacerle cambiar de opinión—. Descansa un poco.

—Vale.

Entrecerré los ojos cuando vi lo que sujetaba en una de sus manos.

—Nada de móviles —le dije, quitándole el teléfono y colocándolo sobre la mesita de noche—. Intenta dormir, yo estaré fuera. Grita si necesitas algo.

—Pensaba que no te gustaba cuando gritaba.

—Solo cuando es necesario. Y cuando pierdes en un videojuego, no lo es.

—¿Y tú solo gritas por cosas importantes?

—Yo nunca grito —repliqué mientras me dirigía hacia la puerta.

—Eso es mentira. Gritas y es bastante incómodo. —Puse los ojos en blanco, aunque no me giré. Estaba cruzando el umbral, a punto de cerrar la puerta, cuando él volvió a hablar—: Aunque no me importaría escucharte gritar cuando te corres con mi polla dentro de ti.

Me detuve en seco, casi estampándome contra la puerta. ¿De verdad acababa de decir las palabras que se estaban repitiendo en mi mente?

No podía ser. Tenía que haber escuchado mal.

Me giré para mirarlo. Vincent estaba bocarriba, con los ojos cerrados y la respiración acompasada. Se había quedado profundamente dormido.

Salí de la habitación, confusa. ¿Habría tenido un delirio auditivo?

Sus palabras habían sido fruto de la fiebre; probablemente no las recordaría y yo no iba a recordárselas. Así que decidí no darle más vueltas. Aunque no pude evitar el calor que sentí en mi centro. Había creído que esa parte de mí estaba muerta, pero, por lo visto, solo estaba dormida.

Para mantenerme ocupada y eliminar los pensamientos subidos de tono, decidí recoger el salón y la cocina. Lo que más me costó fue lo primero, ya que la cocina apenas estaba sucia. Era evidente que casi no la usaba.

Aquella casa necesitaba una limpieza a fondo, pero yo en ese momento no tenía tiempo para ello, así que traté de hacer lo que pude ordenándola y limpiándola un poco superficialmente. Cuando pasó una hora, entré de nuevo en la habitación de Vincent para ver cómo se encontraba.

Abrí la puerta con cuidado, intentando no despertarlo. Mis esfuerzos fueron en vano, porque Vincent ya llevaba tiempo despierto. Él estaba medio incorporado, con la cabeza apoyada en el cabecero y el móvil en la mano.

Suspiré. Ese hombre era más terco que una mula. Aunque, al menos, tenía mejor aspecto.

—¿Cómo te encuentras?

—Fatal —me dijo con una exagerada y prolongada exhalación.

Fui hasta la mesita que se encontraba a su derecha, donde había dejado el termómetro, y se lo puse en la oreja.

—Ese termómetro es para niños —protestó con tono indignado.

Que, por otra parte, era cómo se estaba comportando él.

—Este termómetro es para todo el mundo —repliqué cuando el termómetro comenzó a sonar—. Tienes 37,3 —le dije mientras miraba la pantalla. Sentí que mi cuerpo se relajaba al ver que estaba mejor—. Te ha bajado la fiebre rápido. Seguro que es cualquier virus. —Volví a dejar el termómetro sobre la mesita—. Vas a estar bien.

Vincent hizo una mueca mientras me miraba con seriedad.

—Eso no lo sabes —rebatió—. Tengo fiebre, mareo y tos. He buscado los síntomas en internet y podría ser neumonía, dengue, mononucleosis o fiebre tifoidea. Incluso he leído algo sobre encefalitis japonesa… que ni siquiera sé dónde se contrae, pero ya me estoy preocupando. Ah, y no descartemos un inicio de tuberculosis o una rara cepa de gripe porcina.

¿Pero qué estaba diciendo ahora?

Madre del amor hermoso. Que exagerado que era.

—Y también puedes estar embarazado —añadí con los ojos entornados—. ¿Es que no sabes cuál es la primera regla que nunca hay que romper cuando estás enfermo? —le pregunté mientras le arrebataba el móvil—. Nunca buscar en internet.

Vincent frunció el ceño.

—¿Y entonces cómo se supone que voy a saber qué me pasa?

—¿Llamando a un medico o yendo al hospital? —dije, provocando que pusiera los ojos en blanco.

—¿Hoy no trabajas? —me preguntó, cambiando de tema.

—Sí, en realidad sí. Me tengo que ir ya, pero solo trabajo un par de horas. ¿Quieres que llame a alguien para que te cuide mientras estoy fuera?

—Claro que no —contestó con rapidez—. Y tampoco hace falta que vuelvas cuando salgas del trabajo.

—Vega se queda a dormir en casa de una amiga, así que no tengo otra cosa mejor que hacer —contraataqué mientras me levantaba.

—¿Osea que me vas a cuidar solo para no aburrirte?

«No, te voy a cuidar porque me preocupo por ti y no puedo soportar pensar en la idea de que te pueda pasar algo».

Pero como era demasiado cobarde como para decirle eso, dije:

—Te voy a cuidar porque soy una buena samaritana y este mes aún no he hecho mi obra de caridad.

Vincent entrecerró los ojos.

—Ya, buena samaritana —repitió él con una media sonrisa traviesa—. Y dime, ¿también recoges firmas para salvar a las ranas transparentes del Amazonas?

—Esas ranas no existen.

—Sí que existen. Lo leí en internet.

—Cómo no —mascullé, poniendo los ojos en blanco. Alguien le tenía que prohibir el uso de Internet a ese chico—. Vamos, deja de decir chorradas e intenta volver a dormir. Regresaré en un rato. Si necesitas algo, llámame.

Vincent bufó.

—No voy a necesitar nada.

Negué con la cabeza mientras dejaba su teléfono sobre la mesita. Aunque sabía que no tardaría ni un minuto en volver a cogerlo.

—De nada, Vincent. No hacía falta que me dieras las gracias —añadí con sarcasmo, y me di la vuelta para dirigirme hacia la puerta.

Cuando la cerré, escuché una carcajada tan fuerte que resonó por todo el apartamento.

Capítulo 15

Lyra

—¿Tienes una cita? —me preguntó Mandy justo cuando acababa de terminar de cambiarme y ella entró en el cuartito que usábamos como vestuario.

—Voy directa a casa —le respondí, y eso no era mentira. O por lo menos, directa al edificio.

Ella se dejó caer en el banco de madera arrimado a la pared, en una de las esquinas de la sala.

—Esa es mi chica. Aprovechando bien su única noche libre sin su hija. —Me guiñó un ojo con una sonrisa pícara.

—No hay ningún hombre, Mandy —aclaré con un suspiro.

—Ya, ya… —Ella me miró una sonrisa de «no te creo ni una palabra» dibujada en su rostro—. Alguien hay —insistió—. Se te ve diferente… más ligera, más luminosa, como si te hubieras quitado un peso de encima. Incluso tu piel brilla más. —Frunció el ceño de repente, más seria—. No estarás dándole otra oportunidad a tu ex, ¿verdad?

No le había contado todo sobre Daren; en realidad, tan solo sabían el 1 % de todo lo que había detrás. Pero la breve relación «comercial» —por llamarlo de alguna manera— con su padre y las pocas palabras que me habían sonsacado bastaban para que se hicieran una idea sobre lo desastre que era mi exmarido.

Al parecer, debía ser muy evidente, porque era la primera vez desde que la conocía, que veía a Mandy preocupada.

—¿Yo? ¿Volver con Daren? —Casi me reí—. Ni en esta vida ni en la siguiente. Ni aunque fuera el último ser humano sobre la Tierra. Es el padre de Vega y siempre formará parte de mi vida, pero nada más.

Mandy suspiró de alivio.

—Es bueno escucharlo —dijo—. Si no tienes nada que hacer esta noche, podemos quedar para ir al cine. Hay una peli que quiero ver, pero todos mis amigos tienen plan hoy.

—¿Tu hermana también?

—Ha quedado con un chico.

Vaya, esa era una muy buena noticia. Era habitual que Mandy hablase sobre sus ligues, pero hasta ahora no había escuchado que Missie mencionase nunca a un chico.

—Me alegro por ella. ¿Es su primera cita?

—No tengo ni idea —me contó Mandy—. En realidad, me ha dicho que se iba a pasar la noche en la biblioteca estudiando. Pero, evidentemente, eso es una mentira.

—¿Por qué no abren las bibliotecas por la noche?

—Sorprendentemente, a la que dice que va sí que abren los fines de semana toda la noche. Lo he comprobado. Pero nadie se cree que vaya a pasarse toda la noche estudiando para el examen cuando lo tiene dentro de más de un mes. Ni ella es tan empollona.

—Tal vez quiere asegurarse de sacar buena nota. ¿No está en su último año?

—Sería una posibilidad —reconoció—. Si no fuera porque le he cotilleado el móvil y he visto cómo se mensajeaba con un tal Brandon. Trabaja como auxiliar de biblioteca mientras termina su último año de la carrera de física y tiene un teckel que se llama Gigi, con la que le encanta acurrucarse a la noche mientras ve por décima vez *House*, su serie favorita. Lo he visto en sus redes, que afortunadamente, no tiene privadas.

Madre mía…

¿Lo de respetar la privacidad de las personas donde había quedado?

—Podrías ganarte la vida como investigadora privada. Lo sabes, ¿verdad?

Mandy me sonrió con orgullo.

—Entonces, ¿vienes al cine conmigo?

Suspiré. Mandy era como un perro con hueso, no iba a dejarme en paz si no le decía la verdad. O por lo menos, le daba la

información suficiente para que se diera cuenta de que estaba ocupada.

—No puedo. ¿Te acuerdas del vecino que te dije que se había quedado con Vega mientras yo iba a por sus medicinas?

Ella frunció el ceño.

—A mí no me contaste eso. Vamos, fijo. No hubiera parado de preguntar por él.

En eso tenía razón. Debí contárselo a su hermana.

Y viendo lo poco que Mandy respetaba la privacidad de los demás, había hecho bien.

—Bueno, pues Vega le ha pegado lo que sea que tenía. Y a él le ha dado más fuerte. Vive solo y no tiene nadie que le cuide.

—Así que vas a ser su enfermera particular —dijo con una sonrisa pícara—. Tengo un disfraz de enfermera sexy. Puedo dejártelo —bromeó, o por lo menos, esperaba que lo estuviese haciendo.

—Muy amable, pero no será necesario. Me marcho.

Mandy se levantó del banco.

—Por lo menos, cuéntame algo de él. ¿Está bueno? ¿Tiene un hermano para mí? —formuló una pregunta tras otras, sin dejarme tiempo para contestar. Algo que tampoco pensaba hacer.

Me reí.

—No tienes remedio.

—Soy curiosa —respondió, siguiéndome fuera del cuartito—. Sácale una foto y me la envías.

—Por supuesto —hice una pausa para mirarla— que no lo haré.

Mandy se quejó, pero no la escuché y me despedí de ella. Le hice un gesto a su padre, que en ese momento estaba en la barra, anunciándole que me iba, y salí de la cafetería.

Antes de regresar al apartamento, pasé por un supermercado pequeño que se encontraba cerca para hacer la compra. Era algo que ya tenía pensado hacer, y además, quería prepararle algo de comida a Vincent apropiada para su estado. En su nevera no había rastros de alimento de ningún tipo. No sabía cómo ese chico había sobrevivido hasta ahora. Lo raro era que no hubiera enfermado antes.

Al terminar, me dirigí hacia la farmacia a por más analgésicos, pero, esta vez, los pedí en sobre. Cuando estaba entrando en el edificio me encontré con una vecina. Una mujer mayor. Y a la que había visto en un par de ocasiones.

—¿Subes? —me preguntó, sujetando la puerta del ascensor a duras penas.

—Gracias.

Ella pulsó el botón de la primera planta mientras que yo pulsé el cuarto.

—Te has confundido —me indicó—. Vives en el tercero.

Esbocé una sonrisa. Por supuesto que ella sabría cuál era mi piso.

—Tiene razón —respondí, y marqué el botón que correspondía a la tercera planta.

Era más fácil eso que darle explicaciones. Mi experiencia con mujeres mayores en la cafetería me había enseñado que no se conformaría con una explicación rápida.

—El piso del cuarto ha estado vacío durante muchos años —dijo, bajando la voz, como si estuviera revelando un secreto de Estado—. Desde que aquella mujer… bueno, desde que falleció. Dicen que lo heredó su hijo, pero nunca apareció por aquí. Hasta hace unos meses. Lo he oído, pero no lo he visto.

A pesar de que no era muy fan del cotilleo vecinal, no pude evitar sentir curiosidad por lo que me contaba. Había asumido que Vincent estaba alquilado por el estilo del apartamento que tan poco se parecía al de él y porque todos los muebles parecían viejos y como si hubieran estado en desuso durante muchos años.

¿Aquel piso había pertenecido a su madre y por eso estaba viviendo allí? ¿O tal vez ese hijo se lo había alquilado a él?

—¿Tú lo conoces? —preguntó, clavándome la mirada con interés.

—No conozco a ningún vecino —mentí—. Aparte de a usted, claro —aclaré cuando la anciana arrugo el ceño.

El ascensor se detuvo en la primera planta. Salí primero y le sujeté la puerta para que pudiera bajar con calma.

—Tu hija es preciosa —me dijo.

Por supuesto que ella había visto a Vega. Estaba segura de que pocas cosas se le escapaban. Probablemente, solo Vincent había logrado pasar desapercibido, y al parecer, eso era algo que quería solucionar pronto.

—Muchas gracias.

Abrió la boca para decir algo más, probablemente otra ronda de preguntas, pero aproveché la pausa para meterme de nuevo en el ascensor y cerrar las puertas con una sonrisa educada.

El ascensor se detuvo en mi planta, pero no bajé. Estaba inquieta. Vincent no me había llamado y yo tampoco había querido escribirle por miedo a molestarlo si estaba descansando.

Cuando llegué a su puerta, toqué el timbre. Esperé. Nada. Ni pasos, ni ruido. ¿Y si le había pasado algo? Sabía que tenía que haberle insistido más para que hubiera ido al hospital.

Usé la llave que me había llevado, aunque no me la hubiera dado con permiso explícito, y entré despacio. Cerré la puerta tras de mí y dejé las bolsas en la encimera de la cocina.

—Vincent —lo llamé en voz baja mientras caminaba hacia el pasillo.

La puerta de su habitación estaba entreabierta. Al asomarme, vi que la cama estaba vacía. Fruncí el ceño, extrañada, hasta que oí un sonido apagado desde el baño contiguo, cuya puerta estaba cerrada.

Un quejido. Agua. Y luego, un sonido inequívoco.

Me acerqué hasta la puerta con el corazón acelerado.

—Vincent, soy Lyra. ¿Estás vomitando? —pregunté, deteniéndome justo en el marco.

—No —respondió, con sarcasmo seco—. Estoy practicando mis votos matrimoniales. Me caso con el váter mañana.

Rodé los ojos, aunque no pude evitar sonreír. Porque, dentro de lo que cabía, tenía ánimo para replicar, así que no debía estar tan mal.

—Estoy segura de que va a ser una ceremonia preciosa. ¿Qué has elegido? ¿Flores o ambientador de pino?

Como él no respondió y volví a escuchar ruido, empujé del tirador y la puerta se abrió. No había cerrado con cerrojo.

Vincent estaba sentado en el suelo, pálido, con el rostro húmedo de sudor frío y la cabeza apoyada contra la taza como si fuera su nueva almohada. Incluso desde ahí noté el calor que desprendía su piel.

—¿No te han enseñado lo que es la intimidad? —gruñó con voz ronca y agotada al oírme.

—Tienes fiebre alta otra vez —dije, omitiendo su comentario.

—Puede ser. O estoy en las últimas —murmuró—. Ve avisando al cura para que me dé la extremaunción.

Sonreí.

—No seas dramático —dije mientras me agachaba a su lado—. Vamos, te llevo a la cama. Ya has declarado tu amor al váter, pero ahora te toca cambiar de pareja. Me han dicho que la cama es más fiel, más agradecida y no huele tan mal.

Soltó un gruñido como respuesta.

Lo ayudé a incorporarse con cuidado y, aunque se quejó un poco, no puso demasiada resistencia. Caminamos despacio de vuelta a la cama y lo arropé hasta los hombros.

—Vete a casa —murmuró, o más bien lo escupió con tono autoritario—. Puedo arreglármelas solo.

—Claro que puedes —respondí mientras le acomodaba una almohada—. Pero eso no significa que debas hacerlo.

Me miró con los ojos entrecerrados, demasiado débil para discutir, pero aún con el orgullo intacto.

—No necesito que me cuides —insistió.

—Y yo no necesitaba un vecino que le enseñara insultos aberrantes a mi hija. Y, sin embargo, aquí estamos —contesté mientras le colocaba mejor la manta—. Me temo que ambos vamos a tener que aprender a vivir con la decepción.

Vincent suspiró y se dejó caer más contra las almohadas.

—Eres insoportable.

—Y tú, un terco, un malhablado, un maleducado, un dramático y…

—¿Piensas seguir mucho rato?

—Podría. La lista es infinita —añadí con una sonrisa—, pero lo que necesitas ahora mismo es un analgésico. Ya vuelvo.

No le di tiempo a que se quejara ni a que hiciera uno de sus comentarios sarcásticos. Salí de la habitación, fui a la cocina y disolví uno de los sobres en un vaso de agua. Me aseguré de removerlo bien, sin prisas.

Cuando regresé, él seguía tumbado, con los ojos entrecerrados, y parecía que, a punto de morir. Le tendí el vaso.

—Toma. Bébelo despacio.

Vincent lo cogió con algo de torpeza y lo observó un segundo. Sus ojos se detuvieron en el líquido y luego en mí. No dijo nada, pero era evidente que había entendido por qué había elegido el analgésico en sobre.

No le gustaban las pastillas, pero era demasiado orgulloso y terco para reconocerlo.

Se lo bebió sin una queja, sin una de sus pullas habituales. Y cuando dejó el vaso vacío sobre la mesita, murmuró:

—Gracias.

Solo eso. Sin embargo, viniendo de un Vincent enfermo, era como si me hubiera escrito una carta de gratitud de tres páginas.

—De nada, drama king —bromeé—. Descansa un poco. Voy a prepararte algo de comida.

—No hace falta, no tengo hambre. Vete a tu casa.

Bueno, pues sí que le había durado poco el agradecimiento.

Sin responderle, salí de la habitación. Dejé la puerta entreabierta por si necesitaba algo y no le escuchaba. Mientras preparaba una sopa, le llevé una botella de agua mineral que había comprado y le obligué a beber un buen trago. No quería que se deshidratase. Sé la deje allí con las órdenes de que bebiese un poco cada rato.

Terminé de recoger el apartamento y limpiarlo. No la limpieza exhaustiva que necesitaba, pero sí lo suficiente como para que los gérmenes no habitasen allí. Todo, menos su habitación.

Abrí las ventanas para que entrase un poco de aire fresco. A excepción de la puerta de cristal que había en el salón, que según pude ver, daba a unas escaleras que subían hacia el tejado, estaba cerrada con llave y no pude abrirla.

Fui un par de veces a su habitación, comprobando que seguía durmiendo plácidamente. Con su cabello negro revuelto, bocabajo, y esa expresión calmada en su rostro, estaba verdaderamente adorable. Y sexy, muy sexy.

Dejé que descansara hasta las ocho de la noche, cuando decidí que tenía que comer algo.

—Vincent —lo llamé con suavidad mientras entraba a su dormitorio sosteniendo una bandeja que había encontrado en uno de los armarios de la cocina—, ¡despierta! —Alcé un poco más la voz y él abrió los ojos, adormilado—. ¿Puedes encender la luz de la mesilla? —le pregunté, ya que la oscuridad se había apoderado de la estancia y apenas lograba ver. Tenía miedo de caerme y hacer un desastre.

Con un suspiro, él obedeció, y una luz tenue iluminó la habitación. Vincent se incorporó lentamente en la cama. Tenía mucho mejor aspecto.

—Parece que estás mucho mejor.

Él hizo una mueca mientras se frotaba los ojos.

—También lo parecía antes. Y me puse fatal de nuevo.

—Eso es porque el analgésico está haciendo efecto, pero aún no estás recuperado.

—¿Y cuánto va a durar este infierno? —preguntó con dramatismo.

Puse los ojos en blanco.

—Llevas menos de un día enfermo.

—En realidad, comencé a sentirme mal ayer por la tarde.

—Vale, llevas un día enfermo —me correguí—. Date un poco de tiempo.

—No quiero darme nada. Quiero ponerme bien ya.

—Eres como un niño con un berrinche. —Le hice un gesto para que se incorporara un poco más y poder colocar la bandeja encima de sus muslos, tratando que no se cayera—. Vamos, tómate la sopa antes de que se enfríe. Te vendrá bien.

—No tiene buena pinta —se quejó.

—Bueno, ya está bien. Tiene pinta de sopa de pollo con verduras, que es lo que es. Deja de ser un desagradecido y

cómetela.

—Tanta insistencia en que me la coma, ¿no estarás intentando envenenarme, no?

—Sí, para quedarme con tu inmensa fortuna. —Vincent me miró con una expresión seria, como si de verdad se lo estuviera creyendo —. Por el amor de Dios, Vincent. Ya te he dicho que si quisiese matarte lo haría de otra manera. Soy más directa.

—¿Cómo lo harías?

—Escondiéndote la consola. O mejor aún, rompiéndola. Eso te mataría de dolor.

—De dolor no, pero de aburrimiento seguro.

—Venga, deja de remolonear y come la sopa. Vega es mucho mejor enferma que tú y tiene seis años.

—¿Estás diciendo que soy un niño?

—No —no pude evitar fijarme en la parte de piel de su pecho que dejaba su camiseta expuesta, que estaba cubierta de tatuajes y un poco de vello. No tenía dudas de que Vincent era un hombre, uno irresistible—, pero te comportas como uno. Come.

—No tengo hambre —se quejó, pero cogió la cuchara y se la llevó a la boca. Debería estar famélico aunque lo negase—. ¡Auch! ¡Quema!

¡Oh, por Dios…!

—Pero es que tienes que soplar primero. Te he dicho que quema.

—No lo has dicho.

—Bueno, pues te lo digo ahora.

Vincent sopló y se llevó una cucharada a la boca. Pensaba que volvería a quejarse, pero se llevó otra.

—Tiene mala pinta, pero está muy buena.

Puse los ojos en blanco.

—Me lo voy a tomar como un halago. Me enseñó mi padre a hacerla. Es la sopa que todo lo cura.

Mi padre no era un gran cocinero; de hecho, se le daba fatal. Pero esa sopa la preparaba como nadie. Era una receta que llevaba siglos en nuestra familia y que me había preparado en mi niñez cada vez que estaba enferma.

—Estáis muy unidos. —Cuando fruncí el ceño, Vincent añadió—: Tu padre y tú.

—Estábamos. Él falleció hace diez años.

—Lo siento mucho.

Hice un gesto con la mano, intentando mantener la compostura, aunque los recuerdos de él siempre me afectaban, incluso después de tantos años. Mis ojos se humedecían cada vez que lo mencionaba.

—Así que debería curarme con esta sopa, ¿no? —preguntó Vincent, cambiando de tema rápidamente, como si se diera cuenta de que estaba luchando por no derramar una lágrima.

—Sí. Ya verás cómo en unas horas te vas a sentir mucho mejor. Aunque… necesitas seguir tomando el analgésico.

—Entonces no es tan mágica como dices —comentó, sonriendo ligeramente.

—Bueno… Las sopas mágicas necesitan algo de ayuda de la medicina moderna, ¿no? —bromeé, devolviéndole la sonrisa.

Cuando se terminó la sopa le quité la bandeja y la dejé sobre su mesita para que se pudiera tumbar en la cama. Mientras Vincent cogía el móvil y comenzaba a navegar por Internet; seguramente buscando información que solo aumentaría sus paranoias, decidí entrar en su baño. A diferencia del de pasillo, este era más grande y tenía una amplia bañera. Decidí prepararle un baño caliente. Después de unos minutos, el vapor comenzó a llenar el espacio, creando un ambiente relajante.

Perfecto para él.

Cuando salí del baño, me encontré con que Vincent seguía con el móvil y con una expresión de preocupación en su rostro. En cuanto me vio, él abrió la boca para compartirme cualquier barbaridad que habría leído, pero yo decidí que había soportado bastantes tonterías por ese día y lo interrumpí antes de que pudiera pronunciar una sola palabra.

—Vamos, te he preparado un baño caliente.

Me acerqué a él y le quité el móvil para dejarlo sobre el colchón, a su lado. Después, pasé un brazo alrededor de sus hombros para que se sostuviera en mí mientras se levantaba.

—Puedo hacerlo solo —se quejó, intentando soltarse de mi agarre.

—Estás débil, y si te caes voy a tener que llamar a los bomberos para que te levanten.

—¿Me estás llamando gordo?

—Con todo la comida basura que comes deberías estarlo, pero no lo estás.

No había un gramo de grasa en su cuerpo musculoso y perfecto. Pero claro, eso no se lo dije.

—Es la genética —apuntó con orgullo mientras le ayudaba a llegar al baño—. Por eso estoy tan bueno.

Vaya, no tenía abuela…

—Y el ejercicio. He visto la habitación que tienes equipada con todo tipo de máquinas

Me hice a un lado cuando llegamos al baño y dejé que Vincent entrara solo, apartándome de su lado.

—¿Has estado cotilleando? —preguntó con una sonrisa ladeada.

—Limpiando. Tu apartamento parecía una leonera.

Él no dijo nada. Lo solté cuando entramos en el baño.

Se quitó la camiseta y me quedé allí, admirando su torso. Ese torso te hacía perder la razón.

—¿Vas a quedarte mientras me baño?

—¿Qué? —balbuceé, saliendo de mi ensoñación—. No, claro que no.

Él me sonrió con descaro.

—Por mí puedes hacerlo. No tengo ningún problema.

—No lo voy a hacer.

—¿Estás segura? —inquirió con una risa—. Así puedes hacerme el boca a boca si me desmayo y trago agua.

Puse los ojos en blanco.

—No te vas a desmayar, tranquilo.

—Pero tú misma lo has dicho: estoy débil. No creo que pueda enjabonarme solo. Voy a necesitar tu ayuda. Sobre todo, para cierta parte que…

Sentí que enrojecía como una adolescente.

—Si puedes bromear, es que estás mucho mejor —lo interrumpí antes de que terminase la frase.

Vincent alzó ambas cejas y esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Quién dice que bromeaba? —preguntó, y yo cerré la puerta de golpe, terminando la conversación.

Lo que no pude evitar fueron las imágenes de él desnudo en la bañera mientras yo le enjabonaba que se reprodujeron en mi mente. Gotas de agua alrededor de su pecho musculoso y su piel tatuada, yo pasándole la esponja alrededor de la espalda…

Bueno, ya estaba bien. Moví mi cabeza de un lado a otro, como si de esa manera pudiera sacar esas ideas absurdas de mi mente.

Al final, iba a tener que utilizar el juguete que me habían regalado las gemelas por mi primera semana en la cafetería. Aunque, en realidad, había sido idea de Mandy, según me había contado una Missie avergonzada que pensaba que me estaban regalando una guía de Liverpool. Según me había explicado, esta aprovechaba cualquier ocasión para hacer ese regalo.

Nunca lo había usado —ni ese ni ninguno—, pero probablemente era lo que necesitaba para quitar tensiones. ¿Quién necesitaba un hombre? Solo daban problemas. Aunque, por primera vez en mucho tiempo, una parte de mí hubiera querido arriesgarse. No con cualquier hombre, sino con *ese* que, en esos momentos, estaba en el baño y canturreaba una canción. Y lo cierto es que no lo hacía nada mal.

De hecho, Vincent, al contrario que Oliver, tenía una gran voz. Podría ser cantante.

Vincent se tomó su tiempo y yo aproveché para recogerle la habitación y cambiarle las sábanas. Por suerte, había unas limpias en su armario.

Sí. Le había abierto el armario. Pero no había cotilleado. Mi misión era encontrar sábanas limpias para que pudiese descansar mejor. Vale, igual me había desviado un poco del camino y había echado un vistazo a su ropa. Aunque toda era casual, algunas prendas parecían caras. Al parecer, los diseñadores de videojuegos no ganaban mal.

No eché un vistazo al cajón de los calzoncillos. Bueno… un poquito. Pero muy poquito.

La puerta del baño se abrió justo cuando regresaba de dejar las sábanas sucias en el cubo de la colada. Sí, también sabía dónde estaba. Pero solo porque limpiando me lo había encontrado.

—Sigues aquí —espetó con su habitual simpatía—. Pensaba que te habías ido. —Y quizá estaba comenzando a delirar, pero me pareció ver en su expresión gruñoña una pequeña sonrisa, como si en el fondo se alegrara de verme.

—Sigo aquí.

Fui a añadir un comentario sarcástico e inteligente, pero mi mente se convirtió en un ovillo enmarañado cuando bajé la mirada y vi que solo llevaba unos ajustados calzoncillos negros. Rápidamente, giré mi cabeza hacia un lado, avergonzada.

Aunque el que debería estar avergonzado sería él. Sin embargo, Vincent, que parecía estar orgulloso de su cuerpo y que no tenía ni una pizca de vergüenza, se paseó por la habitación para sentarse en el borde del colchón y meterse en la cama. Pateó las sábanas, como si no quisiera cubrirse.

Parecía más relajado. El baño le había venido bien. Pero cuando le tomé la fiebre, unos minutos después, le había vuelto a subir.

Fui a la cocina para prepararle otro analgésico. Estiré el vaso de agua hacia él y, para mi sorpresa, lo cogió sin quejarse.

—La de la farmacia me ha dicho que te puedes tomar otro analgésico antes de tiempo si necesitas. —Vincent se lo tomó de un trago y dejó el vaso vació sobre la mesita. Parecía silencioso, demasiado tranquilo para ser él, pero cuando rápidamente se recostó sobre el colchón y se tapó con las sábanas me di cuenta de que debía estar agotado—. Te he guardado el resto de sobres en el cajón de la mesilla —dije, pero él no contestó porque se estaba quedando dormido—. Te dejo la botella de agua encima de la alfombra y el vaso en la mesilla. —Hice una pausa para mirarlo. Tenía los ojos cerrados y su respiración parecía acompasada—. Me voy a casa. Si necesitas algo, llámame.

No estaba segura de si me estaba escuchando, pero me sentí en la necesidad de decírselo.

Apagué la luz de la mesilla. Y fui a caminar hacia la puerta cuando sentí su mano sujetarme la muñeca.

—Vincent, ¿qué haces?

—Quédate, Lyra. —Él seguía con los ojos cerrados, pero su cabeza estaba girada hacia mí. Antes de que pudiera rechazar su petición, añadió—: Por favor.

Aunque hubiera querido, no podría haberme resistido a su súplica de ninguna manera.

—Está bien. Me quedo un ratito más.

Me senté en el borde de la cama, pero él tiró de mi mano, intentando que me tumbase a su lado.

—Vincent, no es buena idea.

Él no respondió, solo tiró más de mí. Me solté de su agarre, pero cedí.

Me tumbé encima de las sábanas, manteniendo cierta distancia entre nosotros. Vincent estaba debajo de ellas, por lo que nuestros cuerpos no se tocaban, aunque era una tontería, ya que yo estaba vestida. Cuando él se removió, un poco incómodo, acabé metiéndome debajo de las sábanas.

La cama era grande. Ni siquiera nos rozábamos.

O así era hasta que sentí cómo unos brazos fuertes me rodeaban y me tiraban hacia atrás, envolviéndome en un cuerpo cálido. Vincent se estaba abrazando a mí como si fuera una almohada. Traté de liberarme de su agarre, pero él era insistente incluso hasta en sueños.

Y olía bien… ¿Por qué olía tan bien?

Bueno, tan solo iba a quedarme durante unos pocos minutos. Además, seguro que Vincent se cansaría de abrazarme pronto y se daría la vuelta en sueños. Y entonces, me iría a mi casa.

Ese era mi plan. De verdad que lo era. Hasta que el cansancio se apoderó de mí sin que pudiera evitarlo y cerré los ojos. Y en cuestión de minutos, ya estaba sumida en un sueño tranquilo.

Capítulo 16

Vincent

Me desperté cuando los primeros rayos del amanecer se colaron entre las cortinas, bañando la habitación con esa luz suave que anuncia que el mundo está empezando a moverse otra vez. Tardé unos segundos en ubicarme. La cabeza me dolía menos, la garganta ya no ardía, y el mareo se había convertido en un simple cansancio sordo que me pesaba en los huesos.

Estaba mejor. No al cien por ciento, pero definitivamente mejor.

Intenté moverme cuando algo me lo impidió. Algo cálido. Algo que respiraba tranquilo sobre mi pecho.

Bajé la vista.

Lyra.

Tenía la cabeza apoyada justo sobre mi corazón y una mano descansando sobre mi costado. Sus piernas estaban enredadas con las mías, como si no hubiera espacio en toda la cama a pesar de que era enorme. En algún momento de la noche, incluso dormida, me había buscado. Como si su cuerpo supiera que el mío lo necesitaba.

Aún llevaba puesta la ropa del día anterior, pero se veía preciosa. Tenía el cabello alborotado, algunas hebras le caían sobre la frente y las mejillas, y respiraba con tranquilidad, como si sintiese que estaba donde debería. Como si se sintiese completamente segura.

Nunca me había sentido cómodo durmiendo con una mujer en la misma cama. Por eso era algo que no solía hacer. Y a decir verdad, las mujeres con las que solía acostarme tampoco tenían interés en dormir conmigo. Siempre había evitado a las mujeres que querían de mí algo más que sexo.

Sin embargo, allí estaba con Lyra, con la que ni siquiera me había besado. Su presencia no invadía mi espacio, sino que lo completaba.

Hizo un pequeño sonido, como un suspiro entre sueños, y frunció apenas la nariz. Giró ligeramente el rostro, acurrucándose más. La miré, y juro que en ese instante, me quedé sin aire. No por la fiebre, sino porque verla así, tan cerca, dormida sobre mí, era algo que jamás habría esperado, pero que no quería que terminara.

Recordé vagamente haberle pedido que se quedara. No sé si lo dije en voz alta o si simplemente me aferré a su mano con la suficiente insistencia como para que lo entendiera. Fuera como fuera, ahí estaba. Y no se había ido.

Sonreí. Cerré los ojos otra vez. Solo un rato más, me dije. Solo un rato más.

Y me volví a dormir con su respiración tranquila acompañando la mía.

Cuando me desperté unas horas más tarde, Lyra ya no se encontraba en la habitación. Tampoco en el resto de la casa. Aunque su paso por allí era evidente. No solo por el olor, una mezcla de canela y jazmín impregnada en la almohada, tan dulce como ella, sino porque, por primera vez desde que llegué al apartamento hacía casi cuatro meses, relucía.

Aunque me encontraba mucho mejor, me tomé un analgésico. Uno de los de los sobres, ya que odiaba las pastillas. Me daban terror, y pese a que era bueno fingiendo, Lyra se había dado cuenta. Era una mujer muy perspicaz.

Había dejado sopa en la nevera y un táper con guiso de verduras y carne. Lo agradecí, ya que no tenía ni idea de cocinar y mi estómago no estaba para comida rápida.

Estaba jugando una partida cuando el timbre de la puerta sonó. Estaba convencido de que era Lyra, así que me levanté de un salto, o al menos lo intenté, ya que aún me sentía algo débil.

Pero no era ella quien estaba al otro lado.

Unos grandes ojos oscuros me observaron con preocupación.

—Estás vivo —dijo la dulce voz de Vega.

Su pequeña cara reflejaba alivio, como si me hubiera dado por muerto.

—Por supuesto que lo estoy.

—Estaba preocupada —reconoció, y al escuchar eso, me sorprendí un poco. Pensé que su madre le había contado que estaba mejor. Luego añadió—: Mamá me dijo que se le olvidó contarte un cuento y me asusté mucho.

Sus dos moños se movieron al unísono mientras movía la cabeza.

—Pues estoy vivo, y me encuentro mucho mejor.

—¡Mamá! —exclamó Vega, como si estuviera demostrando que tenía unos pulmones sanos—. ¡Vincent se encuentra mucho mejor!

Pensé que Lyra estaría subiendo las escaleras y que Vega se le había adelantado, pero al final descubrí que no era así.

—¡Qué bien! —gritó Lyra desde abajo. Luego, con una voz que solo una madre podría usar, ordenó—: ¡Baja a recoger tu cuarto!

—¡No puedo! —respondió Vega sin vacilar—. Tengo que quedarme cuidando a Vincent.

—¡Vega! ¡Baja! —repitió Lyra; por su tono de voz, se le estaba acabando la paciencia.

—¡Lo siento, mamá, pero es necesario! —insistió la pequeña, asomando solo la cabeza por las escaleras.

—¡Vale, pero solo un ratito! —contestó Lyra, claramente resignada.

Me quedé un momento en silencio, sin saber si reírme o sentirme preocupado. Que Lyra le contestara a su hija desde el rellano era absurdo; sobre todo cuando siempre decía que no gritaba nunca. Iba a pedirle que subiera, pero justo en ese instante escuché el sonido de su puerta cerrándose.

Suspiré, dándome cuenta de lo que estaba pasando. En realidad, había dos cosas que me rondaban la cabeza: primero, que Lyra confiaba en mí lo suficiente como para dejarme cuidar a Vega, lo cual era una buena señal. Y segundo, que estaba claro que se estaba escondiendo de mí, lo cual no me hacía sentir tan bien.

—¿Quieres ver los dibujos de Rino? —le pregunté a Vega cuando entró en mi apartamento, intentando distraerme de mis pensamientos.

—¿Jugamos juntos al videojuego de Rino? —sugirió con una sonrisa, como si la idea fuera la mejor del mundo—. Ese en el que tiene que salvar a sus amigos

—Claro, vamos allá.

Nos sentamos en el sofá, frente a la pantalla, y durante la siguiente hora, me dejé envolver por el mundo de Rino y sus aventuras. Vega se mostró absolutamente concentrada, dando instrucciones y animándome a cada paso, como si fuera una experta en todo el juego, pese a ser la segunda vez que jugaba. Me hacía reír con sus comentarios, y aunque mi mente seguía algo dispersa, me sentía sorprendentemente relajado.

Por primera vez en mi vida, pensé que, tal vez, tener hijos no era algo tan malo. Rápidamente deseché la idea. Cuidar de Vega era una cosa, pero tener a mis propios hijos era algo completamente diferente. No estaba preparado para ser padre, y sabía que nunca lo estaría.

El timbre sonó, sacándome de mi ensoñación.

—Seguro que es mi mamá —dijo Vega, yendo a levantarse del sofá, pero yo me adelanté.

Ella suspiró y volvió a sentarse.

Abrí la puerta y allí estaba Lyra, con varios táperes en las manos. Me detuve un momento, observándola. Había algo en ella que no podía dejar de notar, algo que no había visto antes de la misma manera. Estaba guapa, como siempre, porque ella era una mujer preciosa. Pero había algo más, algo que no había apreciado hasta ese momento. Algo que no sabía describir. Algo que la hacía única a mis ojos.

—Me parece extraño que llames, ya que ayer usabas todo el rato la llave.

—La dejé en su sitio —respondió sin mirarme a la cara, esquivándome con rapidez mientras entraba al apartamento—. Te he traído varios táperes con comida casera. Los dejo en la cocina.

Ella avanzó apresurada, evitando cualquier contacto visual. Era evidente que no quería hablar de lo que había pasado la noche anterior. Aunque, en realidad, no había sucedido nada. Resignado y

un poco cabreado, me senté de nuevo en el sofá junto a Vega y cogí el mando.

—Te has caído —se quejó Vega, señalando a mi personaje, Koko, que efectivamente se había caído por un precipicio, ya que estaba mirando de reojo a Lyra y no estaba atento al juego.

—Es hora de regresar a casa Vega —dijo Lyra, poniendo las manos en las caderas.

—Es pronto, mamá —protestó Vega, con la mirada fija en la pantalla.

—Tienes que recoger tu cuarto y Vincent aun se esta recuperando.

—Estoy perfectamente —intervine. Vega sonrió y fue decir algo cuando yo se lo impedí—. Pero tienes que obedecer a tu madre.

Vega miró la pantalla que señalaba que la partida había terminado, ya que nos habíamos quedado sin vidas, y después a mí. Lo hizo durante cuatro ocasiones antes de exhalar un largo suspiro y dejar el mando a su lado, en el sofá.

—Estaaaaa bien —cedió, saltando del sofá—. Pero antes, voy al baño. Me estoy haciendo pis.

—Puedes ir en casa —le dijo Lyra, pero Vega corrió por el pasillo sin hacerle caso—. Hace lo que sea para pasar más tiempo aquí —suspiró cuando su hija cerró la puerta del baño.

Sin levantarme del sofá, giré la cabeza para mirar a Lyra. Estaba parada cerca de la puerta de la calle, como si quisiese estar preparada para salir corriendo.

—Esta mañana te fuiste sin despedirte —señalé.

Lyra mordió su labio inferior con fuerza.

—No quería molestarte.

Mentira. Lo podía ver escrito en sus ojos y en todo su rostro.

—¿Me estás evitando? —pregunté, levantándome del sofá para acercarme a ella.

Lyra siguió mis movimientos con atención, y dio un paso instintivo hacia atrás, buscando alejarse lo máximo posible de mí, como si yo fuera un depredador y ella mi presa.

—No… claro que no.

Mentira otra vez.

—Eres una pésima mentirosa. —Sonreí—. Lo sabes, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y fue a responder, pero no pudo hacerlo porque Vega corría hacia nosotros.

—¡Ya estoy!

—Vamos a casa, cariño —dijo Lyra, claramente aliviada por la interrupción.

Vega obedeció y se dirigió a la puerta. Los acompañé hasta el umbral. Mientras la niña se agachaba para atarse un zapato, aproveché el breve descuido para acercarme por detrás de Lyra. Me situé tan cerca que pude sentir cómo se tensaba al notar mi presencia. Su cuerpo temblaba, aunque no era de miedo, sino de anticipación.

Me incliné hacia su oído, tan cerca que mi aliento rozó su piel.

—No puedes escapar de mí —le susurré—. Cómo yo no puedo escapar de ti.

Lyra no respondió. Cogió a su hija de la mano y se marchó.

Ella no me lo negó, porque sabía tan bien como yo que era cierto. De alguna manera, estábamos atrapados.

No podía huir de ella. Pero tampoco quería hacerlo.

Capítulo 17

Lyra

—Un momento, señorita.

Mi hija estaba a punto de levantarse de la silla cuando la detuve con mis palabras. Ella me miró con una sonrisa inocente, pero la manera en la que sus ojos se arrugaron levemente mientras sostenía el plato entre sus manos, la delató.

—¿Adónde vas? —le pregunté—. Aún no has terminado de cenar. —Señalé con mi tenedor los trozos de brócoli perfectamente agrupados en el plato.

—Pero no me gusta el brócoli, mamá.

Mi hija comía de todo. O al menos, casi de todo, porque detestaba el brócoli.

—Hay que comer de todo, cariño. Es bueno para tu crecimiento.

Vega lanzó un sonoro suspiro y dejó el plato sobre la mesa para volver a agarrar su tenedor y pinchar un trozo de brócoli. Puso cara de asco, pero lo masticó y se lo tragó. Iba a pinchar otro trozo cuando sonó el timbre.

Miré hacia la puerta, extrañada. No solíamos tener visitas, y menos a la hora de la cena.

Me levanté de la silla y me dirigí hacia la entrada. Esta vez, miré por la mirilla para encontrarme con que Vincent estaba del otro lado.

Lo había estado evitando. Él tenía razón en eso. Pero no era por cobardía. O quizás sí. Lo cierto era que no estaba muy segura de cómo comportarme a su alrededor. O tal vez sabía cómo quería hacerlo, pero no debía.

Con un suspiro, giré el picaporte y abrí la puerta.

—Hola —lo saludé, intentando que no se notase la ansiedad en mi voz.

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—Como un roble. Recuperado del todo.

—Me alegro.

Vincent guardó las manos en los bolsillos de su pantalón de chándal. Parecía nervioso, fuera de lugar.

—El domingo no tuve la oportunidad de darte las gracias por cuidarme. Y por los táperes. Estos tres días he comido mejor que en los últimos años.

—Oportunidad tuviste —le recordé con una ceja arqueada—. Te recuerdo que regresé al día siguiente a tu apartamento.

—Tienes razón —concordó—. Pero no era mi prioridad en ese momento. Había algo que me urgía más decirte. Como la razón por la que te marchaste por la mañana sin despedirte, pero no me respondiste.

Eso era algo a lo que seguía sin querer responder. Aunque tampoco podría haberlo hecho, ya que Vega apareció como un tornado y se lanzó a los brazos de Vincent.

Este se agachó para cogerla en brazos y ella se agarró a él con manos y pies.

—También tienes que darme las gracias a mí —apuntó mi hija, alzando la barbilla con orgullo y demostrando que nos había escuchado.

Vincent hizo una mueca.

—Yo también te cuide a ti, enana.

—Eso no importa.

—Sí importa.

Por Dios, a veces, Vincent era peor que mi hija. Pero, aun así, me derretía viéndolos interactuar juntos.

—Dame las gracias —le exigió Vega con tozudez.

—Se me ocurre algo mejor. —Vincent la dejó con cuidado en el suelo—. Como agradecimiento, os invito a comer un helado en la mejor heladería de Liverpool.

Aquella propuesta convenció a mi hija con facilidad.

—¡Sí, un helado!

—Pero estamos en octubre —dije, resaltando lo obvio.

—¿Y? —me preguntaron los dos al unísono.

—Es martes y son las siete y cuarto de la tarde. Acabamos de cenar.

—Después de la cena es cuando se come el postre, mamá. Y yo aún no he comido el mío —recalcó Vega, que era muy lista.

—En realidad, cariño, tú aún no has terminado de cenar —apunté, recordando que todavía no había terminado de comer el brócoli.

—La heladería está abierta hasta las diez. Tenemos tiempo de sobra —me dijo Vincent.

—Vega tiene que estar en la cama como tarde a las nueve. Es un día entre semana, mañana tiene colegio.

—La heladería está cerca. Regresaremos para esa hora.

Al parecer, Vincent era igual de insistente que mi hija. Me acababa de dejar sin argumentos.

En realidad, no pasaba nada si Vega se acostaba un poco más tarde un día. No era por ella por quien estaba poniendo tanta insistencia, sino por mí. Estar cerca de Vincent me afectaba más de lo que me quería reconocer a mí misma. Me olvidaba de lo que estaba bien y de lo que estaba mal.

Perdía el control. Y eso era algo que no me podía permitir. Pero, a la vez, no podía evitar desearlo…

Me estaba volviendo loca.

—Mamá, por favor… —me suplicó Vega, mirándome con ojos de cachorrito.

No podía resistirme a *esos* ojos. Aunque, en el fondo, era consciente de que estaba usando esa manera adorable de mi hija de pedirme las cosas como excusa.

—Está bien —cedí con un suspiro de resignación.

—¡Gracias, mamá! —Mi hija se lanzó hacia mí para rodear mis caderas con sus brazos en un efusivo abrazo.

—Voy a cambiarme. Os veo en el portal en diez minutos —dijo Vincent. Y desapareció por el rellano antes de que pudiera responderle.

—Vamos, Vega —le dije a mi hija, tirando de ella—. No me puedo creer que consigas ser impuntual incluso cuando es prácticamente imposible serlo. —Mira que estaba vestida y tan solo tenía que ponerse una chaqueta y los zapatos.

—Es que quería estas zapatillas y no las encontraba. —Vega señaló las zapatillas rosas de ruedas y luces que Daren le había regalado cuando llegamos a Liverpool. Se habían convertido en las favoritas de mi hija y le encantaba ponérselas cuando oscurecía, porque las luces se veían con más claridad. Mi hija era tan desastre que dejaba sus cosas por todos lados, a pesar de que yo me esforzaba porque fuera tan ordenada como yo. Había dejado una de las zapatillas debajo de la cama y no había sido capaz de sacarla de casa hasta que no la había encontrado.

—Eso es porque eres un desastre. Si las dejaras en el mueble de la entrada, donde deberían de estar, las encontrarías.

Vega, que me había escuchado perfectamente, me ignoró y bajó la última escalera que conducía al portal de un salto.

—¡Vincent! —saludó con efusividad a nuestro vecino, pese a que acabábamos de vernos.

—Lo siento. Vega… —mi disculpa murió en mis labios en el momento en el que Vincent se dio la vuelta. Cuando había dicho que se iba a cambiar, pensaba que se iba a poner una cazadora, o tal vez cambiar el pantalón de chándal por unos vaqueros. Lo que no había esperado es que se hubiera puesto una chaqueta con un gorro de lana. También llevaba una bufanda que cubría su rostro hasta la nariz. Si no fuera por sus intensos ojos grises, ni siquiera lo hubiera reconocido.

Daren me había advertido que Liverpool era una ciudad fría en invierno, pero todavía estábamos a principios de octubre y yo ya me había asomado a la ventana: no hacía tanto frío. Vamos, que con un jersey y una chaqueta vaquera encima bastaba.

—No te preocupes —dijo mientras abría la puerta del portal y salíamos a la calle—. Siempre he pensado que la impuntualidad es una forma elegante de dar tiempo a que los demás se preparen emocionalmente para tu llegada. —Me guiñó un ojo.

Vega y yo soltamos una carcajada. Cuando quería, Vincent podía ser un hombre muy gracioso. El problema era que quería pocas veces.

Salimos del portal. El aire frío golpeó mi rostro, aunque no era tan gélido como para la indumentaria que él llevaba. Miré a mi alrededor, en busca de alguna persona en la calle que pudiera confirmarme si estaba siendo exagerada o no, pero estábamos solos. Y Vega no parecía tener frío.

No hice ningún comentario sobre su *outfit*; ni siquiera cuando se puso unas gafas de sol. Era extraño, claro, pero no quería incomodarlo. Y curiosamente, mi hija tampoco dijo nada, algo poco habitual en ella. Aunque probablemente la emoción de ir a la heladería eclipsaba cualquier otra cosa.

Quizá tenía miedo de volver a ponerse enfermo. Un argumento que daría validez a toda la ropa de abrigo, pero que no conseguía justificar lo de las gafas de sol.

—¿Por qué llevas gafas si es de noche? —le preguntó Vega por mí, que no tenía filtro—. ¿Las gafas de sol no son para protegernos del sol?

Por lo visto, me había equivocado: la heladería no lo eclipsaba todo.

—Vega —la reprendí suavemente.

Vincent se aclaró la garganta, como si no se hubiera esperado esa pregunta. O eso pensé, porque como no podía ver su rostro, era incapaz de leer su expresión.

—La luz artificial, cuando es muy fuerte, me hace daño —respondió después de unos segundos, tirando levemente del *piercing* de su labio inferior con los dientes—. En casa puedo regularla, pero en la calle no.

Eso tenía sentido.

A Vega también debió de parecérselo, porque asintió.

—Mi coche está aparcado aquí al lado. Podemos ir en él —ofrecí.

Vincent negó con la cabeza.

—No será necesario. La heladería está aquí al lado, podemos ir andando. Hace una noche agradable.

Lo miré, confundida. Si hacía una temperatura agradable, ¿por qué iba tapado como si estuviésemos en el Polo Norte?

Sin embargo, decidí no preguntárselo y no darle más vueltas al tema. Como decidía vestir era decisión suya.

La calle estaba tranquila, aunque algunas personas paseaban a lo lejos. Cruzamos un paso de cebra y nos adentramos en una calle estrecha, flanqueada por farolas cálidas y escaparates que brillaban discretamente.

Mi hija se adelantó un poco.

—¡Mira, Vincent! —gritó, señalando sus zapatillas—. ¡Mira cómo brillan en la oscuridad! ¡Mira!

Vincent se rio.

—Son muy chulas —dijo—. Yo tenía unas iguales cuando era pequeño, pero en azules.

—¿Y también tenían ruedas como las mías? —preguntó Vega, con los ojos abiertos, señalando las ruedas que salían de sus zapatillas.

Vincent asintió.

—Pero las tuyas son mejores. ¿Por qué no me enseñas cómo patinas?

Vega asintió con efusividad y se dio la vuelta para comenzar a patinar.

—¡Vega, ten cuidado! —le advertí, pero mi hija ya se alejaba. Por fortuna, apenas había gente en la calle.

Vincent se rio.

—No te preocupes, la heladería está terminando la calle.

Asentí.

—¿Qué tal el trabajo?

—¿El trabajo? —repitió, desconcertado—. Ah, sí —dijo un momento después—. Bien, ha sido un día… —hizo una pausa, como si estuviera pensando la palabra perfecta para definirlo— productivo.

—¿Te gusta tu trabajo?

Él se quedo unos segundos en silencio, como si estuviera reflexionando sobre mi pregunta.

—Es todo lo que he deseado hacer siempre. Pero, a veces, puede ser demasiado. O tal vez… —fue a decir algo más, pero mi

hija lo interrumpió.

—¡¿Has visto cómo patino?! —gritó Vega mientras se acercaba hacia nosotros.

—Casi lo haces tan bien como yo —respondió Vincent guiñándole un ojo—. Vamos, hemos llegado —anunció, señalando una pequeña heladería que estaba al terminar la calle.

El establecimiento era pequeño, pero muy bonito. Tenían un par de mesas redondas con unas sillas alrededor. No había nadie, lo cual no me sorprendió demasiado teniendo en cuenta la época del año y la hora. Aunque, por otro lado, era el tipo de sitio donde la gente solía comprar el helado y marcharse a pasear con él.

Una mujer, que tenía su cabello blanquecino recogido en un moño y estaba cerca de sus setenta, nos saludó con una sonrisa adorable.

—Hola, ¿qué desean? —Sus ojos azules se estrecharon cuando Vincent caminó junto a nosotras hacia el mostrador. Lo miró durante unos segundos antes de decir—: Vincent, ¿eres tú?

Vincent se bajó la bufanda y se quitó las gafas de sol.

—¿Cómo me has reconocido? —preguntó, sorprendido.

—Esa forma de andar es inconfundible —respondió ella con una risa. La mujer rodeó el mostrador para acercarse a él y darle un abrazo. Vincent se tensó un poco, pero no se apartó—. Cómo me alegro de verte por aquí después de tanto tiempo —dijo mientras se separaba.

Vincent sonrió.

—Es bueno verte después de tanto tiempo, Kayla.

—Siento muchísimo la muerte de tu padre. Le di las condolencias a tu hermana, pero no pude dártelas a ti.

Vincent se tensó.

—Gracias, Kayla.

La mujer ladeó su cabeza hacia mí con interés.

—Veo que no has venido solo —murmuró.

—Kayla, ella es Lyra, mi vecina —nos presentó Vincent—. Y ella —señaló a mi hija—, es Vega, su hija.

—Así que estás viviendo aquí. ¿Te vas a quedar durante un tiempo?

Vincent asintió, luciendo un poco incómodo.

—Sí, pero… —Vincent nos miró a Vega y a mí antes de volver a centrar su atención en Kayla—. Me gustaría que no se lo dijeras a nadie. Ya sabes… necesito un poco de tranquilidad.

—Por supuesto. Y además, creo que te va a venir bien.

Desconocía la relación que tenían entre ellos, pero era evidente que aquella mujer lo conocía bien. Y aunque no terminé de entenderles muy bien, sí que comprendí que Vincent estaba pasando por un momento de su vida en el que necesitaba estar tranquilo.

—Disculpad mis modales —nos dijo Kayla—. Es un placer conoceros.

—El placer es nuestro —respondí con una sonrisa, hablando en nombre de mi hija también.

—Vincent dice que tienes los mejores helados de Liverpool —añadió Vega.

Kayla inclinó la cabeza para mirarla.

—¿Los mejores helados de Liverpool? —repitió, centrando su mirada en Vincent—. Vaya, si que tienes buen recuerdo de mis helados. Ahora me siento presionada. Ha pasado mucho tiempo desde que comiste el último.

—Oh, vamos, se está haciendo la modesta —dijo Vincent haciendo un gesto—. Ella se asegura de que sus helados no pierdan calidad.

Kayla se rio y rodeó el mostrador.

—¿Tú qué quieres, pequeña? —le preguntó a Vega, que miraba todos los sabores de helados con emoción. Sus ojos iban de un sabor a otro. A mi hija le perdía el dulce.

—Yo quiero… —Hizo una pausa, mientras mordía su labio inferior con indecisión—. Ese —dijo, señalando el sabor de chocolate —. No, ese rosa —se corrigió, señalando el de sabor de chicle—. No, ese. —Su dedo apuntó a uno de Kinder Bueno.

Suspiré.

—Vega, tienes que elegir.

Kayla se rio.

—¿Y por qué no los tres? —sugirió.

—¿Puedo? —preguntó Vega, abriendo los ojos con emoción.

—Claro que sí, pequeña. —Kayla le sirvió las tres bolas de helado en un cucurucho de chocolate.

—¡Ala, es de chocolate! —gritó Vega con emoción, cuando yo le entregué el helado, que era casi más grande que su cabeza.

—Supongo que tú quieres una tarrina de café —le dijo a Vincent —. ¿O tus gustos han cambiado en este tiempo?

—No en lo más importante. Además, estoy intentando volver a encontrarme a mí mismo.

Ella le sonrió.

—¿Y tú, Lyra?

—Mmm… ¿Qué me recomiendas?

—Si quieres una elección segura, el de sorbete de limón. Aunque nuestra especialidad es el de tarta de queso.

—El de tarta de queso entonces.

Kayla nos sirvió nuestros pedidos y salimos de la heladería.

—Tengo que decir que es uno de los mejores helados que he probado en mucho tiempo —reconocí llevándome una segunda cucharada a la boca.

—Es que tengo buen gusto. —Vincent me guiñó un ojo con esa *humildad* característica en él—. ¿Y a ti, Vega? ¿Te gusta? —le preguntó a mi hija, que estaba concentrada en su helado.

Ella se giró hacia nosotros y asentir con energía, y la cara decorada con un bigote de helado de chicle que cruzaba su labio superior.

—¡Mucho! ¿Podemos comer otro mañana?

—Antes de pensar en comer otro, termínate ese —le dije con una sonrisa.

Un hombre que llevaba una gabardina larga negra pasó por nuestro lado y miró a Vega.

—Te queda muy bien el bigote —le dijo, provocando que nos detuviéramos.

—Es un bigote con sabor a chicle —le corrigió mi hija con seriedad. E instintivamente se pasó la lengua por encima del labio superior.

—Ese es un bigote curioso —respondió el hombre soltando una pequeña carcajada—. El mío no sabe a nada —añadió, señalándose

el suyo.

Las dos nos reímos y el hombre se despidió. Entonces caí en la cuenta de que Vincent no se había parado con nosotras. Me giré, buscándolo, y lo encontré al final de calle, apoyado en una pared, con la cabeza agachada.

No era muy sociable que se diga. Aunque, a esas alturas, tampoco fue algo que me pilló por sorpresa.

Mi hija corrió hacia él y yo la seguí, pero más despacio.

—Te has terminado el helado —dije, señalando sus manos vacías cuando llegué a su lado.

—Igual es porque hace tiempo que no comía helado, pero no podía parar de comer.

Vega se adelantó un poco a nosotros, comenzando a patinar mientras comía su helado. La seguí con la mirada, esperando que no se distrajera demasiado y se cayera.

—Te ofrecería del mío —cogí un poco de helado con la cuchara y me la llevé a la boca—, pero no me apetece compartir —bromeé.

—A mí tampoco me gusta compartir —respondió, pero la mirada profunda que me lanzó me hizo ver que no hablaba de helados.

Tragué saliva, sintiendo cómo un hormigueo agradable recorría mi cuerpo, pero no le contesté. Seguimos caminando en silencio, hasta que sentí que había algo que tenía que decirle.

—No sabía que tu padre ha muerto recientemente —carraspeé —. Lo siento mucho. Sé lo que se siente al perder a un padre tan pronto y es horrible.

Vincent suspiró.

—Apenas teníamos relación. Es… —hizo una pausa— complicado. Fue un padre de mierda.

—Mi madre también ha sido una madre de mierda. —La palabra sonó agria en mis labios. No me gustaba decir palabrotas, pero era la mejor manera de definirlo—. Hace un año que no hablo con ella. Solo se pone en contacto conmigo para pedirme dinero, y pese a todo… —pese a todo el daño que le hizo a mi padre y me había hecho a mí— cada vez que suena el teléfono de un número extraño, mi cuerpo tiembla pensando que le ha podido pasar algo. —Vincent

estiró su mano para apoyarla en mi hombro—. Un padre es un padre —continué.

—No lo culpo, yo también fui un hijo de mierda. Supongo que empatamos.

Iba a responderle cuando mi hija nos llamó. Estaba ya en nuestro portal, impaciente.

Abrí la puerta y los dejé pasar delante de mí. Vincent abrió la del ascensor y entramos, pero justo cuando estaba a punto de cerrarla, la señora del primero entró al portal con un perro pequeño que reconocí como un yorkshire.

—¡Esperen, por favor! —nos gritó, agitando la mano.

Vincent fue a cerrar la puerta, pero yo lo detuve apoyando mi mano sobre la suya. Él lanzó un suspiro de resignación y negó con la cabeza, mostrándome su desacuerdo, pero sujetó la puerta hasta que la mujer entró con paso apresurado y una sonrisa amplia.

—¡Hola! Nos encontramos de nuevo —me dijo, mientras sujetaba la correa del perrito—. ¡Y qué grande está tu niña!

—Muchas gracias —le dije con educación.

Mientras tanto, el yorkshire había identificado a Vincent como el elemento más sospechoso del ascensor. Se acercó directo hacia él, con esa seguridad absurda que tienen los perros pequeños, y empezó a olfatearle las botas como si estuviera inspeccionando contrabando.

Vincent, que se había refugiado discretamente en la esquina más lejana del ascensor, pegó la espalda a la pared con una expresión neutra que no engañaba a nadie. Su incomodidad era evidente.

El perro comenzó a gruñirle. Vincent movió un poco la pierna, y este, sintiéndose amenazado, le mordió la pernera del pantalón.

La mujer se giró para mirar lo que estaba pasando.

—Dulce —llamó la señora al yorkshire, que por el nombre debía ser una hembra, aunque el lazo rosa con el que tenía recogido el pelo en una minicoleta sobre los ojos ya era una pista suficiente—. Suéltalo, preciosa.

Vincent se agachó con intención de apartarla de su pantalón, que la perrita tenía firmemente atrapado entre los dientes.

Zarandeaba la tela como si estuviera peleando por su vida, gruñendo como un demonio en miniatura.

—No entiendo qué le pasa —dijo la dueña—. Es muy buena.

—Claro —masculló Vincent con sarcasmo.

Con un poco de esfuerzo, logró separarla de su pantalón, pero Dulce no estaba lista para rendirse. En cuanto la soltó, se lanzó directamente hacia la mano de Vincent, como si fuera su segunda oportunidad. Por suerte, Vincent fue más rápido y se incorporó justo a tiempo para evitar el mordisco.

—¡No me jodas! —se quejó.

—Es que vas muy tapado, hijo —respondió la señora, como si eso explicara el comportamiento rabioso de su yorkshire asesina—. Con esa ropa tan oscura y esas gafas, pues claro, la perrita se asusta. Pareces un ladrón.

Vincent la miró en silencio. Y aunque llevaba las gafas de sol puestas, juraría que pude ver cómo levantaba una ceja.

—Tendré en cuenta vestirme de colores pastel la próxima vez —respondió con ironía.

Por suerte, llegamos al primero. Y la yorkshire se olvidó de Vincent apresurándose a salir.

La mujer se despidió y la puerta del ascensor volvió a cerrarse.

—¿Estás bien? —le pregunté a Vincent.

—Estoy seguro de que acabo de ser agredido por un pompón con traumas —suspiró.

Vega y yo nos echamos a reír a carcajadas.

—Podría haber sido peor —dije justo cuando el ascensor se detuvo en nuestro piso—. Podría haber sido un perro grande.

—A mí me gustan más los perros grandes —apuntó Vega.

—Y a mí también —concordó Vincent—. Además, esa perra es igual de insoportable que su dueña.

Fui a abrir la boca para defender a nuestra vecina, pero me di cuenta de que, en parte, Vincent tenía bastante razón, así que decidí guardar silencio. En su lugar, fui a despedirme, pero él salió del ascensor con nosotras, como si aún no estuviera listo para irse. Supuse que no tenía prisa o que quería subir el último tramo de

escaleras andando. Me giré hacia él con intención de decirle algo, pero Vega fue más rápida.

—¿Puedes entrar y contarme un cuento? Solo uno —pidió, tirando suavemente de la manga de su chaqueta, con esos ojos grandes que usaba como arma secreta.

—Claro —respondió él sin pensárselo mucho.

Vega hizo un pequeño baile de la victoria en el rellano, como si acabara de ganar un premio.

—Por supuesto, Vincent. Me parece estupendo que le cuentes un cuento a mi hija —dije con ironía mientras abría la puerta. Si buscaba mantener un poco de la autoridad que debía tener como madre, lo único que conseguí fue una carcajada compartida entre Vega y Vincent.

Por lo visto, yo era la comediante del grupo.

Ayudé a Vega a ponerse el pijama y luego Vincent entró en su habitación para cumplir con su promesa. Empujé la puerta suavemente, pero la dejé entreabierta. Mientras recogía la cocina podía escuchar la voz grave de Vincent imitando al lobo feroz y las risas contagiosas de mi hija.

Sonreí sin darme cuenta.

Porque Vincent podía tener sus defectos, como yo tenía los míos, pero cuando se trataba de Vega, era un amor con ella.

Cuando terminé de recoger, me dirigí al salón. Vincent había dejado su ropa de abrigo y las gafas de sol encima del sofá tiradas de cualquier manera. Sin poder evitarlo, recogí sus pertenencias y las colgué en el perchero de la entrada. A excepción de las gafas de sol, que se las guardé en el bolsillo de su chaqueta.

Después, me senté en el sofá. Justo cuando las voces en el cuarto de Vega se apagaron. Unos segundos después, escuché pasos suaves sobre el suelo de madera. Me giré justo a tiempo para ver a Vincent salir de la habitación. Cerró la puerta con la misma delicadeza con la que había entrado.

—Se ha dormido a mitad del cuento —me explicó en voz baja mientras se acercaba al sofá.

—Eso suele pasar —respondí, sonriendo. Me hice a un lado para dejarle sitio y él se sentó a mi lado, lo bastante cerca como para que

su hombro rozara el mío—. Eso es porque cuentas muy bien los cuentos.

—O porque soy tan malo haciéndolo que se duerme del aburrimiento.

—También puede ser —reconocí con una risa.

—Oye, tenías que decir que eso es una tontería —bromeó con una falsa indignación.

—Si lo piensas bien, no lo es. Si la entretienes, se mantiene despierta… En cambio, si se aburre…

—Sabionda —espetó, frunciendo el ceño con fingido enfado.

Solté una pequeña carcajada, divertida. Para mi sorpresa, Vincent me hacía reír con facilidad. En realidad, todo me resultaba fácil con él. Incluso discutir. Sí, también eso lo hacíamos sin esfuerzo. Nuestras discusiones no eran suaves ni terminaban en risas; él podía ser un borde y yo una testaruda. Pero, de algún modo, no pesaban. No rompían nada entre nosotros. Al contrario, parecían formar parte de nuestra forma de entendernos, como si discutir también fuera una manera de conocernos mejor, de estar cerca el uno del otro.

—Hacía años que no me lo pasaba tan bien —reconocí, dejando que la honestidad se filtrara en mi voz.

Y era verdad. Solo había sido una salida a la heladería, pero había sido algo especial para mí.

—Yo también —dijo en voz baja, casi en un susurro.

Durante un instante, el silencio se instaló entre nosotros. Pero no era incómodo. Era uno de esos silencios que lo dicen todo. Su cercanía, el calor que irradiaba su cuerpo, la forma en que sus ojos buscaban los míos. Todo parecía encajar entre nosotros.

—Lyra. —Vincent pronunció mi nombre como si lo probara en su boca, como si el sonido le resultara especial.

—¿Sí? —respondí, bajando ligeramente la voz, sin apartar la mirada.

No contestó de inmediato. Solo alzó una mano, con calma, y rozó mi mejilla con la yema de sus dedos. El contacto fue suave, casi reverente. Una caricia más que un gesto.

—Quiero besarte —me dijo con voz profunda.

—Y yo a ti —reconocí en un susurro—, pero sé que lo va a complicar todo. Y no necesito más complicaciones en mi vida.

—Yo tampoco las necesito. Y aun así, creo que voy a morir si no pruebo tus labios.

Puse los ojos en blanco.

—Eres un exagerado.

—No, cariño —dijo, acercando su boca a la mía, aunque deteniéndose antes de que nuestros labios se juntasen—. Lo que soy es un hombre que te desea como nunca ha deseado a ninguna mujer. Un hombre que no hace otra cosa más que pensar si mi polla dentro de ti se sentirá tan bien como en mis fantasías.

Tragué saliva, notando cómo mi cuerpo reaccionaba a sus palabras, vibrando con una mezcla de vértigo y deseo.

—¿Has fantaseado con nosotros?

—No hago otra cosa. Eres como un virus, no puedo sacarte de mi sistema.

—Eso no suena tan romántico como crees.

—No soy un hombre romántico.

Y entonces, sin más advertencias, sin más espacio para dudas, me besó. Fue un beso que me desarmó completamente desde el momento en el que sus labios rozaron los míos. Su boca era cálida, firme, hambrienta. No había duda, solo deseo contenido, urgencia, una necesidad que se había estado acumulando durante días.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente y mis manos buscaron su rostro, sus hombros, cualquier parte de él en el que me pudiera sostener mientras el mundo a nuestro alrededor se desdibujaba. Respondí con la misma intensidad, con la misma sed. No era un beso dulce ni casto. Era uno de esos besos que marcan un antes y un después.

Un beso que lo cambiaba todo.

De esos que se te quedan pegados a la piel, a los huesos, al recuerdo. Uno que rompía muros e iniciaba incendios. Uno que sabías, sin necesidad de confirmarlo, que iba a arruinarte para cualquiera que viniera después. Porque ningún otro hombre podría besarte así.

Él gimió contra mi boca, un sonido bajo, contenido, que me recorrió la columna vertebral como una descarga eléctrica. Sus dedos se deslizaron por mi espalda, firmes pero cuidadosos, como si me conociera desde siempre y aun así se maravillara de descubrirme.

El beso se profundizó, cada vez más demandante, más urgente. Mi corazón latía más rápido, más fuerte, como si quisiera escapar de mi pecho a un ritmo que no podía controlar.

El beso se rompió. Porque todo lo que empezaba tenía que terminar, pero él apoyó su frente contra la mía como si no quisiese alejarse de mí. Y yo tampoco quería hacerlo.

—Joder, Lyra —susurró—. Joder. Ha sido la ostia.

Por una vez, sus palabras malsonantes tenían significado para mí. Porque estaba completamente de acuerdo.

Nos separamos un poco, lo suficiente para mirarnos, pero no tanto como para alejarnos completamente.

—¿Y ahora? —pregunté, la voz un poco más baja, sin poder evitarlo.

Él me miró con una reluciente chispa en sus ojos, pero su tono fue directo, casi demasiado honesto.

—Ahora quiero follarte.

La respuesta me dejó sin palabras por un segundo. Pero rápidamente me recuperé.

—Mi hija está en la otra habitación.

Yo también deseaba lo mismo. Pero no podía hacerlo, no con Vega en la otra habitación.

Él se acercó un poco más y me dio un suave beso en la mejilla.

—Lo sé —respondió—. Por eso creo que lo mejor es irme. No estoy seguro de si podría contenerme si me quedo.

Se levantó del sofá para ir al perchero a recoger sus cosas.

Al no tener su cuerpo cerca del mió, logré salir de la neblina de deseo que se había apoderado de mí.

Me levanté y di un par de pasos, aunque no me acerqué a él

—Esto ha sido un error, Vincent —dije, provocando que él girase la cabeza para mirarme.

—No, no lo ha sido.

—Yo… —empecé a decir, pero las palabras se atoraron en mi garganta.

Vincent dio un paso hacia mí y su mirada permaneció en la mía, intensamente fija.

—Esto no es un error —repitió, su tono más suave ahora, pero aún lleno de determinación—. No para mí. Y no creo que lo sea para ti tampoco.

—No puedo, Vincent. No puedo seguir con lo que sea que esto sea. Soy madre, mi hija es mi prioridad.

—Tal y como debe ser —concordó él—. Por esa razón no voy a desnudarte y mantenerte al límite hasta que reconozcas que quieres averiguar lo buenos que podemos ser juntos en la cama. —Sentí cómo todo mi cuerpo se erizaba por el deseo, reaccionando ante sus palabras—. Si en algo soy bueno, es en la cama. Confía en mí, puedo darte más placer del que te han dado nunca.

Me quedé en silencio. No podía hablar aunque quisiera.

Él se acercó a la puerta, giró el pomo con calma y la abrió. Antes de salir, se detuvo un momento y me miró.

—Piensa en lo que hemos hablado —dijo suavemente; su voz más grave ahora, como si cada palabra tuviera un peso más profundo—. Cuando estés lista para hacer lo que tu cuerpo está deseando, sube a mi apartamento. Te estaré esperando.

Sin esperar respuesta, salió por la puerta, dejándome sola con mis pensamientos.

Capítulo 18

Lyra

—Mia me ha dicho que la película me va a encantar —le dijo Vega a su padre el sábado por la tarde, con los ojos brillando de emoción.

Daren iba a llevar a Vega a ver la película del Dinosaurio Rino que acababan de estrenar. Esa mañana, mientras yo trabajaba, Vega se había quedado en casa de su mejor amiga. Mia, que había ido la tarde anterior a ver la dichosa película, le había contado maravillas sobre ella.

Y ahora, mi hija se moría por verla.

—¿Y de qué va? —le preguntó Daren.

—Del Dinosaurio Rino, papá —le dijo Vega, como si esa respuesta lo explicase todo—. ¿Podemos comprar palomitas de caramelo y un refresco?

—Lo que quieras, princesa.

—Ve a por la chaqueta, Vega —le pedí—. Y ponte los zapatos. ¿Necesitas que te ayude?

—No, mamá. Soy mayor, puedo sola —respondió con una mueca de indignación que me hizo sonreír.

Vega corrió hacia su habitación y yo me quedé a solas con Daren en la cocina. La ventana estaba abierta, ya que se me había quemado un poco la comida y entraba algo de aire fresco.

—Lyra, voy a necesitar algo de dinero —comenzó Daren, apoyándose en el marco de la puerta.

Puse en marcha el lavavajillas y lo miré de reojo.

—Si es para invertir en uno de tus negocios ridículos, ahórrate el aliento.

Él puso los ojos en blanco.

—Dinero para las palomitas. Dentro del cine cuestan una fortuna.

—¿Cuánto necesitas?

—Cincuenta libras.

Chasqueé la lengua con incredulidad.

—¿Qué llevan esas palomitas, trufa blanca y virutas de diamante?

—Quería llevarla a cenar pizza después y…

—Vamos, que voy a pagarlo todo yo.

—Te lo devolveré. Solo…

—Da igual, Daren —lo corté, sin ganas de escuchar las mismas promesas de siempre. Caminé hasta uno de los estantes altos y bajé el tarro de cerámica donde guardaba las propinas de la cafetería. No era mucho, pero era mi pequeño fondo para imprevistos.

Saqué el dinero y se lo entregué.

—Me siento mal —dijo, aunque lo guardó en el bolsillo sin titubear—. Seguro que necesitas ese dinero.

—Todo lo que gano es para que Vega tenga lo que necesite y sea feliz. Y pasar la tarde del sábado con su padre la hace feliz. Así que, sí, está bien invertido.

Daren abrió la boca para responder, pero no llegó a decir nada porque Vega entró en la cocina, corriendo.

—¡Vamos, papá, que vamos a llegar tarde!

Daren volvió a intentar decir algo, pero esta vez no fue mi hija quien lo interrumpió.

—¡Maldito estúpido! ¡¿Qué cojones haces?!

Los gritos procedentes del piso de arriba reverberaron por todo el patio de luces.

Vega soltó una carcajada.

—No me lo puedo creer —murmuré, llevándome una mano a la frente.

—¿Y ese quién es? —preguntó Daren, alzando una ceja.

—Es nuestro amigo Vincent —respondió Vega con total naturalidad, como si los gritos fuesen parte del paisaje sonoro habitual.

—Tiene un vocabulario… muy colorido —comentó Daren, intentando no reírse.

—No es nuestro amigo, es nuestro vecino —corregí, apretando los labios.

—Es nuestro amigo, mamá. Lo cuidaste cuando estaba enfermo y fuimos a la heladería…

—Vais a llegar tarde —la interrumpí antes de que siguiera recitando nuestra historia con Vincent como si fuese un cuento. Aunque no tenía nada de malo, era una información que prefería que Daren no tuviese.

Vega entrecerró los ojos, como hacía cada vez que estaba pensando.

—¡Mierda! Se me olvidaba el móvil —dijo, provocando que me llevase las manos a las caderas.

—¡Vega! —la reñí—. Eso no se dice.

—Lo siento, mamá —se disculpó con una sonrisa inocente—. ¿Puedo ir a por él?

—Sabes que no me gusta que lo saques de casa.

—Pero quiero sacar fotos en el cine. Porfa.

Mordí mi labio inferior con fuerza cuando me puso esos ojos de cachorrito. Y así, todo mi enfado se evaporó. Sí es que era una blanda…

—Está bien.

—Gracias, mamá.

Como si tuviese miedo a que cambiara de opinión, sin esperar a que respondiera, Vega se dio la vuelta y corrió hacia su habitación. Daren y yo salimos de la cocina y nos dirigimos hacia la puerta de entrada, esperándola.

—Imagino que ha aprendido esas palabrotas de tu amigo —comentó Daren con un tono cargado de juicio que me revolvió el estómago.

—¿En serio? —le respondí, clavándole la mirada.

—Mira, me parece bien que salgas con alguien… —empezó.

—A ti no tiene que parecerte nada —le corté en un susurro afilado, asegurándome de que Vega no pudiera oírnos desde la habitación.

—Lo sé. Solo digo que si ese tipo es un mal ejemplo para Vega, tal vez deberías…

—Ni se te ocurra —lo interrumpí, bajando aún más la voz, pero dejando claro que no pensaba seguirle el juego—. No me des lecciones sobre cómo criar a nuestra hija. No cuando paso el día maquillando tus ausencias para que ella siga creyendo que tiene un padre que se preocupa por ella.

—Me preocupo por ella —replicó dolido, o fingiendo estarlo. Ya ni siquiera podía estar segura de eso.

Abrí la boca para contestar, pero, en ese momento, Vega apareció corriendo por el pasillo. Si algo habíamos hecho bien Daren y yo, era no discutir nunca delante de ella. Delante de Vega, debíamos parecer un equipo, aunque muchas veces no lo fuéramos. Y no iba a dejar que eso cambiara ahora.

Me acerqué a ella, me agaché a su altura, y la abracé con fuerza.

—Pásalo muy bien, ¿vale?

—¡Siiiiii! —canturreó, entusiasmada.

Cuando salieron por la puerta, me quedé sola. Pero no tranquila.

La rabia me recorrió el cuerpo como una descarga. No solo por Daren y su eterna irresponsabilidad, sino también por Vincent. Porque él sabía lo mucho que me molestaba que gritara barbaridades por la ventana y, aun así, lo había vuelto a hacer. Como si lo que me pudiese parecer no le importase para nada.

Como si yo no significara nada para él.

Aunque, ¿acaso era algo? Quizá era un cero a la izquierda, quizá no era nadie para él, solamente una vecina con la que se había dado un beso.

Airada, salí de mi apartamento y subí las escaleras con pasos decididos. Toqué el timbre con la misma furia que la primera vez que estuve allí. No, mentía. Esta vez había mucho más detrás. Había más emociones: entre ellas, sentimientos que empujaban y golpeaban contra los muros que llevaba tiempo construyendo. Aunque, si era sincera, esos muros ya estaban agrietados. Demasiado.

Por primera vez, Vincent abrió la puerta al primer timbrazo y me recibió con una sonrisa de suficiencia, como si hubiera estado esperándome.

—¿A qué debo el placer?

Pasé junto a él sin pedir permiso y entré en su apartamento. Para mi sorpresa, todo seguía igual de recogido que como lo había dejado una semana atrás. Incluso olía bien. Sorprendente.

Hacía frío. Me di cuenta enseguida de que las ventanas del salón estaban abiertas. Las cerré con un chasquido leve y escuche cómo él cerraba la puerta de entrada.

Me giré despacio para enfrentarlo.

—Has vuelto a gritar barbaridades, y encima, tenías las ventanas abiertas.

—Sí, lo he hecho —admitió sin ni un ápice de arrepentimiento.

—¿Y por qué lo has hecho? —pregunté, cruzándome de brazos —. Te pedí que cerraras las ventanas para que Vega no pudiera escuchar los insultos.

—Porque era la única forma que se me ocurrió de no romper la promesa que me he hecho a mí mismo y bajar a tu apartamento — dijo, con una calma que contrastaba con la tormenta que yo sentía —. Sé que querías venir. Pero, por alguna razón, no lo hacías.

No me lo podía creer.

Y lo admitía con total desfachatez y sin ningún tipo de vergüenza. Como si gritar palabrotas con la ventana abierta para llamar mi atención fuera una razón válida. Aunque, por algún motivo, sentí que un profundo alivio embargaba mi cuerpo y el nudo que se había formado en el fondo de mi estómago se desataba un poco.

Porque sí, se estaba comportando como un niñato, pero aquella explicación era mucho mejor que la que había temido. Al menos, le importaba lo suficiente para querer volver a verme.

—Si hubiera querido, lo hubiera hecho. —Él enarcó una ceja y yo suspiré—. Daren estaba en mi apartamento para llevarse a Vega al cine. Te ha escuchado y Vega le ha dicho que eres nuestro amigo. Ahora piensa que tengo algo contigo y que eres una mala influencia para nuestra hija.

—¿Trabajas hoy? —preguntó, pillándome por sorpresa.

No sé qué esperaba que dijese, pero no eso.

—No.

—Entonces tienes toda la tarde libre sin Vega —concluyó con una sonrisa, dando un par de pasos hacia mí.

—Sí —respondí, aunque no sabía adónde quería llegar, o tal vez lo sabía, pero quería que me lo confirmase.

Vincent no apartó su mirada de mí.

—Voy a besarte, Lyra. Y después, voy a follarte —dijo, dando otro paso, acercándose más a mí.

Tragué saliva mientras negaba con la cabeza. Pero no me moví.

—No es buena idea.

—Es la mejor idea que he tenido en mi puta vida. —No, era la peor. ¿Entonces por qué creía que tenía razón?—. Si no estás de acuerdo, tienes tres segundos para marcharte. Si no lo haces, ya no habrá vuelta atrás.

—No estoy preparada para una relación —dije, con la voz algo temblorosa—. Y no creo que lo esté nunca.

—Entonces, será solo sexo. Dos adultos haciendo lo que llevan deseando desde hace tiempo. —Vincent alzó su mano derecha y levantó uno de sus dedos—. Uno…

Él dio un paso más hacia mí. Yo no retrocedí. Ni un centímetro.

—Mi hija te ha cogido mucho cariño. No quiero que te alejes de ella porque los adultos tomemos malas decisiones.

Dio otro paso más. Estaba tan cerca que su olor masculino lo impregnaba todo; estaba por todas partes. Envolvente, atrayente e imposible de olvidar. Tal y como era Vincent.

—Yo también le he cogido cariño. Nunca haría nada que pudiera hacerla daño. Pero esto no se trata de ella, sino de ti y de mí. Deja de escudarte en tu hija. Deja de huir. Acepta que quieres que esto suceda. —Vincent alzó otro dedo—. Dos…

—Cuando llegues a tres pararás si yo te lo pido.

Volvió a dar otro paso. Esta vez, nuestras bocas estaban tan cerca que un mínimo movimiento las uniría.

—Por supuesto que lo haré. Pararé en cualquier momento que me lo pidas. —Por supuesto que lo haría. Era Vincent—. Deja de pensar, Lyra. Déjate llevar —dijo con voz ronca y aterciopelada.

Y Dios, su propuesta sonaba tan tentadora, tan imposible de rechazar… ¿Hacía cuánto que no me dejaba llevar? ¿Hacía cuánto

que no pensaba en mí? Tantos años que ni siquiera lo recordaba.

Vincent alzó su tercer dedo; esta vez, lo hizo con mayor lentitud que los otros dos, como si quisiera darme más tiempo, como si quisiera que lo pensara más detenidamente.

Pero no había nada qué pensar. Porque, en el fondo, sabía que había tomado la decisión desde el instante en el que había entrado en su apartamento.

—Tres.

Antes de que pudiera objetar nada, su boca se estampó contra la mía. Ese beso fue muy diferente al que nos dimos la anterior vez. Estaba cargado de una tensión sexual arrolladora. Era el preludio de algo más, de algo que los dos deseábamos. De algo de lo que no podíamos seguir huyendo.

No había marcha atrás. Y, por primera vez en mucho tiempo, no deseaba que la hubiera. Quería que sucediera. Estaba cansada de vivir con el freno puesto, de medir cada paso, cada consecuencia. Por una vez, quería dejarme llevar por el deseo. Por una vez, quería ser libre. Incluso si eso significaba volver a equivocarme.

Vincent me alzó sin esfuerzo, sin romper el beso. Y yo me sujeté a él con brazos y piernas. Sentí su fuerza en cada movimiento decidido mientras me llevaba por el pasillo. Mi corazón golpeaba con fuerza dentro de mi pecho. Abrió la puerta de su habitación de un empujón y me tumbó con cuidado en la cama, sin dejar de mirarme, como si aquel momento fuera demasiado importante como para apartar la vista.

Sus ojos no se apartaron de los míos mientras sus manos bajaban con lentitud hasta el botón de mi pantalón. Lo desabrochó con la misma calma con la que se acaricia algo valioso, y tiró de la tela por mis piernas. Yo levanté la cadera para facilitarle el movimiento, con el aliento atrapado entre mis labios.

Él aprovechó para deshacerse también de mi ropa interior, con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de sus ojos.

Miró mi núcleo desnudo como si acabara de descubrir un tesoro oculto, como si aquello que tenía frente a él fuese una visión que había imaginado demasiadas veces y, por fin, podía contemplar. Su

mirada era intensa, reverente, y me hizo sentir hermosa, poderosa y deseada.

—Joder, tu coño es precioso —murmuró, con voz ronca, cargada de deseo.

—Eres un malhablado —respondí, sin verdadero reproche.

—Y te gusta —replicó. Él hizo una pausa, pero yo no dije nada, porque lo cierta era que tenía razón. Me gustaba que lo fuera en esos momentos; mi piel se encendía con sus palabras malsonantes —. Me está costando ser cuidadoso —confesó; su voz más baja, más áspera.

—¿Yo te he pedido que lo seas? —incité, mordiéndome el labio inferior.

Sus ojos brillaron con una chispa peligrosa, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Chica traviesa —susurró.

Se puso de rodillas encima del edredón, frente a mí, y abrió mis piernas para colocarse entre ellas. Suspiré de anticipación.

Él bajó la cabeza y sopló suavemente sobre mi centro, haciendo que un escalofrío me recorriera de arriba abajo.

—Vincent… —murmuré, su nombre saliendo apenas audible de mis labios.

Él me miró desde abajo, con esos ojos grises encendidos de deseo, como si cada parte de mí fuera sagrada y estuviera dispuesto a rendirse ante ella.

—Voy a darte más placer del que jamas te han dado nunca —prometió, para acto seguido, acercar su rostro a mi sexo y besar mis pliegues con dulzura.

Sacó la lengua y comenzó a lamerme, lenta y meticulosamente. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si quisiera aprovechar cada segundo para memorizar cada pliegue de mi sensible piel, cada reacción, cada suspiro que lograra arrancarme.

Mis manos se enredaron en su cabello, mis caderas se alzaron buscando más, y mi mente se centró solo en las sensaciones que él me hacía sentir. No había nada más importante para mí en ese momento.

Jamás me había sentido de esa manera.

Cuando su lengua trazo un círculo lento y provocador, como si estuviera intentando llevarme al límite pero sin dejar que explotase, mordí mi labio inferior tratando de reprimir el jadeo que brotó de mi garganta, aunque no lo conseguí.

—Te he dado permiso para no contenerte. No tienes por qué ser suave conmigo —dije con la voz cargada de frustración y deseo.

Él se rio en mis pliegues, provocando que soltase un gemido.

—Contigo estoy descubriendo que es mejor ir despacio y con calma. No me cabe duda que la mi paciencia será recompensada.

Suspiré pesadamente. Pero no llegué a quejarme, porque su lengua acarició mi clítoris.

Me aferré con más fuerza a su cabello, como si fuese el ancla que necesitaba para no naufragar en ese océano de sensaciones arrolladoras.

Sus manos, grandes y firmes, sujetaban mis muslos, impidiendo que pudiera cerrarlos. Aunque no quería hacerlo.

—Oh, Dios. Es increíble —jadeé cuando mordisqueó la sensible carne de mi clítoris.

Como respuesta, su lengua se movió con una precisión casi cruel, acariciándolo, saboreándolo, llevándome a un punto donde el placer se volvía casi insoportable.

Cuando deslizó un dedo dentro de mí, mi espalda se arqueó por reflejo. Me sentía expuesta, vulnerable, y completamente suya. Y por primera vez, aquellas sensaciones no fueron algo malo, no me hicieron retroceder. Porque las ganas de estar con Vincent y explorar lo que sea que estuviera surgiendo entre nosotros, superaron mi miedo a volver a equivocarme, a que me volvieran a hacer daño.

Vincent, lejos de detenerse, pareció volverse adicto a mis reacciones. Un adicto que, a pesar de sus intenciones, estaba empezando a perder el control. Deslizó otro dedo y comenzó a moverlos con rapidez mientras su lengua seguía torturando la parte más sensible de mi cuerpo.

Un gemido se desprendió de mis labios sin vergüenza. Todo mi cuerpo clamaba una liberación que sentía que sería de proporciones cósmicas. Él pareció notarlo, porque su mano se deslizó bajo mi

camiseta y sus dedos encontraron el camino hasta mi pecho. Cuando pellizcó uno de mis pezones, el mundo explotó en mil pedazos.

Un estallido silencioso y poderoso, una ola de placer que me arrasó por dentro como una tormenta. Tal vez grité su nombre, tal vez solo lo pensé. En ese momento, no supe distinguirlo.

Vincent no se apartó de inmediato. Me sostuvo, con su boca aún suave contra mi piel, mientras mi respiración se deshacía en jadeos y mi cuerpo temblaba con los ecos de lo que acababa de sentir. Fue paciente, casi tierno, como si supiera que necesitaba unos segundos para volver a juntar los pedazos y recomponerme.

Cuando finalmente se incorporó, su mirada me sostuvo.

—Joder, cariño. Vas a acabar conmigo.

—No he hecho nada —dije mientras intentaba recuperar la respiración—. Solo he recibido.

—Cuando dicen que es mejor dar que recibir pensaba que era una monserga, un consuelo para fracasados. Pero cariño, que me jodan si no acabo de vivir el momento más excitante de toda mi puta existencia. Tu cara cuando te corres es lo más jodidamente excitante que he visto en mi vida.

Negué con la cabeza mientras sonreía.

—Eres incapaz de decir dos palabras son soltar un disparate.

Vincent se encogió de hombros sin una pizca de arrepentimiento.

—Lo soy. Pero, ahora mismo, esas palabras son las que mejor explican cómo me siento.

Me mordí el labio inferior.

—Puedo mejorar esas sensaciones.

Vincent esbozó una sonrisa pícara.

—¿Ah, sí?

—Sí —dije a la vez que me incorporaba.

Acerqué mi boca a la suya y le di un beso cargado de promesas de placer inimaginable. Con mis manos tiré de su camiseta hacia arriba, y él rompió el beso para que pudiese sacársela por la cabeza. Mis manos se deslizaron sobre su piel caliente, por su pecho, su abdomen firme, sintiendo cómo se tensaban sus músculos bajo mis caricias.

Se separó de mí y salió de la cama. Se puso de pie, frente a mí, y se deshizo del resto de su ropa con urgencia, demostrándome que había perdido cualquier paciencia que tuviera.

La luz cálida del atardecer se filtraba entre las cortinas, tiñendo su piel de tonos dorados. Y por un segundo, me quedé quieta, simplemente observándolo. Alto, desnudo, hermoso. No solo por su cuerpo perfectamente esculpido, sino por lo que transmitía: deseo, fuerza, una intensidad casi salvaje. Era arte vivo. Y me sentí privilegiada de tenerlo solo para mí; al menos, en ese momento.

Su longitud era larga y estaba preparada para mí. Me lamí el labio inferior, imaginándomela dentro de mí.

—Si sigues mirándome así me voy a correr antes de que empiece lo bueno.

Me reí.

—Estoy segura de que eres capaz…

No pude terminar la frase porque mi móvil dentro de mi pantalón empezó a sonar. Lo hizo con una fuerte melodía.

—Tengo que cogerlo. Puede ser importante —dije con molestia.

—Yo te lo cojo —respondió Vincent, agachándose sin pensarlo para buscar el teléfono en el bolsillo de mis pantalones, que yacían desordenados en el suelo.

Al agacharse, vi su trasero desnudo. Firme y redondo, tan provocador, que por un segundo, olvidé que mi teléfono estaba sonando. La luz dorada del atardecer acentuaba cada línea de su espalda, bajando por la curva de sus caderas hasta ese trasero de escándalo que parecía esculpido a mano por los dioses.

Tragué saliva. Me estaba costando no levantarme y acercarme para tocarlo.

Pero Vincent de ergio y me miró con una expresión seria.

—Es tu exmarido —dijo, entregándome el teléfono.

Para cuando fui a coger la llamada, Daren ya había colgado. No pude evitar que la preocupación se apoderase de mi cuerpo. ¿Le habría pasado algo a Vega?

Fui a llamarle, pero un mensaje de texto enviado por Daren apareció en mi pantalla. Según lo estaba leyendo, note cómo la furia se apoderaba de mí.

—¿Todo bien? —preguntó Vincent con preocupación, sentándose en el borde de la cama.

—Voy a matarlo, te juro que voy a matarlo —maldije, haciendo una pausa—. Le ha surgido un contratiempo y no ha podido ir al cine con Vega. La está trayendo de vuelta.

—¿El contratiempo es algo grave?

Solté una risa sin rastro de humor.

—No lo especifica, pero ya te digo que es una de sus excusas. Cualquier cosa es siempre más importante que su hija. No me puedo creer que le esté haciendo esto. Vega estaba deseando ver la película de Rino. Pero, sobre todo, estaba deseando pasar tiempo con él.

Vincent puso su mano en mi muslo.

—Tu exmarido no se da cuenta, pero se está perdiendo la oportunidad de disfrutar de una niña maravillosa —dijo Vincent—. Es su pérdida, no la de Vega.

—Lo sé. —Esbocé una sonrisa que no llegó a mis ojos—. Lo siento, tenía muchas ganas de esto pero…

Él negó con la cabeza.

—No pasa nada —me dijo y se inclinó para darme un beso en la mejilla. Se levantó y se puso los calzoncillos y después me entregó la ropa—. Vístete y ve a esperarla a vuestro apartamento. Y después, sube con ella. Podemos pasar los tres de la tarde aquí.

—¿No te importa? —le pregunté.

—Para nada. Lo estoy deseando.

En cuanto vi la sonrisa sincera y esa mirada cálida que Vincent me dio, me di cuenta de que, no importaba lo mucho que intentara alejarme de él, porque mi corazón ya lo había elegido. No sabía cómo ni cuándo había pasado, pero me había enamorado de mi vecino.

Daren dejó a Vega en la puerta y, antes de que yo pudiera siquiera abrirla por completo, ya estaba bajando en el ascensor. Había huido para no tener que enfrentarme. Un cobarde, como siempre.

Sentí el impulso de bajar corriendo las escaleras y enfrentarlo. Me había enfadado muchas veces con él antes; pero, esta vez, era diferente. Esta vez, sentía que estaba llegando a mi límite, que no podía soportarlo más.

Iba a explotar.

Pero no lo hice. Me detuve en seco al ver los ojos tristes de mi hija clavados en mí.

—Lo siento, cariño —le dije, agachándome a su altura—. La película va a estar en cartelera más días. Podemos ir otro día, tú y yo —sugerí, acariciando su mejilla con ternura—. Y compraremos palomitas y un refresco.

—Vale —respondió con resignación.

Ni una queja, ni un puchero. Vega se había acostumbrado demasiado a tener que conformarse. A aceptar las decepciones con madurez, como si no tuviera derecho a esperar más. Y eso me rompía el alma. Porque no era justo. Ningún niño debería aprender tan pronto a bajar las expectativas.

Suspiré hondo.

—Vamos, hay alguien que quiere verte.

La tomé de la mano y subimos juntas al piso de Vincent. Aunque seguía teniendo esa expresión triste en su bonito rostro, vi cómo sus ojos se iluminaban cuando comenzamos a subir las escaleras y se dio cuenta hacia donde íbamos.

Vincent nos abrió la puerta al primer timbrazo.

—¡Hola, Vega! ¿Sabes qué ha salido un nuevo juego de Rino? —le preguntó a mi hija, apoyándose de manera sexy contra el marco de la puerta. Aunque quizá se estaba apoyando de manera normal, porque a mí todo lo que hacía ese hombre me parecía sexy.

—¿Otro más? —Vega entró en el apartamento como si fuese el suyo.

—Así es —contestó Vincent, como si estuvieran hablando del tema más interesante del mundo. A pesar de que fuera diseñador de videojuegos y aficionado a ellos, dudaba mucho que los videojuegos del Dinosaurio Rino lo entretuvieran en absoluto—. Y este es mejor que los otros. Aunque aún no está disponible para todo el mundo.

Oficialmente, sale el mes que viene, pero he logrado una participación para la beta cerrada.

—¿La beta? —repitió Vega con la misma confusión que yo sentía.

—Una versión que se lanza antes de del lanzamiento oficial para ayudar a los desarrolladores del juego a encontrar errores o … —se interrumpió a sí mismo al ver que tanto mi hija como yo lo estábamos mirando como si estuviese hablando un idioma extraterrestre—. La cuestión es, que unos pocos privilegiados, entre los que nos encontramos —señaló a Vega y después a sí mismo con esa soberbia que tanto le caracterizaba— pueden jugar antes que el resto.

—¡Bieeennnn! —celebró mi hija, dando un pequeño saltito en el sitio, encantada.

Los tres nos acomodamos en el sofá. Vincent encendió el juego y, al instante, la pantalla se llenó de colores suaves, tonos pastel que daban una sensación cálida y mágica. Una música alegre y envolvente inundó el salón.

No vi muchas diferencias de ese videojuego con los otros que le había visto jugar, pero lo cierto era que yo no tenía ni idea. Mi hija sí parecía ver las diferencias, porque durante cerca de una hora, estaba feliz y emocionada mientras ella y Vincent superaban los niveles, resolvían *puzzles*, escalaban montañas y se enfrentaban a un rinoceronte malvado llamado Dino.

Sí, Dino. No, Rino. Dino. Como si con cambiarle una letra ya fuera otro personaje totalmente distinto. A mí me sonaba igual, pero para Vega estaba clarísimo que no tenían nada que ver. Cosas de niños. O de creativos con prisa.

Entonces, sonó el timbre de la puerta. Vincent, sin apartar la vista de la pantalla, me hizo un gesto con la mano para que fuese yo quien abriese.

—¡Estamos atrapados en la cueva! ¡No podemos pausar ahora! —exclamó mi hija.

Sonreí con resignación y fui hacia la puerta. Al abrirla, me encontré con un repartidor de comida que, con gesto apurado, me

entregó un par de bolsas de McDonald's antes de marcharse sin apenas despedirse.

—¿Has pedido comida? —le pregunté a Vincent mientras regresaba al salón con las bolsas.

—Me he permitido el lujo de pedir algo para los tres —dijo sin apartar la vista de la pantalla—. Espero que os guste el McDonald's.

—¡Me encanta! —expresó Vega con entusiasmo, completamente concentrada en el juego.

Normalmente, no me entusiasmaba que Vega pasara tanto tiempo frente a una pantalla, pero aquel día necesitaba esa distracción. Además, a excepción de cuando jugaba con Vincent y los dibujos de Rino, apenas tenía contacto con pantallas.

Dejé las bolsas sobre la mesa de centro y me volví a sentar en el sofá. Unos minutos después, cuando por fin lograron salir de la cueva virtual, los dos dejaron los mandos a un lado.

Vincent sacó el contenido de las bolsas y mi hija pegó un grito de emoción.

—Happy Meal con regalos de Dino —dijo Vega, entusiasmada.

—Así es —secundó Vincent con una sonrisa—. A ti te he pedido una hamburguesa y patatas. —Me miró—. Espero que te guste.

—Está perfecto —dije, intentando contener la emoción.

Vincent estaba intentando que, a pesar de todo, mi hija pasase una buena tarde de sábado. Y yo no podía estar más agradecida con él por ese esfuerzo.

—Mira, mamá, el Rino brillante —me dijo Vega, que estaba sentada en medio de los dos sacando el juguete de la caja de comida.

—Es muy bonito, cariño.

La conversación durante la cena estuvo dominada por Vega, que hablaba sin parar mientras nos contaba con entusiasmo todo lo que ella y su amiga Mia habían hecho esa mañana. Su voz rebosaba emoción al relatar cada detalle, desde la torre de cojines que habían construído hasta el disfraz improvisado con una toalla y pinzas de colores.

Vincent la escuchaba como si estuviese oyendo la historia más fascinante del mundo. Sus ojos seguían cada gesto, cada pausa,

como si aquello fuese lo más importante que iba a escuchar en todo el día. Y, de alguna forma, lo era.

Cuando terminamos de cenar, jugaron al videojuego un rato más hasta que a Vega se le empezaron a cerrar los párpados por puro cansancio.

—Creo que es hora de que nos vayamos —dije mientras apoyaba mis manos sobre el respaldo del sofá.

—Un poco más, mamá —pidió Vega a la vez que emitía un bostezo.

—Estás agotada, enana —señaló Vincent con una pequeña carcajada a la vez que terminaba la partida y apagaba el juego.

—Un poco —reconoció Vega, dejando el mando sobre el sofá para inclinarse hacia mí, que estaba sentada a su lado, y acurrucarse.

—Vamos, cariño —le insté, acariciándole la espalda.

Con un poco de insistencia, conseguí que se incorporara y nos levantamos del sofá. Vincent nos acompañó hasta la puerta. Vega se despidió de él con un abrazo apretado que este le devolvió con cuidado y una sonrisa sincera.

—Gracias por todo —le dije, mirándolo a los ojos con verdadera gratitud.

—¿Por todo, todo? —preguntó con una sonrisa pícara, arqueando una ceja.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír.

—Vega necesitaba esto.

No quise añadir que lo necesitaba especialmente después de lo que había pasado con su padre. Vega, aunque medio dormida, aún nos observaba desde mis brazos, y preferí protegerla de esa conversación.

—No hay nada que agradecer —dijo Vincent haciendo un gesto con la mano—. Me lo he pasado muy bien.

Me incliné y le di un beso en la mejilla. Su piel estaba cálida, y su olor se apoderó de mí durante un segundo demasiado largo. Me separé despacio, intentando recuperar el aliento y controlar el deseo que amenazaba con volver a encenderse con solo mirarlo.

—Hasta mañana —me despedí, forzando una voz tranquila.

—Hasta mañana, Lyra.—Hizo una pausa y miró a Vega—. Descansa, enana.

Mi hija estaba tan adormilada que no le respondió. La cogí en brazos y salimos al pasillo. Esta vez, en vez de bajar andando como hacíamos habitualmente, utilizamos el ascensor. Vega se quedó completamente dormida, con la cabeza en mis hombros.

Me despedí de Vincent con la mano justo antes de que se cerraran las puertas del ascensor.

Intenté enfocarme en introducir las llaves en la cerradura de mi puerta, en acostar a Vega en la cama, en cualquier cosa que no fuera pensar en Vincent. Pero me fue imposible.

Porque su recuerdo se había quedado pegado a mi piel como un tatuaje invisible.

Capítulo 19

Lyra

Miré el reloj digital que se encontraba encima de la mesita. Eran las dos de la mañana. Por más que lo intentase, era incapaz de conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en Vincent.

Mi cuerpo entero ardía con el deseo de volver a estar con él, de terminar lo que habíamos empezado. El arrepentimiento que pensé que caería sobre mí como una losa pesada no se había presentado. Porque no me arrepentía de haber estado con él.

¿Cómo podía hacerlo cuando me había dado el mejor orgasmo de mi vida?

Mi móvil vibró débilmente sobre la mesita de noche. Le había bajado el volumen, pero no del todo. Me incorporé para cogerlo y ver que tenía un mensaje. ¿Quién se pondría en contacto conmigo a esas horas? Pero, más aún me sorprendió ver que era de Vincent.

«No puedo dormir, no dejo de pensar en ti».

Un segundo después, llegó otro.

«Veo que estás en línea ¿Te he despertado?».

Sonreí y tecleé sin pensarlo.

«Yo también estaba despierta. Pensando en ti».

No tardé en recibir su mensaje.

«¿Que pensabas?»

Y por primera vez en mucho tiempo, me dejé llevar y escribí lo que pensaba. Lo que sentía.

«Lo mucho que me hubiera gustado terminar lo que hemos empezado».

Esperé unos minutos a que respondiera, pero no lo hizo. Un poco decepcionada, fui a dejar el móvil sobre la mesita cuando entró una llamada. Era él.

Sin pensarlo dos veces, contesté al primer tono.

—¿Vincent?

—No estaba seguro de si me cogerías la llamada.

—Probablemente, no debería haberlo hecho. Es tarde, y aunque mañana es domingo y no madrugo, Vega se levantará pronto y le he prometido que la llevaría al parque. Aunque tampoco es como si pudiese dormir, porque…

—No puedo pensar en otra cosa que no sea en cómo se sentiría mi polla dentro de ti —me interrumpió con voz ronca—. Déjame ir a descubrirlo.

Una corriente dulce recorrió mi cuerpo al escuchar sus sucias palabras. En otro momento de mi vida, aquella proposición me hubiera espantado, pero en ese instante, viniendo de Vincent, sonaba demasiado tentadora. Imposible de rechazar.

No obstante, no podía; no con Vega en la otra habitación. No era como si ella fuese a enterarse de algo, ni descubrirnos en pleno acto, ya que cerraría la puerta con pestillo. Pero si se despertaba cuando él se iba y lo veía escabulliéndose de mi habitación, tendría muchas preguntas que hacerme. Preguntas que no estaba preparada para responderle. Preguntas que ni siquiera estaba preparada para responderme a mí misma.

—Quiero, pero…

—No con tu hija en la otra habitación. —Vincent terminó la frase por mí.

—Vega estaría confusa si te pilla saliendo de mi habitación. Ella no lo entendería.

—En realidad, creo que lo entendería mejor de lo que piensas. Los niños no complican tanto las cosas como los adultos.

—Pensaba que no sabías nada sobre niños.

—Y no sé, pero psicomamá sí.

—¿Psicomamá?

—Es una *influncer* que es psicóloga y madre. Habla sobre la crianza y da muy buenos consejos. La sigo en Tiktok.

Puse los ojos en blanco, aunque él no podía verme.

—No te pega seguir un perfil como ese.

—Bueno, tambien sigo a Jacepedagoga, a familia de tres, a….

Él siguió recitando a *influencers* que se dedicaban a explicar en las redes sus experiencias y trucos en la crianza de niños. Y

entonces, fue cuando me di cuenta de algo y mi corazón se calentó.

—¿Sigues a esa gente y ves su videos por Vega? —pregunté, intentando que la emoción que sentía no se filtrase en mi voz.

Él se quedo en silencio y me lo imagine poniendo esa cara que ponía cuando lo pillaban en algo.

—Empecé por eso, sí —reconoció—. No tengo ni idea de niños y Vega me cae bien. No quería cagarla con ella. Pero reconozco que ahora me he enganchado a ellos. ¿Sabes que hay *influencers* que aconsejan que hay que cobrarles a tus hijos una cantidad de dinero a partir de los cuatro años por los suministros, el alquiler y la comida?

Me eché a reír.

—¿Y cómo lo pagan? No es como si pudiesen conseguir un trabajo.

—Claro que no —respondió, como si yo no me estuviese enterando de nada, que, por otra parte, era la verdad—. Los padres les pagan por hacer la cama, recoger la mesa, por hacer los deberes, por recoger sus juguetes, por…

—Vamos, por todo aquello que deberían hacer sin esperar nada a cambio —dije antes de que siguiese con su lista infinita.

—Claro. Pero de esa manera, lo ven como una obligación. Y cobrándoles, los preparas para lo que les espera en el futuro.

—Para un futuro lleno de obligaciones —concluí—. Vamos, que de las dos maneras enseñas a tus hijos a tener que ser responsables y atender sus obligaciones.

Él se quedó en silencio.

—Visto así... Igual no ha sido el mejor ejemplo, pero hay otros métodos…

—Vincent, gracias —le dije, cortándole—. Gracias por intentar conectar con mi hija, pero no hace falta, ella te adora. Y sal de las redes sociales, no te están haciendo ningún bien.

Él suspiró.

—Sí, tal vez tengas razón.

—Yo siempre tengo razón.

Escuché el sonido de un chasquido con la lengua.

—Sabionda.

—Insoportable —contraataqué, logrando arrancarle una risa grave y cálida.

—Entonces… ¿te he convencido para que me dejes bajar? —preguntó con ese tono bajo y provocador que volvía a caldear el ambiente.

—Me temo que no.

—Lo entiendo. Proteger a tu hija es tu prioridad. Y creo que esa es una de las cosas que más me gustan de ti. —Hizo una pausa breve, justo antes de añadir con descaro—: Bueno, ahora que he visto tu rosada y resbaladiza vagina… creo que eso podría estar en el primer puesto.

Sentí cómo todo mi cuerpo se encendía de golpe.

Nunca había tenido sexo telefónico, pero, por primera vez, quería hacerlo. Él estaba justo en el piso de arriba. Tan cerca, pero a la vez tan lejos.

—Eso es porque no has visto mis pechos.

—He tocado uno de ellos. Y sí, puede que tengas razón.

Escuché un leve movimiento al otro lado de la línea, seguido por el sonido inconfundible de una puerta abriéndose.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, aunque ya tenía una sospecha.

—Estoy en la cama, poniéndome cómodo. ¿Y tú?

—También.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó con voz ronca.

—Un camisón largo de tirantes. De algodón, suave… Se pega un poco al cuerpo —respondí, jugando con el borde del tejido entre los dedos—. ¿Y tú?

—Ahora mismo estoy solo en calzoncillos, pero me los voy a tener que quitar. Mi polla está intentando atravesar la tela.

—Apenas hemos empezado y ya estás así…

—Ese es el efecto que tienes en mí. Solo escuchar tu voz ya provoca que quiera salir a saludar. Además, en mi mente no paran de dibujarse las imágenes de ti arqueándote para que te metiese más hondos mis dedos. Tus gemidos de placer resuenan en mi cabeza. —Hizo una pausa—. Quítate las bragas. —Aquella orden fue directa a mi núcleo.

Me acomodé entre las sábanas, con la respiración más agitada, mi cuerpo respondiendo a cada frase suya como si estuviera junto a mí. Mis dedos bajaron con lentitud, rozando mi vientre, hasta llegar al borde de mis bragas. Cerré los ojos, imaginando que era su mano la que me acariciaba. Con un leve movimiento, las deslicé por mis caderas y las dejé caer, ignorando el leve escalofrío que recorrió mi cuerpo al quedar tan expuesta.

—Me las acabo de quitar… —susurré.

Del otro lado de la línea, Vincent dejó escapar un leve gemido, como si pudiera verme.

—No te toques, no aún —pidió.

Coloqué el brazo con el que no sujetaba el móvil a un lado de mi cuerpo.

—No lo haré. Aunque lo estoy deseando.

—Dios, cómo me encantaría estar ahí. Pero, esta vez, te tendría desnuda del todo. Mis dedos recorrerían tu piel lentamente, empezando por tu cuello, bajando por tus clavículas, dibujando líneas suaves por tu pecho —su voz se volvió más grave—, hasta llegar a tus pezones. Los acariciaría con la lengua, y los mordería un poco hasta ponerlos duros.

Tragué saliva. Mis piernas se apretaban instintivamente. Quería tocarme, pero seguía con los brazos a los lados, obedeciéndole como si su deseo fuera una orden sagrada.

—¿Y después? —pregunté con voz temblorosa, entre el deseo y la expectación.

—Después jugaría con tu clítoris como hice esta tarde. No pararía hasta que me suplicaras que te follara. Y solo entonces, cuando estés preparada para mí, me hundiría en tu interior.

—Madre mía —dije, agarrando las sabanas con fuerza; mis dedos apretándose entre ellas.

—Tócate, Lyra. Dime si estás húmeda.

No necesitaba tocarme para eso, pero deseaba hacerlo. Aunque no llegué a hacerlo porque se me ocurrió algo mejor.

Dejé el móvil encima de la cama y lo puse el altavoz, pero bajé un poco el sonido.

—Dame un minuto…

—Cariño, no creo que pueda…

—Voy a por mi vibrador

—Joder —dijo. Y escuché el sonido de su mano deslizándose arriba y abajo por su miembro.

Me levanté, sintiéndome poderosa, y cerré la puerta con el pestillo. Después, fui a la mesita de noche y saqué el vibrador que me regalaron las gemelas del cajón. Lo había usado unos días antes por primera vez. Lo había hecho por curiosidad, y aunque había llegado al orgasmo, no había sido nada memorable. Estaba segura de que con la ayuda de Vincent eso cambiaría.

Me recosté en la cama, encendí el dispositivo, y un leve zumbido llenó el silencio de la habitación.

—¿Lo estás escuchando? —le pregunté.

—Lo hago —respondió Vincent al otro lado de la línea; su voz profunda y cargada de intención—. Introdúcelo, cariño. Imagina que es mi polla la que está dentro de ti, la que te hace gemir.

Mi espalda se arqueó con solo oírle. Deslicé el juguete entre mis piernas, con movimientos rápidos y poniendo la máxima potencia. Me sentía llena; muy llena. Cerré los ojos e imaginé su cuerpo sobre el mío, su aliento en mi cuello, su mirada fija en la mía mientras me penetraba.

—¿Qué estás imaginando? —preguntó con la voz entrecortada, como si él también estuviera al borde.

—Que es tu polla la que me está follando. Qué eres tú el que está provocando el orgasmo que se está construyendo en mi interior.

—Joder, Lyra. Me pone muy cachondo escucharte hablar sucio. Tengo la polla a punto de explotar.

Esa confesión me hizo sentir deseada, poderosa. Yo tenía el control, yo lo estaba llevando al límite sin siquiera tocarlo.

—¿Qué pasa? —pregunté, fingiendo inocencia mientras dejaba escapar un pequeño gemido al mover el juguete dentro de mí—. ¿Te cuesta resistirte?

—Sí… —jadeó—. Estoy tan duro que me duele. Me estoy imaginando tu cuerpo abierto para mí, tus caderas moviéndose, tu boca diciendo mi nombre, y no puedo más.

—Yo tampoco puedo más —reconocí.

Al otro lado de la línea, el silencio se llenó de su respiración agitada.

—Entonces, déjate llevar conmigo —susurró Vincent.

Moví con más fuerza el juguete dentro de mí y llegué al clímax al mismo tiempo que le escuchaba gritar mi nombre.

Todo mi cuerpo temblaba, pero no de frío, sino de un agotamiento dulce, pleno. La conexión que sentía con Vincent, a nivel físico y mental, era algo que nunca había sentido con nadie; ni siquiera con Daren. Y a pesar de que no quería precipitar las cosas, no pude evitar pensar que aquel hombre era perfecto para mí y para Vega.

Con un suspiro, me incorporé un poco y dejé el vibrador sobre la cama, a mi lado. Después, me vestí y volví a tumbarme de nuevo. Mis párpados comenzaron a cerrarse, pesados por el alivio y el deseo satisfecho.

Escuché la respiración de Vincent al otro lado: profunda, entrecortada, como si aún estuviera luchando por recuperar el aliento.

—¿Sigues ahí? —murmuré con voz suave, casi adormilada.

—Sí… joder, sí. Estoy aquí —respondió con un suspiro—. Creo que acabo de vivir el mejor sexo de mi vida sin ni siquiera tocarte. Cuando lo hagamos, es fácil que me mates.

Me eché a reír. O por lo menos, lo intenté, porque estaba demasiado cansada incluso para eso.

—Estoy agotada —reconocí.

—Yo también —dijo con un bostezo—. Hemos encontrado la solución al insomnio.

—Buenas noches, Vincent.

—Descansa, Lyra. —Su voz era suave, como si también estuviera rindiéndose al sueño.

Corte la llamada, y antes de que pudiera procesar cualquier pensamiento más, caí profundamente dormida.

Capítulo 20

Lyra

Despertar con unos golpes fuertes y el timbre de la puerta a las siete de la mañana de un martes no era, ni por asomo, mi forma ideal de empezar el día. Y mucho menos si, al abrir, me encontraba con dos hombres vestidos de negro, que entraban casi sin pedir permiso y comenzaban a desconectar la televisión del salón.

—¿Qué está pasando? —pregunté, aún medio dormida y completamente confundida.

—Órdenes del jefe —respondió uno de ellos, haciendo un gesto a su compañero para que lo ayudara a mover el mueble sobre el que estaba la televisión.

—¿Jefe? ¿Qué jefe?

Pero, como si cada palabra pronunciada fuera a costarles dinero, ninguno se molestó en responderme. Solo seguían a lo suyo, con eficiencia inquietante.

No entendía absolutamente nada. Por un momento, llegué a pensar que tal vez aún estaba soñando. Me subí un poco la manga del pijama y me di un pellizco en el brazo. Dolió. Y mucho. Me quedó la piel roja, lo cual solo confirmó que aquello no era una pesadilla. Era real. Y surrealista.

—O me explicáis por qué os estáis llevando una tele que es mía, o llamo a la policía —advertí, alzando la voz con decisión.

—Señora, discúlpeme, pero la televisión no es suya —me corrigió entonces una nueva voz. Me giré y vi a un hombre más bajito que los otros dos. Llevaba una camiseta naranja chillón y una carpeta bajo el brazo. No supe qué me irritó más: que irrumpiera en mi casa sin permiso o que me hubiera llamado señora.

—Sí que es mía —repliqué, indignada—. Mi exmarido, Da… —Me detuve de golpe al darme cuenta de que cada vez que su nombre

salía a flote, las cosas se torcían. Tragué saliva y respiré hondo—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Daren Mokoena —respondió el hombre, hojeando unos papeles en su carpeta—. Lo conozco. Por desgracia —lo dijo con un suspiro cargado de resignación, como quien recuerda una mala experiencia en una tienda llena de clientes insoportables—. Vino a mi tienda y compró esta televisión aprovechando una promoción que ofrecíamos: te llevabas el producto al momento y lo pagabas dos semanas después. Sin intereses, pero con compromiso firmado.

—Él me enseñó el *ticket*.

—Introdujo una tarjeta bancaria. Hicimos el cobro, pero el banco nos lo devolvió por falta de saldo.

—Oh… Lo siento mucho. No sabía…

—Registró esta dirección como domicilio, así que aquí estamos. ¿Quiere pagarla usted?

—No.

—Entonces, me temo que tenemos que llevarnos la televisión. —El hombre le hizo un gesto a los trabajadores, que ya cargaban la televisión.

—Mamá —Vega, somnolienta y con su pijama rosa de conejos estaba en medio del salón, mirando a los hombres con confusión—, ¿por qué se llevan la tele?

Mierda.

¿Y ahora qué le decía?

—Cariño, la televisión se ha estropeado —dije rápidamente, sintiéndome fatal por mentir a mi hija y ser tan rápida en hacerlo. Pero cuando tenías una expareja como Daren, desgraciadamente, te volvías mejor mentirosa. Y es que no era la primera vez que tapaba sus desastres—. Y estos hombres tan majos van a llevársela para arregarla. —Los señalé con una sonrisa temblorosa. Ellos ya estaban cruzando el umbral de la puerta.

—¿Se ha estropeado? —preguntó Vega con desilusión—. Pero si ayer iba bien…

—Sí, cariño… —Esperé a que los hombres se dirigieran al ascensor. No quería que siguieran presenciando cómo mentía a mi hija—. Pero se ha estropeado.

—¿Y cuándo la van a arreglar? Hoy a la tarde van a retransmitir en directo el especial del Dinosaurio Rino.

Vega llevaba toda la semana hablando de ese programa como si fuera el evento del año. Se trataba de un especial que se grabaría en unos estudios de televisión en Liverpool y que sería retransmitido en directo por uno de los canales infantiles más vistos de la ciudad.

El evento no solo era una emisión especial: incluía música, bailes, juegos y actuaciones en vivo con personas disfrazadas de los personajes de la serie. Todo pensado para hacer que los niños se sintieran como si estuvieran dentro del mundo de Rino y sus amigos. Incluso habría un público de niños invitados, sentados frente al escenario.

Vega había contado cada día que pasaba como si fueran las puertas de un calendario de adviento. Y ahora, de pronto, no teníamos televisión.

—No lo sé, cariño… Yo… —balbuceé, quedándome sin palabras —. ¿Por qué no vas a vestirte? —sugerí, cambiando de tema—. Mientras, voy a prepararte el desayuno.

Mi hija asintió y se marchó a su cuarto.

Iba a matar a Daren. Nada más escuché la puerta de la habitación de Vega cerrarse, encontré mi teléfono, que estaba sobre la mesa del comedor, y lo llamé. Afortunadamente, cogió al primer tono.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —espeté, conteniendo la rabia con dificultad.

—Lyra… —Su voz sonaba ronca, adormilada. Seguramente, lo había despertado—. ¿Qué hora es?

—¿De verdad me preguntas la hora? ¿Dónde tienes la cabeza?

—Ahora mismo, debajo de la almohada —respondió con un suspiro—. ¿Qué ha pasado?

—Eso deberías decírmelo tú. ¿Recuerdas esa televisión que trajiste? Pues esta mañana han venido a llevársela.

—No me lo puedo creer… Ese Dreck.

—¿Quién es Dreck? —pregunté, aunque no es que me importase.

—El dueño de la tienda. Él de no debería haber enviado a nadie a tu casa.

—Si es un hombre bajito, ha venido él mismo. Acaba de irse. Pero la culpa es tuya, no de él. —Daren era experto en echar su mierda al resto. Al principio, las primeras veces en las que lo había hecho, cuando aún estábamos juntos, había querido comprar esa estrategia barata, pero ahora ya no le servía más—. ¿Cómo se te ocurre meter una tarjeta sin saldo?

—Saldo tenía, sino no me hubieran dado la televisión. —Encima tenía el valor de replicar—. Solo que hace unos días fui a los caballos y lo perdí. Pero no fue mi culpa. Ronald me había asegurado que Boy era un caballo ganador. Ese imbécil me engañó.

—No me lo puedo creer —mascullé pasándome una mano por la cara.

—Yo tampoco. Pensé que Ronald era de fiar —respondió, como si de verdad eso fuera lo grave de todo.

Pero ¿qué narices me estaba contando?

—¿También te has gastado las cincuenta libras que te di para el cine en los caballos? Porque, desde luego, en nuestra hija no ha sido. Ni siquiera entrasteis en el cine. Pero el dinero no me lo has devuelto.

—Lo he invertido, Lyra —contestó él con un tono casi orgulloso —. Esas cincuenta libras se van a convertir en muchísimo más dinero. Y tú, por ser la inversora principal, te vas a llevar el 25 %.

Noté cómo un dolor de cabeza comenzaba a apoderarse de mí. Lento pero imparable, como una tormenta que se ve venir y no puedes evitar.

—¡Cállate de una puta vez! —estallé.

No era propio de mí hablar así, lo sabía. Pero Daren había cruzado tantas veces la línea que ya ni siquiera sabía dónde estaba el límite de mi paciencia.

Escuché un ruido y me giré, quedándome paralizada cuando vi a Vincent en el umbral de la puerta, mirándome con una expresión confundida. En ese momento, me di cuenta de que no había cerrado la puerta de la calle.

—Te dejo, Daren —bajé la voz al darme cuenta de que Vega también podía estar escuchándonos.

—El viernes pasaré a verla. Si te parece bien.

Respiré hondo. Una parte de mí quería gritarle que se alejara de mi y de Vega, pero no podía hacerlo.

Me gustara o no, Daren era el padre de mi hija.

—Puedes ver a Vega siempre que quieras. Ya lo sabes —bajé aún más la voz—. Pero si no cambias, si no dejas de decepcionarla, cuando sea mayor, será ella la que no quiera verte. Y créeme, te vas a arrepentir el resto de tu vida. Porque Vega es lo mejor que nos ha pasado a los dos. —Colgué el teléfono antes de escuchar una de sus excusas al tiempo que Vincent cerró la puerta tras él.

—¿Todo bien? —me preguntó con preocupación.

Suspiré a la vez que dejaba mi teléfono en la mesa que se encontraba frente al sofá.

—Todo mal, pero nada nuevo. Daren es un desastre y me la ha vuelto a liar. —Señalé el mueble de la televisión, que ahora estaba vacío.

—¡Mamá! —Vega apareció vestida, interrumpiendo nuestra conversación. Y en ese momento me di cuenta de que aún no le había preparado ni el desayuno. Al final, íbamos a llegar tarde a la escuela. Y era lo que me faltaba ya—. ¡Vincent! —lo saludó—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—He venido a darte algo. —Vincent miró a mi hija y sacó del bolsillo de sus pantalones de chándal lo que parecían cuatro entradas—. Son dos entradas VIP para ver el espectáculo del Dinosaurio Rino desde el plató. Vais a tener los mejores asientos y antes del espectáculo podéis sacaros fotos con los personajes y hablar con ellos.

Vega abrió los ojos como platos. Su emoción fue instantánea, tan pura que parecía que le brillaban las mejillas.

—¡¿De verdad?! ¡Gracias, Vincent! —chilló, corriendo hacia él para abrazarlo con todas sus fuerzas.

Vincent le devolvió el abrazo con ternura.

—Vincent, no hacía falta… —empecé a decir, todavía en *shock* por el gesto.

—Sí hacía —me interrumpió Vega con total seriedad, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—Es una expresión —suspiré.

—¿Ha vuelto Oliver? —preguntó Vega.

—No, aún estará varias semanas más fuera.

Vega frunció el ceño.

—¿Entonces para quién es la cuarta entrada? Somos tres —dijo, señalándonos con su dedo.

—Ah, yo no voy —respondió Vincent, como si fuera obvio—. Es para vosotras… y para tu amiga Mia y su mamá, si quieren acompañaros.

Vega dio un saltito de emoción, como si no supiera ya cómo contenerse.

—¿Puedo llamarla para contárselo? —me preguntó—. ¡Va a estar superfeliz!

La mejor amiga de mi hija era tan fanática del Dinosaurio Rino como ella.

—La vas a ver ahora en el colegio.

—Pero eso va a ser dentro de mucho. Quiero decírselo ahora, porfa —me suplicó, haciendo un mohín.

En realidad, quizá era mejor llamar a la madre de Mia cuanto antes, ya que igual tenía que cancelar los planes que tuviese esa tarde. Porque con lo obsesionada que también estaba su hija con el dinosaurio, dudaba que pudiese negarse.

—Primero ve al baño a terminar de arreglarte. Y luego, llamaremos a Mia. Pero antes, hablaré yo con su madre.

Vega asintió y se marchó corriendo, llena de ilusión.

Vincent me entregó las entradas.

—¿Cómo las has conseguido? —Ni siquiera había intentado comprar una entrada. Ni a mi hija ni a mí se nos había pasado por la cabeza porque el acceso era muy exclusivo, prácticamente imposible.

—Digamos que tengo mis contactos. —Me guiñó un ojo.

—No voy a poder pagarte todo lo que estás haciendo por Vega.

—Lo hago porque quiero. Y porque le he cogido mucho cariño a tu hija —hizo una pausa—. Y a ti.

Sin poder evitarlo, me acerqué a él y uní mis labios a los suyos. Un beso rápido porque mi hija podía aparecer en cualquier momento. Pero, aún así, fue el mejor beso que nos habíamos dado. Porque ese beso no era el preludio de nada, ni un beso lleno de deseo contenido, era un beso de amor.

¿Amor?

Unos pasos por el pasillo provocaron que me alejase de Vincent. Mi hija apareció, sorprendentemente, con un teléfono en la mano. Mi teléfono. Miré rápidamente la mesa frente al sofá, donde lo había dejado hacía unos minutos cuando había terminado de hablar con Daren. Ni siquiera la había visto cogiéndolo.

—He llamado, pero no le he contestado —dijo mi hija, provocando que me mordiese el labio para no echarme a reír.

Me dio el móvil y me lo puse a la oreja antes de que la madre de Mia colgase.

—Pasarlo bien —se despidió Vincent con una sonrisa a la vez que se marchaba.

Cuando regresamos de ver el espectáculo de Rino, Vega estaba agotada, pero muy emocionada. Nunca antes la había visto tan feliz. Mia y ella habían disfrutado de lo lindo. Y lo cierto era que la madre de su amiga y yo también nos lo habíamos pasado bien.

—Quiero subir al piso de Vincent a contarle lo bien que me lo he pasado —me pidió Vega cuando entramos en el ascensor.

—Estás cansada. Puedes contárselo mañana.

—Quiero contárselo ahora. Por favorrrrrrr.

En esa ocasión, ni siquiera tuvo que ponerme esos ojitos de cachorrito.

—Está bien —cedí a la vez que apretaba el botón del ascensor del último piso.

Lo cierto era que yo también quería volver a verlo. Nos habíamos estado enviando mensajes todo el día, pero necesitaba estar cerca de él. Era como una droga, una de la que no quería desintoxicarme.

Vincent nos abrió la puerta al primer timbrazo, e inmediatamente, mi hija se lanzó encima de él. Yo pasé a ser invisible mientras ella le contaba con entusiasmo todo lo acontecido en el espectáculo de Rino.

Lejos de molestarme, sentí esa cálida sensación en el corazón que se estaba volviendo familiar cuando los veía interactuar juntos.

Cuando terminó, Vega está tan sedienta que Vincent tuvo que ir a la cocina para darle un vaso de agua. Tenía tanta sed que se bebió dos vasos de golpe para luego correr hacia el baño.

—Me alegro ver que ha disfrutado mucho —me dijo Vincent, sentándose en el sofá a mi lado.

Colocó una mano en mi muslo cubierto por el pantalón negro de vestir que me había puesto para el evento.

Un gesto de cariño, tierno.

—Ahora está más obsesionada que antes con el dinosaurio.

Vincent se rio.

—Se le pasará, pero lo recordará con cariño. A su edad, yo estaba obsesionado con el Teniente Pepinillo.

—¿El Teniente Pepinillo? ¿Suena un poco mal, no crees?

—Fatal. —Vincent se rio—. Pero a esa edad no te das cuenta.

Vega regresó. Y Vincent le puso un capítulo del Dinosaurio Rino. Ella se acomodó en una esquina del sofá.

—Voy a tener que subir aquí a ver los dibujos. Hasta que arreglen la tele —le dijo Vega con seriedad, como si fuera una obligación para ella también.

A veces, mi hija me hacía pasar un poco de vergüenza.

—Y serás bienvenida, enana —le respondió Vincent.

Mi hija sonrió.

Bajé la cabeza al darme cuenta de que la mano de Vincent seguía apoyada en mi muslo. Él fue a apartarla, pero yo le pedí con la mirada que no lo hiciera. Era un toque sutil, podía parecer hasta accidental. Todo lo que podíamos tener con Vega al lado. Pero no necesitaba más. Su cercanía me reconfortaba. Saber que estaba ahí, que me veía, que me elegía incluso en los pequeños gestos, me bastaba.

—¡Mira, mamá! —Vega señaló la tele—. Rino lleva un maletín, como el de esta tarde. Ahí siempre guarda su peluche favorito. —Vega se inclinó hacia nosotros como si fuera a contarnos un secreto —. Me lo ha dicho él.

—Sí, cariño. —Mi hija pensaba que había hablado con el verdadero Rino y no con un actor. Aunque evidentemente el verdadero Rino no existía porque era un dibujo animado—. Vincent, sé que te lo he dicho cientos de veces, pero muchísimas gracias.

Él hizo una mueca con su mano.

—No es nada, ya lo sabes.

Agarré su mano.

—Sí que lo es.

—Soy un encanto, ¿qué puedo decir?

—Lo eres.

Le sonreí, pero aparté la mano cuando miré a Vega, ya que no quería tener que explicarle por qué estaba tan cariñosa con Vincent. Al menos, no de momento. Si las cosas avanzaban entre nosotros, sabía que tendría que tener esa conversación con ella.

Pero no quería adelantarme. No quería hacerlo o el golpe sería más fuerte.

—Sé que os han dado de cenar en el evento, pero he comprado helados. ¿Os apetece uno? —preguntó Vincent levantándose del sofá.

—¡Sí! —gritó Vega.

—Luego te va a doler la tripa —me quejé.

—No, mamá. Rino me ha dicho que los dulces y los helados son buenos.

—Eso te lo has inventado.

Vega se mordió el labio inferior y después se rio.

—Sí —reconoció, y yo negué con la cabeza. Aquella niña era imposible.

Vincent soltó una carcajada.

—¿Tú quieres uno? —me preguntó.

—No, gracias.

Él fue a dirigirse a la cocina, pero su teléfono comenzó a vibrar. Sacó el móvil del pantalón derecho de su chándal y su expresión

suave se endureció al mirar la pantalla.

—Tengo que cogerlo —masculló con fastidio—. Ahora vuelvo. —Vincent se dirigió a su cuarto, cerrando la puerta. De hecho, me pareció escuchar también que cerraba otra puerta, lo que significaba que se había metido dentro del baño del interior de su habitación.

Me pregunté quién sería y por qué se mostraba tan misterioso al respecto. Pero quizá no quería molestarnos o era una conversación privada.

—Hoy ha sido el mejor día de mi vida y de la de Mia —me dijo Vega, llamando mi atención.

—Me alegro mucho, cariño.

Vega se levantó del sofá y la observé caminar hasta la puerta de cristal que estaba a un lado del salón y que daba a unas escaleras que parecían conducir al tejado. No era la primera vez que lo hacía. Cada vez que subíamos al apartamento de Vincent, repetía el mismo gesto: empujaba el pomo con curiosidad, y al encontrarse la puerta cerrada, encogía los hombros, como si no pasara nada, y volvía a lo suyo, sin hacer preguntas.

Pero, esta vez, fue diferente.

—Está abierta, mamá.

Me giré para mirarla.

—La puerta siempre está cerrada, pero hoy está abierta. Vincent me dijo que lleva a la azotea. ¿Subimos?

Mi hija era una niña muy curiosa, pero a veces, su curiosidad le hacía pasar límites.

—Cariño…

Pero Vega no me hizo caso. Fue a dar un paso hacia el interior, dispuesta a subir las escaleras, cuando Vincent apareció en el salón. Sus ojos se oscurecieron y su rostro palideció cuando se fijó en Vega.

—¿Qué haces? —preguntó en un tono seco que nunca había utilizado con Vega mientras se acercaba a ella.

—Subir a la azotea —respondió Vega con inocencia, como si fuera obvio—. Desde allí seguro que se puede ver muy bien el cielo. Mamá tiene un telescopio que era de mi abuelo. Nunca lo usa, pero podemos…

—No —le corto Vincent, tajante.

—Por favor, quiero subir —pidió mi hija.

—He dicho que no —contestó de una manera bastante borde, cerrando la puerta—. Y no vuelvas a abrir esta puerta sin mi permiso.

—Estaba abierta —se justificó Vega con voz débil, pero asintió.

¿Qué narices?

—No hace falta que seas tan borde, Vincent.

—Ella no debería haber abierto la puerta.

—Es solo una niña de seis años. Los niños de seis años son curiosos por naturaleza.

Tampoco había cometido un delito.

—Entonces tú deberías haberla detenido. Es mi casa.

—¿Pero qué te pasa? —Negué con la cabeza—. ¿Sabes qué? Tienes razón. Es tu casa. —Fui hasta Vega y agarré su mano—. Mejor nos vamos, cariño.

—Sí, será lo mejor —respondió él.

Mi hija no replicó, se despidió de Vincent con la mano que tenía libre y nos marchamos.

Capítulo 21

Vincent

Cagarla no era nuevo para mí.

La había cagado tantas veces durante mi existencia, especialmente durante estos últimos años, que ya era un rasgo más de mi persona.

Lo que sí era nuevo para mí era el profundo arrepentimiento que sentía desde la noche anterior.

Lyra había tenido razón, Vega tan solo era una niña curiosa de seis años que había visto una azotea y quería subir. Ella no conocía la historia que había detrás. Ella no sabía que llevaba más de diez años sin pisarla.

Hasta esa misma noche. Porque después de que ambas se fueron, subí.

Y no había sido tan aterrador como había creído. Había sido… liberador. De alguna manera, había encontrado cierta paz.

Me había sentido conectado con *ella*. Había sentido que cerraba un capítulo para poder abrir otro nuevo. ¿Eso tenía siquiera sentido?

—¿Qué quieres? —Lyra me abrió la puerta con los brazos cruzados y el ceño fruncido. No estaba contenta y podía comprenderlo.

Antes de que pudiera hablar, una personita con una expresión más suave y unos ojos curiosos se asomó detrás de ella.

—¿Vincent? ¿Estás aquí? —Vega sonaba sorprendida de verme allí. Ella no parecía enfadada conmigo, lo que era un alivio.

—No soy mucho de pedir perdón —comencé. Era un orgulloso, algo que me venía de familia. Eran tan pocas las veces que había pedido perdón en mi vida que podía contarlas con los dedos de las manos, pero, en esa ocasión, las palabras salieron con facilidad de mis labios—, pero siento cómo te hablé ayer, enana. Y también lo siento, Lyra. No fue correcto.

—No pasa nada —dijo Vega—. Te perdono. ¿Me perdonas tú a mí?

—No tengo nada que perdonarte, enana.

—Estaba asustada, pensaba que te habías enfadado conmigo y no querías volver a verme.

Me agaché y me puse de cuclillas para estar a su altura.

—Nunca me enfadaría contigo, pero si lo hago alguna vez, no desaparecería. Eso jamás.

—¿Me lo prometes? —preguntó, mirándome a los ojos.

—Te lo prometo.

Entonces, se lanzó hacia mí y me dio un abrazo fuerte, apretado, como si no quisiera soltarme nunca. Jamás habría imaginado que un abrazo de un niño pudiera significar tanto para mí, pero lo cierto era que ese abrazo me desarmó por completo. Sentí algo cálido en el pecho, como si una parte de mí que llevaba mucho tiempo dormida se hubiera despertado de golpe.

No quería fallarla, y tampoco a su madre, que nos contemplaba con una sonrisa. Me pesaba no ser sincero con ella y decirle quién era en realidad. No es que estuviera mintiendo; de hecho, me estaba conociendo mejor de lo que muchas personas que habían convivido conmigo durante los últimos años me conocían.

Por primera vez en años, podía salir con una chica que no tenía ningún interés en mí. Que le gustaba por la persona que era y no por lo que me rodeaba. Lyra quería conocer a Vincent Allen y no a Rhett Lawson.

Y sabía que si le confesaba mi verdadera profesión, todo cambiaría entre nosotros.

Tenía miedo de que esa mujer maravillosa, que había logrado tocar una parte de mí que creía perdida, se alejara al descubrir que no era el hombre anónimo y sencillo que creía conocer. Miedo de que pensara que todo había sido una mentira, una fachada cuidadosamente construida.

No era un iluso, sabía que en algún momento tendría que contarle la verdad. No podía mantenerme oculto para siempre. Cuanto más tardara, peor sería. Le contaría toda la verdad pronto, pero aún no está preparado para ello.

Cuando Vega se separó de mí, aproveché para levantarme.

—Ve a por tu telescopio —le pedí a Lyra—. No hay casi nubes en el cielo. —Algo que pocas veces pasaba en Liverpool—. Va a hacer una noche preciosa para ver las estrellas.

—¿Vamos a subir a la azotea? —inquirió Vega, adivinando mis intenciones, con los ojos brillando de emoción.

—Así es —respondí, sonriendo.

—Vincent, no hace falta —dijo Lyra, mirándome con dulzura.

—Lo sé —asentí—, pero ya va siendo hora de que os la enseñe.

Lyra se quedó en silencio durante un segundo, como si sopesara algo, y luego asintió.

—De acuerdo. Id subiendo. Yo voy en un momento.

Vega y yo subimos a mi apartamento. Dejé la puerta entreabierta para Lyra.

—¿Crees que veremos alguna estrella fugaz? —me preguntó Vega, casi sin aliento, corriendo hasta la puerta que conducía hasta la azotea que había dejado abierta.

—No salgas —le ordené.

—Tengo casi siete años, puedo subir sola —se quejó, parándose en seco y haciendo un mohín.

—Lo sé, pero vamos a esperar a tu mamá. Así subimos juntos. Quiero que las dos la veáis a la vez.

Eso pareció convencerla.

Nos quedamos esperando junto a la puerta de la azotea. Vega estaba tan ansiosa que no dejaba de mirar hacia las escaleras, impaciente. Su emoción era contagiosa.

Poco después, escuchamos los pasos de Lyra, y acto seguido, la puerta cerrándose tras ella. Lyra apareció con una sonrisa de felicidad y un telescopio plegable bajo el brazo. De esos compactos que se pueden montar fácilmente y no pesan demasiado.

—¿Listos? —preguntó ella.

—¡Siiiiiii! —respondió Vega con entusiasmo, agarrando mi mano con fuerza y tirando de mí hacia delante.

Cruzamos la puerta y subimos las escaleras que llevaban a la azotea. Cada peldaño parecía acelerar su entusiasmo, y cuando por

fin llegamos arriba, se soltó de mi mano de golpe, como un pájaro al que le acaban de abrir la jaula.

En cambio, yo me sentí tranquilo, en paz. Ese peso que había creído que nunca se iría cada vez que pisara esos mismos peldaños, ya no estaba ahí. De hecho, fue sustituido por una sensación de familiaridad que, una vez hacía muchos años estuvo ahí, y creía que nunca regresaría a mí.

—¡Guau! —exclamó Vega mientras echaba a correr de un lado a otro, con los brazos abiertos, como si pudiera volar—. ¡Mira, mamá! ¡Se ve Liverpool entero!

Vega no estaba exagerando, las vistas eran impresionantes. Y la terraza era amplia, aunque estaba bastante descuidada. Probablemente, porque no había dejado que nadie subiese allí. Ni siquiera para limpiarla.

Esa misma tarde me había tomado un rato para recoger un poco: había barrido el polvo acumulado, retirado algunas telarañas y tirado los restos de tiestos rotos que yacían olvidados en un rincón. Aun así, era evidente que no estaba cuidada.

—Son unas vistas preciosas. Pero ten cuidado, Vega, no te vayas a caer —le advirtió Lyra con preocupación.

Sentí cómo el aire se volvía más denso al escuchar aquellas palabras que, inevitablemente, me transportaron de nuevo al pasado. Un nudo se formó en mi garganta, pero miré a Lyra durante unos instantes mientras respiraba hondo y sentía cómo aquel nudo se deshacía lentamente.

—Tranquila, es seguro. El muro es alto, no puede caerse.

Lyra asintió. Por la manera en la que me miró, supe que había notado mi tensión, pero no dijo nada.

—Espero que no hayáis cenado, porque os he preparado una cena —anuncié, señalando los recipientes de cartón sobre una vieja manta de cuadros blancos y azules que había colocado con cuidado sobre el suelo—. Bueno, en realidad, he pedido chino. Si cocinara yo, probablemente habría quemado el piso.

—¡Qué rico! —gritó Vega, lanzándose al suelo como si fuera un pícnic en medio del campo.

—Podrías haber avisado —dijo Lyra, sentándose con una sonrisa divertida—. Podría haber traído algo hecho en casa.

—Y estaría más rico —señalé mientras me sentaba a su lado—. ¿Pero qué clase de disculpa sería si tú haces la cena?

—Tampoco la has hecho tú —replicó ella.

—Cierto, pero he pagado por ella. Así que es mía.

Lyra rodó los ojos, pero se rio. Vega ya estaba atacando un rollito de primavera.

—¿Esto tiene pato? —indagó, con los dedos pringados de salsa.

—Sí —respondí—. Pero era un pato que vivía muy feliz hasta que lo frieron.

—¡Vincent! —exclamó Lyra, fingiendo indignación.

—¿Qué? Hay que decir la verdad —respondí, encogiéndome de hombros mientras Vega se reía a carcajadas.

Comimos sin prisa pero con apetito, como si lleváramos días sin probar bocado. El cielo sobre nuestras cabezas empezaba a oscurecerse del todo, y las estrellas comenzaron a aparecer. Cuando terminamos, Lyra se levantó y empezó a montar el telescopio. Movía las piezas con soltura, como quien ha repetido ese gesto muchas veces.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Vega, acercándose con curiosidad.

—Claro —dijo Lyra—. Sujétame esto mientras ajusto la base.

En cuestión de minutos, lo tenía listo, apuntando hacia el cielo.

—Esta época del año es perfecta para ver algunas constelaciones —me explicó, acercando el ojo al visor—. Si tenemos suerte y las nubes no lo estropean, podríamos ver la constelación de Lyra.

—¿Lyra? —pregunté con una sonrisa—. ¿Cómo tú?

—Exactamente como yo —respondió, sin apartar la vista del cielo—. Mi padre era profesor de astronomía. Él fue quien me puso el nombre y quién me transmitió su pasión por la astronomía —me contó con orgullo y pude notar ese leve temblor en su voz, como cada vez que sucedía cuando hablaba de su progenitor—. Ha habido suerte, ahí esta. —Señaló con el dedo hacia un punto en el cielo, pero la verdad que yo no veía nada.

—¿Se ve mi estrella? —preguntó Vega.

—Por supuesto. Vega es la estrella más brillante de la constelación.

—Le has puesto a tu hija el nombre de una estrella —murmuré.

—Tal y como hubiera querido mi padre.

—Nunca conocí a mi abuelo —me explicó Vega—. Tal vez, él ahora es una estrella de tu constelación, mamá.

—Seguro que sí —respondí, aunque la pregunta iba dirigida a Lyra.

Esta se había separado del telescopio y sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas. Era evidente que Lyra había estado muy unida a su padre. Y que ella aún lloraba su ausencia.

—Ven, que te la enseño —dijo Lyra, ayudando a Vega a inclinarse sobre el ocular del telescopio—. ¿La ves? —le susurró.

—¡Sí! ¡Esa estrella brilla un montón! —respondió Vega con emoción—. ¿Esa es… yo?

—No exactamente tú —rio Lyra—. Pero sí es la estrella Vega.

—¡Me encanta!

—¿Quieres verla? —me ofreció Lyra, dejando a Vega en el suelo. Esta se olvidó de las estrellas y se dedicó a recorrer la terraza, investigando cada rincón.

—No —dije, provocando que ella alzara una ceja—. No necesito mirar por el telescopio para ver la constelación de Lyra —susurré, dejando que mis palabras se deslizaran suavemente entre nosotros — cuando la tengo justo aquí, frente a mí. Más brillante y preciosa que cualquier estrella en el cielo.

No sabía de dónde habían salido esas palabras. Yo no era un hombre romántico; de hecho, lo que acababa de decir, hacía menos de unas pocas semanas, me hubiera parecido una auténtica cursilada, pero con ella las palabras se habían deslizado de manera natural de mis labios.

Me quedé en silencio, observando cómo sus ojos brillaban bajo la luz tenue de la terraza, y su sonrisa me pareció más intensa que cualquier palabra que pudiera decir.

Podría pasarme horas observándola. Joder, era perfecta.

—No puedes decir esas cosas —murmuró, mordiendo su labio inferior, pareciendo incómoda.

¿Por qué sentía que acababa de meter la pata?

—¿Por qué?

—Porque me desarman —dijo, y se dio la vuelta para caminar hacia la manta y sentarse sobre ella.

Me senté a su lado, en silencio. Vega estaba unos metros más allá, entretenida, alineando piedrecitas en el borde de la terraza, como si estuviera construyendo una pequeña muralla invisible.

—¿Y eso es malo? —pregunté, apoyando una mano sobre su rodilla.

—No lo sé —reconoció con un suspiro—. Después de Daren, yo…

Ella se interrumpió a sí misma, pero no necesitó terminar la frase, porque entendí lo que quería decir.

—No voy a hacerte daño, Lyra. —Al menos, no intencionadamente.

Ella se giró y me miró.

—Lo sé.

Estiré la mano y le acaricié la mejilla con los dedos. Ella la acunó en mi mano.

—Lo único que quiero es hacerte feliz —reconocí.

Ella esbozó una sonrisa.

Antes de que fuera consciente de ello, ella unió sus labios a los míos. Fue un beso rápido, casi efímero, pero que consiguió que mi corazón latiera con fuerza.

En serio, ¿qué clase de hechizo me había lanzado aquella mujer?

—Este lugar es precioso —comentó, volviendo a mirar hacia el frente, observando la vista que la terraza nos ofrecía.

—Lo es.

—Pero no te gusta —intuyó.

—No es que no me guste. —Inspiré con profundidad. Era una historia que no me gustaba contar; una de la que no hablaba. Ni siquiera con mi hermana ni con Oliver. Pero con ella quería

compartirlo. Al final, era parte de mi vida—. La última vez que subí fue unos días después de la muerte de mi madre.

—¿Es por qué te recuerda a ella?

—Es más complicado que eso.

Ella se dio cuenta de lo que me estaba costando hablar de ello y colocó una de sus manos en mi hombro como para darme ánimos.

—No es necesario que me lo cuentes.

—Quiero hacerlo —dije con convicción—. El apartamento era de mi madre. Ella… ella era una artista, una pintora que estaba destinada a triunfar. Pero tenía problemas. Problemas psicológicos que no superó y que se agravaron cuando se divorció de mi padre. Intentó superarlos, o al menos, creo que lo hizo. Tomo pastillas, pero se convirtió en una adicta a ellas. Y un día, no pudo más y se lanzó de la azotea. Yo tenía diez años. No estaba aquí. —Ese fin de semana estaba en un campamento con el colegio. Recordaba como si fuera ayer el momento en el que Melissa, una de nuestras trabajadoras del hogar, vino a buscarme. Fue ella quien me lo contó, ya que mi padre estaba en un viaje de negocios que no fue capaz de cancelar.

Lyra dejó escapar un suspiro ahogado.

—Lo siento, Vincent. —Ella acarició mi mejilla con suavidad. Sus dedos recorrieron mi piel casi con reverencia—. Entiendo que no quisieras subir.

—Vine a Liverpool huyendo de mí mismo. Mi estilo de vida me estaba destruyendo. —Hice una pausa, pero no iba a parar, necesitaba sacarlo todo de mi interior—. Mi padre y yo no nos hablábamos. Nuestra relación siempre ha sido complicada; él era un hombre de negocios con un carácter difícil que siempre priorizó su vida profesional a la personal. Para él, su empresa siempre estuvo por encima. Él quería que yo siguiese el negocio familiar, pero cuando quise construir mi propio camino, prácticamente desaparecí de su vida, me dejó de hablar. Ni siquiera sabía que él estaba enfermo del corazón. Tuvimos una discusión fuerte y él me dijo que si seguía por ese camino terminaría igual que mi madre. Le colgué el teléfono. Me llamó una semana después, pero no le cogí. Ninguna

de las diez veces. No sabía que estaba a punto de entrar en quirófano para ser operado a vida o muerte. No lo superó.

—Dios mío —dijo Lyra.

—Él me dejó un mensaje en el que se disculpaba. En él que me decía que, aunque nunca me lo había dicho y aunque demostraba todo lo contrario, estaba orgulloso de mí. Me marché de Los Ángeles, donde vivía, y me vine aquí. Necesitaba alejarme de todos, de las malas compañías, de los malos hábitos, pero, sobre todo, necesitaba volver a ser yo mismo. —Hice una pausa y suspiré. Lyra me miraba con dulzura, con unos ojos que me decían que la tendría para lo que la necesitase. Unos que me animaban a continuar—. Me encerré en este apartamento intentando encontrarme a mí mismo. Encontrar al chico que, en algún momento sin darse apenas cuenta, se había perdido.

—¿Y te encontraste? —me preguntó.

—No hasta que os conocí a Vega y a ti. El día en el que llamaste a mi puerta gritándome me cambiaste la vida.

Lyra sonrió.

—Yo no grito.

—Claro que no.

—¿Y estar aquí, en la azotea, no es demasiado para ti?

—Creía que lo sería, por eso no había subido antes. Pero, lo cierto es, que me siento en paz. Es como si esto fuese lo que necesitaba para cerrar este capitulo de mi vida. Como si… —hice una pausa—. Creo que, de alguna manera, estaba enfadado con mi madre, que la culpaba por dejarme. También estaba enfadado conmigo mismo por no haber estado ahí con ella.

—Tan solo eras un niño, Vincent… Tú…

—Lo sé. Ahora nos he perdonado a los dos.

Lyra me miró con dulzura.

—¿Y a tu padre? ¿Lo has perdonado?

—Fui a su funeral, pero nadie sabe que estuve allí. Me escondí. Mi hermana piensa que no fui. Pero lo hice porque, a pesar de todo, a pesar de todos nuestros problemas y errores, tanto los de él como los míos, lo quería. Y sé que él, a su manera, también me quería a mí. —Fijé mi mirada en Vega, que seguía colocando piedrecitas y

luego miré a Lyra—. Mi madre siempre me decía que de todo lo malo se saca algo bueno. Ella era una optimista. Y yo nunca la creí, ni siquiera siendo un niño, ¿pero sabes qué? Ahora creo que, tal vez, me equivocaba. Porque, pese a todo lo malo que me ha pasado estos meses, he sacado algo bueno. Os he conocido, Lyra. Vega y tú me habéis cambiado la vida.

Los ojos de Lyra brillaron y una sonrisa dulce se esbozó en sus labios.

—Y tú has cambiado la nuestra, Lyra.

Me acerqué para besarla. Pero antes de que mis labios pudieran rozar los suyos, Vega nos interrumpió.

—¡Mamá!

Ella venía corriendo hacia nosotros.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó Lyra, luciendo un poco avergonzada.

—Esa es la guitarra de Oliver —dijo, señalando la guitarra que se encontraba apoyada en una de las paredes.

La había subido allí esa tarde. Aprovechando el único enchufe que había, había conectado el amplificador. Y por primera vez en meses, había tocado. Incluso se me habían ocurrido varias canciones. En todas ellas, Lyra era la protagonista. Hacía dos años que no sacaba un nuevo disco. Yo componía mis propias canciones, no dejaba que otros artistas lo hiciesen, y hacía mucho tiempo que había perdido la inspiración.

Gracias a Lyra la había recuperado.

—En realidad, ahora es mía —comenté—. Me la ha regalado.

—¿Y vas a aprender a tocar? —me preguntó Lyra.

—Voy a intentarlo, sí —dije, incómodo, ya que no me gustaba mentirla. Pero habían sido demasiadas confesiones para un mismo día—. Está empezando a hacer frío, ¿por qué no bajamos?

—Me quiero quedar —se quejó Vega.

—Vincent tiene razón —dijo Lyra, levantándose—.Y además, es tarde. Es hora de ir a la cama.

—Esta bien —aceptó la niña, bostezando.

Lyra recogió el telescopio. Y fue a ayudarme a recoger la comida, pero no le dejé.

—Lleva a Vega a la cama. Está muerta de sueño.

Ella miró a su hija, que apenas se tendía en pie.

—Será lo mejor, sí.

Las dos se despidieron de mí y se marcharon.

Yo no las acompañé, sino que me quedé allí. En cuanto escuché la puerta cerrarse, me acerqué al muro, justo por donde mi madre se había tirado. Apoyé mis manos en los ladrillos.

—Te perdono, mamá —dije al aire—. Y también me perdono a mí mismo. Nos perdonó a los dos. Sé que es lo que tú querrías que hiciera.

Y en ese momento, sentí cómo todo el peso que cargaba se desvanecía, como si finalmente pudiera respirar en paz.

Capítulo 22

Lyra

Aquel viernes, Daren por fin había decidido pasar tiempo con su hija. Había ido a buscarla al colegio para llevársela a merendar a una cafetería de batidos que estaba empezando a estar de moda entre los niños de la zona. Y yo, por fin, tenía unas horas libres. Horas que pensaba aprovechar para darle una sorpresa a Vincent.

En cuanto salí del trabajo, fui directa a casa. Me di una ducha rápida, me arreglé el pelo y me puse un conjunto sugerente: un vestido negro ajustado, de tirantes finos y espalda descubierta, lo justo para estar sexy sin parecer que me había esmerado demasiado. Me maquillé un poco; tan solo un par de capas de *rimmel*, un colorete suave y una ligera capa de brillo de labios y me puse un poco de mi perfume favorito.

Vincent y yo nos veíamos todos los días, pero apenas teníamos momentos a solas. Hoy pensaba cambiar eso.

Abrí la puerta de mi apartamento cuando escuché el eco de unas voces en el descansillo. Sonreí al reconocer la voz de Vincent. Sonrisa que se borró en el momento en el que, en vez de ser la voz de Oliver la que le respondía, fue la de una mujer.

No podía distinguir bien lo que decían, pero sí capté claramente la frase de ella:

—Te quiero, Vincent.

Y su respuesta, apenas un susurro, pero clara como el agua:

—Yo también a ti, Olivia.

Me quedé paralizada. El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho.

Escuché pasos bajando por las escaleras y, sin pensarlo, dejé la puerta entreabierta y me escondí tras ella. Vi cómo la mujer bajaba con tranquilidad, sin prisa, sonriendo. Era preciosa. Alta, delgada, con el pelo negro brillante recogido en una estirada coleta y un traje

de dos piezas color burdeos que resaltaba su figura. Caminaba con seguridad, como si el mundo fuese suyo.

Me quedé en silencio, de pie, sin saber qué hacer. Una parte de mí quería quitarse el vestido, ponerse el pijama y enterrarse en la cama a llorar hasta quedarse dormida con la cara pegada a la almohada. Pero la otra parte, la guerrera que ya estaba harta de que la engañaran, la que no se dejaba pisotear por nadie, no pensaba quedarse quieta.

Subí las escaleras como una tormenta, cada peldaño retumbando bajo mis tacones. Cuando Vincent abrió la puerta, se quedó congelado. Su mirada bajó por mi cuerpo, se detuvo en mis labios, y justo cuando iba a decir algo, yo pasé por su lado con furia.

Me giré hacia él, dispuesta a enfrentarlo cuando escuché cómo cerraba la puerta.

—¿Cómo has podido? —Mi voz tembló, cargada de emociones que no había terminado de procesar—. Confiaba en ti.

Vi cómo su expresión se descomponía. Se quedó inmóvil, sorprendido, como si acabara de recibir una bofetada invisible. Su rostro se tensó, confundido.

—Lyra…

—No. —Me aparté cuando estiró la mano para tocarme—. No vuelvas a tocarme. —Respiré hondo, tragándome las lágrimas. Tenía que mantenerme firme. Él bajó la mano con lentitud—. ¿Cómo has podido hacerme creer que Vega y yo éramos importantes para ti?

Sentí cómo algo dentro de mí se rompía. Había sido una crédula, una tonta que se había ilusionado, cuando era evidente que para él tan solo era un rollo. Sin embargo, yo había creído que era el principio de algo bonito.

De una vida juntos.

—Porque lo sois —respondió; su voz fue firme y clara. Si no fuera por lo que acababa de ver, no dudaría en creerle—. En este poco tiempo he llegado a adorar a tu hija. Y eso es algo increíble para mí, que nunca he soportado a los niños.

—¿Y lo sabe tú novia? —espeté, soltando una carcajada sarcástica.

Vincent me miró durante unos instantes, confundido.

—¿Mi novia?

—No me digas que es tu esposa.

Él dio un paso hacia mí.

—¿Pero de qué estás hablando?

No, él iba a negarlo. Él iba a mentirme en la cara.

Y eso fue un golpe mucho más duro para mí que estuviera con otra mujer. Porque no podía creer que me había enamorado de otro mentiroso patológico. Daren nunca me había sido infiel, pero me mentía constantemente.

Había creído que Vincent era diferente. Al parecer, me había equivocado.

Es que no aprendía.

—Te he oído, Vincent. —Estaba tan cansada de las mentiras… Sentí cómo mi voz se quebraba y mis ojos comenzaban a humedecerse. Me negué a que las lágrimas se escaparan de ellos. No iba a permitir que él me viera llorar; no se merecía ni una sola de mis lágrimas—. Te he oído decirle que la querías. Y la he visto bajando las escaleras. Es preciosa.

Y entonces, Vincent soltó una carcajada. No una risa tímida, no. Una carcajada completa, como si acabara de contarle el mejor chiste de su vida.

—¿Encima tienes el descaro de reírte? ¡No es gracioso!

—Lo sé, lo sé… Perdón, pero… —Hizo una pausa, intentando recomponerse—. Es que, Lyra, estás tan furiosa y tan guapa al mismo tiempo... Nunca pensé que le diría esto a una mujer, pero me encanta que estés celosa.

—¡No estoy celosa! Estoy… —me callé a mitad de frase, porque sí, estaba celosa. Celosa y con ganas de arrancarme los tacones de la rabia. Pero no pensaba ponérselo tan fácil—. Estoy decepcionada. Me siento… como una idiota.

—La mujer que has visto es mi hermana pequeña, Olivia.

Lo miré fijamente, con los ojos entrecerrados, en silencio. Como si pudiera detectar una mentira solo observándole el parpadeo.

—Claro. Y yo soy Beyoncé.

Él soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—No, tú eres mucho más guapa que Beyoncé.

—No estoy para bromas.

—No es una broma, cariño. Eres muchísimo más guapa. Y ese vestido que llevas, joder. Eres una puta diosa.

Sacudí la cabeza, porque estaba segura de que estaba soñando y quería despertarme. Pero no, desgraciadamente para mí, aquello era una pesadilla.

—¿De verdad crees que me voy a caer en tus mentiras?

Vincent suspiró.

—Las mujeres que han pasado por mi vida me han acusado de ser muchas cosas. Ninguna buena. Pero jamás podrán decir que soy un mentiroso, Lyra —me dijo con seriedad—. Nunca mentiría en eso. Y menos a ti. Dame un segundo. —Se acercó a la mesa frente al sofá para coger su móvil, que descansaba en ella. Comenzó a deslizar su dedo través de la pantalla, como si estuviera buscando algo en él. Cuando terminó, me hizo un gesto para que me acercara a él. Y cuando lo hice, aún reacia, giró su pantalla para mostrarme lo que había en ella—. Mira.

Era un vídeo. Uno en el que aparecían dos niños en un jardín enorme y verde, bañado por la luz cálida del atardecer. La niña, más pequeña, corría entre risas, con un vestido rosa que se movía como alas de mariposa. El niño la seguía, medio tropezando por la velocidad, mientras ella gritaba entre carcajadas.

—¡No me vas a alcanzar! ¡No puedes!

Pero la alcanzó. La envolvió por la cintura y la levantó en brazos con una risa infantil y contagiosa. En su torpeza, cayeron los dos al suelo entre risas, sin hacerse daño. Una voz de mujer —madura, con acento suave— se escuchó detrás de la cámara:

—¡Vincent, con cuidado, no vayas a lastimar a tu hermana!

El niño, se giró hacia la cámara con cara de pillo, mientras la niña se acurrucaba en su pecho, riendo.

—¡No pasa nada! ¡Olivia es dura como una piedra! —dijo el pequeño Vincent, orgulloso.

Y por si tenía alguna duda, el vídeo terminó con una imagen en primer plano de los dos niños.

—Nos lo grabó mi abuela paterna —me explicó Vincent—. Ella murió hace unos años y yo rescaté este vídeo entre sus

pertenencias.

Levanté la mirada hacia él, todavía con el corazón latiendo fuerte por la tormenta emocional que había sentido momentos antes.

—¿Contenta? —preguntó él.

—Sí.

—¿Seguro? Porque si aún tienes dudas, puedo enseñarte el vídeo donde Olivia me echa un bote de pintura por encima mientras duermo.

—No será necesario —dije, y a pesar de que acababa de hacer el ridículo, lo único que podía sentir era el alivio que me envolvió de que Vincent no me estuviera mintiendo. No habría podido soportarlo —. Siento haber desconfiado de ti, Vincent. Nunca me has dado ningún motivo para pensar que eres un mentiroso, pero mi expareja lo era. Sé que no es excusa, pero Daren me mentía constantemente. Y por un momento, he pensado que tú eras igual.

—No pasa nada —respondió con suavidad, dejando el móvil de nuevo sobre la mesa—. Pero, lo que de verdad me está quemando por dentro es una sola cosa…

—¿El qué?

—¿Adónde ibas tan guapa?

Me mordí el labio inferior, algo avergonzada, pero no pensaba mentirle.

—A verte a ti —confesé.

Vincent dio un paso hacia mí, lento, como si quisiera alargar el momento lo máximo posible. Me sostuvo la mirada con esos ojos grises tan intensos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tenía la tarde libre y quería sorprenderte. Pero, al final, la sorprendida he sido yo.

Él sonrió también. Se acercó aún más, hasta que nuestras respiraciones se mezclaron.

—Confía en mí, me has sorprendido. Y me ha gustado la sorpresa.

—¿Te ha gustado que te acuse de ser un mentiroso?

Él negó con la cabeza.

—Me han acusado de cosas peores. Desgraciadamente, algunas ciertas. —Dio un paso y estiró la mano para acariciar mi mejilla—. No te hubieras puesto como lo has hecho si yo no te importase.

—Claro que me importas. Yo…

—Estoy enamorado de ti, Lyra —soltó repentinamente, interrumpiéndome—. Sé que no hemos hablado de lo que somos. Por favor, ni siquiera sabía qué era capaz de enamorarme, pero resulta que sí. —Vincent lanzó una risa nerviosa—. Joder, Lyra. Te quiero.

Sentí que el mundo se detenía por un momento. Como si todo el caos, la confusión, los malentendidos, se hubieran desvanecido con esas dos palabras: te quiero.

—No me puedo creer que hasta que en un momento así tengas que decir una palabrota —murmuré.

Vincent arqueó una ceja.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

Sonreí.

—¿Y qué quieres que te diga?

—No sé, acabo de…

Pero no dejé que terminara la frase. Porque de mi boca salió aquella confesión que llevaba semanas escondidas en mi interior entre capas de miedo y desconfianza, pero que estaba deseando salir.

—Yo también te quiero, Vincent. Había perdido la esperanza de volver a enamorarme. Creí que nunca lo haría, pero tú has hecho que vuelva a creer en el amor.

No hizo falta decir nada más. Sus manos enmarcaron mi rostro con una suavidad que me hizo cerrar los ojos, y un segundo después, sus labios rozaron los míos.

El beso fue lento y profundo. No había prisa, solo nosotros dos en ese instante. Mi piel se estremeció al sentirlo tan cerca.

Aquello era real. No sabía cómo terminaría, ni adónde nos llevaría, pero quería vivirlo. Sabía que el desamor podía ser despiadado y cruel, que todo lo que empieza termina. Pero, por primera vez desde que lo había dejado con Daren, me daba exactamente igual. Si era un error, quería cometerlo.

Aunque sentía que estaba haciendo lo correcto. Que, por una vez, mi corazón había elegido bien.

Sus dedos se entrelazaron con los míos mientras su otra mano recorría con delicadeza mi espalda. Yo me aferré a su camiseta, como si tuviese miedo a que se alejase de mi. Quería que ese momento fuese eterno.

Cuando el beso se rompió, él se separó con cuidado. Pero su mano seguía en mi mejilla, como si él tampoco quisiese alejarse mucho.

—Vamos a la cama —le pedí.

—Nada me gustaría más, pero cuando te haga mía, no quiero que nadie nos interrumpa. Quiero tomarme mi tiempo.

Él tenía razón. Daren llegaría en cualquier momento con Vega. Ella estaba empeñada en enseñarle a su padre la lámpara en forma de estrella para su habitación que yo le había comprado hacía dos días.

—El sábado que viene Vega va a ir con Mia y sus padres al parque de atracciones. Y después, van a hacer una fiesta de pijamas en su casa. Ellos quieren darle las gracias por lo de Rino. Trabajo por la mañana, pero tengo toda la noche libre. Además, no la van a traer hasta el mediodía.

Vincent esbozó una sonrisa.

—Haré que sea especial.

—Va a ser contigo, así que lo será.

No tenía la menor duda de eso.

Él entrelazó sus dedos con los míos y nos sentamos en el sofá.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo saldría bien.

Capítulo 23

Lyra

Llevaba toda la semana pensando en aquel sábado. Vincent me había prometido que sería especial. Había estado segura de que él iba a pedir comida y haríamos el amor en su cama, pero me sorprendió llevándome a lo que él llamó una cita.

Habíamos ido en mi coche y él me había ido guiando. Al principio, cuando salimos de Liverpool, tenía miedo de que nos alejásemos demasiado, pero solo habían sido unos cuarenta minutos en coche, que habían merecido la pena teniendo en cuenta lo bonito que era el lugar donde nos encontrábamos.

—No iba a la playa desde antes de mudarme —reconocí, admirando la playa desierta frente a nosotros.

Era pequeña, pero no por ello menos maravillosa. Además, estaba atardeciendo. El sol, bajo y cálido, teñía el cielo de tonos anaranjados, rosas y dorados, mientras sus rayos reflejaban en el agua, creando destellos que iluminaban la superficie del mar. El sonido de las olas rompiendo suavemente contra la orilla completaba la escena perfecta, como si el tiempo se hubiera detenido por un momento.

Aunque hacía fresco, Vincent había dejado la bufanda y el gorro de lana en el coche. Tampoco llevaba sus gafas de sol, pero lo cierto era que allí toda la luz que había era natural.

—A mí me encantaba venir a esta playa cuando era pequeño —reconoció—. La primera vez que vine fue con mi madre. No me acuerdo demasiado, solo que quería meterme al agua y a ella le daba miedo que lo hiciera.

Me reí.

—La verdad es que es una playa muy bonita.

—Mira que hay playas preciosas en Los Ángeles, pero nunca he visto ninguna que me guste tanto como esta

—¿Te gusta más Los Ángeles o Liverpool?

Vincent suspiró.

—Durante muchos años, idealicé Los Ángeles y llegué a renegar de Liverpool, pero ahora me doy cuenta de que nunca he considerado Los Ángeles como mi hogar. Es un buen sitio para vivir y para mi trabajo —Vincent carraspeó, como si se sintiera incómodo—, pero no he llegado a conectar con la ciudad como lo he hecho con Liverpool.

—¿Así que no quieres volver?

—Sé que tendré que pasar temporadas allí, pero creo que no definitivamente. —Me miró durante unos instantes—. Mi lugar está aquí, en Liverpool. Ahora lo sé. —Y aunque no me lo dijo con palabras, aunque quizás me lo estaba imaginando y era lo que quería creer, me pareció percibir «uno a tu lado»—. ¿Tú echas de menos tu ciudad natal?

Me moví en la arena donde estábamos sentados y apoyé mi cabeza en su hombro mientras observaba cómo el sol iba desapareciendo para dar lugar a la oscuridad.

—A veces —confesé—, pero ya no hay nada que me una allí. En realidad, puede que nunca lo hubiese. Nunca lo he sentido como mi verdadero hogar.

—¿No tienes familia allí?

—Mi madre. —Hice una pausa. No me gustaba hablar de ella, pero él se había sincerado conmigo, así que era mi turno. Además, quería hacerlo—. Ella está en la cárcel. Es una delincuente, y siempre lo ha sido. Ni siquiera entiendo cómo mi padre se enamoró de ella. —Dejé de apoyarme en Vincent y miré el mar.

—No tienes que contarme nada más —dijo cuando el silencio se apoderó del lugar.

—A pesar de todo, siempre la he querido. Es mi madre. Y en el fondo, siempre soñé con que, algún día, se diera cuenta de sus errores, que me pidiera perdón y que pudiéramos tener una relación normal. Pero el año pasado, vino a la casa en la que vivía con Vega. Hacía años que apenas la veía. Ella me dijo que quería recuperar nuestra relación, que quería ser una abuela para Vega. Y yo la creí.

—¿Era mentira? —me preguntó Vincent, con una mezcla de incredulidad y tristeza en su voz.

Solté una risa amarga, sin humor.

—Ella solo quería un lugar donde esconderse. Había robado en la casa donde limpiaba. Pero no solo se estaba escondiendo de la policía, sino también de su novio, con quien había perpetrado el robo. Un hombre peligroso, que apareció en mi casa a mitad de la noche, con una pistola, exigiendo las joyas y el dinero que mi madre había guardado para sí misma, sin darle su parte. Vega estaba en su cama, durmiendo, ajena a todo. Mi madre lo sabía, y aun así, escapó por la ventana y nos dejó allí. Por suerte, un vecino escuchó los ruidos y llamó a la policía. Vega se despertó, pero no llegó a ver nada. La policía detuvo al hombre, y un par de días después, a mi madre.

—Por eso te mudaste a Liverpool.

—En realidad, fue una de las razones por las que decidí mudarme a Reino Unido. Necesitaba alejarme de todo. Pero vine a Liverpool porque Daren, el padre de Vega, llevaba un año viviendo aquí. Su madre era inglesa y él siempre soñó con venir a Europa.

—¿Él se marchó y os dejó solas en Ciudad del Cabo?

—En realidad, él quería que hubiésemos venido con él desde el principio. Pero, en ese momento, yo no tenía los ahorros suficientes. Y seguía pensando que no era una buena hija si me alejaba tanto de mi madre.

Me sentí bien sincerándome con Vincent, contándole esa parte de mí que pocas personas sabían.

—Has hecho lo que tenias que hacer —me dijo, abrazándome, y yo enterré mi rostro en su pecho—. Venir a Liverpool ha sido la mejor decisión que hemos tomado los dos.

Alcé un poco la cabeza para mirarlo.

—¿Por qué nos hemos encontrado?

Vincent sonrió.

—Justo por eso.

—¿Crees qué ha sido el destino?

Vincent se rio.

—No creo en el destino; nunca lo he hecho. Pero tú y yo teníamos que encontrarnos. Estoy seguro de eso. —Sujetó mi barbilla con suavidad y se inclinó hacia mí para posar sus labios sobre los míos durante unos pocos segundos—. Venga, vamos, te he preparado una sorpresa. —Se separó de mí para levantarse y se sacudió la arena de los pantalones. Después, me estiró su mano para que la agarrara y así, ayudarme a levantarme.

Salimos de la playa y caminamos por una zona sin iluminación. Por un momento, pensé que llegaríamos hasta mi coche, con el que habíamos llegado hasta allí. Pero, para mi sorpresa, no tomamos el camino hacia el aparcamiento. En lugar de eso, seguimos caminando hasta llegar frente a una enorme mansión, una de esas casas de lujo que solo había visto en las películas.

—¿Qué es esto, Vincent? —pregunté, sorprendida.

Él me miró durante unos segundos, como si estuviera evaluando qué decir. Finalmente, su mirada se suavizó y habló:

—Conozco al guardia de seguridad y me debe un favor. Los dueños viven en Las Maldivas, solo vienen una vez al año. Creo que desde la habitación principal se ve el mar y tiene piscina climatizada. Pensé que estaría bien pasar una noche diferente. Solos tú y yo.

—No —me negué; mi expresión endureciéndose—. Ya sé cómo termina esto. La última vez que estuve en una casa que no era la mía aparecieron los dueños y me confundieron con una ladrona.

Vincent me miró, arqueando una ceja, con dudas, pero no me preguntó nada. Mejor. Prefería no tener que romper aquella maravillosa cita contando los chanchullos de mi expareja.

—No va a venir la policía, te lo prometo.

—Confío en ti, Vincent. Pero no sé…

—Nunca te pondría en peligro, Lyra. Te prometo que los dueños no se van a enterar y, si lo hacen, el único al que culparán será al guardia de seguridad.

—¿Y no te preocupa que pierda su trabajo por nuestra culpa?

Vincent puso los ojos en blanco.

—Él no perderá su trabajo. Los dueños le tienen mucho aprecio. Venga, deja de pensar y déjate llevar. Te prometo que merecerá la pena.

Por un instante, estuve convencida de decir que no.

No podía hacer una locura como esa. No teniendo una hija de seis años que dependía de mí. Ya no era una adolescente crédula que hacía cualquier cosa por amor. Había madurado y aprendido, de la peor manera, que aquel tipo de tonterías siempre salían mal.

Pero entonces, Vincent me dio esa sonrisa encantadora que tan solo utilizaba cuando quería convencerme de algo y me desarmó por completo.

.—Está bien —acepté.

Porque no podía decirle que no.

—No te vas a arrepentir, cariño.

Vincent sacó un juego de llaves del bolsillo de su chaqueta y se dirigió hacia la puerta. Por un momento, mi corazón dio un pequeño salto; temí que la alarma de la mansión sonara, pero nada ocurrió. Con una sonrisa confiada, Vincent giró la llave y abrió la puerta. Entramos por un pequeño jardín bien cuidado, con caminos de piedra que conducían a la entrada principal. La mansión tenía un aire imponente, con enormes ventanales que reflejaban las últimas luces del atardecer.

Pero, para mi sorpresa, en lugar de entrar por la puerta principal, Vincent me guio hacia el garaje.

—Vaya, pedazo coche —dije, contemplando el vehículo que se encontraba a un lado de mí—. Debe ser caro. Parece un Lamborghini.

—Un Bugatti —me corrigió Vincent con rapidez, sin tan siquiera mirar el coche. Cuando sintió mi mirada inquisitiva, dijo—: Creo. No lo sé.

—Yo tampoco. No entiendo de coches, y menos de aquellos que cuestan más dinero del que tendré en toda mi vida.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo y no quiero desaprovecharlo en el garaje.

—¿No has dicho que no estamos haciendo nada malo?

—Y no lo estamos haciendo —concordó—. Venga, vamos.

Estiró su mano, y sin pensarlo, la tomé. Él me condujo hacia un rincón del garaje donde había un ascensor, elegante y moderno, con

puertas de cristal que reflejaban la luz suave de las lámparas del techo.

—¿Es un ascensor? —pregunté sorprendida mientras observaba cómo él presionaba el botón para abrirlo.

—Así es. No sé por qué pareces tan sorprendida. Teniendo en cuenta que el bloque de edificios en el que vivimos tiene uno, pensaba que estabas familiarizada con ellos.

—Eres imposible. —Le di un golpe cariñoso en el hombro—. Se me hace raro un ascensor dentro de una casa individual.

—Es una casa grande con muchas escaleras —dijo como justificación—. Es más práctico así. O eso pensó el arquitecto.

Entramos en el interior del ascensor. Vincent pulsó el botón del tercer y último piso. Cuando ni casi un minuto después las puertas se abrieron, sentí cómo mi mandíbula se desencajaba.

La habitación principal ocupaba todo el piso. El espacio era impresionante, con ventanales que se extendían de pared a pared, ofreciendo una vista espectacular del mar. La luz del atardecer se filtraba a través del cristal, tiñendo la habitación de tonos dorados y rosados, como si estuviéramos dentro de un sueño.

Me acerqué a los ventanales y abrí la puerta de cristal. Daba a una terraza grande con tumbonas y una pequeña mesa. La vista al mar era impresionante.

—Guau… Esta vista es preciosa.

—Sí —coincidió Vincent con una sonrisa—. Las vistas son lo mejor de la casa.

—Bueno, una habitación que ocupa todo un piso también es impresionante.

—Sí —respondió con ¿orgullo?—. Y el baño tiene jacuzzi.

Me giré para mirarlo.

—¿Has estado muchas veces aquí?

Vincent rodeó mi cintura con su mano al darse cuenta de mi pregunta implícita.

—Si lo que me estás preguntando es si he traído a alguna mujer aquí antes que tú, la respuesta es no. Y he venido alguna otra vez, sí. Pero solo, nunca con nadie.

—Y el guardia de seguridad te deja…

No pude terminar la frase porque, sin previo aviso, Vincent unió sus labios a los míos en un beso cargado de deseo. Me levanté del suelo y, como si nada más importara, me aferré a él, rodeándolo con mis brazos y piernas. De reojo, vi cómo cerraba la puerta de la terraza con su pierna, sin apartarse de mí ni un segundo. Con rapidez, me llevó hasta la enorme cama y me tumbó suavemente sobre el edredón.

Él se quedó de pie, observándome.

—Había pensado que podríamos cenar algo antes —dijo, señalando la mesa en una esquina, repleta de platos de comida—. Pero joder, me está costando contenerme. Dime que no tienes mucha hambre.

—Tengo mucha hambre —le contradije a la vez que me levantaba y salía de la cama. Pude ver la decepción en sus ojos—. Tanta hambre que no puedo aguantar más.

Sonreí, disfrutando del juego

—De acuerdo, entonces…

Antes de que pudiese decir nada más o moverse, me arrodillé delante de él. Mis manos desabrocharon su cinturón. Sentí cómo él contenía el aire, su respiración volviéndose más errática mientras yo desabrochaba el cinturón y le bajaba los pantalones juntos a los calzoncillos, dejándolos arremolinados alrededor de sus tobillos.

—Lyra, ¿qué…?

—No pienses, solo disfruta.

Agarré su longitud con la mano y la acaricié. Era larga y dura; perfecta. Lamí la punta y él emitió un gemido. Levanté la cabeza para mirarlo. Tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Me sentí poderosa.

Si solo con eso ya lo tenía en mi poder, no quería pensar lo que sucedería si me metía el resto de su miembro en la boca.

Me lamí el labio inferior. El deseo me taladraba como un arma punzante. Estaba deseando sentirlo en mi interior, pero primero iba a hacerlo disfrutar.

Comencé a mover la cabeza de arriba abajo, introduciendo su miembro en mi boca. Hacer sexo oral nunca me había fascinado demasiado, pero me dí cuenta de que el problema radicaba en que

no había encontrado al hombre adecuado. Porque, en ese momento, no podía pensar en nada más excitante que eso.

Vincent volvió a gemir y yo aumenté la velocidad. Pero, para mi sorpresa, se separó de mi. Parpadeé, confundida.

—Aunque terminar en tu boca suena como la mejor idea que he tenido en mi puta vida, quiero terminar en tu interior —susurró.

—Eso lo podemos hacer después.

—Podríamos, pero quiero hacerlo ahora —dijo a la vez que se quitaba el resto de la ropa.

Estiró la mano y yo la cogí. Vincent tiró de mí, ayudándome a levantarme,

—Desnúdate para mí —me pidió con la voz ronca por el deseo.

Permanecí inmóvil durante unos segundos, pero no tardé en reaccionar. Con dedos lentos, desabroché uno a uno los botones de mi blusa color rosa, dejando que el tejido cayera con suavidad por mis hombros sin apartar mi mirada de la de Vincent. El aire fresco rozó mi piel expuesta y un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Después, sin prisa, queriendo alargar el momento, me deshice del cinturón marrón de mis vaqueros y bajé la cremallera. La tela rígida descendió por mis caderas y piernas hasta que cayó en un montoncito a mis pies.

—¿No prefiere quitarme la ropa interior tú? —le pregunté, señalando el conjunto de ropa interior de lencería verde que me había comprando para la ocasión, pasándome la lengua por el labio inferior.

—¿Te ha costado mucho dinero?

—¿Por? —respondí con otra pregunta, confundida.

Vincent sonrió.

—Porque dudo que tenga la contención suficiente para quitártela sin arrancártela.

Por un segundo pensé que bromeaba, pero vi la tensión en sus músculos y supe que no mentí.

No era un conjunto caro, pero sí el mejor que tenía.

Con una carcajada, me quité el sujetador y me desprendí de mis bragas. Lo hice despacio, de manera sensual. O por lo menos, todo lo sensual que fui capaz.

Los ojos de Vincent recorrieron cada centímetro de mi cuerpo con una lentitud hambrienta. Y lejos de sentirme avergonzada, me sentí liberada; me sentí deseada.

—Eres una belleza.

—Soy una mujer normal. Apenas tengo tiempo para cuidarme ni hacer ejercicio.

—Y, aún así, eres la mujer más bella que he visto en mi vida. Más te vale no decirle al resto de mujeres que no haces nada para cuidarte. O te odiarán a muerte,

Puse los ojos en blanco.

—Eres tonto.

—No, cariño. Soy un hombre muy afortunado. No sé qué he hecho para lograr que quieras estar conmigo, pero te prometo que lo voy a aprovechar.

Antes de que fuera consciente, se acercó a mí y rodeó mis caderas con sus brazos para alzarme con una facilidad sorprendente. Emití un pequeño grito de sorpresa a la vez que me tumbaba en la cama. Antes de que pudiera siquiera incorporarme, vi cómo Vincent se agachaba y rebuscaba algo en el suelo. No tardé en darme cuenta de que estaba sacando un preservativo del bolsillo de su pantalón. Se lo puso y se subió a la cama, colocándose con suavidad encima de mí.

—¿Todo esto es por mí, cariño? —preguntó, deslizando un par de dedos en mi interior. Su voz era ronca, susurrante y me ponía a cien.

—Solo por ti, siempre por ti.

Separó mis muslos e introdujo la punta en mi interior. Instintivamente, rodeé su cintura con mis piernas, apretando mi cuerpo al de él. Quería estar lo más cerca posible, quería unirme a él como si fuéramos solo uno.

Comenzó a empujar dentro y fuera unas cuantas veces. Cada envite era más profundo que el anterior; hasta que estuvo totalmente hundido en mí.

Nunca me había sentido tan llena como en ese momento. Me sentía completa, como si él fuese la pieza que me faltaba.

—Joder, Lyra, esto es una puta pasada —dijo con la voz ronca—. Tu coño es mágico. Debería ser venerado. La gente debería venir a rendirle culto

Nunca me habían hablado así en la cama. Tampoco pensaba que me gustaría, pero lo cierto era que me encantaba. No solo eso, hacía que me volviese loca.

Arqueé la espalda y moví las caderas para que se sumergiera aún más en mí, si eso era posible.

—Más rápido, más fuerte —ordené.

Él obedeció. Sentí cómo un orgasmo comenzaba a formarse en mi interior. Sabía que sería el mejor de mi vida, pero no tenía idea de lo increíblemente intenso que sería. Me tomó completamente desprevenida cuando las oleadas de placer me invadieron. Fue como si mi alma se separara de mi cuerpo y comenzara a flotar en el aire.

Vincent aceleró el ritmo y escuché su propia liberación mientras yo me recuperaba de la mía.

—Joder, Lyra. Me has matado —dijo, con la respiración entrecortada, tumbándose a mi lado.

Sonreí y ladeé la cabeza para mirarlo.

—Eres tú quien me ha matado a mí.

—¿Incluso en este momento tenemos que pelear?

No pude evitar reírme.

—Creo que ahora sí me gustaría comer algo.

Vincent se incorporó y me dio un tenue beso en los labios.

—Claro, déjame darme una ducha primero.

—Podemos ducharnos juntos —propuse.

—Podemos, pero va a ser una ducha muy larga —me advirtió con una sonrisa torcida.

—No eres un adolescente, necesitas mínimo dos horas para recuperarte.

—¿Eso es un reto?

—Es una realidad.

Vincent no respondió, sino que me levantó sin previo aviso y me llevó en brazos hasta la ducha, demostrándome que, efectivamente, se recuperaba con rapidez.

—Puedes llevarte el resto de comida a casa. Es una pena tirarla —le dije mientras terminaba el trozo de pastel de chocolate.

Me toqué la tripa, estaba llenísima.

Había más comida de la que habíamos podido comer. Vincent me había comentado que le había pedido a su amigo, el guardia de seguridad, que nos dejase algo de comida, pero que no pensó que sería tanto.

—No importa. Estoy seguro de que Richard dará buen uso de las sobras.

—¿Richard? —repetí, confundida.

—Mi amigo —respondió con una mueca extraña, y antes de que pudiera decir nada más, habló de nuevo—: Ahora que has comido, podemos usar el jacuzzi —propuso con una sonrisa torcida.

—Me gustaría, pero la verdad es que estoy agotada. Y creo que deberíamos regresar a casa. Es tarde y tenemos cuarenta minutos hasta llegar.

—Podemos dormir aquí si quieres.

—Esta casa es una pasada —reconocí—, pero la verdad es que preferiría regresar.

Confiaba en él y sabía que no nos meteríamos en problemas. Pero ahora que la neblina del placer se había disipado, no me sentía del todo cómoda usurpando la habitación de otras personas.

—Está bien —aceptó—, pero dormiremos en mi apartamento.

Sonreí.

—Me parece bien.

El camino de regreso fue tranquilo, envuelto en un silencio que no necesitaba palabras. Un silencio cómodo, lleno de complicidad, como si ambos estuviéramos completamente en sintonía sin necesidad de hablar. La carretera desierta nos ofrecía un espacio solo para nosotros, y todo lo que nos rodeaba parecía desvanecerse, dejándonos en nuestra pequeña burbuja de felicidad.

Cuando finalmente aparqué el coche cerca de nuestro edificio, me di cuenta de que ya eran las tres de la mañana. El tiempo había pasado sin darnos cuenta, como si los minutos se hubieran alargado

solo por el placer de estar juntos. El aire fresco de la madrugada acarició mi piel al salir del coche, pero no me importó. Estaba con Vincent, y eso lo hacía todo más fácil, más ligero.

Subimos al apartamento en silencio, y cuando entramos, el aroma familiar del lugar me envolvió. Vincent se dirigió al baño y, al regresar, me tendió una de sus camisetas. La tomé entre mis manos, notando el calor de su cuerpo, que aún permanecía en ella.

Me puse la camiseta, que me quedaba grande, cubriendo casi por completo mis piernas. La tela suave me envolvió mientras me dejaba caer en la cama junto a él.

Vincent me abrazó y yo coloqué mi cabeza en su pecho.

—Te amo, Lyra —me dijo mientras su respiración se acompasaba.

—Yo te amo más a ti —le respondí a la vez que yo misma caía en los brazos de Morfeo.

Nuestros corazones latían al mismo ritmo, como si fuesen uno solo. Lo que no sabía era que el mío se rompería en mil pedazos a la mañana siguiente.

Capítulo 24

Lyra

Me desperté sola en la cama. La parte de Vincent aun mantenía su calor, por lo que se había levantado hacía poco, pero no pude evitar una sensación de soledad. Fije mi mirada en la puerta del baño pensando que estaría allí, pero estaba abierta y no salía ningún sonido . Aún así, me levanté y probé suerte.

Como había sospechado, no estaba, pero aproveché para limpiarme la cara. Aún con su camiseta puesta, salí de la habitación en su búsqueda.

Lo encontré sentado en el sofá del salón, vestido solo con un pantalón de chándal y su cuerpo inclinado hacia delante, como si el peso del mundo se hubiera posado sobre sus hombros. En sus manos, tenía su teléfono móvil. Estaba absorto en la pantalla, pero su expresión era de algo más que de concentración. Su rostro estaba tenso y sus ojos se habían oscurecido, como si algo lo estuviera consumiendo.

Me quedé en la entrada de la sala, dudando si acercarme. Sentí que el ambiente era más denso. El Vincent con el que me había dormido anoche ya no estaba allí. De alguna manera, todo había cambiado. ¿Eso tenía siquiera sentido?

Confundida, decidí dar un paso al frente.

—¿Vincent? —Mi voz salió más suave de lo que pretendía. Caminé hacia él, preocupada.

Cuando levantó la vista, la mirada que me dio no era la que esperaba. No era la misma mirada suave y cariñosa de anoche. No, ahora había algo diferente en ella. Era dura, inquisitiva, como si algo le estuviera carcomiendo por dentro.

—¿Todo bien? —le pregunté con preocupación.

Él no respondió de inmediato. Volvió a mirar la pantalla de su móvil, apretando la mandíbula, como si estuviera midiendo las

palabras. Luego, finalmente, levantó la mirada hacia mí, y fue como si el ambiente se hubiera vuelto pesado, tenso. La calma que había estado disfrutando desapareció.

—¿Lo planeastéis los dos juntos desde el principio? —inquirió con tono gélido; uno que nunca antes había utilizado conmigo.

—¿Planear? —repetí, confundida—. ¿Quiénes? ¿De qué hablas?

—Oh, por favor —se rio con sarcasmo—. Daren y tú.

Suspiré pesadamente.

—No sé qué ha hecho ahora, pero no tengo nada que ver —me defendí antes siquiera de saber de qué estaba hablando. Porque el nombre de Daren nunca iba acompañado de buenas noticias.

—He sido un imbécil —murmuró Vincent, pasándose las manos por el cabello mientras negaba con la cabeza. Él no me estaba escuchando; no quería hacerlo—. Estaba preocupado por no ser sincero del todo contigo, y lo sabías desde el principio. ¿Ya sabías quién era cuando subiste a mi casa a gritarme?

Iba a puntualizar que yo no grité, como siempre hacía cuando sacaba aquel tema, pero las palabras murieron en mi garganta. Porque no sabía qué estaba pasando, no comprendía absolutamente nada, pero un frío helado corría por mis venas y una sensación desagradable arañaba mi estómago.

Nada de aquello era bueno.

—No sé de qué me estás hablando ni de qué me acusas.

—¡No te hagas la inocente! —gritó enfurecido, levantándose del sofá.

—¡No se te ocurra levantarme la voz! —grité aún más alto que él—. No se de qué me estás hablando, Vincent. Pero si no me lo aclaras, me marcho a mi casa. —Me di la vuelta para ir a su habitación y recoger mi ropa.

—¡Eso, vete! ¡Huye como una cobarde! —espetó él—. Por lo menos, espero que el dineral que te han pagado lo aproveches para la educación de Vega.

Aquellas últimas palabras provocaron que me detuviera en seco, congelada. Me giré de nuevo hacia él.

—¿Qué dinero, Vincent?

Él soltó otra carcajada, sin restos de humor en ella.

Había conocido a un Vincent malhumorado y malhablado, pero jamás había visto esa versión despiadadamente fría e indiferente de él. Y no me gustaba; no me agradaba en absoluto.

—Vincent solo pueden llamarme aquellas personas a las que les importo, tú solo me has utilizado.

—Por supuesto que me importas, Vincent. Estoy enamorada de ti, ¿recuerdas? —Aquello pareció enfurecerlo, pero antes de que pudiera hablar, lo detuve con un gesto de mi mano, porque algo en lo que había dicho llamó mi atención—. ¿Y cómo quieres que te llame?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

Vincent soltó una larga exhalación, pero terminó respondiendo:

—Rhett Lawson.

—¿Ese es tu verdadero nombre? —pregunté. Aquel nombre me sonaba vagamente familiar, como si lo hubiera escuchado antes en algún sitio, pero no lograba recordar dónde—. ¿No te llamas Vincent? —¿Por qué él me mentiría con su nombre? No estaba entendiendo nada.

—¡Para ya, Lyra! —exclamó, apretando los dientes con fuerza a la vez que sus manos se cerraban en puños—. Para ya, por favor. —La intensidad de su voz se apagó hasta formar una súplica, tan suave que apenas la escuché. Sus ojos se humedecieron y, por primera vez desde que me había despertado, detrás de capas de furia y rabia, pude ver un dolor que fue mil veces más devastador para mí—. Deja de hacerme daño.

—No sé por qué piensas que te he hecho daño, pero te prometo que no he hecho nada. Jamás haría nada que pudiera dañarte, Vincent. Tienes que creerme. —Me acerqué a él y estiré mi mano para tocar su mejilla, pero él retrocedió un paso, alejándose de mí, como si mi simple toque quemara.

Sin embargo, no se marchó o me echó del apartamento, sino que deslizó el dedo por la pantalla del teléfono que sostenía en su mano, que se iluminó de inmediato, y lo giró hacia mí.

—¿Quieres que te crea, no? —repitió mis palabras en una pregunta cargada de sarcasmo.

Observé la pantalla, dándome cuenta de que lo que me estaba mostrando era una fotografía. Una mal encuadrada y con una calidad no demasiado buena, pero lo suficiente para poder identificar a las dos personas que salían en ella. Éramos él y yo, y estábamos en la azotea, sentados en la manta que él había tendido. La mano de Vincent estaba posada cariñosamente en mi rodilla y nuestras bocas estaban muy juntas.

—No es la única —añadió Vincent con frialdad, deslizando su pulgar alrededor de la pantalla para mostrarme otra imagen.

En esta, nos estábamos besando.

—No entiendo… —balbuceé, confundida.

—Me las ha enviado mi representante —me explicó él, aunque por el tono que empleó pude ver que estaba convencido de que yo ya conocía la información que me estaba dando—. Tu exmarido se las ha vendido a una revista. Mañana saldrán publicadas. Todo el mundo sabrá…

Vincent continuó hablando, pero yo dejé de escucharlo, porque, en ese mismo instante, todo hizo clic en mi cabeza. Las piezas encajaron de repente, y comencé a comprender lo que estaba sucediendo.

—Rhett Lawson es un cantante. He escuchado a Missie hablar de él, pero no he visto una foto —dije en alto, a pesar de que estaba hablando para mí misma. De eso me sonaba aquel nombre—. ¿Por qué unas fotografías con mi vecino valen dinero? —Hice una pausa y levanté la cabeza para mirarlo—. No eres diseñador de videojuegos.

—Por supuesto que no lo soy, Lyra —reconoció él con desdén—. Me lo inventé porque entré en pánico cuando me preguntaste a qué me dedicaba. Oliver es diseñador de videojuegos y fue la primera profesión que se me ocurrió. Llevo cantando desde que tengo uso de razón; comencé subiendo *covers* a YouTube, donde un representante me descubrió y vino a verme a uno de los bares en los que tocaba. Aunque eso ya lo sabes, ¿verdad?

Ignoré su sarcasmo. En ese momento no me importó su tono cruel ni sus palabras despiadadas, porque mi corazón se acababa de romper en mil pedazos.

—Me has mentido —susurré—. Me prometiste que nunca me mentirías y no has hecho otra cosa.

—¿Yo a ti? ¿Eres tú quién...

—Cállate —espeté con firmeza, pero sin levantar la voz—. Confié en ti, pensé que eras diferente. —Diferente a Daren, diferente a lo que había conocido—. Pensé que había encontrado al hombre de mi vida. Pensé que, esta vez, sería la definitiva. —Mi voz se quebró y las lágrimas comenzaron a derramarse por mis ojos sin poder evitarlo—. Eres un farsante… El hombre del que me ha enamorado no existe.

Vincent me miró durante unos instantes. Su expresión cambió: sus cejas negras se tensaron, arqueándose hacia el centro, formando un profundo surco en su frente y sus ojos, antes entrecerrados, parpadearon varias veces, pasando de la furia al puro desconcierto.

—¿De verdad que no lo sabías?

—No —respondí con honestidad. Respiré hondo, intentando poner mis ideas en orden—. Y no sé nada de esas fotos. —Ni siquiera sabía quién las había sacado—. Jamás haría algo así, jamás vendería unas fotos tuyas conmigo.

—Tu exmarido lo ha hecho. Las ha vendido a una revista de Liverpool por mucho dinero.

Me quedé paralizada cuando las consecuencias de las acciones de Daren se materializaron en mi cabeza. Aunque yo también tenía la culpa. Era culpable por haberme enamorado, por haberme dejado llevar como una adolescente con un chico al que apenas conocía.

No había investigado a Vincent; ni siquiera le había hecho más preguntas sobre su vida de lo que él me había contado. Había confiado ciegamente en él.

Había sido una estúpida.

Es que no aprendía.

—No pueden publicarlas —dije con desesperación, pasándome una mano por el rostro. Si esas fotografías salían a la luz, todo cambiaría. Lo último que necesitaba ahora, que estaba empezando a recomponer mi vida, era que se me relacionara con un cantante famoso—. Afectaría a mi vida, afectaría a Vega. Tienes que hacer

algo —le supliqué—. Si Vega y yo te hemos importado un poco, tienes que pararlo.

Vincent me miró. Sus ojos se habían suavizado y habían recuperado ese brillo de calidez que siempre parecía tener reservado para mí. Él me creía, pero eso era lo último que me importaba. Porque me había engañado, y por su culpa, mi mundo iba a explotar.

—Lo siento, Lyra. No creo que pueda hacer nada. Llevo varios meses desaparecido. La prensa estaba deseando encontrarme. Y ahora tienen una historia jugosa que publicar.

Entonces, lo comprendí. Claro, él vivía en Los Ángeles y por eso había regresado a Liverpool. Para esconderse de la prensa.

Por eso apenas salía a la calle y cuando lo hacía iba disfrazado.

¿Cómo había sido tan crédula? ¿Cómo no había visto las señales que estaban ahí brillando con luz de neón?

Porque, al igual que con Daren, no había querido verlas. Había preferido confiar ciegamente en él.

—No quiero volver a verte —dije con la voz quebrada, dándome la vuelta para marcharme.

Giré el picaporte con rapidez, y cuando estaba cruzando la puerta, escuché la voz de Vincent.

—Lo siento.

Pero no me detuve, porque sus disculpas ya no valían para nada.

No podía dejar de llorar. No entendía absolutamente nada. No comprendía cómo Vincent podía haberme mentido. Pero, sobre todo, cómo podía haberme acusado de algo tan terrible. Me había duchado, cambiado de ropa, intentado sacudirme aquella sensación de caos que me embargaba, pero seguía completamente aturdida a pesar de que ya habían pasado varias horas.

El timbre de la puerta me sacó de mi entumecimiento. Por un segundo, pensé que sería él. Le había dicho que no quería volver a verlo, pero, en el fondo, deseaba una explicación. Incluso una absurda excusa, que me repitiera una y otra vez que todo había sido un malentendido, una broma de mal gusto. Aunque cuando abrí la

puerta, no había nadie. Solo escuché el leve sonido de otra puerta cerrándose: la suya.

Bajé la mirada y allí, sobre el felpudo, estaban mi ropa y mi bolso. Lo recogí todo en silencio, con un nudo en el estómago, y volví a entrar.

Dejé la ropa en el cesto de la colada sin siquiera mirarla. El bolso fue a parar a la encimera de la cocina. Justo entonces, mi móvil vibró. Ni siquiera me había dado cuenta de que no lo tenía conmigo. Lo saqué con manos temblorosas, esperando quizás un mensaje de la madre de Mia, pero no. Era de Vincent.

«Las fotos no saldrán publicadas. Puedes estar tranquila. Esta misma tarde me mudaré y no tendrás que volver a verme. Por favor, dile a Vega que la quiero mucho. Despídeme de ella».

Una parte de mi quería subir a su piso. Hablar con él y arreglar las cosas. Pero no podía hacerlo. Me había mentido, no confiaba en mi.

Y además, no pertenecíamos al mismo mundo. Yo era una madre soltera, una mujer normal, y él un cantante famoso. Uno del que no sabía nada.

Me senté en una silla y comencé a buscar información sobre Rhett Lawson en el móvil.

Aparecieron cientos de páginas, artículos, entrevistas y titulares escandalosos. Fotos en alfombras rojas, conciertos multitudinarios y portadas de revistas. En todas ellas, con mujeres perfectas colgando de su brazo, copas en mano y sonrisas congeladas por los flashes. Era Vincent, sí, pero también parecía alguien completamente distinto.

Aquel hombre era un cantante de éxito internacional; mucho más de lo que me había imaginado. Multimillonario e idolatrado. Y al mismo tiempo, descrito por algunos medios como un joven problemático, mimado y caprichoso. Había imágenes suyas borracho y colocado, y otras besándose con mujeres en clubs. Todo un desfile de una vida que jamás imaginé. Todo tan ajeno a la mía.

Dejé el móvil sobre la encimera, como si me quemara. Todo aquello solo me estaba haciendo más daño.

Ahora, comprendía muchas cosas…

Entonces, me di cuenta de algo.

Me levanté de golpe y corrí al cuarto de Vega. Abrí su mesita. Nada. Miré debajo de la almohada. Tampoco. Revisé sus cajones. El móvil no estaba en ningún lado y ella jamás se lo llevaba sin permiso.

Hasta ese momento, no lo había considerado, pero ahora lo vi con claridad: esa era la forma en la que Daren había conseguido las fotos. Vega las había hecho, como tantas otras veces, jugando a ser fotógrafa sin que lo notáramos. Y su padre las había encontrado por casualidad, reconociendo a Vincent.

Fui de nuevo a la cocina y sostuve mi móvil para llamar a mi exmarido. Respondió al primer tono.

—¿Cuánto dinero te han dado, Daren? —le pregunté antes de que él me saludara.

—Lyra, escucha.

—¿Cuánto te han dado por utilizar a nuestra hija?

—No he utilizado a Vega, Lyra —respondió, sintiéndose con el derecho de parecer indignado—. El viernes pasado, cuando estuve en su habitación con ella, quiso que le sacase una foto con la lámpara nueva que le regalaste. Al hacerlo, vi varias fotos de un hombre que me resultó vagamente conocido. Al principio, no caí, ya que yo no estoy muy pendiente de todo el mundo del famoseo, pero no tardé en darme cuenta de que lo había visto en unas cuantas revistas. Cuando le pregunté por él, Vega me dijo que era vuestro vecino, Vincent. Ella no parecía saber que…

—No, no lo sabía. Ni yo tampoco. No hasta hoy —espeté con furia—. No me puedo creer que le hayas robado el móvil a nuestra hija.

—En realidad, se lo pedí. Le expliqué que lo quería para imprimir las fotos que tiene allí.

—No me ha dicho nada.

—Le pedí que no lo hiciera. Le dije que iba a ser una sorpresa. —Hizo una pausa—. Lyra, lo he hecho por Vega.

—¡No! —grité, con una voz helada—. Ni se te ocurra utilizar a nuestra hija de excusa. Lo has hecho por ti y solo por ti. Cómo todo

lo que haces. —Daren nunca pensaba en otra persona que no fuera en él mismo—. ¿Qué vas a hacer con el dinero?

—Lo primero, comprarme un coche. Necesito un buen coche para dar buena impresión a los inversionistas. Con ese dinero, puedo hacer crecer mi nuevo negocio. Ya verás, Lyra, va a ser…

Él siguió hablando, pero yo ya no lo escuchaba. Había tenido la esperanza de que, quizás, lo hubiese hecho para guardar el dinero para la universidad de Vega. O para comida y ropa. Pero no. Él nos había traicionado por su propio interés.

No tendría justificación de todas las maneras, pero hubiera cambiado algo.

—No quiero que vuelvas a acercarte a Vega —le dije, cortándole.

Me había cansado. Me había hartado de ese juego que no iba a terminar nunca.

—Es mi hija…

—Un padre no es quien engendra, Daren —lo interrumpí con frialdad—. Un padre es quien cuida, quien está. Tú eres su padre, sí. Pero actúas como un parásito.

Y colgué. Sin dudar. Sin temblar.

Me quedé allí, sintiendo cómo mi pecho subía y bajaba, desbocado. Las lágrimas caían otra vez, pero en esta ocasión no eran solo de tristeza.

Eran de furia. De decepción. Y de claridad.

Algo había cambiado dentro de mí.

No necesitaba a Daren, no necesitaba a Vincent, no necesitaba a nadie. Nunca lo había hecho. La única persona que me debía importar era mi hija. La misma que, horas después al regresar de estar con Mia, no se creyó que Vincent se había tenido que marchar de nuevo a Los Ángeles por una urgencia y no sabía cuándo regresaría. Tozuda, como era, se escapó cuando yo no la miraba, y fue al piso de Vincent.

Nadie le abrió. Él ya no estaba allí. Se había marchado y desaparecido de nuestras vidas para siempre.

Sentí una profunda tristeza que me destruyó por dentro, pero ni una pizca de arrepentimiento. Me había enamorado y me había

equivocado. Pero, a pesar de todo, a pesar de que Vincent me había mentido, durante esas últimas semanas me había hecho feliz y me había enseñado que podía volver a amar.

Y eso era algo de lo que nunca me iba a olvidar.

Capítulo 25

Lyra

Un mes después…

No tenía nada en la nevera. Había ido postergando ir al supermercado, pero ya no podía seguir retrasándolo. Aprovechando que era mi día libre y Vega estaba en el colegio, cogí el bolso y salí a hacer la compra.

Estaba esperando al ascensor cuando escuché ruidos el el piso de arriba. No había oído a nadie en el último mes.

Mi corazón dio un vuelco al pensar que podía tratarse de Vincent. Él no se había vuelto a comunicar conmigo y yo tampoco lo había hecho.

Pero no podía dejar de pensar en él. Aunque quisiera, tampoco era fácil hacerlo, ya que su cara estaba en todos lados. Había regresado a la música, y lo había hecho por todo lo alto. Su nueva canción encabezaba las listas, y pronto saldrían más.

Pese a que sabía que lo correcto sería seguir a lo mío, no pude evitar subir las escaleras hasta su descansillo. Me acerqué hasta su puerta y apoyé el oído en ella, escuchando unos pisos en el interior. Había alguien.

¿Se trataría de Vincent?

Era imposible, ya que había leído —por casualidad y sin querer en una publicación totalmente aleatoria que me había salido en Instagram— que se encontraba en Los Ángeles preparando su próxima gira. Pero claro, podría haber regresado.

Aunque si era así, no debía importarme. Él estaba fuera de mi vida. Yo le había dicho que se marchase. ¿Pero podía escribirme preguntando por Vega de vez en cuando, no? ¿Tan rápido la había olvidado? ¿Tan rápido se había olvidado de mí?

Sin poder contenerme, llamé a su puerta. Me arrepentí al momento, pero cuando me gire para marcharme, se abrió. No era Vincent, sino una mujer.

Una que reconocí al instante. La misma que yo había confundido con su novia. Su hermana, Olivia.

Sus ojos azules me recorrieron de arriba abajo con descaro y con esa seguridad que tanto la caracterizaba, dijo:

—Tú debes ser Lyra.

—Sí —respondí, sorprendida. ¿Ella me conocía? ¿Vincent le había hablado de mí? ¿Eso quería decir que seguía acordándose de mí, de lo nuestro?—. Lo siento, Olivia. —Ni siquiera me molesté en explicarle una excusa de por qué había subido hasta allí—. Me voy ya.

—Sabes mi nombre.

—Si.. eh… —balbuceé.

—Vincent me contó que me confundiste con su novia. Tengo mejor gusto que eso —dijo, arrugando la nariz.

—¿Te contó eso?

—Me ha contado muchas cosas de ti —añadió con una sonrisa que hizo que su rostro se viera menos endurecido y pareciera más joven—. En realidad, no habla de otra cosa. No deja de pensar en ti.

Mi corazón comenzó a golpear con fuerza en mi pecho al escuchar aquellas palabras. Sin embargo, negué con la cabeza.

—Si fuera así, me hubiera llamado.

Olivia suspiró.

—Lo ha hecho a su manera. De la forma que sabe.

—No entiendo.

—Su nueva canción *No me olvides*. Esa canción trata de ti. Estoy segura de que te has dado cuenta.

Lo había sospechado. La había escuchado más de cincuenta veces; al igual que casi todas las canciones de la trayectoria musical de Vincent. Porque para mí no era Rhett; nunca podría imaginármelo con ese nombre.

—No importa. Lo nuestro se ha terminado.

—Si pensases así, no estarías aquí —evidenció Olivia.

—Ha sido un error subir.

—Lo que sería un error es negar lo que sientes. Lo que sentís los dos —dijo—. Mira, Lyra, no te conozco, pero no tengo palabras de agradecimiento suficientes para agradecerte lo que has hecho por mi hermano. Él estaba perdido, y gracias a ti y a tu hija vuelve a ser él que era.

—Pues tiene una manera curiosa de demostrarlo. Me mintió, desconfió de mí y luego huyó. Sí, yo le pedí que se fuera —lo interrumpí antes de que me rebatiese—, pero tenía muchas explicaciones que darme, o por lo menos, intentar mantener el contacto con Vega. No se lo hubiera impedido.

Como al final tampoco se lo había impedido a Daren. Él seguía viendo a Vega cuando quería, que eran pocas veces; exactamente, una en todo ese mes. Él se había quedado el dinero y yo no quería saber en que se lo estaba gastando. Pero me había devuelto el móvil de Vega y me había prometido que no intentaría vender ninguna foto más, ni tampoco diría una palabra a la prensa ni a nadie sobre Vincent y sobre mí. De momento, había cumplido.

—Tienes razón —concordó Olivia con un suspiro—. Él cree que está mejor lejos de ti. Cree que no te merece.

—Igual tiene razón.

—¿Sabes que van a publicar un documental sobre su vida?

—Algo he escuchado.

—Llevaban tiempo queriendo hacerlo, pero nunca lo había permitido. Ahora lo ha hecho. ¿Quieres saber por qué? —A pesar de la pregunta, Olivia no me dio tiempo a responder—. Porque ha sido el precio a pagar para que no salieran las fotos contigo a la luz. Para que no te persigan los periodistas. Pero le han exigido que en el documental hable sobre lo que le sucedió a su madre. Sus problemas mentales, sus adiciones y su suicidio. Algo de lo que él nunca hubiera querido hablar en público. Algo que él quería guardar en su intimidad.

—¿Lo ha grabado ya?

—No. Esa entrevista se va a grabar mañana, en unos estudios aquí, en Liverpool.

—¿Él esta en Liverpool?

—Cerca. A unos cuarenta minutos en coche de aquí.

Y antes de pensarlo, dije:

—Llévame con él. Necesito hablar con él.

No se por qué me sorprendí cuando Olivia me llevó hasta la mansión cerca de la playa en la que estuve hacía un mes. Ella me miró confundida cuando le pregunté si Vincent la había alquilado. Y yo estuve a punto de golpearme a mi misma cuando ella me aseguró que fue la primera casa que Vincent compró cuando se hizo famoso.

La casa era suya, no de una pareja que nunca iba. Por supuesto. Era algo que ni siquiera había pensando.

Pero, para mi sorpresa, la ira no me invadió. Porque los recuerdos de esa noche me hacían sonreír. Había sido una de las mejores noches de mi vida, a pesar de que día siguiente todo se hubiera derrumbado.

Olivia aparcó frente a la puerta. Un hombre familiar para mí salió del interior de la vivienda, pero no era Vincent, sino Oliver.

—Es un placer volver a verte —me saludó con una sonrisa suave.

—No eres músico —le respondí con una mueca, porque fue lo primero que se me pasó por la mente.

Oliver me dio una mirada de disculpa.

—No. Soy diseñador de videojuegos.

—Espero que seas bueno en ello, porque como músico, no tienes futuro.

—Oye —se quejó con una pequeña risa—, dijiste que te gustó mi canción.

Puse los ojos en blanco. Por alguna razón, no podía estar enfadada con Oliver. Además, él tampoco tenía la culpa de lo que había pasado.

—Quería ser cortes.

—¿Qué haces aquí? —Una voz hosca y que reconocí al instante nos interrumpió.

Ladeé la cabeza para ver a Vincent. Salia del garaje, que parecía gustarle más que la puerta principal.

Estaba tan guapo como siempre; se había dejado crecer un poco más el cabello negro, que caía desordenadamente alrededor de

su frente. Llevaba una camiseta negra pegaba y unos pantalones rotos vaqueros.

Me fijé en su ceño fruncido y sus labios apretados.

—¿De verdad vas a estar enfadado tú? —pregunté, cruzando los brazos frente a mí.

—¿No tengo razones para estarlo?

—Por supuesto que no las tienes. Yo no tuve nada que ver con esas fotos.

—No, pero me dijiste que me amabas, y al primer inconveniente, me echaste de tu vida.

—¿Primer inconveniente? —repetí, porque no me podía creer el morro que tenía. Escuché unos pocos murmullos y vi por el rabillo de ojo cómo Olivia tiraba del brazo de Oliver y lo metía en el interior de la vivienda, dejándonos solos—. Me mentiste.

—No te mentí —dijo, dando un paso hacía mí. Su expresión se suavizó—. Todo lo que te dije era verdad. Menos a que me dedicaba. Mucha gente miente sobre su trabajo

Puse los ojos en blanco.

—No es como si me hubieras dicho que eres camarero y luego eres taxista. Pero, en ese caso, tampoco hubiera estado bien que me mientas.

Él suspiró.

—No quería mentirte —reconoció—. Pero estaba escondiéndome y tú no me conocías. Entré en pánico. Por primera vez en años, pude ser yo mismo. Estaba perdido, Lyra. Pero me enamoré de ti y eso me salvó. Vega y tú me salvasteis. La echo mucho de menos.

—Y ella a ti. No entiende por qué no vas a visitarla. Ella sigue sin saber que eres un cantante famoso, pero estoy segura que va a estar encantada cuando se entere. Ella te adora. No te voy a impedir que la veas.

Vincent dio varios pasos más, acortando las distancia entre nosotros.

—¿Y me vas a impedir que te vea a ti? —preguntó.

Suspiré.

—No creo que sea buena idea.

Él alzó la mano con delicadeza y me acarició la mejilla. Cerré los ojos por un segundo, dejando que ese gesto me envolviera.

—Echaba de menos esto —reconoció.

—¿Acariciar mi mejilla? —pregunté con una sonrisa pequeña, sin poder evitarlo.

Vincent se rio en voz baja; esa risa que tanto había añorado.

—Tocarte. Verte. Tu olor. Discutir contigo. Lo echaba de menos todo.

Mi mirada se encontró con la suya y, en ese instante, supe que estaba perdida. Cualquier pizca de enfado que siguiese allí se disipo. Porque lo único que prevalecía era el amor que sentía por él. Ese amor que se había colado sin permiso, silencioso pero imparable.

Y entonces, sin pensarlo, sin contenernos más, lo besé.

Mis labios encontraron los suyos con urgencia, con necesidad y con ternura. Mientras nos besábamos, volví a sentirme entera, como si me hubiera faltado una parte sin él. Una sin la que podía vivir pero no quería hacerlo.

Me separé, rompiendo el beso, pero Vincent sujetó mis caderas con su brazo, manteniéndome cerca de él.

—No hagas esa entrevista hablando de tu madre —le pedí.

—Voy a matar a Oliva —murmuró.

—No lo hagas, gracias a ella he venido. Aunque supongo que antes o después hubiera encontrado la manera de estar contigo —reconocí—. Te quiero demasiado.

—Yo también a ti. Te estaba dando espacio, pero iba a ir a buscarte. Solo estaba esperando el momento idóneo.

Puse los ojos en blanco.

—Tenias miedo a que te rechazara, reconócelo.

—Un poco. Si uno de tus gritos me dejaba sordo, podía tener problemas para componer.

—Yo no grito —me quejé—. Y no me distraigas. No voy a permitir que hagas esa entrevista. Deja que salgan las fotos.

El esbozó una sonrisa enorme.

—Haremos pública nuestra relación, pero a nuestros tiempos. —Me dio un toquecito en la nariz—. Acepté hacer el documental e incluir esa entrevista para que no sacaran las fotos, pero lo cierto es

que ahora estoy bien con ello. Será como un homenaje a mi madre. Y quizá ayude a personas que han pasado por lo mismo que yo, que les ayude a entender y a perdonar a su familiar.

—Eres un buen hombre.

Vincent hizo una mueca.

—Prefiero que mi chica piense que soy bueno en la cama.

Me reí.

—¿Y si creo que eres mejor hombre que semental?

La mirada de Vincent se oscureció y tiró de mí con suavidad, pegándome un poco más a él.

—¿Tienes que ir a buscar a Vega? —susurró con voz ronca.

—No hasta dentro de tres horas.

—Perfecto —dijo mientras me tomaba de la mano y me guiaba hacia el garaje para que cogiésemos el ascensor que llevaba a la habitación principal—. Porque voy a demostrarte lo bueno que soy en la cama. Una y otra vez.

No pude evitar soltar una carcajada.

Aquel hombre era imposible.

Pero, contra todo pronóstico, era mío. Y yo suya.

Epílogo

Vincent

2 años después…

—¡Mama, Vincent, mirad cómo me tiro! —nos llamó Vega, para acto seguido tirarse de cabeza a la piscina.

Lyra le aplaudió y yo vitoreé, provocando una sonrisa de satisfacción en ella, pero un lloriqueo en mi hija de seis meses, que estaba tumbada encima de mí.

Me acomodé en la tumbona y le acaricié la espalda, logrando que volviese a dormirse.

—¿Crees que estoy haciendo lo correcto? —me preguntó Lyra, tumbada en la tumbona de al lado.

Ladeé la cabeza para mirarla.

Sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo. En una semana, empezaba la universidad y ella no dejaba de sentirse culpable por tener que dejar a nuestra hija pequeña con una niñera.

—Lo creo.

Y era verdad. El sueño de Lyra era graduarse en Física y estudiar un máster de Astrofísica después. Con la intención de convertirse en profesora de universidad, igual que lo fue su padre. Lo había ido retrasando, pero había llegado el momento. Le esperaba un camino duro hasta lograrlo, pero ella podría con ello y con más. Y yo estaría a su lado.

—Pero Vega y Karen me necesitan, y siento que soy una mala madre poniendo por delante mis sueños.

Habíamos llamado a mi hija con el nombre de mi madre. Yo había querido que le pusiese el nombre de una estrella, tal como era su tradición. Lyra me dijo que lo había hecho, ya que Karen era la estrella mas brillante de mi constelación. Y estaba de acuerdo con ella.

Ella suspiró y yo estiré la mano con la que no sujetaba a mi hija para que ella la apretase.

—Eres una grandísima madre. Y las niñas van a estar orgullosas de ti por perseguir tus sueños.

Ella esbozó una sonrisa.

—Con las niñas y los estudios no voy a poder acompañarte en la gira ni durante unos días —se lamentó—. Y ya estás haciendo muchos sacrificios viviendo en Liverpool.

Nos habíamos mudado a la casa de la playa, aunque de vez en cuando pasábamos unos días en el apartamento que perteneció a mi madre. Sobre todo, en la azotea.

—No estoy haciendo ningún sacrificio. Los Ángeles esta sobrevalorado. —Ni siquiera quería vivir allí.

Ella esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Eres imposible.

—Y tú una sabelotodo —contraataqué—. Aún así, te amo como locura, ¿lo sabes?

—Yo y tus millones de fans. No dejas de componer canciones sobre nuestro amor.

—Y seguiré haciéndolo.

Por primera vez, sentía que realmente estaba disfrutando de mi carrera artística. Había regresado a mis raíces, a ese lugar donde la música no solo era mi vida, sino también mi refugio, mi lenguaje más auténtico. Volvía a ser mi manera de sentir, de sanar y de conectar con el mundo.

El móvil de Lyra vibró en la mesita frente a su tumbona. Lo miró y volvió a dejarlo.

—Es Daren, llega en diez minutos.

Miré mi reloj de pulsera.

—¿No llega una hora antes?

—Sí. Quiere hablar contigo.

Suspiré.

—Déjame adivinar. Quiere que invierta en un nuevo y revolucionario negocio. ¿Qué es esta vez, un criadero de serpientes saltarinas?

A pesar de que era una broma, ni Lyra ni yo podíamos estar seguros de que no hubiera acertado.

—A saber.

—Tengo que reconocer que es persistente. Aunque nunca he aceptado, no para de insistir.

Lyra suspiró.

—Por lo menos, cumple con sus promesas en lo que respecta a Vega.

Ella tenía razón. Así había sido durante los últimos siete meses, y parecía que, finalmente, él había entrado en razón. Pero no lo había hecho por iniciativa propia; fue su hija quien lo empujó a cambiar.

Todo comenzó cuando no asistió a la función de Navidad del colegio, a la que Vega le había rogado que fuera. Él había prometido ir, pero no cumplió. La niña no se enfadó ni se puso triste, simplemente, la próxima vez que lo vio, lo llamó por su nombre.

Cuando él le preguntó por qué lo había hecho, ella respondió con una sinceridad que dolía:

—No puedo llamarte papá, porque un papá ve a sus hijos, un papá va a las funciones del colegio, y un papá cuida de sus hijos. Y tú no haces eso.

Aquello le abrió los ojos. Se dio cuenta de que estaba perdiéndola y no quería hacerlo.

—Daren se lleva a Vega a dormir a su casa. Acostamos pronto a Karen. Y después, podemos aprovechar para hacer algo tú y yo —sugerí, guiñándole un ojo.

—Sabes que no me gustan los videojuegos —bromeó.

—Pero eres buena con mi mando de la consola. Logras que explote en tiempo récord.

—Vincent, esta las niñas presentes.

—Por eso he usado una metáfora en vez de decir que…

Lyra se levantó con rapidez y colocó una mano en mi boca.

—Ni se te ocurra —me advirtió.

Le aparté la mano, besando su palma antes de hacerlo. Y después, con ese descaro que me caracterizaba, dije:

—Vas a tener que callarme con un beso.

Ella sonrió con esa sonrisa que iluminaba mis días más tristes. Se inclinó y unió sus labios a los míos.

Karen emitió un grito, recordándonos que estaba allí y que se había despertado. Rompimos el beso con una risa. Lyra cogió a la pequeña y la llevó hasta el borde de la piscina donde Vega jugaba.

Me quedé unos segundos en silencio, mirándolas. A mis tres chicas. Mi mundo entero.

Y entonces sonreí, con esa clase de sonrisa que nace en el alma.

Jamás imaginé que algo así fuera posible, pero ahí estaba: la felicidad, real, tangible, hecha a medida para mí.

Y todo, absolutamente todo, gracias a Lyra.

redes sociales

Instagram: lexi_thurman03